



UNA CARTA EN MI BUZÓN

ELENA DE LA CRUZ

D.J.57

UNA CARTA EN MI BUZÓN

Elena de la Cruz

PRÓLOGO

Cap. 1 —EN BUSCA DE LA SOLEDAD

Cap. 2 —HACIENDO AMIGOS

Cap. 3 —ACOSO

Cap. 4 —POR UN HELADO DE CHOCOLATE

Cap. 5 —DENUNCIA

Cap. 6 —PÁNICO Y PESADILLAS

Cap. 7 —UN ENCUENTRO ACCIDENTADO

Cap. 8 —TU ME HACES REIR

Cap. 9 —CAMBIO DE RUMBO

Cap. 10 —UNO CONTRA UNO

Cap. 11 —HÁBLAME

Cap. 12 —EL MEJOR SUEÑO

Cap. 13 —¿NO ES UNA BUENA IDEA?

Cap. 14 —¿ESTAMOS BIEN?

Cap. 15 —NO ES LA SOLUCIÓN

Cap. 16 —VERBENA Y MARIPOSAS

Cap. 17 —LA NOCHE MAS CORTA

Cap. 18 —LA PROPUESTA

Cap. 19 —ERES ESPECIAL

Cap. 20 —JUNTOS

Cap. 21 —LA LOCURA

Cap. 22 —COMO EN UNA PELICULA

Cap. 23 —EN EL HOSPITAL

Cap. 24 —PREMONICIÓN

Cap. 25 —EN UN SEGUNDO

Cap. 26 —QUÉDATE CONMIGO

Cap. 27 —EN SUSPENSO

Cap. 28 —TENTACIÓN

Cap. 29 —¿QUIÉN ERES?

Cap. 30 —UN MINUTO DE TERROR

Cap. 31 —¿QUIÉN SOY?

Cap. 32 —TE QUIERO A MI LADO
Cap. 33 —LA LLAVE
Cap. 34 —EN LINEA
Cap. 35 —¿REFUGIO O HUIDA?
Cap. 36 —EN SOLEDAD
Cap. 37 —CONVERSACIONES
Cap. 38 —SOLO A TI
Cap. 39 —PALABRAS EN LA ARENA
Cap. 40 —UN NUEVO COMIENZO
Cap. 41 —DOS BODAS PERFECTAS
EPILOGO

PRÓLOGO

Mayo 2017

Adriana

Día lluvioso, nubes oscuras y amenazantes, gente anónima en las calles y el vacío de la soledad en mi interior. Un día y el siguiente encadenados por la desidia y el abandono. ¿De dónde hay que sacar las fuerzas para seguir adelante? Porque yo no sé cómo hacerlo.

Las palabras de las personas que sé que me quieren, no pueden transformar mi estado en otra cosa, se convierten en palabras huecas que oigo sin escuchar. Las manos tendidas de mis amigos que siento lejanas por mucho que intenten acercarse y mi parálisis para dar un paso hacia adelante, cuando ni siquiera sé qué dirección he de tomar. Me siento perdida.

Paseando sin rumbo he llegado a mi portal. El inconsciente que juega solo y me ha traído hasta aquí para que acabe de enterrarme en la autocompasión.

Entro con desgana y al dirigirme hacia las escaleras, desvío la vista hacia el buzón. Para ser que hoy en día no se envían cartas, está lleno de papeles. Tengo las llaves en la mano, no me cuesta nada, voy a vaciarlo. Lo abro y saco un puñado de anuncios... pizzas a domicilio, vendemos su piso, cerrajeros veinticuatro horas, descuentos en su supermercado... entre todos los folletos de propaganda asoma un sobre blanco ¿Una carta? ¿Cuántos años hace que no recibo una carta que no sea una factura?

No lleva sello ni remitente. Solo mi nombre ADRIANA en letras mayúsculas. Ni dirección, ni ciudad, ni nada... alguien la ha puesto directamente en mi buzón.

Me empiezan a temblar las manos, mi intuición no me va a fallar, lo sé. Rasgo el sobre y desdoble una hoja de papel arrancada de una libreta de espiral. Leo las palabras escritas con un bolígrafo de tinta negra, también en mayúsculas y un escalofrío recorre mi espalda y mis pulsaciones de disparan.

“NO CREAS QUE TE HAS LIBRADO DE MI. SIGUES SIENDO MIA Y LO SERAS SIEMPRE. VAS A HABLAR CONMIGO QUIERAS O NO Y TE VAS A CONVENCER DE QUE ESTAR JUNTOS ES LO MEJOR. TU ME QUIERES TANTO COMO YO A TI. ¿VAS A CONTESTAR A MIS LLAMADAS O PREFIERES SEGUIR RECIBIENDO CARTAS? F.”

¿No eran suficientes las pesadillas que la asaltaban por la noche que tenía que aguantarlas también con los ojos abiertos? Porque aquella carta era una pesadilla infernal.

Un delirio provocado por Fran, su acosador.

Carlos

Acabo de salir del trabajo y camino sin rumbo por las calles, perdiéndome entre los transeúntes y sin un destino previo. No tengo ganas de llegar a un piso vacío y triste, ni tampoco de ver a nadie. Últimamente no soporto ver en las caras de la gente la compasión mal disimulada, ni escuchar las preguntas ni los consejos de siempre. Mi familia y mis amigos, sé que con buena intención, me agobian. Unos por intentar animarme a salir, cosa que no me apetece lo más mínimo y otros, como mi hermana, por intentar sonsacarme toda la información posible.

Las palabras de ánimo y los tópicos tipo “el tiempo lo cura todo” me crispan los nervios.

En el trabajo paso más horas de las que debería, pero es una manera de acortar los días. Los maratones de trabajo al menos me distraen en algunos momentos del dolor que sigue clavado en mi pecho. La soledad que me inunda se hace patente al llegar a casa. Tampoco es que me sienta acompañado por la gente anónima que pasa por mi lado, pero al menos el tiempo parece transcurrir algo más rápido.

Estamos ya en mayo y la primavera está siendo lluviosa. Esta tarde chispea y he decidido que me da igual mojarme, hasta que al pasar por un bar medio vacío en una callejuela, entro y me siento en una mesa al lado de la ventana. Sé que el alcohol no me ayuda y nunca he bebido mucho, pero últimamente lo hago con asiduidad. A veces consigo anestesiar mis sentidos lo suficiente para que el dolor desaparezca algunas horas, logrando sobrevivir en una especie de limbo, que siempre me acababa lanzando de nuevo a la dura realidad.

Pido una cerveza y mientras bebo directamente de la botella y me aflojo el nudo de la corbata, abro la galería de fotos de mí móvil, mi tortura particular.

Las imágenes de Lara aparecen una tras otra, ella sola, los dos juntos, riendo, en la playa, en su casa...

Debería borrarlas e intentar seguir adelante. Pero soy incapaz. Aumento el tamaño de las fotos para ver de cerca sus ojos, su boca...

Sé que es masoquismo mirar esas fotos una y otra vez, que Lara no volverá conmigo. Ha podido más un antiguo amor que la historia que hemos vivido juntos. Y ahora además está embarazada de ese imbécil.

Acabo mi cerveza y pido otra, faltan horas para conseguir dormir, para poder desconectar. El insomnio aún hace más largos los días y las noches. Y cuando consigo caer en los brazos de Morfeo, la inquietud y el desasosiego con los que convivo no me dejan descansar y me despierto aún más agotado.

¿Se ha detenido el tiempo mientras mi dolor sigue aumentando?

Cap. 1 —EN BUSCA DE LA SOLEDAD

Eran las cinco de la tarde y por fin se habían acabado las clases. La jornada laboral tocaba a su fin y Adriana casi arrastrando los pies se dirigía a la salida, con ganas de nada y tiempo de sobras para perder en desmoronarse un poco más.

Al salir por la puerta de la escuela coincidió con su amiga Lara, embarazada cinco meses y de gemelos, que juraría que se hacía la encontradiza, día sí y día también, para tocarle un poquito más las narices. A ver, la quería de verdad, eran más hermanas que amigas, pero parecía no entender que necesitaba estar sola.

—Hola Adri ¿Cómo estás?

—Perfectamente. Eso te lo he de preguntar yo ¿no? ¡Que eres tú la que cada día está más gordita!

—Estoy muy bien. Creo que ya he pasado de la categoría de furgoneta a camión todoterreno. Cuando me sienta como un tanque ya no sé si estaré tan bien.

—¡Venga! ¡No seas exagerada! Llevas gemelos ¿Qué quieres? Tienes una buena panza, pero tampoco es para tanto.

—Ya te lo diré, que me quedan solo cuatro meses más, si es que aguanto. Y no me desvíes la conversación ¿Cómo estás tú? Y no quiero evasivas, que nos conocemos.

Adriana no sabía cómo estaba. ¿Qué quería que le contestara? Se quedó en silencio mientras caminaban hacia la moto que tenía aparcada cerca.

—¿Te ha vuelto a molestar Fran?

—Me sigue llamando al móvil pero no le contesto. A veces me llama también a casa, pero cuando veo el número no descuelgo. La semana pasada me llamó desde otro número y al oír su voz...

—Ya no sé cómo decirte que lo has de denunciar. Lo que estás haciendo no es propio de ti, siempre has sido una luchadora.

—¿Para qué? Nadie va a hacerme caso.

—Adri escúchame, Alex todavía guarda las fotos que te hizo el día que te dejó los brazos amoratados. ¿Piensas dejar que te siga acosando? ¡Haz el favor de despertarte y pelear! ¡No te reconozco!

—¿A quién quieres reconocer? ¿A la loca que se enrolla con cualquiera? ¿A la tonta del bote que se enamora como una imbécil de un monstruo? ¿A la boba que se lo cree todo y se deja engañar sin dudarlo?

—¡Basta ya Adri! ¡Quiero reconocer en ti a mi amiga del alma, a la persona que ha compartido mi vida durante más tiempo, que me ha dado siempre su apoyo porque es una persona fuerte! Una mujer decidida y valiente. Entiendo

que lo hayas pasado muy mal con toda esta historia, pero has de reaccionar. ¡No puedes esconderte de ti misma, ni de tus amigos! Estoy para todo lo que necesites.

—Ya lo sé Lara, pero necesito estar sola.

—¿Para lamerte las heridas? Tu problema tiene nombre propio y has de denunciarlo. Has de dejar de lamentarte y mirar hacia adelante con la cabeza bien alta. Tú no has hecho nada malo. Solo has tenido mala suerte de que el malnacido de Fran se cruzara en tu camino.

—Vamos a dejarlo ¿vale? No quiero hablar de él.

Adriana recordó la carta que había recogido del buzón y se estremeció pero no dijo nada. Estaban paradas de pie al lado de su moto y Lara le dio un espontaneo abrazo.

—Me quedo aquí, dentro de una hora he de recoger a Claire de patinaje antes de ir a casa. Voy a aprovechar a hacer algunas compras ¿quieres venir conmigo?

—Gracias Lara, pero me voy a casa. Hasta mañana.

Se puso el casco, se subió a la moto y arrancó antes de que Lara pudiera decir nada más. Esta se quedó preocupada viendo desaparecer a su amiga al girar la esquina y suspirando con resignación. Adriana no estaba bien y no sabía qué hacer para ayudarla. Intentar hablar con ella parecía un callejón sin salida, siempre acababa topándose con una pared de cemento armado.

Adriana llevó su moto hasta la Ronda Litoral y sin pensar en un destino concreto se dirigió hacia las afueras de la ciudad. Poder ver el mar la relajaba. Llegó hasta uno de los pueblos cercanos donde el acceso a la playa era rápido y aparcó cerca de la arena. Se quitó las botas y se arremangó los pantalones hasta las rodillas acercándose al agua hasta que le cubrió los pies.

El cielo estaba nublado, pero ya se encontraban en el mes de mayo y no hacía frío, aunque el agua estaba helada. Eran casi las seis de la tarde y no había nadie en aquella playa. Retrocedió unos metros y se sentó en la arena apoyando los codos sobre sus rodillas, perdiendo su mirada en el horizonte donde el gris del brumoso cielo se confundía con el mar oscuro.

El rumor del oleaje y la visión del cielo y el mar la hicieron respirar hondo. Inspirar aquel aire salobre mientras el viento azotaba sus cabellos consiguió dejar su mente en blanco unos segundos, quizás unos minutos. Esos instantes que necesitaba para poder dar otro paso, para poder levantarse al día siguiente.

Alejarse al salir del trabajo y buscar la soledad se había convertido en su terapia autoimpuesta para no dejarse arrastrar por la oscuridad. Solo ansiaba conseguir dejar la mente en blanco y tener un momento de paz.

Carlos salía del trabajo demasiado pronto. Había tenido un día poco productivo, una casualidad que se daba de vez en cuando. Sin reuniones, sin presiones y sin un problema acuciante que hubiera que resolver para antes de ayer. Estaba tan acostumbrado al estrés en las horas de oficina que aquel en concreto parecía un día de fiesta. Pero él no estaba para fiestas. Prefería sentirse presionado por el trabajo. Así las horas pasaban más rápido y su mente no se centraba solamente en un tema.

Se había implicado en una carrera contra el tiempo para conseguir que pasara rápido. ¿Con qué objetivo? Suponía que con el tiempo el dolor remitiría, pero para su desesperación, parecía haberse estancado, como un maldito clavo incrustado en su pecho, que ni lo mataba ni lo dejaba vivir.

No había arrancado aún su coche para salir del parking cuando sonó su móvil. Al mirar la pantalla frunció el ceño y suspiró contrariado. Su hermana le estaba acribillando a llamadas. Estaba muy pesada. Ya sabía que estaba preocupada por él, pero entre ella y su madre no paraban de agobiarlo. De todas formas contestó pensando en que no hubiera pasado algo grave.

—Hola Marta ¿Qué quieres?

—¡Vaya! ¡Qué saludo más amable! Llevo toda la semana intentando que contestes mis llamadas.

—Eso te pregunto. Que para que me llamas ¿Ha pasado algo?

—¿Tiene que pasar algo? ¡Soy tu hermana mayor y me preocupo por ti! ¡Eso es lo que pasa! Hace semanas que no te pasas por mi casa por mucho que insista. No me coges el teléfono, no contestas a mis mensajes. ¡Solo quiero saber que estás bien!

—Estoy bien —Carlos suspiró poniendo los ojos en blanco.

—¡Sabes que eso no es verdad! Desde que lo dejaste con Lara casi no te hemos visto ¡Y no me pongas la excusa del trabajo! Has de cenar por las noches ¿no? Lo único que te pido es que un día de vez en cuando lo hagas en mi casa y podamos hablar.

—Es que no quiero hablar ¿Lo entiendes? No tengo nada que explicaros y necesito estar solo.

—Carlos, por favor ¿No puedes entender que nos tienes preocupados a todos? Tú no eres así. Siempre has sido una persona familiar y te ha gustado estar con los tuyos. Hasta Ali está preocupada por su tío y nos llama muchos días para preguntar por ti. No queremos cotillear, solo apoyarte.

—Lo siento Marta. Necesito algo de tiempo, ya se lo dije a mamá también. No me presionéis, por favor. La semana que viene me paso un día por tu casa. No te enfades.

—De acuerdo. Te quiero cariño, todos te queremos y nos duele verte tan

abatido. Solo queremos animarte.

—Vale, gracias Marta, nos vemos la semana que viene.

Por fin pudo colgar y respiró hondo, sin haber arrancado aún el coche y pensando que al menos de momento había pospuesto otro encuentro incómodo con su familia.

Antes de sacar el coche del parking dos compañeros de trabajo salieron del ascensor y lo vieron.

—¡Carlos! ¿Aún estás aquí? —dijo Pep, uno de sus compañeros apoyando su mano en el capó del coche y asomándose a la ventanilla —pensábamos que te habías ido hace rato. Nos vamos a tomar una cerveza con Xavi de Recursos Humanos ¿Te vienes? El baja ahora mismo.

—No gracias, tengo prisa —además, pensó Carlos, Xavi era amigo de Marc, Lara y el maldito Alex y no quería ni cruzar una palabra con el si podía evitarlo. Aunque estaba seguro de que Xavi no sabía que él era la anterior pareja de Lara. Se había enterado de la relación de amistad con Lara por casualidad, a través de una compañera de trabajo que los conocía a ambos.

—¿Te pasa algo? Hace semanas que no vienes con nosotros como antes ¿Te tiene tu novia muy ocupado o es que no te deja salir?

—Pep, déjale en paz. Ya quedaremos otro día —ese era Sergi, el mejor amigo de Carlos y el único que conocía su historia al completo —Adiós Carlos, hasta mañana, ya hablaremos.

—¡Hasta mañana! —Carlos arrancó el coche y salió disparado del parking perdiéndose entre el intenso tráfico que había a esas horas en Barcelona.

Meterse en un atasco no era lo que necesitaba en ese momento. Después de casi tres cuartos de hora y no lejos de su casa detectó un hueco para aparcar y no se lo pensó. Dejó el coche y echó a andar hacia una callejuela estrecha para entrar en un pequeño bar de barrio, oscuro y bastante sucio donde no había casi nadie.

Se sentó en un lado de la barra, desconectó el móvil y pidió un whisky sin hielo mientras miraba sin ver una pantalla de televisión colgada en la pared dónde estaban emitiendo uno de esos concursos destinados a atontar al personal. Se bebió el contenido del vaso casi de golpe, que debía ser barato porque sabía a rayos y mientras se quitaba la corbata y desabrochaba los primeros botones de su camisa, pidió otro. Dejó que su mirada extraviada se perdiera en el interior del vaso en aquel líquido de color caramelo como si fuera una bola de cristal que hubiera de descubrirle su futuro.

Al acabar el segundo whisky pidió un tercero y sus sentidos empezaron a adormecerse por fin. Apoyó el codo en la barra y hundió sus dedos entre sus cabellos cerrando los ojos.

Nada. Había conseguido dejar la mente en blanco y que el cansancio acumulado entumeciera su mente. Imágenes sin sentido se formaban en su interior y vagaban ante sus ojos cerrados, como fantasmas y monstruos infantiles que intentaban despertar su conciencia.

—¿Se encuentra bien? —el pobre hombre que estaba en la barra hacía rato que se fijaba en aquel joven que llevaba dos horas con la mirada perdida y no le pareció que estuviera en su mejor momento. Le daba la impresión de que solo quería emborracharse. Pero se le veía pacífico.

—Estoy bien —levantó la mirada hacia el camarero— ¿Por qué todo el mundo me pregunta si estoy bien?

—Pues...- el hombre hizo una pausa, pensativo —yo diría que hace usted cara de estar pasando un mal trago y seguramente hay personas que se preocupan y quieren ayudarle. Llevo más de treinta años en este “bareto” de mala muerte y he visto de todo en esta barra. No creo que quiera ningún consejo, pero se lo voy a dar de todas formas. Esto —señaló el vaso de whisky —no soluciona los problemas, solo los hace crecer, créame. Y perdone por meterme donde no me llaman, pero es usted joven y prefiero dar un consejo no deseado que callar. Por si sirve de algo.

—No soy un alcohólico si es eso lo que está insinuando. Solo busco un poco de paz.

—Con eso —volvió a señalar el vaso —no la va a encontrar. Solo te anestesia un rato y cuando abres los ojos todo sigue igual o peor.

Carlos se quedó mirando al hombre y supuso que lo había tomado por un borracho de los que debían entrar cada día en aquel bar. ¡Solo le faltaba tener que oír sus consejos! Seguramente aquel tipo se creía que sabía más que nadie para ir opinando sin que nadie se lo hubiera pedido. Como no quería ponerse a discutir con él, pagó su consumición y se dirigió a su casa sin decir adiós.

Todo el mundo tenía consejos, opiniones y sugerencias para repartir alegremente sin pararse a reflexionar si él los quería. Los regalaban como caramelos y a él le sentaban como patadas en el estómago. Sabía de sobras que no era ni el primero ni el último que pasaba por una ruptura, ni el único que se sentía destrozado por dentro, que no era especial ni sufría más que los demás. Pero, por esa razón, solo quería que lo dejaran en paz. ¿Era demasiado pedir que lo ignoraran durante un tiempo?

Necesitaba soledad y en ese mundo caótico era muy difícil de conseguir.

La soledad era adictiva y peligrosa pero le daba la paz y el silencio que ansiaba.

Cap. 2 —HACIENDO AMIGOS

Era viernes y para Adriana se presentaba otro fin de semana eterno en el que esperaba diluirse sin que nadie reparara en ella. Pero no tuvo tanta suerte.

En las últimas semanas no sabía si le costaba más soportar los días de trabajo o los festivos. La enseñanza, convertirse en profesora de primaria, nunca había sido su vocación. El momento de elegir había coincidido con una etapa de su vida en la que pocas cosas tenían importancia y optar por su futuro no fue una de ellas. Siempre había sido una cabeza loca, como decía su madre. Siguió el camino de su mejor amiga Lara, dejándose arrastrar por las circunstancias, sin pensar que estaba sentenciando su porvenir. No es que fuera una tortura y tenía un trabajo, pero estaba cansada de batallar con chavales pre-adolescentes día tras día.

Acababa de llegar a su casa y estaba cavilando en que quizás debía llenar un poco la nevera, ya que últimamente sobrevivía a base de comida pre-cocinada y congelados. Como no tenía hambre y comía como un pajarillo solo con las fiambreras que su madre le llevaba de vez en cuando, quisiera o no, ya tenía más que suficiente.

Llamaron al portero electrónico y al contestar, las voces de sus amigas le llegaron por triplicado mientras le pedían que abriera la puerta.

Subieron hasta el ático y al llegar se abalanzaron sobre Adriana para besarla y abrazarla como si no la hubieran visto en años.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué hacéis aquí? —Adriana compuso un intento de sonrisa que acabó pareciendo una mueca.

—No parece alegrarte mucho de que hayamos venido —Rosa la miró sonriendo —pero es viernes y hace mucho que no salimos a cenar por ahí.

—Y hemos pensado —Irene continuó antes de que Adri se quejara —que necesitas salir, sí o sí. O sea que haz caso a tus amigas, ahora mismo te arreglas un poco y esta noche nos vamos por ahí.

—¡Un momento! No tengo ganas de...

—¡Alto ahí! —esta vez fue Lidia la que la interrumpió —¡no se admiten negativas! ¡Vamos a hacerte salir de la cueva aunque sea a la fuerza! Lara se hubiera apuntado pero nos ha dicho que hoy estaba muy cansada.

—¿Se encuentra mal?— Adriana se sintió culpable al instante al pensar que veía cada día a Lara en la escuela y ni siquiera le había preguntado si estaba bien.

—Solo está cansada. Ya ves a que paso se está engordando la pobre.

Acarrear ese peso todo el día le está dejando la espalda hecha polvo.

—Es que... os lo agradezco, de verdad, pero no me encuentro con ánimos.

—Adri, has de ir dando un paso detrás de otro. Sabemos que lo has pasado mal, pero tienes que intentar volver a la normalidad —Rosa le pasó el brazo por encima de los hombros —y salir a cenar un viernes es de lo más normal.

—No te estamos proponiendo nada que no puedas hacer con un poco de esfuerzo —Irene se plantó delante de ella y la miró a los ojos —haznos el favor de decir que si ¡Venga!

—De acuerdo, ganáis por mayoría. Pero aún es pronto —Adriana cedió. No sabía que más excusas poner sin parecer una borde y le sabía mal ver los intentos por animarla de sus amigas y no responder a su apoyo.

—Mientras se hace la hora nos quedamos contigo y decidimos a que restaurante vamos. ¿Italiano, chino, tailandés...ideas?

Pasaron lo que quedaba de la tarde explicando anécdotas de sus trabajos y cotilleos de amigos comunes. Adriana nunca se había sentido tan ajena a todo. Le parecía que aquellas conversaciones no iban con ella. Era como si lo viera y lo escuchara todo a través de un vidrio translúcido y ella se encontrara en el exterior, alejada del mundo, donde la visión se difuminaba y el sonido se atenuaba. Solo unos meses atrás, hubiera sido la primera en pasarlo bien, reír con ellas y hablar por los codos, pero en ese momento se dio cuenta de lo rota que se sentía.

Intentaron incluirla en la conversación a cada momento, pero se limitaba a asentir cuando la interpelaban, a componer una falsa sonrisa cuando sus amigas reían o a contestar cuando le preguntaban.

La obligaron a cambiarse de ropa para salir aunque ella se hubiera ido con los pantalones de chándal que se había puesto al llegar a casa. Se cambió y se puso unos tejanos con roturas, una camiseta negra con letras góticas blancas y su cazadora de piel preparada para ir en su moto. La ropa cada vez le quedaba más holgada, había perdido algunos quilos que nunca le habían sobrado.

Cuando cogió el casco sus amigas se la quedaron mirando interrogantes.

—¿Vas a ir en tu moto? —Lidia la miró interrogante —Rosa ha traído su coche y nos deja a cada una en su casa a la vuelta.

—Prefiero llevar mi moto si no os importa —Adriana siempre optaba por esa opción últimamente para poder escaparse cuando quisiera sin depender de los demás.

—Como quieras —se miraron entre ellas intuyendo el motivo.

Finalmente habían decidido cenar en un restaurante japonés que ya conocían. No era excesivamente caro y la comida era muy buena. Entraron al fondo donde se encontraban varias estancias separadas por paneles de madera formando una

cuadrícula con mesas muy bajas y alargadas y cojines en el suelo para sentarse. Los colores cálidos y la madera creaban un ambiente muy acogedor. Los techos estaban llenos de farolillos de colores que proyectaban suaves luces y en algunas paredes se exponían telas de seda pintadas con motivos japoneses de hojas y flores.

Degustaron varios platos que repartieron entre todas para probarlos. Les entusiasmó un plato de arroz con algas y té verde con especias y el ramen con verduras y miso.

—Chicas, esto está delicioso —Rosa acabó su plato de fideos y estaba mirando que postre pedir— ¿Te ha gustado Adriana?

—¡Claro! No tenía mucha hambre, pero ya sé que habéis decidido venir aquí por mí, sabéis que me gusta mucho esta comida —Adriana las miró agradecida. Había pasado un buen rato en compañía y eso la animó un poco.

—Pues nos tomamos el postre y vamos pensando dónde ir a tomar una copa. ¿O preferís ir a bailar?

—Conmigo no contéis, me voy a ir para casa, estoy cansada —Adriana pensaba que ya había tenido suficiente con la cena y empezaba a añorar su soledad.

—¡No seas aguafiestas Adri! Al menos podemos ir a un bar musical. ¿Nos tomamos un coctel en el Falstaff? Creo que las actuaciones en directo son los jueves, pero podemos ir a tomar algo.

—No se...es que no me apetece mucho..

Al final consiguieron convencerla y se dirigieron hacia el local. Como era en el barrio de Gracia y Adriana vivía allí, podía dejar la moto aparcada y volver andando a casa.

Nada más entrar en el local, Adriana se dio cuenta de que había cometido una equivocación. El ambiente estaba algo cargado, no quedaba casi espacio para moverse, la música atronaba sus oídos y la gente se acumulaba alrededor de la barra para pedir sus bebidas.

Sus amigas la arrastraron hacia allí para intentar pedir una copa. Tenían algunos cócteles que ya habían probado otras veces, buenísimos de beber y peligrosos para el equilibrio.

Cuando consiguieron llegar a la barra el agobio de Adriana iba en aumento. Pidió una tónica sola con hielo. No quería beber nada. Si cuando estaba normal y animada la bebida no le sentaba muy bien y a la mínima de cambio pasaba de reír como una loca a llorar por nada, no quería imaginarse el efecto que le podría producir con su estado de ánimo.

Sus amigas la arrastraron hasta un rincón donde no había mesas y la gente bailaba mientras tomaba sus copas. Estaban animadas e intentaban que Adriana

sonriera, pero se sentía incapaz. Pronto el ruido, la música y el ambiente acrecentaron la opresión que sentía en el pecho y se hizo urgente escapar de allí. Avisó a Rosa.

—Voy al lavabo, ahora vuelvo.

—Voy contigo, te acompaño.

—No hace falta Rosa, que no tengo tres años y esto no es muy grande, vuelvo enseguida.

Su amiga asintió y Adriana se dirigió a los baños, colándose como pudo entre la gente apiñada a su alrededor. Un sudor frío empezó a invadirla a la vez que las náuseas le cerraban la garganta.

Estaba llegando a la puerta entreabierta de uno de los lavabos cuando notó a su espalda que alguien la seguía muy de cerca. Al volverse se encontró con un tío enorme que la arrinconó en el pasillo poniendo sus manos en la pared, cercandole su cuerpo y adelantando su rostro hasta tenerlo demasiado cerca.

—¡Hola preciosidad! Hace rato que te miro y me encanta lo que veo ¿Qué te parece si te invito a otra copa y nos vamos conociendo? —la voz de aquel desconocido acorralándola contra la pared disparó todas sus alarmas. Era alto y fornido y su voz grave la intimidaba.

—¡Déjame en paz! —la voz le temblaba, por mucho que quiso hacerse la fuerte se sentía indefensa. Intentó apartarlo empujando con las palmas de sus manos contra su pecho, pero no se movió ni un milímetro.

—¡Venga niña! Vamos a tomar algo, monada —le pasó un dedo por la mejilla.

—¡Aléjate de mí!! —Adriana empezó a chillar como una posesa, cerrando los ojos, llorando y pataleando, lanzando sus puños cerrados contra el pecho de aquel desconocido y patadas a sus espinillas.

El chico se apartó levantando las manos en alto y caminando hacia atrás con cara de sorpresa.

—¡Eh chica! ¡Perdona, perdona..! no hace falta que te pongas así, ya me voy ¡Estás loca tía! Solo quería conocerte. Pero se me han pasado las ganas.

El desconocido se alejó a la vez que sus amigas alertadas por los gritos se acercaron a ella.

Esta se giró hacia sus amigas, enfadada y colérica, como si ellas fueran el origen de todos sus males. Les chilló como una histérica.

—¡¿No podíais dejarme en paz?! ¡Os he dicho que no quería salir, que estaba cansada, que no me apetecía! ¡No me hacéis ni caso y casi me obligáis a venir aquí cuando lo único que necesitaba era ir a mi casa y estar sola! ¡No necesito a nadie! ¡No quiero ver a nadie! ¡Si decís ser mis amigas, dejarme sola, por favor!

Adriana empezó a sentir unos intensos pinchazos en el pecho mientras se

dirigía a la salida del local seguida por sus asustadas amigas. Empezó a marearse justo cuando abría la puerta de salida, con sensación de asfixia, la frente perlada de sudor, mientras ante sus ojos miles de estrellitas difuminadas le impedían la visión hasta que todo se volvió negro.

Antes de llegar al suelo, varios pares de brazos la sujetaron y la ayudaron a estirarse en la acera de la calle.

—¡Adri! ¡Adriana por favor, vuelve! —Rosa le daba palmaditas en las mejillas mientras Lidia iba a buscar agua al interior del local.

—Lo siento, no era mi intención arruinaros la noche —se levantó del suelo apartando su melena de la cara —ya estoy mejor, no os preocupéis, me voy para casa.

—Te acompañamos.

—¡No! De verdad, no hace falta. Estoy a tres calles de mi casa y me apetece andar un poco.

—Adriana, son las dos de la madrugada y...

—¡He dicho que me voy sola! —se daba cuenta de que se estaba comportando como una energúmena, pero era incapaz de hacer otra cosa —perdonadme si podéis. Pero necesito estar sola.

Las miró con lágrimas en los ojos y dio media vuelta con su chaqueta de cuero en una mano y levantando la otra hacia sus amigas, con un gesto entre un “adiós” y un “no me sigáis” que todas entendieron y respetaron. A pesar de no estar de acuerdo la dejaron marchar.

La situación de Carlos aquella noche, no era demasiado diferente. Sergi lo había llamado varias veces aquel día hasta convencerlo de salir a tomar unas copas.

Carlos accedió pensando que irían solos y se encontró cenando con cinco amigos más. Pasó las horas en el restaurante casi en silencio, perdido en sus pensamientos, con su cuerpo sentado a la mesa en aquel restaurante y sus pensamientos vagando lejos de allí. Sin ganas de nada. Solo apurando copa tras copa de vino y comiendo lo mínimo.

Sus amigos armaron bastante jaleo mientras cenaban, riendo a carcajadas, contando chistes malos con los que sonreía para no desentonar más de la cuenta y que no le hacían ninguna gracia y hablando de fútbol o mujeres como si fueran los únicos temas posibles.

No sabía que pesaba más en la balanza, si el aburrimiento o la desidia, si el tedio o el cansancio, pero cuando acabaron en una discoteca para tomar unas copas y bailar, se separó del grupo, cosa que entre tanta gente no fue difícil y

acabó en una esquina de la barra.

Pidió whisky y se dispuso a satisfacer al diablo que se había instalado en su interior y que cada día le pedía más. Copa tras copa, perdió su mirada en la pared del fondo atravesando los muros, haciendo desaparecer su entorno, entrando en un sopor de vapores de alcohol y música estridente que a pesar del alto volumen iba desapareciendo. Era como visitar otra dimensión, escapar de una realidad incompleta y agobiante, flotar en una nube oscura sin rumbo mientras los sentidos se adormecen y se anestesian los sentimientos.

¿Qué más daban las horas, los minutos? No había tiempo que contar. Solo el vaivén de mantenerse levitando sobre el suelo, de ver las cosas desde lo alto, de perderse en otro universo, le daban algo de calma.

Así lo encontró su amigo que lo buscaba desde hacía rato. Se acercó a su espalda encorvada sobre la barra y le dio una palmada en el hombro. Lo tuvo que sujetar ya que se tambaleó y casi cayó al suelo.

—Lo siento Carlos ¿Qué pasa? ¿No has bebido ya suficiente?

Carlos lo miró con la vista desenfocada y no dijo nada. Bajando la vista hacia su vaso vacío, lo acercó hasta el camarero.

—¡Otro!

Sergi hizo un gesto al camarero para que no le sirviera nada más. Pagó el mismo las consumiciones mientras Carlos seguía con los ojos cerrados y lo agarró por la cintura para bajarlo del taburete alto y arrastrarlo hacia la salida. No tenía muy claro si estaba solo semiconsciente ya que tampoco protestó y cogido al hombro de su amigo fue trastabillando entre la gente hasta llegar a la salida.

—Vamos te llevaré a casa.

No le dio tiempo a decir más cuando Carlos se apoyó en un árbol y empezó a vomitar entre violentas convulsiones que parecían no acabar nunca. Cuando parecía haber echado el hígado por la boca se incorporó tambaleándose y su amigo se acercó.

—¿No crees que estás bebiendo demasiado últimamente? Ya sé que no estás bien pero esta no es la solución tío. Vamos, te acompaño a casa.

Carlos se giró hacia el con el rostro contraído por la rabia. Detestaba que todo el mundo pensara que sabían lo que necesitaba, que regalaran consejos que no quería y le dieran palmaditas condescendientes en la espalda.

—¡Déjame en paz! ¡No necesito a nadie ni quiero tus consejos! ¿es que no eres capaz de entenderlo? No hacéis más que agobiarme entre todos, “tienes que salir, tienes que hablar, tienes que olvidar”...¡estoy harto de vuestras opiniones! ¡Y no necesito que me acompañes a casa, se llegar solo!

—Como quieras —Sergi se dio cuenta de que no podía hacer nada por el en

aquel momento. Se apartó de su lado, no sin antes decir la última palabra — cuando me necesites, búscame. Soy tu amigo y estaré ahí, pero de momento yo también me he cansado de tus desplantes.

Carlos se dirigió hacia su casa y llegó sin saber cómo mientras las paredes de los edificios rodaban a su alrededor, con la sensación de haber hecho daño a su amigo, pero sin estar seguro de porqué. Se dejó caer en el sofá, vencido por el cansancio y la borrachera, vestido y con olor a vómito y sin ser capaz ni de sentir lástima de sí mismo.

Cap. 3— ACOSO

Adriana ya estaba llegando a la calle donde vivía. Estaba bastante oscura, era estrecha, del casco antiguo del barrio y no tenía muchas farolas. Dos de ellas estaban rotas y la escasa iluminación le daba un aspecto algo tétrico a aquellas horas.

A pesar de que solo le faltaban unos metros para llegar a su portal, el silencio de la calle se hizo atronador. No se oía un alma y su corazón se aceleró, sugestionada por sus propios pensamientos.

De pronto un gato callejero salió disparado de una esquina y maulló seguramente muerto de hambre o persiguiendo a algún ratón antes de esconderse bajo un contenedor de basuras. Adriana dio un brinco y soltó un chillido al tiempo que se tapaba la boca con la mano. Al distinguir al gato negro que aparecía de nuevo y se acercaba a sus pies, respiró hondo intentando que su corazón volviera a su ritmo normal.

No le dio tiempo, cuando percibió a su espalda unos pasos que se acercaban. Dejó de respirar por un instante a la vez que giraba la cabeza solo para distinguir una sombra de un hombre alto y corpulento. Apretó el paso hacia su portal, casi corriendo, a la vez que oía como los pasos que la seguían también empezaban a correr.

—¡Adrianaaa! ¡Espera, por favor! ¡Tenemos que hablar! ¡Maldita sea! ¡He dicho que pares!

Adriana reconoció la voz de Fran al instante y el terror la invadió. La última vez que lo había visto pudo escapar por los pelos. Empezó a correr como en una maratón mientras sacaba las llaves de su bolsillo.

Los pasos de Fran aceleraron para empezar a correr tras ella.

No quería mirar, solo abrir la puerta y entrar, pero las manos le temblaban tanto que no acertaba a encajar la llave en la ranura a la vez que sollozaba y las lágrimas le impedían ver nada. Cuando por fin la llave entró y empezó a girarla, Fran ya estaba a su espalda y la cogía por los hombros con fuerza para girarla hacia él.

Adriana temblaba y sollozaba mientras se tapaba la cara y gemía ante él, muerta de miedo.

—¡No me hagas daño, por favor Fran, no me hagas daño! ¿Qué te he hecho para que me trates así?

—No quiero hacerte daño o sea que no me obligues, solo quiero que vuelvas conmigo. Mírame —le levantó la barbilla con brusquedad— ¿Qué haces a estas horas sola por la calle?

—Déjame, por favor, por favor...¡suéltame! —Adriana chilló intentando aparentar una firmeza que no sentía. Fran la había cogido fuertemente por las muñecas y la atraía hacia él.

—¿Es que no puedes ver que quiero recuperar lo que teníamos? —su tono de voz agresivo iba encogiéndose más y más a Adriana —Estás hecha para mí ¿No te das cuenta?

—No puede ser, déjame ir por favor...me das miedo —las lágrimas fluían sin control resbalando por sus mejillas y bajando por su cuello.

No supo porque razón, en aquel momento Fran la empujó contra la puerta con desprecio y se dio la vuelta no sin antes acercarse a su oído.

—No te olvides de que eres mía y te vigilo —le susurró al oído justo antes de pasarle la lengua sobre las lágrimas que resbalaban por su cuello —te he dejado otra carta en el buzón. Léela con atención.

Adriana consiguió acabar de abrir la puerta y la cerró al momento intentando coger aire mientras subía las escaleras hasta el ático. Una vez estuvo dentro de su piso cerró con llave y se dejó caer hasta el suelo apoyando la espalda en la pared sollozando hasta que estuvo tan congestionada que casi no podía respirar.

Se dirigió a la ducha y se metió bajo el agua caliente, cerrando los ojos y dejando que el fuerte chorro impactara en su cara, mezclándose con sus lágrimas, deseando que de igual manera arrastrara sus temores y limpiara su vida.

¡Se sentía tan poca cosa! Era como si hubiera perdido cualquier vestigio de fuerza. Necesitaba hacer salir esa rabia contenida, escondida en algún resquicio de su ser, encarcelada por el miedo.

Sabía, por las palabras de Fran, que en su buzón la esperaba otra carta, pero no la había recogido, no pudo ni pensar en tocar ese papel ni mucho menos leerlo. Abrir el buzón se había convertido en el motivo principal que hacía aflorar todos sus miedos. Eso, y que su acosador la esperara en cualquier esquina, al salir del trabajo, al llegar a su casa...

¿Hasta dónde podía llegar? ¿Tan poco había llegado a conocerlo? ¿Cómo se había dejado engañar tan fácilmente?

No sabía si habían pasado horas o minutos cuando salió de la ducha y se puso el albornoz que tenía colgado detrás de la puerta. Se dejó caer sobre la cama y dormitó a pequeños intervalos durante toda la noche, despertándose sobresaltada cada poco tiempo, pasando de forma intermitente de un duermevela intranquilo a una angustia que la ahogaba. Al despertar cada día tenía unos segundos de amnesia que le hacían pensar que todo lo ocurrido en los últimos meses era solo una pesadilla producto de su imaginación y se preguntaba, por un momento, si lo había soñado todo.

Se levantó temprano, ebria de puro agotamiento, con el pelo enmarañado y arrastrando los pies hacia la cocina para tomarse un café que la despejara. Miró hacia la ventana y vio aparecer los primeros rayos del sol de una mañana primaveral. Se levantó con el café en la mano y abrió la ventana para respirar hondo aquel fresco aire de primera hora del día. Olía a primavera, a verde, a flores. Cerró los ojos con el rostro alzado hacia el cielo y solo vio la cara de Fran que por un instante parecía desdibujarse.

Se hizo en ese momento el firme propósito de no continuar en ese estado deprimente. ¡Tenía que sacar fuerzas de donde fuera para mirar hacia adelante!

Una buena manera de descargar tensiones que siempre la había funcionado era salir a correr, le resultaba liberador. Sin pensarlo dos veces y a pesar del cansancio acumulado, se puso unas mallas, una camiseta vieja y sus zapatillas de deporte y cogió los auriculares y el móvil. Se recogió la enmarañada melena en una coleta y con las llaves en la mano salió disparada hacia la calle.

Empezó a correr en dirección a un parque cercano. A aquella hora tan temprana y siendo sábado, las calles estaban casi vacías y había poco tránsito. No supo durante cuánto tiempo forzó sus piernas, ni siquiera sabía qué hora era. Sudaba a mares, sentía la espalda empapada y con la música atronando a todo volumen en sus oídos, al menos había conseguido desconectar sus pensamientos por un rato.

Hasta que sus músculos empezaron a quejarse por el sobreesfuerzo. Se frenó, respirando aceleradamente, mientras el sudor resbalaba por sus sienes hasta el cuello y se colaba bajo su camiseta. Decidió volver a casa paseando antes de que le diera un ataque al corazón por ponerle tanto empeño.

Al llegar al portal y entrar, no pudo evitar dirigir su mirada al buzón. Se quedó parada delante, paralizada y con las llaves en la mano. Después de unos interminables minutos intentando decidir qué hacer, se lanzó y lo abrió. Como la última vez, entre varios folletos de publicidad sobresalía un sobre blanco con aquellas letras mayúsculas formando solo su nombre.

Subió las escaleras corriendo hasta llegar al ático, entró en el piso cerrando con llave y se sentó en el sofá, tan alterada que un gemido escapó de su garganta involuntariamente.

Rasgó el sobre y sacó un papel. Al leer el contenido empezaron a temblarle las manos de nuevo.

“TE ESTAS PORTANDO MUY MAL ADRIANA. SABES QUE TE QUIERO Y QUE SIEMPRE SERAS MIA. DEJA DE ESCONDERTE DE MÍ. TE VIGILO Y VOLVERAS CONMIGO. F.”

Arrugó el papel mientras lloraba desesperada. ¿Cómo podía terminar con aquello?

Justo en ese momento llamaron a la puerta. Se sobresaltó y el corazón le dejó de latir por un segundo.

No contestó y al cabo de un momento volvieron a aporrear la puerta. Empezó a hiperventilar sin poder mover ni un dedo, aferrada al brazo del sofá, hasta que oyó la voz al otro lado.

—¡Adrianaaaa! ¡Abre la puerta, que sé que estás ahí —al oír la voz de su amiga Lara, dejó caer los hombros, respiró profundamente y se levantó de un salto a abrirle la puerta. Cuando Lara entró y Adriana se le tiró a los brazos sollozando y murmurando “*suerte que eres tú, suerte que eres tú*” la abrazó con fuerza durante un rato hasta que consiguió apartarla lo suficiente para mirarle a la cara. Estaba ojerosa, demacrada y sus ojos desprendían una tristeza infinita.

—Adri, cariño ¿Qué ha ocurrido? Antes de que empieces a hablar y me expliques todo, te advierto que quiero toda la verdad y sin dejarte absolutamente nada. No intentes engañarme ni dejarme al margen ¿Entendido?

—De acuerdo —Adri la miró agradecida. Necesitaba a su amiga, pero no quería preocuparla en su estado aunque sabía que debían hablar, tampoco quería engañarla y, si era sincera consigo misma, la necesitaba.

—Fran me está acosando. Ayer salí un rato con las chicas y al volver me lo encontré en mi calle, me siguió hasta el portal. Y me deja cartas en el buzón —su voz empezó a temblar y Lara la acompañó al sofá donde se sentaron.

—Cálmate, me lo vas a explicar todo paso a paso. Y hoy mismo vamos a ir a denunciarlo.

—¡Es que me da miedo Lara! ¡No lo van a encerrar por unas cartas ni porqué yo explique que me lo encuentro en mi portal! Y cuando se entere será peor.

—Primero explícamelo todo —Lara le apartó los negros rizados que se habían soltado de su coleta y le caían sobre las mejillas. Adriana le explicó todas las veces en que Fran había aparecido por sorpresa, en el portal de su casa, en la esquina de la escuela, las llamadas al móvil y a casa, las cartas en el buzón. Lara las leyó.

—Estas cartas son pruebas de su acoso. La policía puede vigilarlo y puedes tramitar una orden de alejamiento. Tenemos las fotos que hizo Alex de tus brazos amoratados. Hay que intentarlo Adri, no puedes vivir de esta manera.

—¡Es que no vivo Lara! Me he convertido en una autómatas que hace las cosas por inercia. Lo único que tengo es un miedo visceral que me está destrozando los nervios.

—¿Por qué no te vienes a mi casa unos días? Al menos hasta que encaucemos la solución a todo esto. No quiero que estés sola.

—Estoy sola. Te quiero mucho Lara, pero no me siento con ánimos para convivir con nadie, os amargaría la existencia, de verdad. Mi madre también

quiere que vuelva a casa una temporada pero sin darse cuenta me agobia. En el fondo necesito soledad, tener tiempo para pensar, para estar conmigo misma.

—Te puedo entender, pero me has de prometer que el lunes sin falta vamos a poner la denuncia y a informarnos sobre lo que se puede hacer. No te olvides de que me tienes para lo que sea, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¡Eres la mejor! —la besó y abrazó. Puso una mano en su vientre— ¿Cómo están mis sobrinos?

—¡Dando guerra! Ahora están muy quietecitos pero en cuento me meto en la cama, empiezan a bailar el mambo.

—¡La cara de felicidad que se te pone cuando hablas de ellos! ¿Te encuentras bien de verdad?

—Si, aunque me quedan los peores meses por delante. No quiero ni pensar en cómo me voy a poner —se quedó mirando a su amiga con cara de preocupación - Nunca volveré a tener el cuerpo de antes ¿verdad?

—¡Claro que sí! ¡Un poco de dieta y abdominales y todo solucionado! ¿Qué te preocupa?

—Mmmm... no sé si le seguiré gustando a Alex cuando esté como una ballena o cuando después me ponga fofa y barrigona.

—¡Jajajaja! —Adriana se dio cuenta de que hacía mucho que no soltaba una carcajada— ¡Claro que le gustarás a Alex! Te quiere más que a nada o sea que no te preocupes por eso —se quedó callada un momento —gracias por haber venido Lara. No lo sabía y te necesitaba.

—Sigo estando para lo que quieras, no te olvides. Y ahora te vas a la ducha mientras yo te preparo el desayuno y pasas el día con nosotros —vio que su amiga iba a protestar y la cortó —¡necesitas un día de distracción y no quiero oír nada más! Ahora llamo a Alex para que nos venga a recoger con Claire en el coche y nos vamos a pasar el día por la costa y a comer por ahí.

Finalmente Adriana se quedó mirando a su amiga y su determinada actitud, sonrió y asintió cediendo por una vez.

Cap. 4 —POR UN HELADO DE CHOCOLATE

Carlos abrió los ojos desubicado, sin saber dónde estaba. Al incorporarse se dio cuenta de que había dormido en el sofá. Ni siquiera recordaba cómo había llegado a casa. Tenía un dolor de cabeza descomunal y la sensación de que su lengua había aumentado de volumen. Al poner los pies en el suelo se dio cuenta de que ni siquiera se había quitado los zapatos. Su ropa y él mismo olían como un vertedero.

Se puso en pie tambaleándose ligeramente y se fue sacando la ropa mientras se dirigía hacia la ducha. El chorro de agua caliente le dio de lleno en la cara y se quedó un rato sin moverse hasta que abrió el agua fría de golpe para despejarse. Dio un alarido al notar el agua helada, pero el tratamiento de choque para salir de su letargo funcionó y consiguió espabilarse lo suficiente.

Se cepilló los dientes y al levantar la vista y verse reflejado en el espejo casi se asustó. No se reconocía. Demacrado, sin afeitar, con los ojos hundidos y los pómulos marcados. El pelo demasiado largo para lo que era su costumbre, unas profundas ojeras oscuras que contrastaban con su piel blanca y la mirada más perdida que nunca había visto.

Se vistió con un pantalón de chándal y una camiseta vieja. Al dirigirse hacia la cocina, instintivamente y sin pensar en lo que hacía abrió la nevera y sacó una cerveza. La abrió y cuando iba a dar el primer trago, se quedó mirando el botellín. ¿Desde cuándo abría una cerveza al levantarse por las mañanas? ¿Dónde estaba su preciado café con leche insustituible por cualquier otra cosa? ¿Qué le estaba ocurriendo? Sabía que estaba bebiendo más de la cuenta pero ¿Y si realmente se había convertido en un problema como le decían algunos?

Tuvo en ese momento de lucidez un acceso de rabia al pensar que no era capaz de controlar su propia vida si se estaba dejando caer en ese precipicio. ¿Cómo podía estar tan ajeno a su propio comportamiento?

Vació la botella en el fregadero observando como el contenido se perdía por el desagüe, advirtiendo una similitud entre el líquido amarillento que se deslizaba por aquel agujero y su propia existencia. ¿Era eso lo que estaba haciendo? ¿Tirando su vida por una cloaca? Quizás era hora de reaccionar. Perder el control nunca había sido un rasgo de su carácter pragmático y sosegado.

Puso en marcha la cafetera y cuando el aroma del café recién hecho inundó sus sentidos, decidió que eso era mucho mejor que la cerveza a esas horas. Antes de desayunar se tragó dos analgésicos con un vaso de agua intentando que el dolor de cabeza disminuyera al menos y conectó el equipo de música. Se decidió por Chopin a un volumen bajo, se estiró en el sofá y cerró los ojos dejándose

llevar por la melodía, intentando desconectar de todo y relajarse.

No duró mucho la paz antes de que sonara el timbre del portero electrónico. Frunció el ceño. Eran las diez de la mañana de un sábado ¿Quién llamaba a esas horas?

Se levantó arrastrando los pies y contestó con un bufido.

—¡¿Quién?!!

—¡Abre! ¡Soy Marta!

¿Qué hacía su hermana allí un sábado por la mañana?

—¿Ocurre algo?

—¡Si!! ¡Qué me estoy cabreando contigo cada día un poquito más! ¿Piensas abrir o vas a dejar a tu hermana en la calle?

Carlos resopló y abrió la puerta de la calle y la de su piso, recostándose contra el marco de la puerta y cruzando los brazos a la espera de que su hermana subiera en el ascensor. La recibió con el ceño fruncido mientras ella le daba un abrazo. Al momento se apartó, lo miró a la cara y le dio un puñetazo en el brazo.

—¿Por qué me rehúyes como si fuera una leprosa? ¿eh? ¡llevo llamándote una eternidad y el señorito no se digna ni a contestar!

—¡Ayer te contesté! —Carlos se frotaba el brazo. Su hermana tenía más fuerza de la que parecía.

—¡Si claro! ¡Para cerrarme la boca y que no te volviera a llamar! ¿Te crees que soy tonta? ¡Nos tienes a todos en vilo! ¿Es que te gusta hacer sufrir a la gente?

—¡Perdóname por no poder estar feliz y contento! ¿Qué quieres que te diga? ¡He perdido a la persona más importante de mi vida! ¡Y si no quiero estar con nadie es porque nada me consuela! ¡Tampoco ayuda que todo el mundo me de consejos gratuitamente!

—¡De acuerdo! ¡Sigue revolcándote en la autocompasión! —Marta bajó el tono de voz para mirar a Carlos a los ojos y acariciar su mejilla

—Carlos, cariño, no te voy a dar consejos ni decirte lo que tienes que hacer. Tú has de decidir lo que haces con tu vida. Pero soy tu hermana mayor y te quiero. Yo tenía quince años cuando tu naciste y además de hermana te hice un poco de madre. En aquellos años mamá trabajaba hasta tarde y yo era tu canguro fijo además de tu hermana. Has sido un buen hermano y casi un hijo para mí. No puedes pretender que cuando te veo destrozado, como te he visto últimamente, no me preocupe por ti. ¡Me es imposible no hacerlo!. Al menos dame un día para sentirme más tranquila. Oscar y Alicia están abajo esperando en el coche. ¡Si consigo bajarte para pasar el día con nosotros me han prometido que podré tomar de postre helado de chocolate! —Carlos sonrió.

Su hermana se pasaba la vida con una dieta tras otra en una guerra continua

contra unos pocos kilos de más y dado que le costaba una barbaridad seguir un régimen y el helado de chocolate era su talón de Aquiles, hacía prometer a su familia continuamente que no la dejaran, bajo ningún concepto, comer helado de chocolate. Aunque todos sabían que lo acababa comiendo a escondidas.

—De acuerdo, lo has conseguido. Ahora bajo y podrás comerte tu helado de chocolate. ¿Dónde vamos? —entonces se fijó en la vestimenta de su hermana, con tejanos, jersey de lana y una chaqueta deportiva.

—Habíamos pensado pasar el día en la montaña. Lo mejor será ir hacia el Montseny, es lo que queda más cerca. Podríamos ir a Santa Fe y caminar hasta el pantano o visitar le Ermita. Hace mucho que no vamos y el sitio es precioso. El día está soleado y verás como el aire puro te sienta bien.

—Me parece bien. Voy a cambiarme —Carlos cedió suspirando y abrazó a su hermana. Tampoco tenía nada especial que hacer y la dejaría contenta por unos días —¡No te preocupes tanto!

Mientras Carlos se cambiaba de ropa en su habitación, Marta recorrió con la mirada las estanterías del comedor. Había como seis o siete fotos de Lara y Carlos o Lara sola. Debería quitar esas fotos de ahí, un recuerdo constante de lo que ya no tenía. No se lo diría hoy, ya que había conseguido ganar una pequeña batalla no quería que se enfadara. Pero en otro momento lo insinuaría. No era normal tener a la vista aquel recuerdo constante.

Se quedó mirando una foto de Lara, hecha a corta distancia en la que sonreía a la cámara, con aquellos ojos serenos y algunos cabellos rubios enredados por el viento. No sabía cómo había ocurrido todo, pero por lo poco que había contado Carlos y después de vivir cuatro meses juntos, un ex novio de Lara apareció después de ocho años perdido en París y en poco tiempo, en las vacaciones del verano anterior, Lara lo había dejado. Y ahora estaba viviendo con ese hombre y encima estaba embarazada. A ver, que era capaz de entender que no estuviera enamorada de Carlos, los sentimientos son los que son, pero entonces ¿Por qué se había ido a vivir con él? Siempre le había caído bien Lara, pero le daba la impresión de que había jugado un poco con Carlos y éste no acababa de superarlo.

Ya habían pasado nueve meses. Era hora de que espabilara de una vez y reaccionara. ¡Por favor! Era un hombre joven, guapo, con un buen trabajo y buena persona. ¡Había miles de mujeres que podrían enamorarse de él!

Carlos salió preparado de su habitación interrumpiendo las elucubraciones de su hermana y esta dejó la foto rápidamente en la estantería.

—Deberías guardar esas fotos— *¿Por qué no era capaz de morderse la lengua?*— ¡Perdón! ¡No he dicho nada!

—Tienes razón, no te creas que no lo sé. Pero hoy no quiero pensar en nada.

Voy a salir con vosotros no sea que te pierdas tu helado de chocolate.

—¡Eres un buen hermano!— se acercó y lo cogió por la cintura dándole un sonoro beso en la mejilla —¡vamos!

Pasaron el día respirando aire puro, caminando, comieron en una masía de un pueblo cercano a Santa Fe y después volvieron a orillas del lago y se estiraron en la hierba.

La sobrina de Carlos, Alicia, se estiró a su lado.

—Carlitos, te echábamos de menos- lo miró de reojo y en ese momento lo vio sereno. Miraba las nubes siguiendo el cambio lento de sus formas.

—Lo siento Ali, no he estado para nadie últimamente cariño. Lo estoy pasando mal y me está costando salir de este hoyo en el que me he metido.

—No creas que no te entiendo —si tío la miró extrañado, Ali solo tenía veintidós años y le parecía que no había tenido ningún novio formal —no me mires así. Ahora que mis padres se han alejado a pasear, te diré que estuve saliendo con un compañero de la Universidad varios meses y al final me dejó. Y sé que se pasa muy mal. Yo estuve hecha polvo.

—¿Y por qué yo no me he enterado de eso?

—Porque mis padres tampoco saben nada. Como estoy fuera toda la semana e incluso muchos fines de semana, no les dije nada. Y cuando todo se acabó, pues disimulaba delante de ellos. Aunque tu hermana es un poco bruja, veía que me pasaba algo. Pero, a lo que voy, que con el tiempo se pasa. Ahora salgo con otro.

—¿Con quién estás saliendo? — Carlos se incorporó— ¿No lo deberían saber tus padres?

—¡Tío Carlos!! ¡Que tengo casi veintitrés años, no doce! Soy mayor de edad ¡y no te preocupes que tomo la píldora!

—¡Demasiada información!— Carlos se tapó los oídos al instante —¡no quiero saber nada más!

—¡Ja, ja, ja! ¡Ahora pareces del paleolítico como mi madre!

—¡Entiéndelo Ali! Por mucho que solo nos llevemos nueve años no dejo de ser tu tío. Y si tienes algún problema con ese novio, me lo puedes explicar ¿vale? Siempre puedo partirle las piernas...

Alicia asintió sonriendo. En ese momento volvían su hermana y su cuñado llevando helados de chocolate en ambas manos para repartir.

—¿No pensaríais que las calorías eran para mí sola, no? —Marta le entregó un helado a Carlos y esté sonrió. Al menos algo había conseguido.

Cap. 5 —DENUNCIA

Llegó el lunes y Adriana estaba aún más nerviosa de lo normal. Había quedado con Lara en que la acompañaría a hacer la denuncia a una comisaría cercana a la escuela, a mediodía, aprovechando que los alumnos iban al comedor.

Avisaron a la directora de que saldrían a aquella hora, lo que no supuso ningún problema, era una práctica común entre los profesores, ya que los monitores de comedor se ocupaban de los niños a la hora de comer.

La mañana transcurrió lentamente y aún tuvo suerte de que sus alumnos ese día estuvieron bastante tranquilos. Acabó a última hora dando clase de Sociales y después de responder a algunas preguntas, llegó la hora de salida.

Los chavales desaparecieron corriendo hacia el patio a esperar su turno de comida y ella recogió su mesa con desgana suspirando y mirando por la ventana como si hubiera de salir de allí para dirigirse al patíbulo.

Se encontró con Lara en el pasillo y se dirigieron a la calle. Habían quedado con Alex a la salida del colegio, que insistió en acompañarlas. Adriana llevaba una pequeña carpeta que contenía las cartas de Fran que había recibido hasta entonces y las fotografías que Alex había hecho de sus brazos amoratados hacía ya unas cuantas semanas. En previsión de que Adriana al fin se decidiera a denunciar el acoso al que estaba siendo sometida, Alex las había impreso en papel y las había guardado. Cuando se vieron el sábado se las entregó para adjuntarlas a la denuncia.

Aquella carpeta parecía quemarle en las manos. Mientras se dirigían hacia Alex, que las esperaba en la acera de enfrente, le temblaban las rodillas al andar y se sentía inestable, un poco como si estuviera soñando. Suerte que aquella pareja no la querían dejar sola y la habían ido empujando a hacer lo que debería haber hecho hacía tiempo.

Alex levantó la mano para saludarlas antes de que cruzaran la calle y pudo apreciar claramente cómo se ensanchaba su sonrisa al dirigir la mirada hacia Lara. En cuanto llegaron a su altura rodeó la cintura de su mujer, atrayéndola hacia él, para besarla en los labios.

—Hola mi amor, ¿cómo estás? —dijo poniendo la palma de su mano en aquella barriga tan redonda.

—Muy bien cariño —Lara le sonrió.

Adriana se los quedó mirando y creyó incluso ver unicornios de colores con purpurina a su alrededor. Aquella pareja lo había pasado mal y tuvieron sus momentos, pero desde que volvían a estar juntos y eran tan felices, a veces le provocaban un exceso de azúcar y algo de envidia, por qué no decirlo.

—Hola Adri ¿Preparada? —besó en ambas mejillas a su amiga y le frotó el brazo para darle ánimos.

—Creo que sí.

—Pues en marcha. No pongas esa cara de agobio, en el fondo sabes que estás haciendo lo que deberías haber hecho desde el primer día.

—Si, lo sé, pero eso no quita que me esté metiendo en algo que no sé cómo acabará ni si traerá consecuencias. Lo que me da más miedo es la reacción de Fran cuando se entere.

—No creo que vayas a estar peor que ahora. Ya sabes que te puedes venir a casa el tiempo que quieras, lo digo en serio. Eres la mejor amiga de Lara, pero también eres mi amiga y queremos ayudarte.

—No me voy a trasladar a vuestra casa. No pienso dejarme intimidar de esta manera. Ese imbécil ha conseguido que le tenga miedo, pero estoy cogiendo fuerzas para superarlo. Si me voy con vosotros no hago más que dejarme dominar por él. Pero si os necesito os llamaré ¿de acuerdo?

En ese momento llegaron a la puerta de la comisaría. Se acercaron al mostrador que había en la entrada y solicitaron que los atendieran para poner una denuncia por acoso y violencia de género.

Enseguida les hicieron pasar a una sala adyacente a la gran sala llena de gente que esperaba su turno para renovar pasaportes u otros trámites burocráticos.

Allí estaban los tres solos y se sentaron en unos asientos de plástico que chirriaron bajo su peso con un sonido que a Adriana le pareció un lamento y le hizo sentir un escalofrío.

Pasaron unos minutos y apareció un policía en la sala que los saludó:

—Buenas tardes, me acaban de informar de que vienen a poner una denuncia por acoso y malos tratos. ¿Quién es la persona afectada?

—Yo —Adriana se levantó para estrecharle la mano que le ofrecía.

—Soy el SubInspector Jorge Jiménez de la Unidad de Seguridad Ciudadana. Por favor, acompañeme a mi despacho. Ustedes pueden esperarla aquí —dijo dirigiéndose a Lara y Alex.

Entraron en un pequeño despacho y Adriana se sentó delante de la mesa de escritorio mientras el subinspector lo hacía al otro lado.

—Puede rellenar sus datos en este formulario antes de empezar a explicarse.

Adriana recogió el papel y el bolígrafo que le ofrecía con manos temblorosas. Estaba muy nerviosa y empezó a escribir respirando profundamente.

—¿Sabe quién la está acosando? ¿Puede explicarme los hechos desde el principio...Adriana? —le preguntó al mirar su nombre en el papel.

—No sé ni por dónde empezar.

—Tranquila, no tenemos prisa. Usted me explica su historia y después quizás le haré algunas preguntas. Tómese su tiempo.

Adriana se tomó un momento para ordenar sus ideas y le empezó a relatar los hechos, desde su antigua amistad adolescente con Fran, hasta su reencuentro hacía aproximadamente un año. Explicó cómo empezaron a salir, sin que ella notara nada extraño en su amigo en un principio y como después de unos meses y de pedirle matrimonio las cosas empezaron a cambiar.

Las malas palabras, los gestos agresivos, los celos obsesivos sin sentido, su persecución de los últimos tiempos al esperarla en su portal o cerca de la salida de su trabajo.

Le enseñó las fotos de sus brazos amoratados, las notas recogidas de su buzón y le habló de los cientos de llamadas al móvil y a su casa, a pesar de que no podía demostrarlas, siempre las borraba.

No fue consciente hasta que acabó de soltar todo lo que llevaba dentro, de que las lágrimas le resbalaban como un torrente silencioso por las mejillas y las apartó con el dorso de las manos antes de ver que el hombre le estaba ofreciendo una caja de pañuelos de papel.

—Lo siento —Adriana se sentía avergonzada.

—No lo sienta, tranquila. Está pasando por un momento muy difícil. Por lo que me explica ya hace tiempo que esta situación se viene produciendo. ¿Por qué no lo ha denunciado antes? —le preguntó el inspector mientras tecleaba en el ordenador.

—Tengo miedo de la reacción que pueda tener el cuándo se entere. ¿Y si la situación se agrava?

—Todo es posible, pero vamos por partes. Con una orden judicial podría obtener la relación de llamadas telefónicas que contactaron contigo, o conocer el paradero exacto de la persona que está detrás de un ordenador. La policía puede acceder a estos datos y de esta forma terminar con el problema del acoso. Se recomienda grabar las conversaciones. De todas formas, no creo que eso sea necesario, ya que el acosador está identificado y además sabemos donde trabaja. Le haremos una visita.

—¿Necesito un abogado?

Sería conveniente, pero vayamos paso a paso. De momento vamos a interrogar a ese hombre, acudiremos a su domicilio. Seguramente se pondrá más a la defensiva si vamos al parque de bomberos y sus compañeros ven que ocurre algo. Le daremos un aviso en su casa y le informaremos de lo que puede ocurrir si continúa acosándola. Ha de saber que los delitos por acoso suelen estar castigados con fines de semana de arresto domiciliario y una orden de

alejamiento o de incomunicación con la víctima y a su vez, una multa que en función del delito puede oscilar entre varios importes. En mi opinión, una pena demasiado baja, ya que las secuelas psicológicas que acarrea un acoso, pueden resultar perjudiciales, aún más incluso que una agresión física.

—Entonces ¿Qué debo hacer ahora?

—Como le digo, le haremos una visita y le informaremos. Si sigue recibiendo cartas, llamadas o si la vuelve a interceptar por la calle o recibe amenazas, debe ponerse en contacto inmediatamente con nosotros —le entregó una tarjeta —aquí tiene un par de números de teléfono para contactar. Este último funciona las veinticuatro horas.

—¿Y no pueden detenerlo? —Adriana estaba temblando solo de pensar en volver a verlo.

—No con lo que tenemos hasta ahora. Pero podemos asustarlo —el inspector la miró a los ojos —comprendo que tenga usted miedo, pero de momento no podemos hacer más. ¿Vive usted sola?

—Sí.

—¿Sería posible que durante un tiempo se trasladara a vivir con alguna otra persona?

—Mire...he tenido ese ofrecimiento por parte de mis padres y por la pareja que hemos dejado en la sala de espera y que son mis mejores amigos. Pero a pesar de que estoy muerta de miedo, no pienso dejar que ese malnacido dirija mi vida más de lo que ya lo ha hecho. En las últimas horas y antes de decidirme a venir aquí, me he hecho el firme propósito de no dejar que nunca nadie me vuelva a mangonear, de tomar las riendas de mi vida y de salir de esta situación como sea. Estoy cansada de ser una víctima y de pasar miedo. Y le aseguro que es muy complicado, pero no puedo hacer otra cosa ahora que intento sacar fuerzas para tirar adelante.

—Todos esos propósitos me parecen muy loables, pero solo estoy pensando en su seguridad. A veces tenemos las manos atadas si no tenemos las pruebas suficientes. No podemos detenerlo por lo que podría pasar por una discusión de pareja. Tómelo solo como un consejo y piense en ello —adelantó la mano para estrechársela —la mantendremos informada. No pierda esos números por si acaso.

—Gracias —Adriana guardó la tarjeta en el bolsillo de sus pantalones.

Esperaba que aquel paso que por fin se había decidido a dar no se volviera en su contra.

Cap. 6 —PÁNICO Y PESADILLAS

Adriana se encontró de nuevo con sus amigos al salir del despacho del Subinspector Jiménez. Le preguntaron cómo había ido y ella se lo explicó mientras volvían paseando hacia la escuela, obviando el consejo de estar acompañada ya que no quería que volvieran a insistir en que se trasladara un tiempo a su casa.

—Has hecho lo correcto —Lara le pasó el brazo sobre los hombros —espero que después de que la policía le haga una visita a Fran, se dé cuenta de que no estás indefensa y deje de molestarte. Ya verás como todo se arregla.

—Eso espero —Adriana seguía nerviosa, tenía la intuición de que su reacción no iba a ser esa, pero decidió callar.

—Bueno chicas, no habéis comido nada y aún queda casi una hora para que volváis a clase. ¿qué queréis comer? —Alex quería que ambas se relajaran, veía a Lara afectada también por la situación de su amiga e intentaba aligerar el ambiente— ¿Vamos de restaurante o preferís algo rápido en la cafetería?

—No tengo hambre —a Adriana se le había cerrado el estómago —pero Lara tiene que comer ¿Qué prefieres tú?

—Vamos a la cafetería, en el restaurante nos harán esperar demasiado y no tenemos mucho tiempo —dijo Lara a la que le empezaban a sonar las tripas— Me apetece un sándwich vegetal de esos de dos pisos y una ensalada de atún y surimi...mmm ¡y quizás de postre un trocito de ese pastel de chocolate y castañas tan increíble que tienen! —se quedó mirando las caras sorprendidas de Alex y su amiga— ¿Qué he dicho? ¿Os pasa algo?

Alex soltó una carcajada y la acercó a él besándole la frente.

—¡Deberías haberte visto la cara que has puesto! ¡Parece que no hayas comido en una semana! Se nota que sois tres a alimentar y que estás hambrienta —Lara frunció el ceño —No te enfades cariño, es que nunca te había visto comer así.

Finalmente comieron en la cafetería, trasladaron su conversación a otros temas menos sensibles que el acoso de Adriana y el hambre de Lara y volvieron a sus respectivos trabajos.

Adriana estaba en su clase y había dejado tiempo a sus alumnos a última hora de la tarde para que estudiaran en clase, ya que a la mañana siguiente tenían examen de matemáticas. Así, si tenían dudas se las podían ir preguntando sobre la marcha mientras repasaban.

Aquel día estaban todos bastante tranquilos lo que le permitió, sentada en su mesa y con unos papeles ante su vista para que pareciera que estaba haciendo algo, abstraerse de todo y concentrarse en sus propios pensamientos. Apoyó los

codos en la mesa y se mesó los rizados cabellos enredándolos entre sus dedos y masajeando su nuca mientras simulaba que leía.

Su cabeza era un cúmulo de imágenes sin sentido. Igual imaginaba a Fran en las primeras semanas de su relación, cuando lo pasaban genial y se divertían juntos, que lo veía cogiéndole fuertemente del brazo y gritándole, agresivo y amenazador. No se lo podía quitar de la cabeza. Se había instalado en su mente y conseguía anular sus buenos propósitos de coger fuerzas y seguir hacia adelante.

No lograba determinar ese momento exacto en que todo empezó a cambiar. Se obstinaba en buscar un motivo cuando seguramente era imposible de localizar, sencillamente porque no existía. Siempre acababa en el mismo punto. Sus pensamientos la acababan dirigiendo siempre hacia allí: Fran era una persona enferma. Y ella misma lo acabaría siendo sino conseguía deshacerse del todo de aquella tóxica relación.

Se obsesionaba en repasar los momentos de su corta historia, en revivir situaciones y recuerdos, buscando una pista, algo tangible que debería haber captado para darse cuenta de en qué relación se estaba metiendo.

Se preguntaba, una y otra vez, si sería demasiado ingenua con los hombres o si ellos en general la veían como una persona fácil de moldear o dirigir. Ella siempre se había tenido por una persona de carácter fuerte, con las ideas claras y ante un caso de acoso o maltrato, visto desde fuera, tenía consejos y respuestas rápidas de cómo se debía actuar. Sin embargo, se había visto envuelta justo en ese problema y su reacción había sido encogerse como un perro apaleado, se había convertido en otra persona. Lara decía que no la reconocía y no le extrañaba. Ella misma no se reconocía.

¿Dónde había quedado su empuje, su genio, su temperamento? ¿Dónde se había ido su buen humor con el que siempre hacía sonreír a los demás?

Cuando acabaron las clases salió disparada como cada día a coger su moto y conducir hasta alguna playa cercana. Era su único momento de evasión. Solo el mar conseguía desconectarla un rato de sus propios pensamientos.

Cuando finalmente llegó a su casa, ya era tarde. Se puso cómoda, se hizo una infusión de valeriana y encendió el televisor para intentar atontarse un poco e intentar dormir. En ese momento sonó el móvil y casi tiró el contenido del vaso sobre el sofá. Seguía teniendo los nervios a flor de piel. Dejó el vaso en la mesa baja que tenía delante y al mirar la pantalla vio uno de los números que le había dado la policía y que había guardado en sus contactos.

—¿Diga?

—¿Adriana Bosch?

—Sí, soy yo —a Adriana le temblaba ligeramente la voz y respiró hondo para calmarse.

—Buenas noches, le llamo de la comisaría de parte del Subinspector Jiménez. Es para comunicarle que hemos ido a visitar al señor Francisco Álvarez y que ya se le ha advertido de que debe dejarla en paz o cursaremos una orden de alejamiento si usted la solicita. De momento ha sido un aviso, pero parece haberlo tomado bien.

—¿Seguro que se lo ha tomado bien? A mí me ha engañado durante mucho tiempo. Sabe parecer muy amable, como un actor consumado.

—Sí, no ha dado ningún problema. No es que nos fiemos al cien por cien, pero nos ha prometido que la dejaría en paz. Le recomiendo que tenga puesto el contestador en el teléfono por si le deja algún mensaje o si le llamara al móvil, grabe sus llamadas. Eso nos ayudaría si sigue acosándola. Y ya tiene nuestros números de contacto. No dude en llamar si necesita ayuda o nos ha de informar de cualquier cambio.

—De acuerdo, gracias por llamar.

Le dio el tiempo justo de apagar el móvil, cuando sintió un dolor extremo en el pecho a la vez que empezaba a sudar copiosamente. Se ahogaba, sentía náuseas y ganas de vomitar. Hizo un intento de ponerse en pie, pero la debilidad y el entumecimiento de sus piernas la hicieron caer de rodillas. En ese momento solo pudo pensar que iba a morir y tuvo un instante de abandono de sí misma, como si esa fuera la única solución.

No fue capaz de precisar si estuvo unos minutos u horas hiperventilando estirada en el frío suelo del salón, hasta que fijó la vista en un punto del techo, justo donde había una pequeña mancha de humedad y poco a poco fue recuperando la normalidad. El sudor se enfrió en su piel, los temblores en las piernas fueron cesando y su respiración se ralentizó poco a poco.

“Bueno, por esta vez no me he muerto. ¡Qué pensamiento tan estúpido!”

Se levantó del suelo algo mareada y se tambaleó ligeramente hacia un lado. Bebió un vaso de agua fría en la cocina y poco después se dejó caer en la cama. Suponía que eso había sido un ataque de pánico. Si hubiera sido un ataque al corazón no estaría recuperada en un rato. ¿Y qué hacía con eso ahora? ¿Cómo podía controlarlo? Ya había pasado por un par de episodios similares y se veía incapaz de evitarlos.

Sería un problema si aquello le ocurría en la escuela o por la calle y se le tiraba un coche encima, o cuando iba conduciendo su moto. Las posibilidades eran infinitas.

Sumida en aquellos pensamientos abrumadores, física y mentalmente agotada, finalmente sucumbió a un sueño agitado, plagado de pesadillas.

“¿Dónde estoy? ¿Por qué está todo oscuro? Iba caminando por un bosque espeso de altos árboles con troncos retorcidos y solo iluminado en algunos

momentos, cuando una pálida luna se dejaba ver entre las nubes negras. Se sentía inmersa en el peor escenario de una película de terror. Empezó a correr sin rumbo, pisando los montones de hojas secas que crujían a su paso. Buscaba desesperada una salida, pero tras los árboles cercanos, solo encontraba más y más árboles. El espacio entre ellos cada vez era menor y no le dejaba avanzar hasta que se convertían en ramas retorcidas que rodeaban su cuerpo como brazos de hierro. Al intentar apartarlas, los bichos que habitaban en los huecos de las ramas podridas salían al exterior y se subían por sus brazos. Arañas, ciempiés, gusanos asquerosos, aquellos bichos cada vez se hacían mayores y Adriana no podía soltarse mientras los notaba ascender por su cuello. De pronto notó que alguien apartaba una de las ramas que la aprisionaban y al levantar la vista agradecida se encontró con el rostro de Fran que se desdibujaba convirtiéndose en un monstruo aterrador. Un Fran cabreado y violento que apartaba las ramas para cogerla por el cuello e intentaba ahogarla mientras le gritaba al oído “Eres mía, eres mía”. Adriana lloraba desesperada haciendo un esfuerzo por chillar y pedir ayuda...”

La despertó su propio chillido haciendo que se incorporara de golpe y se sentara apoyando su espalda en el cabecero de la cama. Encendió la luz de la mesilla de noche. Su respiración acelerada de nuevo y las lucecitas que empezó a ver ante sus ojos, le daban la sensación de que iba a desmayarse en cualquier momento.

Empezó a hacer unos ejercicios de respiración que había buscado en una web “como relajarse en cinco minutos (en seis pasos)” y los iba recordando paso a paso. Espalda erguida. Inspirar. Expirar lentamente. Hay que controlar la respiración, eso es. Repetir como un mantra “Tranquilidad. Todo irá bien. No pasa nada. Tranquilidad. Todo irá bien. No pasa nada” Dejar la mente en blanco “¿Cómo se hace eso? Es igual. Inténtalo”. Dejar la mente en blanco. “Sábanas blancas tendidas al sol, eso es, sábanas blancas”. Dejar la mente en blanco. Música relajante. Ese era el punto cuatro. “No voy a levantarme ahora a poner música. Y los últimos pasos ¿Cuáles eran? ¡Ah sí! Hacer yoga y disfrutar de la naturaleza. Debería apuntarse a yoga, a lo mejor le iba bien”. Inspirar. Expirar lentamente. Inspirar. Expirar lentamente...

Finalmente se quedó dormida y no volvió a soñar aquella noche, aunque llevaba muchas en que las pesadillas la visitaban. Algunas veces no llegaba a despertarse, pero se levantaba cansada, otras, se despertaba gritando aterrorizada como aquella noche. Su cuerpo y su mente no conseguían el descanso que tanto necesitaba y la angustia y el miedo se convertían en una espiral sin final que la hacían hundirse hacia un abismo del que cada día era más difícil alejarse.

Sus buenos propósitos para superar esas emociones destructivas, se

convirtieron en el mayor reto de su vida. Sobre todo cuando al despertar a la mañana siguiente escuchó un mensaje en su contestador. La voz de Fran la hizo volver a temblar al escuchar sus palabras cargadas de odio: “¿Qué has hecho Adriana? ¿Me has enviado a la policía para asustarme? ¡Pues no te creas que lo has conseguido! Ellos tampoco entienden nada. Te echo de menos y exijo saber porque no me coges el teléfono ¿Me oyes? ¿Por qué has cambiado tanto? Antes eras cariñosa conmigo y ahora me envías a la policía” su voz sonaba agresiva y desesperada a un tiempo y a Adriana le produjo escalofríos. Se había vuelto loco.

Cap. 7 —UN ENCUENTRO ACCIDENTADO

Había llegado el mes de junio. El calor empezaba a apretar y aquella primavera en principio lluviosa, se había convertido en una sucesión de días claros de cielo azul que amanecían con una brisa fresca por las mañanas y a mediodía los días se convertían en cálidos precedentes del verano.

Carlos había tenido una reunión con un Corredor de seguros cuya oficina principal estaba cerca del colegio donde Lara trabajaba. Al abandonar las oficinas se dirigía a su coche mirando su reloj y no pudo dejar de pensar en ella. Eran casi las cinco, la hora en que los niños salían del colegio. Hacía meses que no veía a Lara. Quizás fuera una tontería lo que iba a hacer, pero estaba a dos calles de la escuela. Necesitaba verla un momento. De lejos. No quería hablar con ella, sabía que le dolería demasiado, pero acercarse un poco y verla un momento tampoco sería tan malo ¿no?

Adriana llevaba un rato mirando la hora en clase deseando acabar de una vez y unos minutos antes de las cinco hizo recoger a sus alumnos y les recordó que el trabajo de ciencias se debía presentar al día siguiente. Como siempre, los chicos fueron rápidos llenando sus mochilas y armando más alboroto del debido abandonaron la clase a la vez que ella misma, que ese día iba cargada con un montón de exámenes para corregir. Llegaba el final de curso y se le habían acumulado los de Sociales y Tecnología, además de una redacción libre de dos páginas por alumno. Teniendo en cuenta que había veintisiete en su clase, calculó que tenía... ¡un montón de trabajo! Suerte que era viernes y en el fin de semana intentaría ponerse al día.

Saludó a Lara con la mano al pasar por delante de su clase sin pararse. Alex había reducido algunas clases en la Universidad, para llegar a tiempo la mayoría de los días a recoger a Lara y a Claire en el coche e ir juntos para casa. Sonrió al pensar en cómo la mimaba y se alegró por ella. Ambos se merecían ser felices.

Salió escopeteada hacia la calle, con el bolso colgado en bandolera, el casco de la moto en un brazo, la chaqueta en el otro y entre ambos haciendo equilibrios el montón de exámenes y redacciones. Tenía la moto en la calle lateral. Iba pensando que debería haber metido los papeles en una carpeta para mayor comodidad cuando mirando hacia el suelo giró en la esquina de la calle a toda velocidad, para chocar contra alguien como si fuera una sólida pared. Se le cortó casi la respiración del impacto, cayendo al suelo el montón de exámenes que se desparramaron a sus pies. Con prisa se agachó a recogerlos, maldiciendo entre dientes, sin molestarse en mirar a aquel tipo. Se mordió la lengua resoplando y pensando que ya podría mirar por dónde iba, pero no dijo nada, no entraba en

sus planes ponerse a pelear con nadie. Entonces escuchó su voz.

—Perdóneme, por favor, iba despistado y no la he visto —ella seguía recogiendo papeles y solo podía ver unos zapatos negros y las perneras de un pantalón de vestir de color gris oscuro y él una maraña de rizos negros y espesos que le caían sobre el rostro y los hombros —déjeme ayudarla, por favor.

Adriana se incorporó al oír su conocida voz a la vez que él se agachaba para ayudarla, con lo que ambos se quedaron en cuclillas en medio de la calle y en ese momento se miraron las caras. Adriana echo su melena hacia atrás, resoplando hacia arriba para apartarse algunos mechones que le caían sobre los ojos.

—¿Carlos?!

—¿Adriana?!

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo! —Adriana seguía hablando en cuclillas y sonrió sinceramente cuando lo reconoció —Me alegro de verte —Hizo el intento de acercarse a saludarlo y Carlos la cogió del brazo para ayudarla a levantarse.

—¡Adriana! ¡Me alegro de verte también! —se acercó para darle un par de besos.

—¿Qué haces por aquí? —le preguntó Adriana sonriendo y fijándose en los ojos hundidos de Carlos.

—He venido a un par de manzanas de aquí a visitar a un cliente por trabajo. Ahora ya me iba a coger el coche para ir a casa. Y tú ¿Cómo te va todo? —le preguntó Carlos al fijarse en lo demacrada que se veía. Estaba más delgada que nunca— ¿No te casabas este verano?

—Buenoo...no. Estoo.. la boda se ha anulado —Adriana no sabía que más decir, no le salían las palabras.

—¡Vaya! Lo siento. Como no sabía nada de ti desde hace tiempo no me había enterado. Perdona que te haya preguntado.

—No pasa nada, no podías saberlo —Adriana se lo quedó mirando y de pronto tuvo ganas de compartir un rato con el— ¿Quieres que nos sentemos en un banco ahí en el parque? ¿O tienes prisa?

—Creía que la que tenía prisa eras tú por la velocidad que llevabas hace un momento —le contestó Carlos sonriendo —vamos si quieres y nos ponemos un poco al día ¿O prefieres ir a tomar algo?

—No, creo que me apetece más sentarme bajo los árboles ¿vamos?

Se dirigieron a un banco que se encontraba entre sol y sombra y donde corría un aire fresco. Adriana se lo quedó mirando un momento sin ver al Carlos de hacía unos meses. Se había adelgazado, tenía ojeras y el pelo un poco largo. Con su mata de pelo castaño claro, los ojos de color caramelo, la barba de unos días y esos labios carnosos siempre le había recordado un poco al actor William Levy.

Aunque ahora no se pareciera mucho. Con el pelo largo y la barba descuidada y demasiado crecida parecía más un ermitaño a pesar del traje algo arrugado.

—¿Sabes cómo está Lara? —su pregunta la hizo despertar de sus pensamientos de golpe.

— Si, la veo cada día en la escuela. Está muy bien. Sabías que estaba embarazada ¿verdad?

—Si, lo sé —no pudo evitar hacer una mueca mientras suspiraba.

—La echas de menos —Adriana lo afirmó al ver su expresión.

Carlos la miró a los ojos y le contestó con sinceridad.

—Mucho. Pienso en ella, sueño con ella. Quizás cuando estábamos juntos no la valoré lo suficiente. Siempre trabajando, llegando tarde a casa...

—¡Eh! no te culpes por eso. No se puede mandar sobre los sentimientos de los demás. Ella intentó que las cosas fueran bien entre vosotros, pero el problema nunca fue lo que tu hicieras o que trabajaras más o menos horas. El problema era lo que ella sentía. No podía darte lo que necesitabas. ¿no lo resume eso?

—Seguramente tienes razón. Pero siempre piensas si podrías haber actuado de otra manera, si hubieras podido cambiar algo o si el destino es un cabrón que hagas lo que hagas siempre decidirá por ti.

—Pues yo no creo que el destino tenga nada que ver. Si así fuera, el mío no podría haber sido más negro.

—Perdona, yo aquí lamentándome cuando me acabas de decir que has suspendido tu boda. ¿Te puedo preguntar qué ha ocurrido o es demasiado personal?

—No pasa nada, pero prefiero no hablar de ello. Todavía está la herida muy abierta.

—No es necesario que me expliques nada, pero cuídate, no haces muy buena cara, estás muy delgada y tienes ojeras.

—¡Lo que me faltaba! ¡Pues tú no puedes presumir precisamente de estar en tu mejor momento! Tienes pinta casi de vagabundo —después de hablar Adriana pensó que se había pasado —perdona, no quería ofenderte.

—¿Sabes? Tienes razón, últimamente me he abandonado bastante en todos los aspectos, pero no tengo ganas de nada. Explícame algo de Lara ¿Cómo le va la vida?

—¿De verdad quieres que te hable de ella? ¿Eres masoquista o qué?

—Solo quiero saber si es feliz.

—Vale, tú lo has querido. Sí, es feliz. Muy feliz. Está embarazada de gemelos —en ese momento vio la cara de sorpresa de Carlos e intuyó que no conocía ese dato —y está muy contenta con su estado y con Alex. Además ya es

madre “honorífica” de la hija de Alex, Claire, que tiene cinco años y es una monada. O sea, que en poco tiempo se habrá convertido en madre de tres niños y pronto se casará. ¿Eso es lo que querías saber?

La expresión de Carlos se había convertido en un poema. El dolor que sentía estaba impreso en su mirada y tenía los puños apretados.

—Tienes razón, no debería haber preguntado —dijo mirando a Adriana — pero en parte me alegra que al menos ella esté bien y haya encontrado lo que buscaba. Y ese Alex...¿Crees que la quiere de verdad?

—No tengo ninguna duda de ello. Los veo juntos muchas veces y podría jurar que cuando se miran desaparece para ellos todo lo demás, se huele el amor en el ambiente y a mí me suele subir el azúcar cuando los observo, parecen una postal de San Valentín llena de corazoncitos...¡supongo que es envidia podrida! Casi todo el mundo daría lo que fuera por tener una relación así.

—Tengo que superarlo de una vez, ella nunca volverá conmigo. No debería seguir estancado en el recuerdo. Pero esto es muy difícil. Aunque tú ya lo sabes. ¿Sigues enamorada de tu ex?

—¡No! No, no... mi caso es diferente. No es fácil de explicar y hoy tengo un poco de prisa —le señaló el montón de exámenes que había dejado a su lado en el banco —pero podríamos quedar otro día y seguir hablando. Como, por lo que veo, ahora mismo no somos la alegría de la huerta, a lo mejor nos conviene animarnos mutuamente ¿No crees? He hablado alguna vez con amigos y cuando intento explicarme me miran con compasión o como si fuera un “alien”. No es fácil hablar con la gente, pero contigo siempre me he sentido a gusto. Bueno, si tú también quieres.

—Claro Adriana, podemos quedar cualquier día de estos —tal como lo decía Carlos se dio cuenta de que en realidad si le apetecía quedar con ella. Siempre le había caído bien, era de conversación fácil y sabía escuchar —creo que tengo tu número de móvil.

Confirmaron sus números de teléfono y Carlos la acompañó hasta la moto donde se despidieron prometiendo llamarse.

Cap. 8 —TU ME HACES REIR

Con el paso de los días Adriana empezó a sentirse algo mejor. Fran no había vuelto a llamarla, no lo había visto en ningún momento, ni había recogido ninguna nueva carta en el buzón. Cada vez que lo abría y examinaba el contenido no podía evitar sufrir unos segundos de suspense en los que su corazón bombeaba más fuerte, pero de momento parecía que el acoso tocaba a su fin, aunque su miedo, que mantenía a raya a base de un optimismo prefabricado con fuerza de voluntad, no acababa de extinguirse, siempre en previsión de que solo se tratara de un paréntesis.

No quería hacerse ilusiones, pero cada vez era capaz de desconectar un poco más y su sistema nervioso empezaba a serenarse. Mucho le había ayudado el ejercicio de todas las mañanas. Salía a correr cada día una hora, lo que suponía levantarse antes, pero entre toda la angustia acumulada, el esfuerzo físico y la falta de presencia de Fran en ningún sentido en su vida, por fin, caía rendida en su cama por las noches y dormía de un tirón. Si tenía pesadillas no las recordaba al despertarse. Y, por suerte, no había tenido más episodios de pánico.

Tenía la sensación de que su encuentro con Carlos había marcado un antes y un después en los cambios que iba experimentando. Habían vuelto a quedar un par de veces y en cada una, Adriana había sentido que se animaba un poco más, que daba un pasito adelante por pequeño que fuera. A pesar de ello, en esos encuentros, ella había escuchado más que hablado. Carlos había dejado salir su amor por Lara a borbotones ante ella y había aligerado algo su mochila de dolor. Incluso le había comentado que hablando con ella se había deshecho en parte de la pesada carga que arrastraba y se sentía mejor. No es que Carlos no le hubiera preguntado, que si lo había hecho, pero no se había decidido a desgranarle toda la historia que había vivido, como si debiera avergonzarse de algo.

Desde que todo había ocurrido no podía dejar de pensar que tenía que haber sido muy tonta para no verlo venir y no le apetecía que Carlos le señalara eso mismo.

Era como si buscara su atención, su aprobación y no quisiera defraudarle. Si le explicaba toda su historia era posible que la tomara por idiota o acabara compadeciéndola, lo cual no era capaz de soportar en esos momentos.

Era sábado por la mañana y Adriana decidió hacer limpieza general en su minúsculo ático. Acababa de volver de correr, empapada en sudor pero satisfecha de su rutina diaria de ejercicio para descargar tensiones. Echó un vistazo rápido al salón y con el reflejo del sol que entraba por las ventanas abiertas e incidía directamente en los muebles, pudo apreciar claramente la capa

de polvo que los cubría y que no había limpiado desde no se acordaba cuando.

El sofá estaba medio cubierto por prendas de ropa usada, en la mesa había libros, papeles, algunas latas vacías y restos en una caja de pizza, en la cocina platos por fregar y una sartén con trozos reseco de algo no identificable. Se dirigió a su habitación donde el desorden reinaba a su antojo y olía un poco a tigre. ¿Siempre había sido tan guarra y desordenada?

En vez de meterse en la ducha optó por sudar un poco más y poner orden en su piso. Para llevar un poco el ritmo mientras limpiaba puso música, optando por Metallica, algo que le diera energía. Recogió toda la ropa sucia y empezó con una lavadora. Despejó la mesa del comedor y se puso a recoger la cocina y fregar los platos sucios. Cambió las sábanas de su cama y después empezó a limpiar muebles, el baño y cuando acababa de llenar el cubo de agua con jabón para fregar el suelo, llamaron a la puerta.

Dio un respingo al oír el timbre, no esperaba a nadie. No podía engañar a quién fuera y hacer ver que no estaba, la música a todo volumen la delataba. Se aproximó descalza a la puerta para observar por la mirilla, seguramente, quien fuera, se había equivocado de piso. Al acercarse y mirar, se llevó una sorpresa al ver a Carlos al otro lado de la puerta. En vez de contestar se quedó parada como una estatua mirando su atuendo de deporte, mallas cortas negras ajustadas, top de lycra fucsia, pelos de loca... levantó un brazo para olerse la axila y echó la cabeza para atrás. Entre el deporte y la limpieza, necesitaba una ducha muy urgente.

El timbre volvió a sonar con insistencia y escuchó la voz de Carlos.

—¡Adrianaaaa! ¿Estás ahiiiiii?

Abrió la puerta después de quitar la música y Carlos se la quedó mirando con la boca abierta.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha atropellado un camión? —tenía la cara sucia y su pelo medio recogido parecía una explosión de rizos que salían de su cabeza en todas direcciones.

—¡Qué amable eres! He ido a correr a primera hora y llevo dos más limpiando. No estaba preparada precisamente para pasar por la pasarela y desfilas ahora mismo —el sarcasmo no escondió la respuesta algo molesta de Adriana que lo miró parpadeando exageradamente mientras ponía morritos con una mano en su cintura, su cadera ladeada con chulería y la fregona en la otra mano.

—Ya lo veo —Carlos sonrió abiertamente. Siempre le hacían gracia las salidas de Adri —he venido por si querías venir a comer algo conmigo y por la tarde, no sé, ir al cine o lo que quieras. ¿Tenías planes?

—¡Oh! ¡Sii! ¡Claro que tengo planes! —decidió ponerle teatro a su respuesta

—Ahora mismo me iba a poner de tiros largos porque me han invitado a comer a un restaurante de cocina de autor, después tengo una sesión de fotos, que me han suplicado, para salir en la portada de una revista de moda y por la noche voy a acudir a una cena benéfica a favor del canguro arbóreo, que está en peligro de extinción y donde el cubierto vale quinientos euros. ¿Qué te parece? —le guiñó un ojo.

Carlos soltó una carcajada y la recorrió con la mirada de arriba abajo.

—Ahora ya sé porque he tenido el impulso de venir. Eres la única persona que me hace reír. En cuanto pasan unos días sin verte, necesito algo y hasta ahora no sabía qué.

—¡Vaya! ¡Pues gracias! —Adriana lo miró y por primera vez en mucho tiempo pudo apreciar que la sonrisa le llegaba a los ojos. La verdad es que tenía una sonrisa preciosa. Se quedó algo embobada mirándolo y sonrió a la vez sintiendo como algo en su interior se deshacía. Como si una piedra en su estómago a la que ya se había acostumbrado, se diluyera y se diera cuenta de cuánto tiempo hacía que no se sentía bien —Dame tiempo para una ducha, huelo a vestidor de gimnasio. Y que sepas que me alegro de hacerte reír, siempre me ha gustado dar alegría a la gente, aunque últimamente solo lo he conseguido contigo. Yo tampoco estoy en mi mejor momento.

—Lo sé. Te agradezco que siempre me escuches —Carlos la miró con cariño — ¡Venga! ¡A la ducha! ¿Te importa que ponga la tele mientras tanto? Creo que hay un partido de básquet esta mañana.

—Tú mismo. Estás en tu casa. Ponte cómodo. Si quieres una cerveza o algo mira en la nevera aunque no puedo prometerte que haya mucha variedad.

Adriana se metió en la ducha con los ánimos en mejor estado que hacía mucho tiempo. La visita sorpresa de Carlos le había alegrado de una forma un tanto extraña. Era un buen amigo, pero cuando había dicho que ella le hacía reír, le deleitó el corazón. Le gustaba sentirse necesitada de alguna manera, notar como él iba mejorando poco a poco y no estaba tan abatido como hacía unas semanas. Percibía que eran como un bálsamo el uno para el otro, como si la cercanía, las palabras, las risas, actuaran como una medicina para ambos. Esa sensación de una loción refrescante en la espalda cuando te has quemado con el sol de agosto.

Salió del baño con una toalla enroscada alrededor del cuerpo para dirigirse a su habitación y cambiarse justo cuando Carlos, de pie al lado de la estantería llena de libros, levantó la vista y ambos se quedaron un segundo observándose: Carlos descubriendo a una Adriana mojada y sonrosada con un pelo negro como la noche en el que las gotas de agua brillaban como estrellas y ella, anclándose en aquellos ojos ambarinos de largas pestañas tan dulces como la miel. Solo fue

un segundo, un instante en el que ambos descubrieron algo más del otro, no sabían bien qué y tras el cual siguieron respirando.

—No tardo nada —a Adriana le pareció despertar de un sueño *¿Qué había pasado allí?*

—No hay prisa, aún es pronto —Carlos parpadeó confuso y desvió la mirada de nuevo a los libros.

El singular momento pasó y Adriana se dirigió a su armario pensando que le apetecía sentirse guapa. No quería pensar en la razón, solo fue un impulso. En su ropero casi todo eran vaqueros y camisetas. Era una mujer a la que no le gustaba emperifollarse y la comodidad primaba sobre la moda. Pero ya hacía un calor muy veraniego y le gustaban los vestidos frescos. Rebuscó entre la ropa colgada (se recordó que algún día debería ordenar el interior de ese armario parecido a un mercadillo ambulante) y finalmente eligió un vestido corto, rojo sangre, informal y suelto con unos tirantes anchos, bastante escotado. Se calzó unas sandalias y se maquilló muy ligeramente frente al espejo de su habitación y, eso sí, se pintó los labios a juego con el vestido.

Salió de nuevo al comedor donde Carlos se había sentado frente al televisor y estaba ensimismado en la pantalla cuando levantando un brazo y saltando del sofá grito “tripleee”. Al momento escuchó la carcajada de Adriana y deslizó su mirada de arriba abajo, desde los rizos oscuros hasta aquellas piernas morenas tan trabajadas por el deporte.

—¡Caray Adri! ¡Qué guapa te has puesto! ¿Te he dicho alguna vez que estás bastante buena?

—¡Tú no! ¡Pero muchos otros sí! —frunció el ceño. Parecía que acababa de descubrir que era una mujer- ¡que lleve siempre pantalones no significa que no tenga piernas! ¿puedes dejar de mirarlas? ¡Te vas a quedar ciego si no parpadeas!

—Perdona —de pronto se sintió abochornado. El descubrimiento de aquellas piernas lo habían dejado idiotizado— ¿Nos vamos?

Salieron a la calle y se dirigieron al coche de Carlos. Pasado el momento de apuro, volvieron a la normalidad y barajaron varias opciones, decidiendo finalmente ir a comer paella a la Barceloneta. Por suerte no estaba completo cuando llegaron al restaurante elegido y ya que hacía un día espectacular, se sentaron en la terraza bajo una sombrilla en una pequeña mesa redonda. Les llegaba el olor a salitre, ese que hace respirar hondo para llevarlo bien dentro y durante unos momentos se dedicaron a observar el mar, la gran cantidad de barcos atracados a pocos metros y el ajetreo continuo de gente que pasaba por delante.

Pidieron una paella de marisco para dos y una sangría y se enfrascaron en una de sus conversaciones sobre todo y nada, explicándose todas aquellas

tonterías que desconocían del otro, de su niñez, de su adolescencia... Momentos, historias, personas, un poco de su paso por la vida, sin ahondar mucho, acercándose y alejándose, como tanteando el terreno, probando hasta donde y de qué manera, conociéndose cada día un poco más.

Las anécdotas de la niñez de Adriana no tenían fin y Carlos acabó riendo a carcajadas como siempre ella acababa consiguiendo.

—No es posible que fueras tan “petarda”. Debías tener a tus profesores en jaque —Carlos sonreía mientras bebía sangría.

—Ten en cuenta que con ocho años me suspendían hasta el recreo. Los castigos se sucedían uno tras otro. Y eso que me libré de unos cuantos gracias a Lara, que era la buena y me cubría muchas veces mintiendo por mí —tal como pronunció su nombre supo que había hablado de más —lo siento —dijo al ver que le había cambiado la cara.

—No te preocupes, no pasa nada. Es tu amiga desde siempre y yo soy un idiota —su sonrisa se entristeció.

—No quiero apenarte, prefiero hacerte reír —Adriana posó su mano sobre la de él con cariño.

—Tu siempre me haces reír —sonrió apretando su mano con gratitud.

Cap. 9 —CAMBIO DE RUMBO

Faltaban solamente un par de semanas para que finalizara el curso escolar y eso se notaba en el ambiente. Los alumnos, sobre todo los del nivel de Adriana, que acababan sexto curso y cambiarían de escuela para ir al instituto y empezar la ESO, estaban desbocados. Entre los exámenes finales, el calorcillo que presagiaba un verano ya cercano, las hormonas que empezaban a revolucionarse y la fiesta de final de curso, aquello asemejaba más un manicomio que un centro educativo.

Adriana se sentía algo sobrepasada en aquel ambiente. Ya llevaba años batallando con los ciclos cambiantes en que sus alumnos de pronto parecían estar mutando a otra especie y se transformaban en seres desconocidos para ella, que no atendían a razones, se desmadraban o se convertían en alienígenas.

Era la hora de comedor y en ese momento estaba libre. Acababa de engullir un sándwich de pavo y queso en la soledad de su clase vacía y solo se oía la algarabía algo lejana de los pequeños en el patio mientras acababa de corregir unos cuantos exámenes. Cerró los ojos un momento apoyando la cabeza en el respaldo de su silla y respirando hondo. Le costaba relajarse e intentaba en esos momentos de paz controlar su respiración e intentar calmar sus nervios alterados.

Se abrió la puerta de la clase a la vez que unos nudillos daban un par de golpes que le hicieron dar un bote y abrir los ojos asustada hasta que vio que se trataba de la directora del centro.

—Hola Adriana ¿Tienes un momento para hablar?

—Hola María. Sí, claro. Estaba acabando de corregir unos exámenes, pero si quieres voy ahora a tu despacho.

—Puedes venir ahora o esperamos a la hora de salida, como quieras.

Adriana pensó que fuera cual fuera el tema que María quería tratar, mejor no dejarlo para más tarde. Se levantó de la silla y se dirigieron al despacho de la directora al fondo del pasillo. Se sentaron y Adriana cada vez más intrigada se dirigió a ella con nerviosismo.

—¿Qué ocurre María? ¿Hay algún problema?

—¡No tranquila! Nada de qué preocuparse. Solo quiero proponerte algo.

—Tú dirás —Adriana respiró hondo y la miró a los ojos.

—Mira, solo es una opción que te voy a dar, pero antes de comunicártela quiero que te quede claro que la elección es tuya. Tú decides que hacer con mi proposición.

—De acuerdo —contestó algo más tranquila.

—No sé si sabes que Carla, la profesora de educación física del ciclo medio

y superior va a dejar la escuela.

—No lo sabía —se sorprendió Adriana —últimamente creo que he estado un poco desconectada de radio macuto y eso que tengo fama de cotilla, pero no me había enterado.

—El caso es que el curso que viene no estará en este colegio, ya que se traslada a vivir a Girona debido al trabajo de su marido y ella ha encontrado plaza en otra escuela de allí. Tenemos vacante ese puesto y sé que a ti todo lo relacionado con el deporte te entusiasma y que serías una buena suplencia en esa ocupación. No son tantas horas de clase, pero las compensarías con las extraescolares de baloncesto y los partidos de fin de semana. O sea que serías además la entrenadora de los dos equipos de ciclo medio y superior y eso te ocuparía algo de tiempo del fin de semana. No es necesario que me contestes ahora mismo, pero intenta no tardar mucho. Si decides aceptar hemos de buscar con urgencia a alguien que te supla a ti.

—María, no necesito pensarlo. Puede que te sorprenda, pero llevaba tiempo planteándome si dar clases iba a ser para siempre mi profesión porque en realidad no lo siento como vocacional. No me malinterpretes, es algo que siempre me he tomado en serio y lo he hecho lo mejor que he podido. No es por los niños en sí, es como un cansancio interno mío, no me sentía muy motivada. Pero el deporte es otra cosa.

—Precisamente por eso te lo he propuesto. Sé que hacer deporte siempre ha sido una constante en tu vida. Estuviste muchos años jugando a básquet ¿no?

—Sí, fueron casi quince años y lo disfrutaba muchísimo, diría que lo necesitaba. He hecho escalada, corro en maratones como aficionada, durante un tiempo me dio por la natación...¡en fin! Que no me lo he de pensar. Sacrificar unas horas del fin de semana tampoco me supone un problema. Vivo sola y creo que eso va a seguir así mucho tiempo o sea que casi me viene bien. Gracias por pensar en mí.

—En realidad otra persona me dio la idea —María la miró sonriendo —me gustaría llevarme el mérito, pero quien más te conoce es tu amiga del alma.

—¡Lara! —Adriana rio encantada —¡será posible! Y a mí no me ha dicho nada.

—Me comentó que no quería influirte en tu decisión, pero que estaba convencida de que ese puesto estaba hecho para ti.

—Desde luego que me conoce. Gracias de todas formas por haberla escuchado. Hablaré con Carla para que nos reunamos antes de acabar el curso y me pase la información de los alumnos y enterarme cómo funciona todo el tema de los equipos de básquet y las comunicaciones para los partidos con las otras escuelas.

—Si, ella te informará de todo. Colaborar entre vosotras como os convenga para el traspaso y yo me pongo a buscar tu sustituta.

Adriana salió sonriente del despacho pensando que a veces pasaban cosas buenas. Llevaba tantos días, semanas y meses con aquellos bajones continuos, aquel malestar que no se deshacía en su pecho, los ataques de pánico y las pesadillas, que el cambio en su puesto de trabajo fue como un soplo de aire fresco.

Sin pensarlo, se dirigió directamente en busca de Lara, aún quedaba media hora larga para volver a clase y la encontró en un rincón del patio, sentada a la sombra mientras vigilaba a sus pequeños que jugaban a pillarse y corrían unos tras otros.

Se sentó a su lado y ante la sorpresa de su amiga, que se quedó con la boca abierta la abrazó y empezó a darle besos en las mejillas mientras repetía “gracias, gracias, gracias...”

—¡Adri! ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué me das las gracias? —Lara la miraba ajena al motivo de su entusiasmo.

—¡Gracias por darle la idea a María de proponerme como profesora de educación física! ¡Es perfecto para mí! ¿No crees?

—¡Claro que lo creo!, por eso se me ocurrió comentárselo. Sabía que no estabas muy feliz dando clases de matemáticas y sociales, metida todo el día entre cuatro paredes. Necesitas moverte, el deporte siempre ha sido tu terapia y tu tabla de salvación para todo. Estar con críos no es lo que te agobia en realidad, es la falta de actividad. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Tienes razón. Me conoces más que yo misma. Ha sido una sorpresa, no me esperaba algo así, pero estoy muy contenta, creo que lo haré bien.

—Estoy segura de eso. Me hace feliz verte sonreír, últimamente no es demasiado habitual. Me alegro un montón por ti. Además te debía un favor muy grande por algo de lo que me enteré no hace mucho.

—¿Ah sí? ¿Y qué favor te he hecho yo a ti, que no me he enterado?

—Seguramente ya ni te acuerdas, hace muchos meses de tu intromisión en mi vida, por la que yo también he de darte las gracias, los resultados a causa de tu intervención fueron los mejores.

—¿De qué estás hablando? —la expresión de Adriana se convirtió en un poema al ver que Lara la miraba seria.

—Te hablo de cuando yo no quería saber nada de Alex y tu quedabas con él a mis espaldas, os llamabais por teléfono para preparar encerronas en las que nos encontraríamos “casualmente”, una noche en una discoteca, seguro que la recuerdas, un fin de año en una masía, no decirme que tenía una hija que estaba

en mi misma clase... ¿Vas haciendo memoria?

—¡Ostras! ¡No me digas que Alex te lo ha contado todo! ¡Será capullo! Eso era un secreto casi de estado...yo, yo.. sabía que tú y Alex estabais hechos el uno para el otro y...— la carcajada de Lara la sacó de su tartamudeo— ¿Ahora te ríes?

—Eso es lo que quiero agradecerte. Con tus tejemanejes conseguiste que nos acercáramos y estar con él es lo mejor que me ha pasado en la vida. Soy feliz y en parte también te lo debo a ti. La única zona oscura de toda esta historia es el daño que le hice a Carlos y que no consigo perdonarme.

—Carlos parece estar algo mejor —tal como lo dijo, cerró la boca y perdió la mirada entre los árboles

—¿Y tú como lo sabes? —Lara la miró alucinada —No tengo noticias tuyas desde hace mucho.

—Hemos quedado varias veces. No pienses nada malo. Somos amigos. De hecho yo lo conocí antes que tú, recuerda que fui yo quien te lo presenté.

—No pasa nada Adriana —a pesar de todo a Lara le molestaba un poco que no le hubiera comentado nada —me gusta que te tenga como amiga. Si lo pasáis bien juntos, me alegro por los dos.

—Vale. No es que no quisiera decírtelo, pero no quería que te sintieras mal debido a que no quiere seguir siendo tu amigo. Supongo que aún le duele y no le resulta fácil. Quizás algún día, más adelante...

—Lo entiendo Adri, de verdad. ¿Cómo está?

—Tiene días peores y mejores, pero creo que está rehaciendo su vida poco a poco. Fue un golpe que le dejaras, que no te culpo por ello ¿eh? yo siempre era la primera en decirte que os veía más como amigos que como pareja, pero para él ha sido difícil. A veces me pregunta por ti y me resulta complicado decirle lo feliz que eres sin hacerle daño —se quedó ensimismada un momento —dice que yo le hago reír...

Lara se la quedó mirando y adivinó más en su expresión soñadora de lo que la misma Adriana era capaz de intuir. Imaginarse a sus dos amigos juntos le puso una sonrisa en la boca, aunque tenía claro que eran personas muy diferentes. No había vuelto a ver a Carlos y no podía opinar, pero en el rostro de su amiga había aparecido una luz diferente, algo intangible pero que denotaba un cambio, quizás el principio de una nueva etapa.

Cap. 10 —UNO CONTRA UNO

Al llegar el sábado Adriana se dirigió a primera hora de la mañana hacia la casa de Carlos sin haberlo avisado. Sintió un impulso repentino. Desde que le habían comunicado el cambio de puesto en la escuela aún tenía más ganas de hacer deporte y tenía algo oxidado el baloncesto. Hacía más de tres años que no encestaba el balón en una canasta y quería practicar un poco ahora que llegaban las vacaciones y tenía el verano por delante.

En una de sus charlas había coincidido con Carlos en la afición por ese deporte en concreto. Él también había pertenecido a un equipo durante varios años y ahora iba al gimnasio, donde tenían cancha pero no jugaba en grupo, solo practicaba encestando un rato tras usar las máquinas o darle un rato al saco de boxeo. Los puños le hacían expulsar la rabia que contenía dentro durante el resto del tiempo.

Sería una buena pareja para practicar un poco con el balón. Tampoco había que ser Michael Jordan para enseñar a jugar a críos de diez años.

Al llegar no tuvo que llamar al portero electrónico, ya que una señora mayor salía en ese momento por el portal a pasear a su perro. Se coló en la escalera y subió en el ascensor hasta su piso. Llamó al timbre de la puerta pero a pesar de ser muy temprano nadie le contestó. Supuso que estaría dormido profundamente ¿O quizás no había pasado la noche en su casa? ¿Y si estaba acompañado y no quería abrir la puerta a nadie? No supo bien porque razón en ese momento sintió una náusea y un nudo extraño en el estómago al imaginarlo con alguna mujer a la que instantáneamente le puso cara de bruja de cuento. “*¿En qué estoy pensando? Es un hombre que está libre, es guapo, es una buena persona ¿Por qué no debería tener sus rollos? ¿Me molesta imaginarlo con mujeres? Solo es debido a que he encontrado a un buen amigo y me veo con derecho a reclamar mi parte...solo como amiga claro, será eso...¿O es que te gusta un poquito Adriana? No, no, no, reconozco que sus ojos me atraen como un imán, pero es que son preciosos y dulces.. ¿Dulces? ¿Pero tú te estás oyendo atontada?*”

Dejó sus pensamientos de lado y volvió a llamar con insistencia.

Carlos estaba inmerso justo en ese momento en un extraño sueño en el que luchaba contra un monstruo enorme y donde sus puños no dejaban de golpear mientras la sangre resbalaba por sus brazos. Se distrajo de la pelea mientras, aún sumergido en aquella representación onírica similar a un cómic de tercera, oía un timbre insistente que le martilleaba en los sensibles oídos debido a una resaca monumental.

Al menos, el monstruo oscuro comenzó a desdibujarse entre una niebla propia de Mordor, entre negras nubes y fuego incandescente, solo superado por

el pertinaz tono agudo que consiguió, por fin, hacerlo regresar de sus delirios oníricos.

Se arrastró fuera de la cama y casi cayó al suelo al tropezar con las sábanas que se habían enredado en sus piernas. Se dirigió hacia la puerta lanzando exabruptos contra quien fuera que hubiera osado despertarlo un sábado por la mañana, restregándose los ojos con ambas manos y apartando un mechón de su cabello de los ojos. Ni siquiera fue consciente al abrir la puerta de que solo llevaba puestos unos calzoncillos. Adriana se lo quedó mirando de arriba abajo, sin poder dejar de apreciar aquel cuerpo que escondían los trajes que usaba para ir a trabajar.

—¿Adri? ¿Qué haces aquí a estas horas? —su tono enfurruñado hizo que Adriana diera instintivamente un paso atrás.

—Lo siento. Solo ha sido un impulso. Venía a pedirte que me acompañaras a hacer unas canastas, resulta que...es igual, ya te lo explicaré en otro momento. Ya me voy, perdona que te haya despertado.

—No, no, perdona tú mi mal humor, no he pasado muy buena noche y... si quieres pasar y esperar a que me duche y me despeje un poco, hablamos o hacemos lo que quieras, de verdad —había conseguido abrir del todo los ojos y sonrió algo avergonzado al darse cuenta de su mínimo atuendo.- ¡venga, pasa!

—De acuerdo, pero de verdad que no quiero molestar —Adriana empezó a darse cuenta de la resaca que sufría, de las botellas vacías en la mesa y del olor a rancio y alcohol que reinaba en aquel espacio y resolvió que en algún momento debía arriesgarse a tratar aquel tema con él. No era un buen camino y esperaba que no fuera demasiado tarde para que cambiara de rumbo.

—No tardo, voy a la ducha —se giró para encaminarse hacia el baño y Adriana no pudo separar la vista de aquel trasero tan bien puesto y de su espalda de anchos hombros “*¡deja de mirar, deja de mirar!*” —Carlos se giró y la pilló en pleno repaso y sonriendo ligeramente le dijo: ¿Sería mucha molestia que mientras hicieras café? Creo que lo necesito.

—No, tranquilo. Lo hago enseguida.

Se dirigió a la cocina, hizo café para los dos y como localizó la tostadora en una estantería y un paquete de pan de molde en un armario, se dispuso a hacer tostadas. Encontró mermelada en la nevera y untó el pan con mantequilla.

Carlos apareció al cabo de un momento, vestido con un pantalón corto azul marino y una camiseta blanca con un logo azul desconocido para ella. Aún le resbalaban gotas de agua del cabello mojado. Se sirvió el café y le puso leche caliente que Adriana había calentado en el microondas.

—Espera, antes de desayunar tómate un analgésico —le entregó un vaso de agua con un ibuprofeno.

—Gracias, estás en todo —le sonrió —me duele la cabeza.

—No hace falta que lo jures, haces muy mala cara —Carlos torció el gesto—
¿No crees que bebes demasiado?

—Oye Adriana, aprecio tu preocupación por mí, pero para que me den la lata ya tengo a mi madre y a mi hermana. Estoy bien ¿de acuerdo? Ayer me pasé un poco bebiendo, pero está todo controlado.

—Vale, vale, no he dicho nada —Adriana pensó que no era buen momento, pero que aquel tema no estaba zanjado, ni mucho menos. Carlos le importaba e intentaría ayudarlo antes de que fuera tarde.

—¿Qué me decías de hacer unas canastas? ¿Te ha dado la vena deportiva? Ya sé que corres por las mañanas, pero no sabía que te gustara el básquet.

—Estuve jugando en un equipo femenino durante quince años. Era base, como puedes ver no tengo un exceso de altura y a veces también jugaba de alero. No se me daba del todo mal, aunque lo mejor era lo bien que lo pasaba. Siempre me han gustado los deportes de equipo.

—A mí también me gustan. Cuando voy al gimnasio siempre voy a la cancha un rato a encestar si está libre, pero hace mucho que no juego en equipo. ¿Y cómo te ha dado por ahí, justo ahora?

—Pues verás, ayer me llamó la directora de mi escuela para proponerme un cambio para el próximo curso.

Adriana le explicó con detalle la propuesta de la escuela que había aceptado sin dudar y Carlos la escuchó encantado al verla emocionada por algo. Se notaba que había sido una alegría en medio de los oscuros días que estaba viviendo. Carlos no sabía que había ocurrido exactamente con su ex para suspender la boda, pero debía ser algo grave, ya que Adriana siempre acababa eludiendo sus preguntas al respecto, su expresión se oscurecía y se adivinaba en su expresión tormentosa un dolor que no conseguía ocultar con demasiada habilidad. Tenía esos oscuros ojos tan expresivos que no sabían esconder secretos.

Mientras Adriana seguía hablando, se quedó colgado en ellos, intentando distinguir la pupila del iris sin conseguirlo. Eran tan negros como la noche y parecían un camino directo hacia su corazón. Bajó su mirada hacia su boca que seguía parloteando sin cesar, como hacía casi siempre que estaba un poco nerviosa, y se quedó de nuevo ensimismado ante aquellos carnosos labios rosados que parecían decir lo que las palabras no logran. En ese momento Adriana se calló de golpe, cortando su discurso.

—¿Qué? —Carlos volvió la vista a sus ojos, enrojeciendo ligeramente al ser consciente de que se había quedado absorto en sus rasgos

—No, se. Te has quedado como hipnotizado y me parecía que no me estabas escuchando en realidad

—Si te escuchaba, solo es que estoy un poco atontado. Si quieres podemos ir a mi gimnasio, te puedo colar conmigo y vamos a ver si encontramos una canasta libre. Es muy grande y hay varias canchas, aunque siendo sábado, es posible que haya partidos infantiles o juveniles.

—Solo si te apetece ¿Cómo va la cabeza?

—Mejor —Carlos se levantó a recoger las tazas y las dejó en el fregadero llenándolas de agua —me cambio y nos vamos contestó guiñándole un ojo. A ella le dio un pequeño vuelco el corazón con aquel cariñoso gesto.

Llegaron al gimnasio y se dirigieron a las canchas. Como había previsto, de las tres que había, en dos de ellas se estaban jugando partidos juveniles, pero quedaba libre una exterior. Había un par de chavales jóvenes en una de las canchas practicando tiros. Carlos les preguntó si sabían si se iba a ocupar la cancha por algún partido en breve. Le contestaron que no lo sabían, por lo que se dirigieron a la canasta del lado contrario, llevando el balón en las manos.

Carlos botó un rato el balón y se giró hacia Adriana que estaba fuera de la línea de tres puntos y observaba el cielo azul pensando que haría calor aquel día, cuando Carlos le pasó el balón sin avisar y ella en un gesto automático recogió el balón y flexionando ligeramente las rodillas lo lanzó al aro, encestando plenamente aquel tiro de tres puntos. Carlos aplaudió sonriendo.

—¡Buenos reflejos! ¿Seguro que no has entrenado últimamente?

—Ja, ja, ha sido suerte, hace como tres o cuatro años que no encesto. ¿uno contra uno?

—¡Claro! —contestó Carlos con el balón en las manos.

Antes de que le diera tiempo a botar el balón, Adriana se lo había robado de las manos y había vuelto a encestar. Carlos reaccionó y se plantó delante suyo defendiendo, lo que parecía un abuso por la diferencia de estatura, pero ella era más rápida y se coló bajo su brazo volviendo a encestar. Carlos le robó el balón y ella se le plantó delante arrimándose y bloqueándolo, con un ímpetu que empezó a ponerlo nervioso. Él era mucho más grande y tenía más fuerza, no era cuestión de que acabara tirada por los suelos, no quería que se hiciera daño. Adriana se giró ligeramente y le clavó el hombro en el esternón.

—¡Ehh! ¡Eso ha sido falta!

—¿Y dónde está el árbitro hombretón? ¡Venga reacciona! ¿O es que me tienes miedo?

—De acuerdo tú lo has querido.

A partir de ese momento empezaron a jugar en serio, robándose el balón continuamente y encestando mientras contaban los puntos a gritos. Los dos se encontraron de golpe inundados de adrenalina, sudando y dejando descansar sus mentes, solo disfrutando del esfuerzo compartido. Adriana, a pesar de ser mucho

más pequeña, le ganaba en velocidad y era buena esquivándolo. Iban muy igualados y Adriana que sudaba copiosamente y que llevaba una ligera sudadera encima de un top de tirantes, levantó una mano, parando un segundo el juego para quitársela. Se la sacó por la cabeza y la tiró lejos al suelo y a Carlos se le secó la boca al verle el ombligo. Cuando reanudaron el juego y ella se arrimaba para intentar robarle el balón, empezó a despistarse en serio al sentir el roce de sus pechos, hasta que en un salto Adriana chocó con su cuerpo y resbaló hacia abajo frotándose contra él. O eso le pareció.

Algo había cambiado y ya no estaba muy seguro de a qué estaban jugando. Ella también se frenó y ambos se quedaron mirando, respirando agitadamente y descubriendo algo nuevo entre ellos ¿deseo?

—Oye, ¿Qué está pasando aquí? —la voz de Adriana sonó algo temblorosa y entrecortada.

—No estoy seguro —a Carlos el corazón se le salía del pecho.

—Yo sí —respiró hondo y se lanzó a la piscina- Te deseo. Lo acabo de descubrir y no se disimular las cosas. Prefiero ir de frente.

—Ehhh... si, has sido muy clara. Me gusta.

—¿No vas a decir nada?

—No. Voy a besarte.

Y sin darle tiempo a reaccionar, Carlos la tomó de los hombros en un impulso, la acercó a él y le asaltó la boca mientras sus manos abarcaban su cintura y su lengua se introducía en su boca sin pedir permiso. Adriana, una vez superada la sorpresa inicial, se entregó a aquel nuevo juego con ganas. En más de un momento había fantaseado sobre cómo sería y la realidad estaba superando a la imaginación en todos los sentidos. Carlos ya no pensaba, solo sabía que aquella boca lo estaba volviendo loco. Hasta que una imagen de Lara apareció como un flash en su mente y le hizo apartarse y deshacer el contacto. Adriana se lo quedó mirando con la boca abierta.

—¿Qué pasa?

—Lo siento. Perdona, no debería...

—¡Ni se te ocurra disculparte por haberme besado! Oye, ya sé que esto no significa nada, solo es atracción física, química, llámale como quieras.

—Pero debería haber...

—¡Pero nada! ¡No me hagas enfadar! ¿Vale? Somos adultos, somos amigos, nos hemos besado y ya está. ¿Podemos dejarlo ahí? ¡Pero no se te ocurra pedirme disculpas! Si yo no hubiera querido, te aseguro que no hubiera pasado.

—Vale, ya me callo. Pero creo que es mejor que lo dejemos ahí. No creo que nos convenga acostarnos, no sería...

—¿Quién te ha dicho que yo quiera acostarme contigo? —Adriana en el

fondo se había sentido rechazada y no podía soportar que le pidiera perdón por ese motivo. Y menos que ya estuviera descartando que ella podría ser lo suficientemente atractiva para que hubiera algo entre ellos.

—Nadie, tienes razón. Perdo...

—¡Oh! ¡Cállate ya!

Más cabreada que en mucho tiempo, Adriana se dirigió a los vestuarios a grandes zancadas para meterse en la ducha. El agua fría consiguió aligerar algo su mal humor y al salir se secó y se miró en el espejo del vestidor. No hacía mala cara, parecía que sus ojeras habían mejorado un poco, últimamente dormía mejor. Se sonrió en el espejo pensando en aquel beso inesperado que tanto le había gustado, pero al pensar en las disculpas del idiota del día, suspiró con resignación. Buscaría la paciencia que necesitaría con él en algún rincón de su interior.

Al salir al exterior Carlos la estaba esperando en el vestíbulo y le sonrió tímidamente, como tanteando su talante. Al ver que ella le sonreía en respuesta, respiró tranquilo. Si algo no quería perder era su amistad, solo por eso no quería que se enredaran. No es que no la deseara físicamente, ya había comprobado de sobras que sí con aquel beso, que dicho sea de paso le había impactado; pero su amistad valía más que unas horas de sexo y no pensaba estropearla. Había encontrado a la única persona con la que, en aquel momento de su vida se encontraba a gusto y no quería que nada cambiara. Se miraron mientras salían a la calle y él le pasaba un brazo sobre los hombros.

—¿Amigos?

—¡Claro! Somos amigos ¿no? ¿Me acompañas a casa y pongo al horno una lasaña que tengo congelada y que ha cocinado mi madre? Te digo lo de mi madre porque vas a chuparte los dedos, está buenísima.

—¡Me encanta la lasaña!

Aquel episodio parecía olvidado pero a ambos les quedó un rescaldo en su interior, una ligera inquietud que ninguno de los dos sabía muy bien donde situar. Dos almas heridas que parecían empezar a sobrevivir en una simbiosis beneficiosa y cicatrizante, pero que intuían que podía acarrearles otras consecuencias imprevistas. Ninguno estaba preparado para acumular más problemas de los que tenían en ese momento de sus vidas, sin saber si sería suficiente la fuerza de voluntad cuando se imponen los impulsos ante la razón y el corazón está en juego.

Cap. 11 —HÁBLAME

La distancia entre el piso de Carlos y el de Adriana se podía cubrir paseando en media hora, por lo que decidieron caminar un rato y comer juntos la prometida lasaña.

Charlaron animadamente durante el trayecto, dejando atrás la incomodidad que les había producido aquel beso y la poca habilidad que habían tenido ambos en digerir el impacto que les había causado. En una especie de pacto silencioso lo dejaron a un lado y el buen humor regresó.

Al llegar al portal de Adriana, esta sacó las llaves, empujó la puerta y mientras reían, abrió el buzón de manera mecánica como había hecho siempre. Recogió los papeles de propaganda casi sin mirarlos y vislumbró entre ellos un par de sobres blancos. Se quedó paralizada, dejó de hablar y un temblor le recorrió la espalda con un mal presentimiento. El primer sobre era una factura de su compañía eléctrica y al apartar el segundo la respiración le falló al leer solo su nombre en letras mayúsculas y tinta negra.

Carlos detectó que algo ocurría al notar su silencio; se había quedado del color de la cera y sus manos temblaban. La asió por los hombros para hacerla reaccionar y Adriana se echó para atrás como si se quemara.

—¡Adriana! ¿Qué ocurre?

—Carlos, quizás es mejor que te vayas ahora —su voz también temblaba y sus piernas casi no la sostenían, tenía las rodillas de gelatina.

—Por favor, dime que te ocurre. ¿Has recibido alguna mala noticia? Ha sido abrir el buzón y algo ha cambiado en ti totalmente. No me pienso ir y dejarte así —su rostro revelaba los esfuerzos que estaba haciendo por no ponerse a llorar y se sintió mal por ella.

—Es que... ahora no puedo hablar...- no pudo seguir articulando ni una sola palabra más debido al nudo que se hacía cada vez mayor en su garganta y que la estaba ahogando hasta doler.

—Vamos, te acompaño arriba —Carlos le puso la mano en el hombro y la dirigió hacia las escaleras.

Subieron hasta el ático y al ver cómo el temblor le hacía tintinear las llaves, se las cogió para abrir la puerta. Justo cuando acababan de cerrarla a su espalda, la respiración de Adriana se atrancó en su garganta, dejó caer el contenido del buzón al suelo y arrancó de golpe a llorar con un aullido lastimero que recordaba a un cachorro herido. Se tapó la cara con las manos mientras sollozaba y Carlos con un sentimiento de impotencia como no había sentido nunca, se la quedó mirando paralizado, con los ojos muy abiertos a la vez que un nudo se instalaba

en su pecho. Reaccionó por fin y se acercó a ella abriendo los brazos.

—Ven aquí, déjame abrazarte, por favor.

Adriana se lanzó a sus brazos con una necesidad nacida de la desesperación y el miedo visceral que le había producido ver otro nuevo sobre blanco con su nombre. Se abrazaron durante un buen rato hasta que Carlos la cogió en brazos y llevándola hacia el sofá se sentó con ella en su regazo. Los sollozos fueron bajando poco a poco de intensidad. Carlos acariciaba su espalda y su melena, mientras besaba su cabeza y la calmaba como lo haría con un bebé, murmurando palabras tranquilizadoras y acunándola entre sus brazos.

—¿Estás mejor?

Adriana asintió aunque no le salieron las palabras entre los hipidos que no podía controlar. Se sentía avergonzada pero no había podido evitar su reacción. Apartó la cara de su cuello y lo miró a los ojos. Carlos detectó una tristeza infinita en ellos y quiso tener el poder de cambiar de alguna manera aquella mirada. Adriana era pura energía cuando sonreía, contagiaba su risa y sus ojos se iluminaban. Transmitía vitalidad. En ese momento la veía tan apagada, tan débil, que un instinto de protección lo inundó y quiso ayudarla como fuera. Pero antes debía saber que era lo que ocurría.

—¿Me lo vas a explicar? Háblame Adriana, por favor. Quiero ayudarte con lo que sea que ocurra.

—Lo siento, yo...

—Adri, no te disculpes por reaccionar así a lo que sea que lo ha producido; sin duda es una razón importante para haberte dado este disgusto. ¿Qué había en el buzón?

—Es largo de explicar.

—Tengo tiempo. Pero si lo prefieres, no tienes que hablar ahora mismo. Relájate, date una ducha caliente, yo preparo la comida si me dices dónde está todo y cuando te sientas a gusto me lo explicas ¿de acuerdo?

—¿Te vas a quedar? —su voz parecía la de una niña asustada.

—¡Claro que me voy a quedar! Si tú quieres. Te acabo de ver en un momento muy bajo y no es curiosidad lo que siento, no te confundas. Te considero mi amiga y quiero ayudarte si puedo. Y aunque solo sirva mi compañía o no tenga el remedio a tus males, puedo estar aquí contigo.

—Gracias Carlos, me has dado justo lo que necesitaba ahora mismo. Pensaba que al verme llorar como una idiota saldrías corriendo de aquí.

—¿Tan mal concepto tienes de mí? No me gusta ver llorar a nadie, pero menos a las personas que...aprecio.

Adriana se dio cuenta de su vacilación y supuso que decir que la quería y no matizar como amiga, hubiera dado lugar a malinterpretar sus palabras.

—De acuerdo. Saco la lasaña del congelador y voy a la ducha. Si quieres puedes hacer mientras tanto una ensalada. Mira a ver que encuentras en la nevera.

Mientras Adriana se dirigía al baño y Carlos a la cocina, vio los papeles y cartas que Adriana había recogido del buzón que seguían en el suelo. Los recogió y los dejó sobre la mesa, no sin antes sucumbir a la curiosidad de echar un vistazo al par de sobres blancos. Al ver el nombre de Adriana, sin dirección, en aquel sobre sin matasellos ni remitente, dio por hecho que era la causa de su disgusto. Esperaba que hablara con él y le explicara que estaba ocurriendo.

Ya en la cocina, mientras abría la nevera y encendía el horno para poner dentro la lasaña, el ruido del calentador al ponerse en marcha le indicó que Adriana ya estaba bajo el agua. No sabía explicarse por qué razón, la asociación de ideas del calentador en marcha y la imagen del cuerpo mojado y desnudo de Adriana bajo el chorro de agua de la ducha, se formó claramente en su imaginación. Cerró los ojos queriendo apartar esa imagen, pero solo consiguió hacerla más nítida.

“¿Por qué me imagino a Adri desnuda en la ducha? Hace demasiado tiempo que no estoy con una mujer, seguro que es eso. Uno tiene necesidades y después del beso de antes...no sé, es como si la viera de manera diferente. Como una mujer... eso es. Pero no me voy a acostar con ella. ¡Ni hablar! Es mi amiga y lo pasamos bien juntos. Estar junto a ella me ayuda y me siento agradecido. Es como si a través de ella estuviera conectado con Lara. Lo que pasa es que puede que haya una ligera atracción, a ver, que uno no es de piedra. Veía a Adri solo como una chica mona, pero si te fijas bien, tiene unas piernas preciosas, una boca atrayente, un culito...¡Basta ya! Es tu amiga y así va a seguir...”

Se dedicó a preparar una ensalada con una bolsa de lechuga troceada, un aguacate y trozos de queso de cabra que encontró en la nevera. Detectó un pote de cristal que contenía nueces, cogió unas cuantas para añadirlas y preparó un aliño de aceite de oliva, vinagre y miel.

—Mmm, esa ensalada tiene muy buena pinta —Adriana apareció en la cocina, recién salida de la ducha y vestida con unos shorts y una camiseta de tirantes y unas chanclas.

Carlos se giró y le sonrió.

—¿Te importa que me duche? Hemos sudado bastante en la cancha y estoy un poco incómodo.

—¡Claro! Te lo iba a decir ahora. Te he dejado una toalla limpia en el baño.

Mientras Carlos se duchaba, Adriana decidió que le explicaría toda su historia con Fran. Después de verla desmoronarse hacía un rato y haberse portado tan bien con ella, se merecía un relato completo para hacerse una idea de

por lo que estaba pasando. Esperaba que no la considerara una idiota por haberse dejado engañar tan fácilmente. Inspiró hondo y puso la mesa para los dos, recogió los papeles de la mesa pero no se atrevió a abrir el maldito sobre hasta que no estuviera Carlos a su lado. Lo dejó sobre el mármol de la cocina y optó por comer primero, a pesar de que no tenía hambre, y hablar después.

Carlos se unió a ella en la mesa, alabó la lasaña de su madre y tuvieron una conversación de todo y nada, sin tocar el tema del sobre que tanto había alterado a Adriana, sabiendo que llegaría el momento.

—¿No te acabas la lasaña?

—Me he quedado sin hambre, tengo el estómago revuelto ¿La quieres tú?

—Si, ¡está buenísima! ¿Cocinas tan bien como tu madre?

—¡Qué va! Yo solo me defiendo con lo más básico. Pero no se me da mal la repostería. Si quieres un día preparo un pastel para que lo compruebes. ¿Quieres un café?

—Si, gracias.

—Ahora lo traigo, yo voy a hacerme un té.

Carlos recogió la mesa y los dos se dirigieron al sofá a tomar el té y el café, dejándolos sobre la mesilla baja que tenían delante. Adriana llevaba en la mano el sobre con su nombre.

—Háblame Adriana. ¿Me puedes explicar que pasa?

—De acuerdo. Quizás primero debería abrir el sobre y leer lo que pone, pero no me veo con fuerzas. ¿Puedes hacerlo tú por mí? Lo que te puedo adelantar es que se quién es el remitente. Es de Fran, mi ex. No es la primera que envía.

—¿Estás segura? —Carlos empezaba a ver a donde se encaminaba aquello y no le daba buena espina.

—Sí. Por favor ábrelo.

Carlos rasgó el sobre y sacó una hoja doblada del interior. La desplegó y le cambió la cara al leer el contenido

“¿QUE ESTAS HACIENDO AHORA CON ESE TÍO, YENDO A SU CASA Y SALIENDO CON EL? TE RECUERDO QUE ERES MÍA Y ESO NO VA A CAMBIAR. NO SE TE OCURRA ENVIARME A LA POLICIA OTRA VEZ O EL IDIOTA QUE TE ACOMPAÑA PAGARÁ LAS CONSECUENCIAS DE TOCAR LO QUE ES MIO. TE VIGILO Y PREFIERO VERTE MUERTA ANTES QUE CON OTRO.”

—¿Qué significa esto? ¡¡Este tío está completamente loco!! ¡Esto es una amenaza en toda regla!

—¿Qué pone?

Carlos le leyó aquella nota desafiante y provocadora a la vez que observaba su reacción.

—¿Lo has denunciado? ¿Desde hace cuanto tiempo recibes estas notas? Está claro que no es la primera vez.

—Lo denuncié hace unas semanas.

—¿Puedes empezar por el principio para que me haga una idea de cómo es posible que recibas una nota como esta?

Adriana respiró hondo y supo que había llegado el momento de hablar.

—De acuerdo. No quisiera involucrarte en mi vida de esta manera ni que te veas implicado en mis problemas. Pero empezaré por el principio. Si después prefieres no volver a verme lo entenderé. Al fin y al cabo en esa nota tú también estás amenazado. Sabes que estuve saliendo unos meses con Fran y que al cabo de poco tiempo me pidió que me casara con él —Carlos asintió— esos fueron los meses casi idílicos, en los que me enamoré y, en teoría, él también se enamoró de mí. Reapareció en mi vida por casualidad, a pesar de que ahora sé que no lo fue, mi antiguo mejor amigo de la infancia y la adolescencia. Junto a Lara fuimos como los tres mosqueteros, uno para todos y todos para uno. O ese es el recuerdo que yo tengo. Fran era un niño bastante gordito y torpe que recibía burlas de algunos compañeros de escuela, que no soportaba las clases de educación física, era tímido y bastante apocado, pero muy listo. Lara y yo lo acogimos como nuestro amigo y confidente aunque al llegar a la adolescencia y empezar a fijarnos en el sexo contrario, yo nunca lo tuve en cuenta como una posible pareja para mí. Lo quería como a un amigo, pero, por lo que he podido averiguar después, él estaba colgado conmigo, enamorado, obsesionado, llámale como quieras, y yo, sin enterarme de nada, le explicaba mis primeras experiencias con los chicos, sin imaginar ni por un momento que estaba plantando la semilla de lo que se ha convertido en una pesadilla.

—¡No me digas que vas a culparte de estar recibiendo esas cartas!

—¡No! ¡No es eso! Pero es para hacerte entender cómo ha ido todo. Sin ser consciente de nada en aquella época, yo le explicaba mis primeras andanzas y lo que me atraían los deportistas del instituto, algunos con pocas neuronas y mucho músculo. Yo era bastante tonta en aquella época, algo nada inusual a esa edad. Supongo que eso fue un revés para él, que seguía teniendo un físico poco atractivo a pesar de tener una cara agradable. Las chicas no se lo miraban dos veces.

—¿Cuándo dejasteis de veros?

—Antes de entrar en la universidad. Yo seguí los pasos de Lara y me matriculé con ella para hacer Educación Primaria y en el verano perdimos en contacto. Sus padres se mudaron, cambiaron de teléfono y él ni siquiera nos avisó, lo supimos por un compañero de la escuela. Todos seguimos haciendo nuestras vidas, estudiando, saliendo...en fin, lo que se hace a los dieciocho o

veinte años y nunca más supe de él.

—Hasta el año pasado.

—Sí —Adriana suspiró recordando el momento— Nos encontramos por casualidad, o eso pensaba entonces. Me saludó en medio de la calle y te juro que no lo reconocí. Alto, guapo...me dijo que era bombero y que había hecho un gran esfuerzo por conseguir dejar atrás sus muchos quilos de más. Hacía años que llevaba un entrenamiento inflexible que no dejaba de practicar ni un solo día. Controlaba lo que comía y se cuidaba. Fue un impacto volver a verlo y no reconocer al niño y al adolescente que recordaba. En seguida me sentí atraída. A lo mejor soy una superficial que solo mira el físico de las personas.

—Adriana, por favor, deja de menospreciarte. Creo que te conozco lo suficiente para saber que eso no es cierto. Quieres a tus amigos y te entregas completamente a los demás. ¡Tú no eres nada superficial!

—Gracias. Bueno, el caso es que empezamos a vernos y no tardamos nada en acostarnos y empezar a salir. Todo parecía ir perfectamente. Lo pasábamos bien y empezaron a aflorar los sentimientos, al menos por mi parte y creía que por la suya también. No se me ocurrió pensar en ningún momento que existía ningún plan premeditado por su parte. El día que me pidió que me casara con él, me impactó tanto que, en un primer momento, hui despavorida y acabé emborrachándome con Lara aquí mismo, en este sofá.

—¿Lara borracha? ¡No me lo puedo imaginar! —A Carlos le extrañó.

—Bueno, justo en ese momento lo habíais dejado y Alex y ella... creo que es mejor volver a mi historia otra vez— Carlos asintió con expresión triste —El caso es que nos comprometimos y pasamos un fin de año magnífico en una masía en los Pirineos, con un montón de amigos. Fueron los días perfectos, justo anteriores a que las cosas empezaran a torcerse.

—¿Qué fue lo que cambió?

—Al principio fueron cambios casi imperceptibles y los achacaba a tener un mal día, demasiado trabajo, no sé, circunstancias que pueden hacer que contestes de mal humor. Cualquier pequeña desavenencia sin importancia se convertía para él, en algo mucho mayor. Malas palabras, críticas a mi vestuario cuando no lo había hecho antes, celos injustificados. En aquel momento debería haber sospechado que algo no andaba bien. Era tratada injustamente, me sentía como un reo que es inocente en la silla eléctrica, como una bruja en una hoguera. Veía que no creía en mí, su desconfianza me cogió por sorpresa y empecé a sentir una soga alrededor del cuello que cada día apretaba más.

—Estabas enamorada y eso no te dejaba ver con claridad.

—Es posible, pero me siento muy tonta ahora mismo cuando lo pienso. Se me abrieron los ojos el día en que, en medio de una discusión me agarró de los

brazos apretando tanto que me los dejó amoratados. Aquello me puso en guardia pero aún fui lo suficientemente idiota como para seguir con él unos días más.

—Deja de culparte Adri. A veces es difícil ver más allá cuando los sentimientos se imponen. Acabas justificando comportamientos injustificables. Pero somos humanos y nos equivocamos.

—El caso es, que ese día hablé con Lara y al enseñarle los brazos Alex me hizo fotografías y los dos intentaron que lo denunciara, pero no lo hice. Quedamos al cabo de unos días, fui a su casa y...- se quedó callada un momento, aquello era difícil —en fin, si no hubiera tenido los reflejos suficientes para incrustar mi rodilla en sus partes, es posible que... me hubiera golpeado o violado. Estaba fuera de sí, se había convertido en alguien que no conocía. Fue un jarro de agua fría darme cuenta de lo ciega que había estado. Mi novio era un maltratador. Sus besos me cortaron el labio, volvió a dejarme los brazos amoratados...y los pechos. Me dijo un montón de barbaridades, que yo era la culpable de todo. Que toda su vida me había querido y que yo era suya. Me amaba y me odiaba. Soy su obsesión Carlos. Está enfermo y mi miedo es que acabe destruyéndome.

—No tienes por qué seguir hablando —Carlos sufría al ver resbalar sus lágrimas de nuevo, pero no se atrevía a tocarla. Adriana lo miró a los ojos.

—A partir de entonces empezó el acoso. Cientos de llamadas, al móvil, a casa. Cuando me sonaba el móvil y veía su número empezaba a sudar, me temblaban las manos porque sabía que a esa llamada seguiría otra y otra más. Ese sonido, y que conste que he cambiado la melodía varias veces, hacía estallar mi cabeza, incluso me parecía escuchar voces, gritos, llantos... he tenido varios episodios de ataques de pánico. También me seguía a veces y lo veía de lejos en la calle espiándome. Cartas amenazantes en mi buzón. A veces me esperaba en mi portal o me seguía por las noches al volver a casa. Te aseguro que vivir con miedo es lo peor que me ha pasado en la vida. Empezaron mis pesadillas y mi vida se convirtió en una montaña rusa. Hasta que Lara y Alex me convencieron para denunciarlo.

—¿Y después de eso te sigue enviando cartas?

—He tenido unas semanas tranquilas desde entonces, en las que ha desaparecido de mi vida. O eso empezaba a creer. La policía le dio un aviso y le advirtió que me dejara en paz. Lo ha hecho durante un tiempo. Por eso, encontrar esa carta hoy, me ha afectado tanto. Ha sido como volver a empezar, justo cuando creía que podía salir de ese agujero tan hondo y oscuro. Siento haber montado este show delante de ti.

—Mírame, por favor —Carlos le levantó la barbilla con sus dedos para tener sus ojos a su altura— ¿Para qué están los amigos? Tú no has montado ningún

show, solo has reaccionado con un miedo completamente comprensible. No quiero que estés sola en esto, quiero ayudarte si me dejas. No se aún como puedo hacerlo, pero estoy aquí para ti.

—Hoy me has ayudado mucho. He podido soportar esto mejor que otras veces porque tú me estabas abrazando y era justo lo que necesitaba- apoyó la cabeza en su hombro y Carlos le besó en la frente. Aquel gesto tan tierno llegó al corazón de Adriana en línea recta y sonrió apartando sus lágrimas con los dedos.

—Ahora llegamos a la parte práctica. Has de avisar a la policía de esta nueva nota y si lo vuelves a ver cerca de ti, pedir una orden de alejamiento. Yo te acompaño, si quieres.

—De acuerdo. No se lo diré a Lara, no quiero preocuparla en su estado. Iremos el lunes y les llevaré la carta. Pero me sabe muy mal que te veas involucrado en esto. Me habrá seguido más veces y al verme contigo te está amenazando también. No quiero que te haga daño.

—Tranquila, se defenderme. Creo que solo quiere asustarte, seguramente enfrentarse a un igual es para él más difícil que abusar de una mujer que pesa la mitad que él. Ahora quiero que te relajes y no pienses en él. ¿Pongo música o prefieres ver alguna película?

—Lo que tú quieras, yo voy a cerrar los ojos, se está muy bien así —Adriana sonrió mientras se acurrucaba a su lado en el sofá y suspiraba mientras Carlos le rodeaba los hombros con su brazo apoyándola en su pecho.

Cap. 12 —EL MEJOR SUEÑO

Se quedaron en el sofá y Adriana se durmió plácidamente abrazada a Carlos, que se sentía muy a gusto con ella recostada a su lado y su cabeza apoyada en su pecho.

Rodeada por el brazo de Carlos, Adriana cayó en un sueño profundo al librarse de la tensión ocasionada aquel día, consiguiendo relajarse de momento hasta que empezó a soñar...

“¿Cómo es posible que haya tanta gente en estas calles del centro, que a veces es imposible dar un paso sin tropezar con los demás? Las calles abarrotadas a media tarde de un sábado, los comercios abiertos y llenos desde donde se escuchan melodías dispares, calles con transeúntes que avanzan en dos direcciones como pasillos humanos...ruido, claxon de coches, calor...¡tanta gente y que sola me siento!. Las terrazas llenas a rebosar bajo los toldos y sombrillas, aroma de café y de humo, de comida. Puestos ambulantes de cerámicas, bisutería, ropa, libros, pinturas; voy paseando sin rumbo ni destino ¿Qué hago aquí? Busco algo que no encuentro, esa ansiedad que anida en mi pecho, esa necesidad que no soy capaz de definir, ese vacío en las entrañas, ese “algo” que desconozco, me está llamando. La sensación es tan angustiosa y potente, el agobio entre tanta gente cada vez mayor, que empiezo a buscar con la mirada”

Carlos empezó a notar como Adriana se tensaba, quizás estaba soñando, se la veía inquieta y parecía murmurar en sueños. Esperaba que no tuviera una pesadilla. Ya lo había pasado lo suficientemente mal durante aquel día. La atrajo más aún hacia él y le apartó el cabello de la frente.

“Paseo la vista entre la marea humana, a lo lejos, intentando distinguir ese algo que me llama, que tira de mí como un imán. Me aparto los rizos que me caen sobre los ojos y entonces lo veo a lo lejos, lo reconozco, lo necesito. Nuestras miradas se cruzan, se enlazan, se anudan fuerte para no separarse. Y en ese mismo instante, como si fuera un truco de magia, como un hechizo de cuento, como una maniobra del destino, el mundo se para, se congela el tiempo, se hace el silencio absoluto, las personas inmóviles, las aves inertes en el cielo en pleno vuelo, los coches parados, los ruidos enmudecidos, los aromas desaparecidos en un aire estático. Solo él y yo en movimiento, avanzando el uno hacia el otro entre las estatuas humanas, con nuestras miradas entrelazadas, las sonrisas entregadas, la necesidad creciendo a cada paso... es un reencuentro con mayúsculas, ese tan ansiado, tan soñado, hasta llegar el uno ante el otro, hasta unir nuestros labios en un beso eterno y nuestros brazos atrapando nuestros

cuerpos”

Carlos notó como el brazo de Adriana se extendía sobre su pecho y lo apretujaba hacia ella, su cabeza se giró hacia su cuello y... ¿le estaba besando? ¡Ay Dios! No sabía qué debía estar soñando, pero él no era de piedra y esa situación le estaba haciendo sentir muy incómodo. Intentó apartarse ligeramente, pero solo provocó que lo estrechara más fuerte, ciñendo su cintura. Si seguía bajando iba a tener un problema...

“Nunca he sentido un abrazo igual, uno que entrega todo lo que eres, que da y recibe sin medida, que ofrece el corazón en las manos. Un abrazo esperado durante siglos, como en una comunión de las almas, como un reencuentro entre dos vidas eternas, quizás vidas anteriores, quizás futuras, un infinito sin principio ni fin. Reconozco su cuerpo, su olor inconfundible, sus labios suaves y firmes, el tacto de sus manos. Conformar un todo por fin, supliendo la carencia que sufría en silencio. Un abrazo inmortal e imperecedero. Y unas palabras solo oídas en sueños... te quiero... ¡Cómo te he echado de menos!...”

Carlos no sabía qué hacer “¿*He entendido te quiero? ¿Debería despertarla?*” Si seguía así se sentirían violentos cuando despertara, había empezado a subir su pierna sobre la de él. Se le estaba enroscando al cuerpo como una serpiente de la que no tenía claro querer escapar, mientras con sus movimientos iban resbalando hacia un lado del sofá quedando casi en posición horizontal. Adriana se encaramó aún más quedando sobre el cuerpo de Carlos, que no sabía dónde poner las manos.

“Aquel inmenso abrazo, que podía durar un segundo o toda la eternidad, la hizo sentir tan completa por fin, tan entera y viva como no se había sentido nunca, que por un momento pensó que estaba soñando. Justo cuando estaba disfrutando de la felicidad más absoluta con el mundo en suspenso, todo volvió a ponerse en movimiento, los coches volvieron a circular, las aves a volar, los olores a resurgir y los sonidos a invadir su calma. Pero él seguía allí. Carlos... ¡por fin te he encontrado!

Carlos casi sudaba tinta; no es que Adriana pesara mucho, la tenía totalmente estirada encima de él y la verdad es que era muy agradable. El problema era que se estaba excitando demasiado y si se despertaba en ese momento lo iba a notar. Pensó que lo mejor sería intentar incorporarse sin despertarla. Puso sus manos en su cintura a la vez que intentaba levantar la espalda para volver a sentarse.

“Por fin juntos, aquello no era un sueño, era una maravillosa realidad, notaba sus hombros, acariciaba sus brazos, lo sentía pegado a ella y no hacían falta palabras. Sentía su excitación, su deseo cuando la alzó en vilo para...”

Adriana despertó sobresaltada y se encontró casi estirada sobre el sofá, encima de Carlos que la miraba con los ojos desorbitados y cara de apuro,

mientras ella intentaba centrarse en la realidad. Había tenido un sueño increíble y el protagonista estaba bajo ella. Parpadeó y lo miró interrogante.

—¿Puedo preguntar qué ha pasado para que me despierte en esta postura?

—Pues no lo sé exactamente. Me ha parecido que estabas soñando, me abrazabas muy fuerte y me has ido tumbando en el sofá —Carlos obvió que le había estado besando el cuello para que no se sintiera aún peor.

—¡Vaya! Así que ha sido un sueño. Ha sido maravilloso.

—¡No me lo expliques, por favor!

—Tú eras el protagonista —Adriana se encontraba todavía medio inducida por el sueño y se resistía a apartarse por lo que empezó a mover lentamente sus caderas.

—Adriana, por favor, levántate —el tono más serio de Carlos la hizo reaccionar y se apartó de un salto.

—Perdona, no sé qué me ha pasado, creo que aún estaba influida por el sueño. ¿He dicho o hecho algo raro? ¡Qué vergüenza!

—¡No, no! No pasa nada, creo que solo te has dejado llevar por lo que sea que soñaras y me has abrazado... supongo que necesitabas un abrazo. No le des más importancia.

—Seguramente —Adriana se sintió confundida.

En su sueño todo había sido maravilloso y le había dejado unas sensaciones que no sabía definir. Había sido una especie de alucinación cargada de sentimiento, envuelta en anhelo y necesidad, como si se reencontraran, pero eso no tenía ningún sentido, Carlos y ella nunca habían sido pareja ni habían estado juntos. Pero recordaba cada instante de su sueño con total nitidez.

Se colocó bien sentada en el sofá, igual que Carlos, al que miró con curiosidad.

—¿Te he hecho sentir incómodo?

—No pasa nada, de verdad, mejor dejemos el tema.

—Mira Carlos, yo no soy de dejar los temas aparte cuando incomodan sino de darles una vuelta y dejarlos aclarados. Las cosas que se dejan debajo de la alfombra porque molestan, se acaban pudriendo. Valoro nuestra reciente amistad, sobre todo en lo que se ha convertido en los últimos tiempos y aprecio el apoyo que me das. Y por eso mismo voy a ser franca contigo y te voy a soltar lo que me está rondando por la cabeza y tu haz lo que te parezca con ello. Me gustas. Me gustas muchísimo —Adriana pudo apreciar el cambio de expresión en la cara sorprendida de Carlos, pero ya que había empezado no se iba a quedar a medias —y cada vez que nos vemos siento que te... deseo.

—No sé qué...que decir... yo...— tartamudeó

—No es necesario que me digas nada. Ya sé que tú no me ves a mí de la

misma manera. También sé que sigues enamorado de Lara y por eso te quiero aclarar que lo que siento no es nada romántico, solo es atracción. Es como el beso que nos hemos dado esta mañana. No me digas que no has sentido un poquito de deseo por mí, lo que quiero decir...

—¡Eh! ¡Para el carro! —Adriana se calló de golpe —no hace falta que hables por mí. Cuando nos hemos besado yo también te he deseado, como no había deseado a nadie desde la ruptura con Lara, y ahora, cuando estabas dormida, me has abrazado y te has enroscado en mi cuerpo, también me he excitado. A ver, no entiendas las cosas como no son. Quieres hablarlo, pues hablemos. Tú me atraes como mujer, eres guapa, tu boca es como un imán cuando la miro y tus piernas más o menos lo mismo. Me encantan tu cara y tu cuerpo. Pero no quiero que pase nada entre nosotros, porque aunque me atraigas físicamente, lo mejor para mí es haber encontrado a una amiga de verdad. Me gusta pasar tiempo contigo, me haces reír, creo que lo mejor de todo es que nos estamos ayudando, de alguna manera, el uno al otro. Tanto tu como yo estamos mejor desde que nos vemos ¿O no? Y no quiero perder eso. Si intentáramos tener una relación, teniendo en cuenta nuestro pasado reciente, seguramente sería un auténtico fracaso. Solo conseguiríamos hacernos más daño. ¿Podemos ser simplemente amigos?

—A ver Carlos, que yo no te estaba proponiendo matrimonio, ni siquiera una relación. Pero también existe un concepto diferente ¿Amigos con derecho a roce? No tiene por qué ser nada serio, solo sexo sin compromiso, sin ataduras de ningún tipo. Sería un entretenimiento quemar las sábanas contigo.

—No te creas que no me atrae que me propongas algo así, en realidad me siento halagado. Pero no estamos pasando por nuestro mejor momento. Si nos lanzáramos a algo así, no creo que tuviera buenas consecuencias, no sé cómo explicarme. Te quiero como amiga.

—Yo también te quiero como amigo, pero no descartaría tan rápido que pudiera pasar algo entre nosotros. Solo a nivel físico.

—¿Has tenido muchas de esas relaciones? —el tono de Carlos denotaba algo de ansiedad, como temiendo la respuesta- ¿Sin que implicaran más que una relación física?

—Unas cuantas, seguramente menos que tú —en realidad no habían sido muchas pero no quería que Carlos la tomara por una de esas chicas en las que no se fija nadie —pero no le demos más vueltas. Nos atraemos pero disentimos en qué hacer con ello. Yo me acostaría contigo y tú no quieres. Punto. Mejor lo dejamos ahí, ya le hemos dado una vuelta al tema y ha quedado claro.

—Yo no lo hubiera expresado mejor. O sea, que mejor me callo —Carlos se encontraba más incómodo, si cabía, que hacía un rato y tragó saliva empezando a imaginar demasiado en todas las posibilidades de aquella oferta sorprendente. Lo de quemar las sábanas se le había quedado incrustado en el cerebro.

—Pues sería bueno que recordaras que somos dueños de nuestros silencios, pero esclavos de nuestras palabras. Quizás si un día cambias de idea, yo también lo haya hecho.

Cap. 13— ¿NO ES UNA BUENA IDEA?

El lunes siguiente, tal como había prometido, Carlos la acompañó a llevar la última carta recibida a la policía

que llevaba su caso. Leyeron la carta, le preguntaron un par de cosas y no le dieron demasiadas explicaciones, pasando a archivarla como si fuera un papel más. Aquello indignó a Carlos.

—¿No piensan hacer nada? En esa nota dice que prefiere verla muerta antes que con otro, eso puede parecer una amenaza en toda regla ¿no?

—Perdone, pero lo que podemos hacer es lo que hacemos. Volveremos a hacerle una visita y mientras tanto la señorita Bosch, puede solicitar a través de su abogado una orden de alejamiento.

—Pero aunque no se le acerque puede seguir enviándole cartas y acosándola ¿no es eso? ¿Hasta que no la ataque o le haga daño, van a dejarlo impune?

—Déjalo Carlos —Adriana intervino para no complicar aún más las cosas — Hacen lo que pueden.

Cuando salieron de la comisaría Carlos estaba indignado.

—Deberían poder poner a ese tipo entre rejas. No se puede estar amenazando a otra persona sin que ocurra nada. Irán a hablar con él, los engañará a todos con su teatro y tu seguirás sufriendo en silencio ¡No es justo!

—¿Te crees que no lo sé? —Adriana levantó la voz - yo soy la víctima por mucho que lo odie. No es justo que tenga que pasar por esto, no he hecho nada para merecerlo. Nadie merece algo así. Voy a tramitar la orden de alejamiento, de todas formas. Hablaré con un abogado que conoce Alex y...

—Yo también conozco abogados, de hecho tengo un amigo que lo es —se sentía en la necesidad de ayudarla él y no seguir escuchando el nombre de Alex a cada momento— Se llama Sergi y trabaja en mi empresa. A pesar de que ahora se dedica a temas relacionados con fraudes en los seguros, es también penalista y te puede asesorar. Si yo se lo pido, seguro que te ayudará.

—Vale, pues cuando lo veas se lo comentas y me dices algo —Adriana lo cogió de la mano mientras se dirigían hacia el coche de Carlos —Tranquilízate, por favor.

—Perdona Adri, solo te falta que yo me suba por las paredes también. Lo siento, no quería alterarte. Pero es que me indigna que a nadie parezca importarle que te puedan hacer daño.

—No te preocupes, creo que lo mejor es que nos relajemos – le gustó ver que se preocupaba por ella a pesar de saber que era solo su amiga— Solo son las seis de la tarde. ¿has de hacer algo hoy?

—Si, algo muy importante. Pasar el resto de la tarde contigo y hacerte olvidar al impresentable de tu ex al menos por unas horas. ¿Qué quieres hacer?

—La verdad es que estoy cansada y me apetece relajarme en casa. ¿Vamos a la tuya o a la mía?

Tal como lo dijo a ella misma le sonó como la típica frase de ligoteo de los años ochenta, manida y desgastada de tanto usarla “¿*en tu casa o en la mía?* ¿*Estudias o trabajas?*” y soltó una carcajada. Carlos la miró interrogante.

—¿De qué te ríes?

—Lo de ir a tu casa o la mía ha sonado muy de bar nocturno o de discoteca el sábado por la noche en la época de mis padres, ya me entiendes.

—Tienes una mente retorcida —miró a Adriana sonriendo.

—Y a ti te gusta, por eso te hago reír, confiesa.

—Venga, vamos a mi casa. ¿Te apetece una carrera de rally en la Play? Tengo un juego nuevo que te da la sensación que estás conduciendo de verdad, es super realista, pero si juego solo no es lo mismo. Tengo dos mandos ¿una carrera?

—Parece que tengas doce años —Adriana rio al verlo tan entusiasmado por un juego— Pero resulta que me encantan las carreras y que me entusiasman las consolas. O sea que ya tienes pareja para jugar.

Aquella última frase le sonó a Carlos demasiado sugerente. Desde la conversación que habían tenido

cuando ella se quedó dormida sobre él en el sofá, a cualquier expresión le sacaba un doble sentido. Se fijaba más en los gestos de Adriana, en el movimiento de sus manos al hablar, en su boca cuando sonreía, inspiraba su aroma cuando estaba cerca... tenía que reconocer que lo estaba trastocando un poco. No sabía que le ocurría pero podía imaginarlo. Necesitaba estar con una mujer con urgencia, ya llevaba demasiado tiempo en dique seco.

Pero le daba mucha pereza intentar ligar para tener una noche con una desconocida de la que nunca sabría que esperar. No le iban ese tipo de relaciones, los encuentros de una noche no eran lo suyo a pesar de que antes de salir con Lara había tenido alguna experiencia al respecto, aparte de algunas “novias” que no dejaron secuelas tras salir unos meses con ellas. Pero después de un polvo más o menos decente, se sentía vacío. No le compensaba el esfuerzo de llevarse a la cama a una desconocida. Con Adriana sería diferente, eran amigos, había un entendimiento, cariño,... ¿En que estaba pensando otra vez? Debería hacérselo mirar, se estaba obsesionando y no le convenía.

Llegaron a su casa y antes de sentarse en el sofá y ponerse a jugar con la consola, Carlos se sirvió un whisky con hielo.

—¿Qué quieres tomar?

—¿Tienes tónica?

—No, lo siento. Ya compraré para tenerla en la nevera para ti.

—¡Qué detalle! ¡Eres una monada!

—¡¿Una monada?! ¡Adri, por favor!

Adriana rio con ganas, se acercó y lo siguió hasta la cocina para ver lo que había en la nevera. Iba observando su espalda, bajando la vista hasta donde pierde su casto nombre... la verdad es que tenía un cuerpo muy apetecible, le entraban ganas de arrancarle la ropa a mordiscos. Entendía la postura de Carlos de no querer enrollarse para no poner en peligro su amistad, pero ella no pensaba igual. Podían tener una relación de amistad, acostarse juntos, darse cariño y compañía y ya puestos calor durante algunas noches. No sería una relación fría aunque no estuvieran implicados sus corazones. Ella tampoco estaba preparada para volver a enamorarse, pero no le haría ascos a dormir abrazada a Carlos, a besarlo y recorrer su cuerpo... cada día que pasaba le atraía más y más lo deseaba.

En ese momento pensó en poner en marcha un plan. Acercarse a Carlos cada vez más, tentarlo, seducirlo con las legendarias armas de mujer. Era fácil adivinar en que cosas se fijaban los hombres, eso era de dominio público. Hasta en las revistas del corazón aparecían los trucos más manidos. Pero ella sería más sutil. Seguiría siendo ella misma, pero le mandaría señales inequívocas hasta que cayera con todo el equipo. Y ante todo, se juró en ese momento a sí misma en un pacto unilateral silencioso, no perder nunca su amistad, pasara lo que pasara. Mientras su cerebro maquinaba como poner su plan en marcha, Carlos ajeno a su conspiración, se la quedó mirando intrigado.

—No sé en qué estarás pensando, pero pareces el gato que se ha tragado al canario.

—Ja, ja, ja —Adriana soltó una carcajada— ¡Y que canario! Déjalo, ya sabes que mi mente funciona como quiere. Dame un zumo de esos... ¿es melocotón?

—Creo que sí. ¿No prefieres una copa?

—No, gracias. Casi nunca bebo, con el zumo me vale.

Se colocaron en el sofá y pusieron en marcha el juego. Adriana era buena, tenía la misma consola en su casa y a pesar de que hacía tiempo que no jugaba, no había perdido habilidad. Además, conducir, fuera su moto o su coche, era de las cosas de las que disfrutaba plenamente.

Fueron sumergiéndose en el juego, riendo, picándose y compitiendo, mientras Adriana, con mucho disimulo, cada vez estaba más cerca de Carlos hasta que sus piernas estuvieron pegadas y sus brazos desnudos se rozaban continuamente.

Consiguió que Carlos se despistara varias veces, haciendo derrapar su coche

más de la cuenta, hasta que dio varias vueltas de campana. El olor de Adriana inundaba sus fosas nasales y le producía una reacción difícil de explicar. Era un olor floral, suave y fresco “*¿Desde cuándo era capaz de describir un perfume? ¿Se estaba volviendo idiota?*”. Ambos rieron al ver su coche dar vueltas y el de ella sobrepasarlo y llegar a la meta victoriosa.

Adriana, en un impulso de los que tenía asiduamente y sin pensar en las consecuencias, levantó los brazos con un grito victorioso, riendo y botando en el asiento y se abalanzó hacia Carlos plantándole un beso en la boca, rotundo y directo.

Carlos se echó para atrás y en ese momento Adriana pensó que iba a descartar la idea de volverlo loco poco a poco y que, en ese instante mismo, iba a tirarse a la piscina y que fuera lo que lo dioses quisieran. Esperaba que la piscina estuviera llena de agua y no se diera un batacazo de los que hacen historia.

—Adri, preciosa ¿qué haces? Creo que decidimos que esto no era una buena idea.

—Tú decidiste eso y te recuerdo que yo no estaba de acuerdo.

—Sigo pensando lo mismo. Sé que me gustaría mucho, pero no quiero ni pensar en las consecuencias. Estás jugando con fuego.

En ese momento Adriana cogió su camiseta por los bordes y de un solo movimiento se la sacó por la cabeza dejando a la vista un sujetador negro deportivo. No era lencería fina, pero no había pensado que iba a enseñarlo, tendría que servir.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —la expresión de Carlos estaba entre el susto y la tentación más devastadora. Tragó saliva con esfuerzo.

—Demostrarte que te equivocas.

—¡Para, Adriana! ¡No te quites nada más! ¡Ponte la camiseta otra vez, por favor!

—¿Nervioso? —se sacó los pantalones y las sandalias mostrando un tanga negro. No iba a juego con el sujetador pero al menos era del mismo color. Aunque no era en eso en lo que Carlos había puesto sus ojos. Por mucho que intentara resistirse, el cuerpo de Adriana le atraía como un imán. El ejercicio que siempre había hecho, se notaba en su vientre plano, sus piernas bien dibujadas que le traían de cabeza, su piel tersa y morena. Adriana empezó a quitarse el sujetador ante la cara pasmada de Carlos.

—Vamos a cometer un error Adriana, vístete, por favor te lo pido —la voz de Carlos era cada vez más indecisa y ligeramente temblorosa, no demasiado convincente. Se le secó la boca mientras no podía apartar la vista de aquel striptease improvisado. Creyó firmemente en ese momento, que nunca vería algo más hermoso, aquel cuerpo pequeño y precioso, aquel cabello negro de rizos

indomables, aquellos ojos oscuros como la noche y aquellos labios enrojecidos y carnosos. Tenía que resistir —no voy a tocarte Adri.

—Bueno, es una pena, pero no te preocupes, ya te tocaré yo a ti —dejó el sujetador sobre el brazo del sofá y se acercó a él como un felino silencioso de rodillas sobre el sofá, avanzando hacia su presa.

Carlos empezó a sudar de tanto contenerse. Aquello era una tortura en toda regla. Adriana ya estaba casi sobre él, se sentó a horcajadas sobre sus piernas, cubierta solo con aquel diminuto tanga, acercando sus pechos hacia él y posando sus manos sobre el suyo a la vez que se acercaba a su boca y empezada a besar sus labios suavemente incitándolo a contestar. Pasó su lengua por ellos mientras sonreía confiada y en ese momento se fijó en un ligero temblor de sus manos. Adriana sonrió interiormente, no estaba tan tranquilo como quería aparentar. Pasó de su boca a su cuello, dejando un rastro con su lengua y Carlos no pudo evitar que un gemido se escapara de su garganta. Se tapó los ojos con las dos manos para conseguir no tocarla. Estaba seguro de que nunca había estado tan excitado. Si volvía a hacer eso estaba perdido.

—Déjalo antes de que sea demasiado tarde —su cuerpo estaba tan tenso que dolía.

—No te hagas el duro, ya estás perdido ¿Crees que no lo noto? —Adriana se separó ligeramente y lo miró a los ojos —Te deseo.

—De acuerdo. Tú ganas.

Carlos se abalanzó sobre ella, asediando su boca con toda la necesidad acumulada tras aquel episodio tan tenso, dejando salir la frustración que le había producido la contención autoimpuesta, dejando escapar la atracción que lo sacudía desde hacía semanas y que había querido obviar. Cedió, ante ella y ante sí mismo, ya que la evidencia estaba en aquel sofá. Se deseaban y se tendrían. Ya no había marcha atrás.

Recorrió con sus manos aquella piel suave y caliente, aquellos pechos que lo habían convertido en un demente desde que se había quitado el sujetador y decidió atormentarla con su boca hasta conseguir que gritara su nombre. Ella no se quedaba atrás y cuando consiguieron despojarse de sus ropas, su encuentro se convirtió en una lucha de besos y manos, de lenguas y piernas, de dos cuerpos que se necesitaban, de dos almas perdidas que habían encontrado algo a lo que agarrarse. Se sumieron en una espiral de pasiones oscuras, dando y recibiendo a la vez, enredados y desesperados. En el momento en que se tomaron y unieron sus cuerpos, sus corazones empezaron a latir al unísono, llevándolos a otro lugar donde el tiempo había dejado de tener sentido, lejos de todo, alejándolos de problemas y dudas. Se dejaron llevar por la pasión y se poseyeron mutuamente hasta estallar como un volcán en erupción.

Se dejaron caer estirados en el sofá, sudorosos y satisfechos, respirando entrecortadamente y dejando que sus corazones se ralentizaran. El silencio empezaba a parecer ensordecedor.

Adriana tenía su mejilla apoyada en el pecho de Carlos y escuchaba sus latidos acelerados. Sonrió al pensar en lo que había ocurrido y al ser consciente de que ella lo había arrastrado hasta allí. Puede que tuviera razón y aquello fuera un error, pero estaba muy segura de que nunca se iba a arrepentir. Levantó la cabeza y besó su pecho, subiendo hacia su cuello. Carlos la agarró por la cintura y la alzó para dejar su boca a su altura, le sonrió y la besó profundamente. Justo con ese beso tan especial, Adriana lo sintió. Esas mariposas en el estómago tan famosas, de las que todo el mundo habla y que había echado de menos toda su vida. Una emoción desconocida se alojó en su pecho y se expandió como un escalofrío hacia su vientre. Le entraron ganas de llorar, pero las reprimió como pudo.

Adriana fijó su mirada en la de Carlos. No había dicho ni una palabra hasta el momento y le daba algo de miedo su reacción. Alguno de los dos debería decir algo. Su primera intención de hacerlo caer con una seducción sutil se había ido al traste, sus impulsos siempre se acababan imponiendo. Ahora le tocaba apechugar con las consecuencias y quiso quitarle hierro al asunto.

—No hemos quemado exactamente las sábanas, pero hemos incendiado el sofá. No era una buena idea ¿eh?

—Aún no lo sé. No me malinterpretes, lo he pasado genial, no sé porque me he resistido tanto —se incorporó y los dos se sentaron en el sofá —la tentación era demasiado fuerte. Deberíamos dejar claras algunas normas.

—La mejor manera de librarse de la tentación es caer en ella... ¿Normas? — A Adriana aquello le sonó muy frío y calculador, pero mejor dejarle hablar —tú dirás.

—Bueno... parece que no hemos podido resistir la tentación de acostarnos juntos y los dos lo hemos pasado bien —la miró interrogante y ella asintió — creo que podríamos tener una especie de relación de amigos que se acuestan de vez en cuando, ya sabes, sin implicar sentimientos. Nosotros no estamos enamorados, es solo... no sé, tampoco es necesario ponerle etiquetas...química, atracción.

A pesar del calor, Adriana se iba quedando fría por momentos. No es que le sorprendiera lo que estaba diciendo, es que le molestaba de una forma que no podía razonar con lógica. Era lo que ella misma le había propuesto y al escucharlo de sus labios le incomodaba. Pero disimularía, no podía hacer otra cosa.

—¡Claro! Creo que está todo claro. Salimos, somos amigos, cuando nos

apetezca nos acostamos...solo te quiero pedir una cosa que para mí es importante. Mientras esto dure necesito exclusividad. No soy de compartir con nadie, ya sabes.

—¡Por supuesto! Eso lo daba por hecho. Y otra cosa. Nos hemos de prometer algo importante. Pase lo que pase, seguiremos siendo amigos. Si alguno de los dos, en algún momento quiere dejarlo, se lo dice al otro y lo cortamos, pero para continuar con nuestra amistad ¿te parece bien? No quiero que ninguno de los dos acabemos sufriendo por esto. Si somos sinceros en todo momento, evitaremos hacernos daño.

A Adriana le estaba entrando dolor de estómago. Le parecía que se estaba metiendo en la boca del lobo, pero su impulsividad, como casi siempre le ocurría, era la que acababa mandando.

—Tu amistad es muy importante para mí también. De acuerdo con todo —y para sellar el trato o lo que fuera aquello extendió su mano y se la ofreció, como si acabaran de firmar un contrato.

Carlos soltó una carcajada al verla tan formal y desnuda, ofreciéndole su mano, que agarró acercándola a él.

—Mejor sellamos el trato con un beso ¿no? —se acercó a sus labios y seguidamente la cogió en brazos, se levantó con ella del sofá y se la cargó al hombro como un saco de patatas.

—¡¡¿Quéé haceees?! —Adriana pataleaba, medio mareada con la cabeza boca abajo.

—Vamos a la ducha, ya sé que es muy pequeña, pero nos apañaremos para caber los dos —le dio una palmada en el culo y acabaron riendo como adolescentes bajo el chorro del agua, mientras Adriana no podía evitar pensar que seguramente sería ella la que acabaría lastimada.

Se decidió interiormente a disfrutar del presente. Pensar en el futuro nunca le había traído muy buenas consecuencias. Viviría el ahora y del futuro ya se encargaría cuando llegara.

Cap. 14 —¿ESTAMOS BIEN?

Adriana estaba exultante. Estaban a finales de Junio y era el último día de clase, ese fin de semana se celebraba la verbena de San Juan y había quedado con Carlos a la salida de la escuela esa misma tarde. Irían con su moto a la playa un rato y cenarían en algún chiringuito para celebrar el comienzo de sus vacaciones.

Su no-relación avanzaba todo lo bien que se suponía que podía avanzar. No se peleaban, lo pasaban bien, salían y habían desterrado su necesidad de soledad. Casi no quedaban con otros amigos, pero la necesidad que tenían el uno del otro, les resultaba curativa aunque a veces Adriana no sabía si eso era bueno.

No había vuelto a tener episodios de pánico, parecía que Fran había aflojado de nuevo con la orden de alejamiento, que Sergi, el amigo de Carlos le había ayudado a cursar y no había dado señales de vida.

Lo único que dejaba un vacío inmenso en Adriana, cada vez que ocurría, eran los días en que Carlos iba a su casa y hacían el amor, pero nunca se quedaba a pasar la noche. Le daba la sensación de que la necesitaba pero a la vez huía de ella. No quería necesitarla, igual que no quería tener otros sentimientos.

Dentro de ella se estaba gestando algo importante. Un sentimiento, unas emociones acompañadas de esas mariposas tan revoltosas, junto al vuelco de su corazón cada vez que la besaba, cada vez que la miraba con ansia, se hacía más y más grande.

No se atrevía a ponerle nombre, pero había leído una frase esa misma mañana, que parecía diseñada para ella en aquel momento y en la que se sentía reflejada *“Tú sabes que ponerse a querer a alguien es una hazaña. Se necesita una energía, una generosidad, una ceguera...Hasta hay un momento, un principio mismo, en que es preciso saltar al precipicio; si uno reflexiona, no lo hace”*. Sartre tenía ese momento de reflexión para no saltar al precipicio... ¿Pero qué pasaba con ella? Sus impulsos la acababan dirigiendo y era capaz de saltar al vacío sin paracaídas. Sabía que sentía más que él, o al menos eso parecía y no quería asustarlo. A lo mejor con el tiempo se dejaba llevar y conseguían tener algo más profundo. Mejor no correr.

Sin darse cuenta se hizo la hora de salir; aquel día con la fiesta de fin de curso era más tarde de lo normal y seguramente Carlos la estaría esperando en la calle. Antes se dirigió a los lavabos para arreglarse un poco el pelo y allí se encontró con Lara.

—¡Hola Adri! Vaya día más largo.

—¡Y que lo digas! ¡Suerte que empiezan las vacaciones. Tú necesitas el

descanso más que nadie. ¿Cómo están mis niños? —preguntó acercando su cara a la barriga de Lara.

—¡Muy revoltosos! Te aseguro que no sé cómo voy a aguantar otros dos meses y pico, parece que hagan verdaderos combates de boxeo aquí dentro. ¡Mira! ¡Pon la mano ahora! —Lara le llevó la mano a su barriga y Adriana notó una patada fuerte que hacía aparecer un bulto en la ya enorme barriga de su amiga.

—¡Ooohhh! ¡Que emocionante! ¿Qué se siente?

—Pues es...muy difícil de explicar. Es algo inmensamente especial, siento un amor incondicional hacia estos dos microbios, pero a la vez, hay momentos en que me lo hacen pasar fatal. Yo, que no tenía espalda, ahora me duele a todas horas. Y cuando alguna de estas patadas apunta justo hacia abajo, me parece que me va a salir un pequeño pie entre las piernas, algo indescriptible.

—¿Pili te dice que todo está bien?

—Sí, todo bien. No sabemos si aguantaré hasta el final o me pondré de parto antes. Al ser dos, no sería nada extraño. Suerte que con las vacaciones por delante me dedicaré a descansar.

Salieron charlando animadamente de los lavabos y se dirigieron a la salida. Adriana le había explicado hacia días a Lara que veía mucho a Carlos, pero sin darle detalles de su relación. Justo al poner los pies en la calle, vieron a Alex a un lado junto a la pequeña Claire que esperaba a Lara y llegando por el otro lado de la calle a Carlos que andaba rápido pensando que llegaba tarde.

Ellos no se habían visto. En ese momento Carlos alzó la mirada y sonrió al ver a Adriana, alzando la mano para saludarla. Ella le devolvió la sonrisa justo a tiempo de ver como la de él se congelaba al darse cuenta de quien le acompañaba. Se quedó inmóvil mirando a Lara, desapareció su sonrisa y su rostro se inundó de tristeza.

Adriana tomó la iniciativa al notar su parálisis, le dio un beso a Lara como despedida y saludó a Alex y Claire al cruzar la calle. Se dirigió directa hacia Carlos que ni siquiera la miraba, su vista se había quedado anclada en Lara y parecía haberse convertido en una estatua. Adriana se paró justo delante de él.

—¿Quieres ir a saludarla? —el tono de Adriana era amigable como si no pasara nada, pero tenía un clavo en medio del pecho que dificultaba su respiración a pasos agigantados.

—¿Eh? no, no...perdona.

—No me pidas perdón, por favor. Tu cara refleja lo que estás pensando como si fuera un libro abierto —*¿por qué a veces era incapaz de cerrar la boca?*

—¿Nos vamos?

—¿De verdad tienes ganas de ir a la playa un rato? ¿Conmigo?

—¿A qué viene esa pregunta? —Carlos vio por el rabillo del ojo, como Lara besaba a Alex y se alejaban calle abajo.

—A que haces cara de haberte comido un limón ahora mismo.

Carlos pareció reaccionar y se inclinó a darle un beso a Adriana que apartó su boca y puso su mejilla.

—¿Y eso?

—¿Pero tú eres idiota o lo haces ver? Desde que has llegado te estás comiendo a Lara con los ojos. Te recuerdo que es la mujer de otro y que lleva en su barriga a dos hijos suyos. Creo que ni siquiera te ha visto y aquí estas tu babeando como un perro.

—¿No te estás pasando un poco? Nunca he pretendido que lo nuestro fuera algo que no es. Si vas a ponerte celosa...

—¡No estoy celosa! Solo pienso que deberías darla de una vez por perdida. ¿Hasta cuándo vas a aguantar así? —cambió su tono y le pregunto con un hilo de voz— ¿Sigues enamorado de ella?

—Es posible. Me ha impactado verla, hacía mucho tiempo...

—Creo que es mejor que me vaya a casa —se dio la vuelta para dirigirse a su moto.

—¡No! ¡Adriana! Por favor no te vayas —la cogió del brazo y la hizo girar de nuevo hacia el —perdóname. Y ahora te lo digo en serio. No tenía derecho a comportarme así delante de ti.

—Tienes derecho a comportarte como quieras. Y a sentir lo que quieras. Pero yo también. Por eso me voy.

—¡Por favor! Vamos a relajarnos a la playa un rato. Necesito estar contigo.

—¿Seguro que es conmigo con quien quieres estar? —lo miró interrogante.

—Si, seguro —Carlos se daba cuenta de que le había hecho daño y no quería cargar con eso. Bastante daño le habían hecho ya.

Le sonrió y se acercó lentamente a su boca como pidiendo permiso y esa vez ella no se apartó. Se besaron suavemente, respirando el mismo aire durante unos segundos y el clavo que Adriana llevaba clavado aún en su pecho se aflojó ligeramente. Seguía pensando que aquello que tenían acabaría por pasarle factura, pero la verdad era que no podría culpar a nadie más que a ella misma. Carlos se resistió lo que pudo y ella se tiró de cabeza. ¡En fin! Ya no tenía marcha atrás.

Se subieron a la moto, se pusieron los cascos y Adriana arrancó con Carlos cogido a su cintura. La salida de Barcelona, como siempre estaba casi colapsada de coches, pero pasados unos kilómetros y por la carretera de la costa, se despejó bastante. Faltaba poco para llegar a una playa que a Adriana le gustaba especialmente. Normalmente había poca gente y tenía rocas donde rompían las

olas y en las que le gustaba perder la mirada.

Aún no eran las ocho cuando llegaron. Aparcó la moto y se dirigieron descalzos y con los pantalones arremangados hacia las rocas para sentarse sobre ellas. El cielo estaba cogiendo tonos rojizos y anaranjados aunque aún faltaba más de una hora para que se pusiera, pero había algunas nubes que prometían una puesta de sol para disfrutarla.

A pesar del ambiente agradable, Adriana notaba que Carlos estaba muy callado y ausente. Le estaba doliendo su actitud. Pero no debería quejarse, habían pactado una relación donde cabían la amistad y el sexo, pero no valía enamorarse. ¿Sería eso lo que le estaba ocurriendo a ella? La verdad es que más de una vez en los últimos días se había tenido que morder la lengua para no soltarle alguna frase demasiado cariñosa, se reprimía para no agobiarlo o estar demasiado empalagosa con él. No debería tomarse su relación como si fueran una pareja. Pero cada vez le estaba costando más. Estar haciendo esfuerzos por que no se notara lo que sentía, era una ardua tarea. Quizás tenía razón Carlos cuando le dijo que estaba jugando con fuego y que podían hacerse daño. ¿Y cuando había ella hecho caso de las advertencias de nadie? ¡No! Ella debía seguir sus impulsos y muchas veces arrepentirse después. Nunca iba a aprender.

—¿No vas a decir nada? ¿Te has quedado mudo?

—Solo me estaba relajando. Ven aquí —Carlos le acercó el brazo para que se recostara contra el —me siento en calma contigo.

—Me alegro de servirte para algo.

—¿Por qué dices eso? Eres importante para mí.

—Ya...

—Mírame —le cogió de la barbilla para que lo mirara a los ojos —eres muy importante para mí. Hacía meses que no veía a Lara y ha sido una sorpresa. Me han invadido los recuerdos de cuando estábamos juntos y me sentía extraño. Pero creo que me ha dolido menos que otras veces. Supongo que tenerte a mi lado ha hecho que mis sentimientos por Lara hayan quedado atenuados. No sé cómo explicarlo.

—No sé si debo traducirlo como que la has perdido a ella, pero ahora tienes un premio de consolación —tal como lo dijo se mordió la lengua —no quería decir eso.

—No sé porque tienes tanta tendencia a menospreciarte. No lo entiendo.

—No me hagas caso. Supongo que nunca he sido lo más importante para ningún hombre y eso hace que me convenza de que en realidad no merezco la pena. Nadie me ha puesto nunca como su prioridad número uno. Y mi autoestima debe haber menguado mucho últimamente con el tema de Fran.

—Debes valorarte más Adriana. Eres una persona increíble. Generosa,

cariñosa, impulsiva, inteligente, divertida...algún día encontrarás a un hombre que sepa apreciar todo eso y te quiera más que a nada.

“¿y ese hombre no podrías ser tú?” —Pensó Adriana, pero por una vez, no lo dijo en voz alta —Ojalá eso sea cierto.

Carlos se acercó y la besó largamente. Otra vez aquellas mariposas en su estómago. Cada vez eran más revoltosas y se dio cuenta que las palabras de Carlos le habían dolido. Ya daba por hecho que encontraría a otro que la quisiera, ni siquiera dejaba un resquicio a pensar que podía ser él. Debería plantearse si la especie de relación sin ataduras que estaban teniendo no acabaría por costarle demasiado cara. Intentaría no dejarse llevar e intentar vivir día a día, pero cada vez se hacía más grande lo que debía ocultar. Siempre había sido sincera con todo el mundo y le costaba mucho disimular sus sentimientos. En ellos se centró para ofrecer a Carlos en aquel largo beso todo lo que no podía decirle con palabras, entregándose y acariciando su nuca, enredando sus dedos en su pelo, dándole su aliento y su calor.

Cuando se separaron ambos sonrieron mirándose a los ojos.

—¿Estamos bien?

—Estamos bien.

Y, de momento, Adriana quiso convencerse de que aquello era cierto.

Cap. 15 —NO ES LA SOLUCIÓN

Al caer la noche Carlos volvió con Adriana a la ciudad en su moto. Cuando llegaron a su portal, se despidió de ella para ir a coger el metro.

—¿No te quedas a dormir?

—Mejor hoy no. Estoy muy cansado. He madrugado bastante y he tenido un día muy estresante en el trabajo. Nos vemos mañana ¿vale?

—Como quieras —intentó no sonar decepcionada aunque no lo consiguió del todo.

—Mañana me quedo contigo ¿De acuerdo?

—No te preocupes, no pasa nada —pero si pasaba. No es que se quedara cada día a dormir con ella, pero ese día en especial dolía más.

Desde que había visto a Lara, Adriana lo notaba ausente. Intentaba mantener la conversación y sonreír, pero las sonrisas no le llegaban a los ojos. Se despistaba, lo observaba con la vista perdida en la lejanía, suspiraba por lo que fuera que estuviera pensando. No. No estaba normal y Adriana se estaba cansando de aquella actitud derrotista y pasiva. Le entraban ganas de darle un puñetazo en la nariz para ver si reaccionaba.

Adriana entró en su portal y Carlos, después de darle un beso casi de compromiso, se dirigió al metro para volver a su casa.

Subió las escaleras lentamente, entró en casa desanimada, triste y al borde de las lágrimas. Se estiró en el sofá con una tenue luz encendida y se quedó largo rato mirando al techo y le vino a la mente la letra de la canción de Serrat *“Busqué, mirando al cielo, inspiración y me quedé ‘colgao’ en las alturas. Por cierto, al techo no le iría nada mal, una mano de pintura. No hago otra cosa que pensar en ti...”*

Si, debía reconocerlo, al menos ante sí misma. No hacía más que pensar en él. Demasiado, para su salud mental. No sería bueno que se enamorara, solo le traería dolores de cabeza y decepciones. Él no la quería, lo había dejado claro al pactar las normas de su no-relación.

Aquello empezaba a trastocarla seriamente. ¿Qué es lo que esperaba? ¿Qué llegara a sentir algo profundo por ella? ¿Qué la necesitara y la adorara? *“Sigue soñando. Eso no va a pasar. ¿Qué prefieres? ¿Tenerlo como ahora y disimular tus sentimientos y el dolor que te producen sus palabras y sus actitudes o dejarlo estar y cortar lo que hasta el momento te ha devuelto la cordura?”*

Como siempre guiada por sus impulsos, se levantó de golpe del sofá y tuvo un arranque de osadía. No era una persona que dudara durante demasiado tiempo, siempre la acababa dirigiendo el corazón. Si no había querido quedarse

con ella esa noche porque estaba desanimado y algo triste, ella lo animaría. Iba a darse una ducha y arreglarse y se presentaría en su piso. Aunque solo hablaran durante un rato o se besaran o se acostaran juntos, hicieran lo que hiciesen, conseguiría traer de nuevo al Carlos de los días anteriores.

Carlos, ya en su piso, se dirigió directamente a la botella de whisky. Había reducido la ingesta de alcohol en las últimas semanas pero ese día necesitaba una copa. O unas cuantas. Tenía los ánimos por los suelos. Le había costado disimular con Adriana. Ver de nuevo a Lara le había removido las entrañas. Había sentido nostalgia, una nueva sensación de pérdida. Ella ni siquiera lo había visto. Solo tenía ojos para aquel idiota de Alex y no había desviado la vista de él ni un milímetro. Se había sentido como un insecto. Ya no tenía cabida en su vida. La había querido mucho. ¿En pasado? Quizás...

Acabó el líquido de su vaso de un trago y se sirvió otro, vaciando la botella. Se dirigió a la cocina buscando más alcohol y encontró una botella de tequila. No le entusiasmaba, pero le servía.

Se dejó caer en el sofá. Hacía calor. Puso música y se quedó recostado en el sofá, ya medio atontado mientras el tequila inundaba su cuerpo.

¿Eran una alucinación los días felices que había pasado con Adriana? Se había sentido bien, muy bien. Y, de pronto veía a Lara y todo se oscurecía. ¿O era eso una excusa para no dar un paso adelante con Adri? Porque le daba pánico volver a equivocarse. Se entendían muy bien, en la cama y fuera de ella, se reían, siempre tenían mil cosas que explicarse, los silencios nunca eran incómodos, discutían a veces, pero siempre se acababan poniendo de acuerdo, podían ceder uno por el otro. Sabía que le había hecho daño esa tarde. No podía apartar su pensamiento de Lara y la cara de Adriana era un poema. Intentó arreglarlo, pero no fue capaz de hacerlo, lo sabía. Ella era muy intuitiva y detectaba enseguida si algo no iba bien. Y encima le había dicho que se iba a su casa, casi sin mirarla. No se merecía tener una amiga como ella. Bastante daño le había hecho su ex y ahora llegaba él y le daba una patada. Tendría que solucionarlo. Pero mejor mañana...

Siguió bebiendo sin parar...por fin la desconexión de la mente. Poco a poco dejar volar la imaginación hacia los sueños, a otras realidades, cualquier lugar donde no se sintiera frustrado, incomprendido, donde el vacío se llenara y el dolor se escondiera. Otro tequila y dormiría como un bebé. Un ligero mareo le hizo tener la sensación de estar volando. Si, era un pájaro y volaba surcando los cielos, entre las nubes, libre y solo, por encima de los acantilados, sobre el mar. Sonaba un timbre... ¿Sonaba un timbre?

—¡Carloos! ¡Abre la puerta! ¡¡Soy yoooo..!!

—¡Voooy!

Se levantó del sofá y se tambaleó hacia la puerta con el vaso en la mano y abrió de golpe. Vio a Adriana, dejó la puerta abierta y se volvió al sofá más avergonzado que otra cosa.

—¡Vaya recibimiento! ¿Qué te pasa Carlos?

—¿No habíamos quedado en vernos mañana?

—Sí, pero me han entrado ganas de estar contigo, de intentar animarte, de...

—¡No necesito que me animes! Preciosa Adriana, siempre pensando en los demás, siempre positiva...- el tono irónico ya fue demasiado para Adriana que se giró de nuevo hacia la puerta.

—Perdona, no quería interrumpir tu día de emborracharte, ni imponerte mi presencia, ya me voy.

Carlos, a pesar del alcohol que llevaba encima, supo que había traspasado la línea. Ella solo quería ayudar y él contestaba como un energúmeno.

—Perdóname.

—Eso ya me lo has dicho hoy varias veces. Podrías pensar un poco antes de hablar. Pero si no paras de beber, no va a ser compatible con darle al coco. ¿Te has planteado si quiera si te estás convirtiendo en un alcohólico?

—¡No soy un borracho! No empieces a darme consejos y tocarme las narices como todo el mundo.

—Solo me preocupo por ti —Adriana se sentó a su lado en el sofá— ¿Por qué estás así? ¿Es por Lara?

—No lo sé —el tono de Carlos cambió —no he sentido lo que otras veces, el anhelo de tenerla, se de sobras que la he perdido para siempre. Pero no está bien que te hable a ti de ella, cuando nosotros tenemos un...una...

—¿Qué tenemos Carlos? No es fácil definirlo ¿no?

—No es fácil.

—No lo precisamos cuando pactamos nuestras normas y ahora no sabemos ponerle nombre. ¡qué tragedia! Lo único que quiero decirte es que sean cuales sean tus problemas, te sientas como te sientas, nunca el alcohol va a ser la solución. Te va a dar unas horas de olvido, de amnesia, solo para postergar lo inevitable. Cuando pasen esas horas tu vida volverá a ser la misma que era, pero lo más probable es que la hayas estropeado un poco más. ¿Y sabes por qué? Porque cuando bebes te conviertes en otra persona, es como si te desdoblaras en dos y el demonio que todos llevamos dentro y que normalmente mantenemos controlado, actúa por su cuenta. Y acabas haciendo daño a las personas que quieres. Ni siquiera debes ser consciente de ello, pero las personas que te quieren si lo son. Tú vuelves de tu letargo y olvidas. Pero las personas que te escuchan y

te ven en esos momentos se llevan tu amargura, tu locura y tu desprecio, alejándose cada día un poco más —Carlos la escuchaba atentamente, esas no eran las palabras que oía normalmente de nadie que le diera consejos— ¿Y sabes cómo acabas? Solo, Carlos. Acabas solo.

—Seguramente tienes razón...pero...

—No busques excusas, no las encontrarás para justificar que estés tirando tu vida por el desagüe, porque eso es lo que haces si te refugias en una adicción. El alcohol te llevará fácilmente a una depresión, si no lo ha hecho ya, te hará encontrarte mal físicamente y no hablo solo de las resacas y el día que te levantes por la mañana y vayas a buscar una cerveza en vez de un café, date por perdido —Carlos recordó que eso ya le había sucedido algún día —me dijiste una vez, que enrollarme contigo sería jugar con fuego. Tú eres quien está jugando con fuego y ni siquiera sabes que tienes una bomba entre tus manos. Porque el día que te des cuenta y reconozcas que tienes un problema, ese día mismo, ya es tarde. O quizás ya haya explotado.

—Pero yo no creo que tenga un problema, no un problema serio, quiero decir.

—Carlos, los problemas de dependencia son serios desde el primer síntoma, porque lo peor es que no se dejan ver, no los notas hasta que es demasiado tarde. ¿Sabes cuál es uno de los síntomas? Beber solo en casa, justo lo que estabas haciendo ahora. Beber unas copas sociales, cuando estás con amigos, algo esporádico, no te convierte en dependiente. Pero el hábito diario y recurrente solo te traerá problemas como la ansiedad y la necesidad de seguir bebiendo para vencerla. Recapacita por un momento. Hoy algo ha desencadenado tu ansiedad, tu malestar. Ver a Lara...

—No empieces con eso, por favor.

—¡No Carlos! ¡Escúchame, por favor! Ver a Lara te ha trastornado. No voy a indagar en tus sentimientos por ella, no es eso. Hablo de que verla te ha producido ansiedad, tristeza, te ha cambiado el estado de ánimo y has dado un bajón ¿Me equivoco? —Carlos negó con la cabeza —Ahora llegas a casa y te pones a beber sin control, por lo que veo en la mesa, whisky y tequila. Tu cabeza se embota, caes casi en la inconsciencia, te destrozas el hígado ¿Y qué consigues? ¡Absolutamente nada! Mañana cuando despiertes estarás resacoso, tendrás dolor de cabeza y encima te sentirás aún peor. Y lo que es más grave: ¡no habrás solucionado nada!

—Sé que tienes razón, lo siento.

—¡No quiero que me pidas perdón! ¿No lo entiendes? ¡Yo no te tengo que absolver de nada! ¡Quiero que me demuestres que no necesitas esto! ¡Que eres más fuerte y puedes controlarte! Que puedes vencerlo. Porque si no mantienes

esta lucha ahora, quizás mañana sea demasiado tarde. Quiero que confíes en mí y me expliques lo que te duela, quiero ser tu vaso de whisky, déjalo a él y cógeme a mí. Háblame, dime lo que te pasa por la cabeza, sincérate conmigo como yo estoy haciendo. ¡Te voy a escuchar, no te voy a juzgar! Ser amigos no es solo salir juntos a pasear, no es solo ir al cine o a la cama. Ser amigos supone entregar algo, ofrecer y recibir. Y yo quiero mi parte.

Carlos la escuchaba atentamente y en algún momento sus lágrimas habían empezado a brotar sin ni siquiera darse cuenta. Adriana lo miraba con ojos acuosos después de su discurso, que le había salido a borbotones, imparable, sin filtro, directo del corazón. De común acuerdo y sin necesitar palabras, se abrazaron con todo el sentimiento que pudieron ofrecerse el uno al otro. En ese momento Carlos estalló llorando como un niño, mientras Adriana le acariciaba la espalda y le besaba las lágrimas. Seguramente aquel estallido le había hecho falta desde hacía mucho tiempo y ella misma se sentía sobrepasada por la situación.

—Cariño, creo que tengo un problema.

—Ese es el primer paso. Tranquilo, lo solucionaremos.

Cap. 16 —VERBENA Y MARIPOSAS

Llegó el 23 de junio, el día de la celebración de la verbena de San Juan. Adriana y Carlos habían quedado con los amigos de él. Algunos eran de su trabajo y otros amigos comunes de fuera de la empresa. Adriana ya conocía a Sergi, que era el abogado que le había ayudado a presentar la orden de alejamiento de Fran. Carlos le había dicho que si no se sentía a gusto, como iba a ser un grupo numeroso y habían reservado noche en un hostel, siempre podían desmarcarse e ir por su cuenta.

De momento era sábado por la tarde y se dirigían en la moto hacia un pequeño pueblo de la Costa Brava, donde se encontraba la cala de Aiguablava, en el que habían quedado con el resto del grupo, ya que una pareja tenían allí una casa con una gran terraza, donde prepararían la cena, para dirigirse después a la playa, donde habrían hogueras, música y fuegos artificiales, podrían hacer estallar petardos, fuentes de luz, cohetes, truenos, bengalas y toda la variedad de pirotecnia que seguramente llevaban entre todos.

Esta vez Carlos conducía la moto y Adriana disfrutaba agarrada a su cintura y con sus piernas pegadas a las de él. Le gustaba mucho conducir, pero reconocía que ir de paquete con Carlos no le desagradaba en absoluto. Metió su mano bajo la camiseta acariciando ligeramente su estómago hasta que oyó su voz casi gritando.

—¿Quieres que tengamos un accidente?!

—¡Nooo! Perdona, ya me estoy quieta.

—¡Más te vale! ¡Ya te pillaré más tarde!

Adriana rio contenta. Desde la conversación seria que tuvieron hacía un par de días, la reacción de Carlos había sido mejor de lo que ella esperaba. Estaba de buen humor, ella no le había visto beber ni una copa y habían hablado mucho. Era fácil comprender que Carlos, igual que le ocurría a ella, no estaba preparado para involucrarse más profundamente en su relación. Las pesadas cargas que arrastraban debido a sus anteriores parejas les impedían poder entregarse a una nueva historia sin miedo y con verdadera dedicación. Esa era la teoría y Adriana era capaz de aplicar la lógica y comprenderlo todo. Y después estaban las mariposas, esas que no la dejaban tranquila, que la impulsaban a ofrecerse, que la manipulaban para querer más, que, en definitiva, estaban dirigiendo su vida en las últimas semanas, por mucho que se resistiera. Y esa lucha la hacía caer en algo que no le gustaba en absoluto. No podía ser totalmente sincera con Carlos. Si lo fuera y le confesara los sentimientos que estaban naciendo en ella, si le

presentaba a sus mariposas, era muy posible que saliera corriendo.

Había decidido callar de momento, pero se conocía lo suficiente para saber que esa situación no se alargaría lo bastante para no hacerle meter la pata y que los pocos filtros que tenía cuando hablaba desaparecieran en cualquier momento.

Por lo pronto disfrutaría al máximo del fin de semana y viviría al día en todos los sentidos. Si llegaban días negros ya se enfrentaría a ellos cuando tocara. Se agarró más fuerte a Carlos e inspiró su olor acercándose a su nuca, a pesar de la distancia que marcaban los cascos.

Al llegar a la casa de los amigos de Carlos en Aiguablava, Adriana se maravilló con el paisaje. Ya lo conocía, no era la primera vez que iba por allí, pero siempre se sentía impresionada al observar el mar turquesa de la bahía, la pequeña playa, las rocas escarpadas, los pinos al borde del acantilado, las gaviotas y las pequeñas embarcaciones...la casa estaba muy cerca del mar y tenía una vista privilegiada, cerca del Parador Nacional. Parecía un cuadro.

Carlos la presentó a los amigos que no conocía, hasta que, mientras saludaba a unos compañeros de trabajo y a Sergi, vio llegar a uno de los amigos de Alex, Xavi, acompañado de... ¿su amiga Rosa?! ¿Qué hacían allí?

—¡Rosa! ¡Xavi! ¿Qué hacéis aquí?

—¡Adriiiii! —su amiga se acercó corriendo a abrazarla ante el asombro de Carlos que las miraba sin comprender. Xavi también los saludó y entonces lo entendió. Xavi era amigo de Alex y Adriana lo conocía, con lo cual supuso que también a su pareja.

—Tú eres Carlos ¿verdad? ¿el ex de Lara? —Rosa lo reconoció ya que habían coincidido un par de veces cuando estaba con Lara— ¿Te acuerdas de mí?

—Si, ahora que te miro bien, te recuerdo ¿Has venido con Xavi? —Carlos le dio un par de besos e intercambió un apretón de manos con Xavi que trabajaba en su empresa.

—Si, salimos juntos desde hace un par de meses —Rosa sonrió a Adriana como pidiendo disculpas por no haberle contado nada. Xavi la cogió de la cintura y la besó en la sien cariñosamente.

—Sí, estamos juntos — Xavi miró a Adriana —Y de momento nos va muy bien ¿Cuánto hace que no sales con tus amigas, que no lo sabías?

—Demasiado —Adriana bajó la cabeza algo avergonzada —pero prometo solucionarlo —dijo mirando a Rosa.

—¡A ver si es verdad! —Rosa la señaló con el dedo índice —la próxima vez que te llame para quedar no quiero excusas— ¿Vosotros también estáis juntos?

Adriana iba a contestar afirmativamente cuando Carlos se le adelantó.

—¡No! Somos amigos, nada más.

Aquello dolía. Por mucho que intentara convencerse de que podía sobrellevarlo, se estaba haciendo muy duro. ¿Qué deberían hacer ahora? ¿Disimular toda la noche?

Xavi y Rosa se dirigieron a saludar a los anfitriones y Adriana se quedó mirando a Carlos con los ojos acuosos. Carlos miraba hacia el mar con la vista perdida en la lejanía hasta que miró a Adriana para preguntarle si entraban dentro y se quedó colgado en sus ojos brillantes.

—Adriana ¿Qué ocurre? ¿Te pasa algo?

—Si no lo sabes mejor no preguntes. Voy al lavabo —haciendo un gran esfuerzo entró en la casa para dirigirse al baño e intentar contener sus lágrimas sin que nadie se fijara en ella. Pero no tuvo esa suerte.

Rosa, que estaba intrigada por la presencia de su amiga allí, se había fijado en la cara de Adriana cuando Carlos había dicho que solo eran amigos. Decepción. La conocía desde hacía muchos años como para no saber que estaba pasando algo. Su amiga había pasado una temporada horrible y solo le faltaba estar sufriendo ahora por otro idiota. Casi no conocía a Carlos y no quería prejuzgarlo, pero se iba a enterar de lo que estaba ocurriendo. Al ver que se dirigía al baño la siguió y en cuanto estuvieron fuera de la vista del resto, corrió tras ella hasta alcanzarla antes de abrir la puerta.

—¡Adri!

—Hola Rosa, dime.

—Entremos en el baño, quiero hablar contigo —eso hicieron y cuando acababan de cerrar la puerta Rosa le preguntó sin vacilar.

—¿Qué pasa con Carlos? Y antes de que me digas que nada, recuerda que a mí no se me engaña fácilmente.

—La respuesta que te ha dado me ha sentido como una puñalada, eso me pasa. Te ha dicho que somos amigos y es cierto. Pero nos estamos acostando juntos hace semanas y supongo que para mí no es solo un amigo. Aunque parece que vemos las cosas de diferente manera. Siendo justa tampoco puedo culparlo, esa es la relación que elegimos los dos y pactamos unas normas.

—¡Bueno, chica! ¡Otro capullo para tu colección!

—¡No es cierto! Carlos es una buena persona, es cariñoso, inteligente, es... muchas cosas. Pero creo que sigue enamorado de Lara.

—¿Y sabiendo eso te has acostado con él? —Rosa empezaba a alucinar por momentos— ¿y con normas por medio?

—¡Ay Rosa! Si es que no sé cómo explicarlo. Si lo digo en voz alta me doy cuenta de cómo suena. Pero es que ¡me gusta mucho! Y tengo mariposas...

—¿Mariposas?

—Sí. En el estómago...ya sabes...esas que salen en las novelas románticas,

que lo pintan todo de rosa y purpurina y te hacen sonreír como una boba. Nunca me había pasado de esta forma. Creo que no estamos en el mismo punto y oírle decir que solo somos amigos me ha dolido.

—¡Madreee míaaa! ¿Cómo te metes en estos líos? —Rosa no sabía que decirle —yo creo que es mejor que no te tires de cabeza si a él lo ves menos lanzado a tener una relación. ¿Y si te enamoras como una lela para que te acabe dejando? ¿Tienes ganas de volver a sufrir?

—Ninguna, la verdad. Pero ¿qué hago? Si lo dejo ahora ya lo voy a pasar fatal. Si le digo que mejor seamos solo amigos, lo pasaré mal también. No le veo una buena salida, no puedo mandar sobre mis sentimientos. Por mucho que utilice la lógica y pueda razonar coherentemente y llegar a conclusiones factibles como que lo mejor es dejarlo, nunca entran en la ecuación los sentimientos. Si los tengo en cuenta, se me desmonta todo y todas las cábalas que hace mi cerebro dejan de tener sentido. No me sirve pensar tanto. Las posibilidades son infinitas y a mí no se me dan bien las matemáticas.

—Ya sé que eres muy impulsiva cariño, pero te has de proteger de alguna manera. Vas siempre con el corazón en la mano.

—Y eso ¿Cómo se hace, Rosa? No se ser de otra manera. Me está costando horrores no decirle lo que siento. No sabes la de veces que me muerdo la lengua.

—¿Qué sientes?

—Es la primera vez que voy a decirlo en voz alta y la primera vez que lo admito incluso para mí misma. Me he enamorado de Carlos. ¡Ale! ¡Ya lo he dicho! —miró a Rosa con cara de haber visto un fantasma.

—Él no lo va a entender ¿verdad? —Rosa empezaba a preocuparse seriamente —Supongo que una de las normas que pactasteis era no enamorarse ¿no? ¿Nada de sentimientos?

Antes de que Adriana pudiera contestar, mientras pensaba que aquellas normas eran muy estúpidas, llamaron a la puerta del baño. Era Carlos que llevaba un rato preguntándose donde se había metido Adriana.

Se abrió la puerta y Carlos se quedó parado mirándolas.

—Creo que habéis llevado al extremo la costumbre femenina de ir juntas al lavabo. ¡Lleváis ahí media hora! Xavi también te estaba buscando Rosa.

—Hace bastante que no nos vemos y nos hemos puesto al día, guapo —fue Rosa la que contestó con un cierto retintín —Al día de todo. “Amigo” de Adriana.

Carlos enrojeció ligeramente al comprender el sentido de sus palabras.

—No vamos a ir pregonando a los cuatro vientos que nos acostamos juntos.

—¿Y quién ha dicho eso? —Rosa rio con ganas —Has caído con todo el equipo.

—¡Rosa! ¡Basta ya! Dejemos el tema, por favor —Adriana no quería seguir ese camino.

Rosa se fue en busca de Xavi, mientras Carlos se quedaba mirando a Adriana con cara de no entender nada. De hecho, en ese momento pensaba en si algún día entendería los complicados entresijos de algunas conversaciones femeninas que se convertían para él en jeroglíficos encriptados que era incapaz de descifrar.

—Oye ¿Pasa algo? Le he notado un tono raro a tu amiga. Como si le cayera mal y me advirtiera de algo —se le veía realmente confuso y Adriana no pudo menos que sonreír ante tanta inocencia.

—No te preocupes, solo estábamos hablando de mariposas.

—¿Me tomas el pelo?

—¡Nooo! Rosa es muy aficionada y el otro día encontró una muy especial en la montaña. Una Monarca preciosa— Adriana seguía sonriendo mientras Carlos negaba con la cabeza sin entender nada.

—Estáis un poco locas...

—En eso tienes razón —le tomó la mano —vamos a reunirnos con el resto. Creo que pronto prepararemos la cena. Yo ya tengo hambre —Adriana decidió interiormente disfrutar del fin de semana y olvidarse de todo. Iba de la mano de Carlos, aquella noche la pasarían juntos...entera, por cierto, iba a aprovechar el momento y el destino que jugara sus cartas. Ya se vería...

—Creo que no hemos de cocinar mucho, parece que los que han llegado primero han comprado pizzas y ensaladas preparadas o sea que solo hay que encender el horno.

—¡Buena idea! Las pizzas siempre son una buena solución. Y por aquí huele a coca de San Juan, creo que han dicho que la llevaremos a la playa con el cava.

Ya se oía un buen concierto de petardos a la hora de cenar. Los chavales de los alrededores llevaban toda la tarde haciendo mucho ruido. El ambiente de fiesta los envolvió a todos y con el mar y el estallar de los petardos de fondo, cenaron en la terraza mientras el atardecer les ofrecía en el horizonte un gran espectáculo de colores anaranjados. Por algo era la noche más corta del año. Rieron sin parar con uno de los amigos de Carlos muy dado a explicar los chistes más malos jamás contados, pero que con unas copas de cava, hacían reír a cualquiera. Se contagiaron unos a otros las carcajadas y más de uno acabó llorando de la risa.

Adriana siempre había oído decir que la noche de San Juan tenía algo de mágico, la celebración del solsticio de verano era la noche de los festivales del fuego y de la magia, de oráculos para el amor y la adivinación. Tenía que ver con los amantes y las predicciones. Había leído una vez que la celebración tenía su origen en las antiguas tribus celtas y eslavas en las que las parejas de amantes

saltaban a través de las llamas, ya que se creía que los cultivos crecerían tan altos como lo que las parejas fuesen capaces de saltar. A través del poder del fuego, al calor de la fogata, las doncellas se enteraban acerca de su futuro marido, con lo que espíritus y demonios serían expulsados de la relación venidera.

Mientras cavilaba sobre la información que tenía de la fiesta, Adriana deseó tener con Carlos también una relación venidera y que con la hoguera de aquella noche se purificara y le diera fuerza. Ya se estaba imaginando como una bruja, solo le faltaba la escoba. Si Carlos pudiera ver por un momento los pensamientos que estaba teniendo, saldría corriendo en dirección opuesta a la suya en un segundo.

Sonrió para sí misma, mientras se imaginaba bailando alrededor del fuego en una danza ancestral.

—Vuelves a hacer cara del gato que se ha comido al canario —Carlos hacía un rato que observaba las expresiones de Adriana y su mirada perdida en el horizonte.

—¡Qué va! Solo pensaba que me encanta la verbena de San Juan, tiene algo mágico.

—Pues vamos a disfrutarla.

Adriana se acercó a su oído, para que los demás no la oyeran, cosa poco probable ya que había un gran barullo de conversaciones cruzadas.

—No será demasiado fácil, como solo somos amigos y todo el mundo lo cree así, excepto Rosa, tendremos que disimular y parecerlo. O sea que habrás de mantener las distancias, amigo. Pero no te preocupes, ya nos veremos a la hora de dormir, espero.

—¿Es eso lo que te ha mosqueado antes? ¿El hecho de que dijera que éramos amigos?

—Bueno...un poco. Aunque te entiendo, no es fácil decir a los demás lo que somos si ni siquiera nosotros somos capaces de definirlo. Pero no tienes de que preocuparte. Esta noche somos solo amigos para los demás y así nos comportaremos —lo miró con una sonrisa de medio lado y los ojos entrecerrados, mientras en su interior se fraguaba una idea y el diablillo que azuzaba sus malas ideas bailaba sobre su cabeza.

Carlos asintió respirando hondo. A pesar de que tenía ganas de acercarse a Adriana, de acariciarla y besarla, estaba rodeado de un montón de amigos a los que no tenía ningunas ganas de dar explicaciones. Aquella relación era muy posible que no llegara a ningún sitio y no quería a la gente indagando en su vida.

Cap. 17 —LA NOCHE MAS CORTA

Cuando acabaron de cenar y recogieron un poco la terraza, se dirigieron hacia la playa. Todos iban preparados con los bañadores puestos bajo la ropa, hacía calor y era posible que la mayoría se animara a bañarse.

Llevaban dos grandes cocas, una de crema, piñones y cerezas en almíbar y otra rellena de chocolate y varias botellas casi heladas de cava en una nevera portátil con sus copas de plástico, para tomar en la playa. También acarreaban con una bolsa llena de petardos variados y fuentes de luz.

Cuando llegaron ya había en marcha una hoguera, donde quemaban maderas de restos de muebles viejos y algunos troncos y ramas de árboles. El contraste de la oscuridad de la noche y el fuego en la arena que chisporroteaba y la luz de la luna rielando sobre el mar, creaban un ambiente algo onírico. Era fácil perder la vista en las llamas o en el mar en calma iluminado por la luna y dejarse llevar por la imaginación.

Aunque el ambiente festivo estaba lleno de ruido, risas y música.

Todo el grupo se sentó formando un círculo grande para comerse las cocas y brindar con el cava y Adriana empezando a llevar a cabo su plan y en el momento en el que todos estaban organizándose, se alejó de Carlos y se acercó a Sergi para sentarse junto a él. Ya lo conocía, ya que se habían visto para tramitar la orden de alejamiento de Fran.

—¿Cómo va todo Adriana? ¿No ha habido más molestias por parte de tu ex? —Sergi le habló al oído. Nadie sabía nada de aquel tema excepto Carlos y no quería ser indiscreto. A Adriana aquel acercamiento le fue muy bien para sus planes. Se arrimó al oído de Sergi.

—Muy bien. Te tengo que dar las gracias de nuevo por haberme ayudado con ese tema. De momento no he vuelto a tener noticias del innumerable de mi ex, lo que ya es un éxito.

—No quiero asustarte ni nada por el estilo, pero ándate con ojo. Los tíos así de perturbados nunca sabes por dónde van a salir —Sergi le seguía hablando al oído.

—Tranquilo, voy con mucho cuidado. Pero no hablemos de mis problemas esta noche. No sé mucho sobre ti, aparte de que eres abogado y amigo de Carlos.

—Si, somos amigos desde hace mucho tiempo y trabajamos en la misma empresa, yo como abogado y el como especialista en marketing. Y vosotros dos ¿tenéis algo? ¿Hace mucho que os conocéis? No me había hablado de ti hasta que quedamos el otro día.

—Somos amigos —Adriana pensó que si esa era la versión para esa noche,

la llevaría a rajatabla —No hay nada entre nosotros. Él era el novio de mi mejor amiga, Lara. Ya nos conocemos hace un par de años, pero últimamente nos hemos visto bastante. Nos hemos servido de apoyo mutuamente en los momentos difíciles.

Sergi no tenía claro que había entre Carlos y aquella morena menuda y preciosa, pero iba a averiguarlo. Olía como las flores y tenía una boca muy apetecible. Adriana notó rápidamente su interés y le siguió la corriente sin mirar ni una vez hacia dónde estaba Carlos, justo frente a ellos. Fueron cambiando de tema y pasaron a explicarse otras verbenas de San Juan de cuando eran críos y adolescentes. Acabaron riendo a carcajadas para consternación de Carlos que no les quitaba el ojo de encima.

Al ser tantos, con conversaciones cruzadas, risas, el ruido de los petardos y las copas de cava, las sutilezas quedaban bien disimuladas, pero Carlos no perdía ni un segundo de las expresiones de Adriana, mientras su malhumor se iba acrecentando. No sabía que pensar, pero tenía claro que había provocado aquella situación por idiota. Debería tener al lado a Adriana y poder besarla cuando quisiera y la tenía en frente en aquel ridículo círculo, por no haber sido capaz de presentarla como su... ¿pareja? Aquello aún le daba escalofríos, pero había de reconocer que le gustaba tenerla a su lado.

Rosa sentada a su derecha, ya había observado todos aquellos movimientos y seguía las expresiones de aquel extraño trío como si se tratara de una telenovela. Tenía a Xavi distraído con un amigo con el que se traía una extraña conversación de comics y superhéroes que a ella no le interesaba lo más mínimo y se dedicó a diseccionar los semblantes de aquellos tres. A Carlos, que lo tenía al lado, era muy fácil adivinarle el humor. Tenía el ceño fruncido, no había probado el cava, lo cual era algo extraño y no apartaba la mirada de Adriana. ¿Sólo amigos? No debía ser consciente de ello todavía, pero allí había algo más. Su amiga Adriana se estaba comportando descaradamente como una provocadora a dos bandas. No había mirado ni una sola vez a Carlos y tenía claro, después de su conversación en el lavabo, que lo estaba haciendo con toda la mala intención para darle celos. Quería ponerlo en su sitio y Rosa no tenía muy claro cómo iba a acabar aquello. El chico que tenía al lado, Sergi se llamaba, estaba embobado con ella y tenían una conversación muy animada, reían y más de una vez se acercaba a Adri a hablarle al oído. Su amiga ya llevaba unas cuantas copas y ella sabía por experiencia, que no era de beber mucho. Cuando Adri bebía más de la cuenta podía decir y hacer muchas tonterías. Pensó que lo mejor era cambiar de tercio a ver como evolucionaba aquello.

—¡Ey gente! ¿Y los petardos? — dijo gritando para que todos la oyeran — Tenemos una bolsa entera y no hemos tocado ni uno. ¡Venga! ¡Dejemos la

cháchara y vamos a hacer un montón de ruido!

Todos se levantaron y empezaron a sacar petardos, bengalas, fuentes. Se los fueron repartiendo y aquello se convirtió en un jaleo atronador.

Adriana se tapaba los oídos cuando sonaba algún petardo de los gordos y cerraba los ojos. No le entusiasmaba el ruido excesivo y se encogía cuando le sonaba cerca. Sergi se reía de ella y le hacía broma y acabaron persiguiéndose, corriendo por la arena, hasta que Adriana cayó de rodillas riendo a carcajadas y se revolcó como una croqueta.

Rosa se acercó a Carlos, le daba un poco de lástima pero iba a tirar un poco más de leña al fuego.

—¿Qué ocurre Carlos? ¿Lo de ser solo amigos no te ha salido muy bien?

—Supongo que me lo merezco, pero no quería dar a entender a los demás... no sé, que teníamos una relación seria.

—¡Venga hombre! No seas ridículo. ¿Qué más da, seria o no seria? Podríais haber venido como una pareja, que al fin y al cabo es lo que sois y a nadie le hubiera parecido extraño ¿O es que tus amigos te iban a hacer un interrogatorio?

—Supongo que no. Oye Rosa, no te ofendas, pero no es tu problema ¿vale?

—Y tú no te equivoques, majo. A mí la que me preocupa es ella. Ya le han hecho bastante daño o sea que intenta no hacérselo tú también si la aprecias mínimamente.

—No quiero hacerle ningún daño —Carlos le hablaba a Rosa pero no podía dejar de mirar a Adri revolcándose por la arena.

—No es por nada, pero creo que a tu amigo Sergi, sí que deberías decirle que sois más que amigos. Está mostrando mucho interés en Adri y se la mira como si fuera un helado de chocolate y el tuviera muchas ganas de comerse uno.

—¡Gracias por los ánimos Rosa! —Carlos la miró enfurruñado pensando que aquella verbena no iba a acabar bien.

Su mal humor le hacía entrar ganas de beberse una botella de cava a morro, pero después del control que había conseguido los últimos días no quería defraudarse a sí mismo una vez más.

—¡De nada! ¡Espabila o tu amigo te va a tomar la delantera! —Rosa se dio media vuelta buscando a su amor y sonriendo para sí misma y dejó a Carlos más fastidiado de lo que estaba.

Carlos empezó a dirigirse hacia donde estaba Adriana, cuando alguien tuvo la brillante idea de que era el momento de meterse en el agua.

—¿Quién se anima a bañarse? —dijo Xavi mientras cogía a Rosa de la cintura y le besaba el cuello —vamos cariño ¡al agua!

Todos empezaron a sacarse la ropa y quedarse en bañador, dejando tiradas las prendas en un montón. Carlos se quitó los pantalones cortos y la camiseta y

al volver a dirigir la vista hacia Adriana, la pilló mirándolo abstraída, mientras recorría su torso con la vista. Cuando llegó a sus ojos, desvió la mirada rápidamente y se sacó el vestido corto que llevaba por la cabeza, quedándose con un escueto bikini blanco que en medio de la noche la hacía resaltar como si tuviera luz propia. A Carlos se le hizo la boca agua al mirarla y solo tenía el impulso, que contuvo por no dar un espectáculo delante de todo el mundo, de correr hacia ella, besarla y tocarla hasta arrancarle aquellas minúsculas piezas de ropa. Apretó los puños y antes de que fuera evidente lo que estaba pensando, se lanzó corriendo hacia el mar y se zambulló de cabeza nadando hacia dentro.

Después de nadar un rato oyó la algarabía que se había formado cerca de la orilla y a pesar de que había luna llena y el cielo estaba despejado, no acababa de distinguir quien era quien. Se acercó dando suaves brazadas y enseguida distinguió las carcajadas de Adriana, que seguía jugando con Sergi y se estaban hundiendo mutuamente como dos críos adolescentes. Y en ese momento, pensó que ya había tenido suficiente.

En un arranque no muy propio de él, nadó más rápido hasta llegar hasta ellos, que se habían apartado ligeramente de los demás y cabreado como desde hacía mucho tiempo, se colocó entre ambos, agarró por la cintura a una descolocada Adriana que no se esperaba aquella reacción y la besó delante de Sergi, marcando territorio como un macho alfa en una manada de lobos.

En un primer instante Adriana se quedó congelada casi sin saber que ocurría, hasta que al notar los labios de Carlos, fríos y salados por el agua y sus brazos alrededor de su cintura, reaccionó abrazándose a su cuello y rodeando su cintura con sus piernas y uniendo su lengua a la de él, en un baile erótico, mientras Carlos que no hacía pie empezaba a hundirse. Se besaron bajo el agua unos segundos, hasta que tuvieron que ascender a la superficie para poder respirar.

Nadaron unos metros hasta hacer pie y se quedaron mirando en silencio. Sergi había desaparecido, suponían que se había dado por aludido.

—¿Puedes perdonarme por ser como soy? —Carlos sonaba arrepentido y la miraba directamente a los ojos.

—Cariño, me gusta cómo eres, pero no hacía falta que le demostraras a Sergi lo que hay entre nosotros de esta manera. Bastaba con que ante tus amigos te hubieras presentado conmigo como un ligue, si quieres. No creo que les hayas de dar explicaciones de los detalles ¿no? Pero ya que no soy de callarme lo que me duele, te diré que presentarme solo como una amiga, me ha fastidiado bastante.

—Lo siento, yo...

—¡Espera! Déjame acabar. No quiero no poder hablar sinceramente contigo. Para mí no eres solo un amigo y ya está. No eres solo un hombre para pasar algunas noches juntos y ya está. Eres algo más. Siento cosas por ti. Aparte de

desearte, hay cariño, hay amistad, me das ternura a veces y otras consigues que me sienta realmente bien. Como si me hubiera curado de todos mis problemas. Pero no quiero depender de ti. O sea... que puedo entender que tú no estés preparado para más y yo tampoco. Pero al presentarme hoy solo como una amiga, me he sentido menospreciada, como algo sin importancia o como algo que hay que esconder. No me ha gustado ¿Te avergüenzas de mí?

—¿Pero qué tonterías estas diciendo?! ¡Claro que no me avergüenzo! Has de perdonarme por lo de antes. Sabes que soy una persona no excesivamente sociable y bastante reservado. En el momento de presentarte, lo único que he hecho es eludir las más que probables preguntas de mis amigos sin pensar que podía molestarte. Tampoco he pensado en que hacerte pasar solo por una amiga, me iba a pasar la factura de estar toda la noche mirándote sin poder tocarte. No poderte besar me estaba volviendo loco y verte coquetear con Sergi...

—¿Qué? No estaba coqueteando —Adriana se apartó tirándose hacia atrás y dejándose mecer por las suaves olas —no tengo que darte explicaciones, pero solo lo pasaba bien con él. Es muy simpático.

—No te enfurruñes ahora —le asió el pie y la acercó de nuevo hacia el —no se te ocurra compararme con Fran, sé que lo estás haciendo. No te estoy diciendo lo que puedes hacer o no, solo te hablo de lo que yo he sentido. Celos —le costó reconocerlo pero conocía la sensación.

—¿Estás seguro? —Adriana se incorporó y se volvió a abrazar a su cuello.

—No lo sé... ¿Cómo definirías a las ganas de estrangular a mi amigo Sergi que no te quitaba los ojos de encima?

Adriana soltó una carcajada y lo besó en el cuello mientras las manos de Carlos bajaban por su espalda hasta abarcar su trasero y acercarla más a él mientras un gemido escapaba de su garganta.

—Si no salimos del agua nos vamos a quedar arrugados como una pasa —Adriana lo cogió de la mano para tirar de él hacia la arena.

—¡Un momento! No puedo salir así —la cara de apuro de Carlos hizo reír a Adriana hasta las lágrimas mientras notaba el motivo de su “aprieto” contra su vientre —mejor sal tu primero, si te quedas aquí no podremos salir en toda la noche y por mucho que sea la más corta del año, nos vamos a quedar congelados.

Y a pesar de ser la noche más corta, consiguieron hacerla más larga, ya que finalmente no durmieron ni un minuto. Pasaron por el hostel para ducharse, deshicieron las sábanas durante unas horas, hablaron sin parar de mil cosas, se besaron y acariciaron entre murmullos y se amaron en silencio.

Volviéron a la playa para ver salir el sol y la magia estuvo presente mientras acurrucados en la arena, el astro rey se asomaba, el espejo de las aguas calmadas

y transparentes lo reflejaban, las gaviotas surcaban el horizonte, la brisa marina los arrullaba y los primeros rayos del día calentaban sus almas.

Cap. 18 —LA PROPUESTA

Adriana estaba en el super haciendo la compra. Iba con el carro bastante lleno para lo que era normal en ella, que compraba sobre la marcha y estaba a punto de llegar a la caja cuando le sonó el móvil.

Al mirar la pantalla y ver el nombre de Carlos, sonrió, se apartó a un lado para dejar pasar y no entorpecer la cola y descolgó.

—¡Hola! ¿Qué tal todo?

—Bien. Te llamo para ver si podemos quedar esta tarde cuando salga de trabajar. Tengo una propuesta que hacerte.

—Sí, no hay problema. ¿A qué hora sales hoy?

—Estoy teniendo un día bastante tranquilo, intentaré salir a las cinco. De todas formas, para que no tengas que esperar, si quieres voy a tu casa y hablamos.

—Claro, ven cuando quieras. Con este calor, casi lo que más me apetece es estar cerca de la ducha.

—¡Que sugerente! ¿Me estas invitando a compartirla?

—Ya sabes que es muy pequeña, pero bien arrimados...

—Creo que no me convienen estas conversaciones cuando estoy trabajando. Después no me concentro.

—¡Pues me alegro de desconcentrarte! —Adriana rio contenta pensando en verle esa tarde.

Quedaban bastantes días, pero no todos. Ella no insistía, no quería forzar las cosas y se amoldaba al ritmo de Carlos. Lo cierto es que si pasaban un par de días sin verse ni hablar, él siempre acababa buscándola. No quería hacerse ilusiones y acababa pensando que solo la buscaba por el sexo, pero cuando pasaban ratos juntos sentía un tipo especial de conexión. Y no solo por parte de ella.

—No te distraigo más, hasta luego Carlos, te espero en casa.

—¡Adiós!

Adriana, se dirigió a casa a dejar la compra y volvió a salir. Tenía la necesidad de sentirse guapa y arreglarse. Se compraría un vestido y lo estrenaría esa misma tarde, nada elegante ni de fiesta, no pegaría para estar en casa. Algo sencillo pero sexi. Ella no se arreglaba casi nunca, era muy práctica para esas cosas, pero le apetecía sorprender a Carlos.

Paseó por la calle más comercial del barrio, llena de tiendas y fue mirando escaparates. La ropa de verano era más informal y aparte de camisetas más o

menos originales, no encontraba nada que la impactara mínimamente.

Giró por una estrecha calle peatonal y recordó que allí había una tiendecita pequeña que siempre le había llamado la atención por su originalidad.

Entró sin mirar siquiera el escaparate, sabía que allí encontraría algo especial. Miró entre los colgadores y lo vio. Un vestido corto, de algodón, cogido al cuello y con la espalda al aire de esos que se adhieren al cuerpo como una segunda piel. Con el color fucsia y el pronunciado escote, aquel vestido sencillo y sexi no necesitaba de más adornos. Se lo probó y la dependienta alabó su aspecto.

—Estás preciosa, ese color le sienta de maravilla a tu color de piel. Se nota que ya has tomado el sol, tienes un tono dorado ideal.

—Sí, me queda bien, pero no puedo llevar sujetador, lleva toda la espalda al aire.

—¿y para que quieres llevar sujetador? Hace calor y las tienes en su sitio, yo que tu no me preocuparía por eso. La zona del pecho lleva refuerzo.

—¡Pues tienes razón! ¡Me lo quedo!

Volvió a casa encantada con su adquisición y se dedicó a recoger su pequeño piso que siempre acababa desordenado sin saber cómo. Lo había intentado muchas veces pero era misión imposible. Cuando vivía con Lara todo estaba siempre en su sitio, pero desde que volvía a estar sola nunca veía el momento de recoger. Como le recordaba su madre a menudo, nunca había conseguido que recogiera su cuarto y se llevó los malos hábitos a su casa al crecer. Se comió una ensalada, se estiró un rato en el sofá y cuando eran las cuatro decidió arreglarse un poco.

Después de ducharse, cayó en la cuenta de que no iba a ponerse tacones para estar en casa. Buscó en el lavabo y encontró un pintauñas fucsia y se dedicó a pintarse las uñas de los pies del color del vestido. Se secó el pelo marcando sus rizos. Hacía tiempo que no los cortaba y los recogió en un moño informal con una pinza, dejando caer algunos mechones alrededor del rostro. Nunca se pintaba, pero decidió maquillarse ligeramente. Algo sutil, una sombra natural, algo de brillo en los labios y un poco de máscara de pestañas. La verdad es que al mirarse al espejo ella misma notó el cambio.

Tanto se había entretenido que cuando oyó el timbre de la puerta corrió descalza y abrió sin mirar sonriendo.

Su sonrisa quedó congelada en su cara al encontrarse con Fran, con cara de malas pulgas a punto de dar un paso adelante y entrar. Reaccionó rápido y volvió a cerrar la puerta pero no fue suficiente. Fran había colado un pie y haciendo fuerza volvió a abrirla, mientras Adriana empezó a chillar y correr hacia el interior intentando llegar al lavabo que era la única estancia que tenía un cierre

interior. Antes de que pudiera abrir la puerta ya tenía pegado a su espalda a Fran que la arrinconó contra la pared, le cogió de las muñecas llevándole los brazos hacia atrás y se pegó a ella.

—¡Déjame en paz! ¡Sal de mi casa! —Adriana estaba muy asustada pero esta vez el cabreo le podía más que las lágrimas. Se retorció intentando soltarse y chilló lo más fuerte que pudo. Fran no había cerrado la puerta de entrada y rezó para que la oyera algún vecino.

—¡Te has pasado esta vez con la orden de alejamiento! —la voz de Fran sonaba como una pesadilla mientras le apretaba las muñecas y le hablaba fuerte al oído —te estás portando muy mal princesa. Esto se merece un castigo. ¿Estabas esperándome Adrianita? ¿Vestida como una puta, con ese vestido que te marca las tetas?

—Un amigo está a punto de llegar ¡Vete de aquí! Volveré a la policía, conseguiré que te encierren por esto— la voz de Adriana destilaba cada vez más odio. Estaba mareada por la tensión, pero se juró aguantar sin llorar. No quería que la viera débil o aún sería peor.

—Si, ya sé quién es tu amiguito, te he visto con él. Un chupatintas trajeado. Ese no es tu estilo —Fran se acercó para besarla —dame lo que es mío.

—¡Suéltame! —Al notar la boca de Fran asaltando la suya sintió una náusea que la hizo sudar y le mordió el labio con todas sus fuerzas haciendo que empezara a sangrar como un cerdo y que soltara un alarido. Aprovechó el momento de distracción para intentar darle un rodillazo en su entrepierna, pero debía estar esperándolo porque se apartó a tiempo y solo le dio en la pierna.

Adriana volvió a chillar con todas sus fuerzas intentando apartarlo con los puños y arañándole la cara mientras Fran gruñía enfadado, hasta que no se le ocurrió otra cosa que probar algo que había visto en muchas películas de acción. Fran estaba algo inclinado goteando sangre y aprovechó para darle un cabezazo en la frente con todas sus fuerzas.

Pasaron varias cosas a la vez y no supo cómo consiguió salir de aquella hasta más tarde. Se mareó completamente y empezó a resbalar por la pared a la vez que Fran desaparecía de su campo de visión y oía como en un sueño la voz de Carlos gritando su nombre asustado. En el momento que perdía la consciencia tenía el recuerdo de haber escuchado golpes contra las paredes y de pronto todo se volvió negro.

Se despertó entre los brazos de Carlos, que sentado en el suelo, la tenía en su regazo como si fuera un bebé y le daba palmadas en las mejillas.

Abrió los ojos asustada y se enderezó para abrazarse al cuello de Carlos llorando desconsolada.

—¡Adriana! ¡Dime que estás bien, por favor! ¿Vamos al hospital?

—¡No! Solo me he desmayado por el golpe —Adriana empezó a respirar hondo para calmarse secándose las lágrimas— ¿Qué hace aquí toda esta gente?

—La puerta estaba abierta, yo he llegado corriendo cuando he oído tus gritos y algunos vecinos también. Tienes buenos pulmones —la miró con una media sonrisa —Hemos de ir a la policía otra vez cariño, esto no puede seguir así.

Los vecinos que habían entrado alertados por los gritos le dijeron que ya habían llamado a la policía y le preguntaron si necesitaba algo. Adriana les pidió que se quedaran para que pudieran explicar a la policía lo que habían oído.

—¿Te ha hecho daño ese malnacido, bonita? — Era la abuelita del quinto, una anciana que parecía sorda, pero que había oído sus gritos —tienes sangre en el vestido.

—No, no se preocupe —Adriana se levantó tambaleándose ayudada por Carlos —era de su boca, le he mordido el labio —tal como lo dijo notó la presión de la mano de Carlos en su cintura y su respiración acelerada. Entonces se fijó en su cara y la zona de su ojo derecho se veía enrojecida, cogiendo un tono liloso por momentos.

—¿Te ha pegado? —Adriana le tocó suavemente con la punta de los dedos y Carlos se echó para atrás con un gesto de dolor.

—Sí. Pero él se ha llevado otro ojo morado y no estoy seguro de haberle roto la nariz. Le voy a poner otra denuncia de mi parte. Lo han de detener de una vez. Hoy no ha respetado la orden de alejamiento y además supongo que entrar en tu casa sin permiso es allanamiento de morada.

—En algún momento lo conseguiremos Carlos —Siento en el alma que te veas envuelto en esto.

—No te preocupes por eso, estoy contigo ¿vale?

Llegó la policía y les tomó declaración a ellos y también a los vecinos que se habían congregado en su pequeño comedor. Adriana miraba su piso como si estuviera inmersa en el rodaje de una mala película. Era como estar fuera de la realidad, sentía su cuerpo fuera de sí misma, moviéndose como una autómatas. Lo único que la mantenía anclada al presente era la mano de Carlos que no se separaba de ella. La tocaba continuamente, su mano en la espalda, entrelazada con la suya, una caricia en sus rizos, sus labios en su sien. No hacían falta palabras para notar su preocupación, su deseo de apoyarla, de estar a su lado.

Se lo agradeció infinitamente.

Cuando la policía se fue al cabo de un par de horas, con la promesa de buscar a Fran y detenerlo, los vecinos volvieron a sus pisos y finalmente cerraron la puerta, ambos estaban agotados.

La tensión de aquella horrible tarde, que afortunadamente llegaba a su fin, les cobraba ahora su precio.

Adriana se miró en el espejo de la entrada y al verse, se puso a llorar desconsolada. Su vestido estaba arrugado y manchado de sangre, tenía churretones negros por las mejillas, su pelo parecía un nido de golondrinas, su frente lucía un chichón del tono de su vestido y sus pies estaban sucios de ir descalza toda la tarde.

—¡Eh! ¿Qué ocurre ahora? —Carlos se acercó a la abrazó por la espalda frente al espejo —no llores cariño, ya ha pasado todo.

—¡Estoy horribleee! —los hipidos se hicieron más sonoros y Adriana que no podía seguir mirándose al espejo se giró y hundió su rostro en el pecho de Carlos agarrándose a su camisa blanca que quedó también estampada en negro.

—¡No estás horrible! Solo un poco despeinada. Has pasado una tarde demencial y ahora te has de relajar.

—¡No lo entiendes! Me he comprado este vestido esta tarde para estar guapa —las lágrimas no dejaban de caer —me he maquillado y mira mi cara —más hipidos incontrolados —¡hasta me he pintado las uñas de los pies!

Carlos la miraba sin salir de su asombro. La había atacado un sicópata, habían entrado en su casa a la fuerza y Dios sabe lo que podría haber pasado, se había desmayado de un golpe en la cabeza al enfrentarse a un tío de casi dos metros... ¡Y le preocupaba su vestido y su maquillaje!

—¿Dónde está Adriana y que has hecho con ella? —Carlos la besó en los labios —Sigues estando preciosa y ahora para relajarnos ¡a la ducha!

Carlos consiguió que Adriana dejara de llorar, se desnudaron mutuamente, se metieron juntos en la minúscula ducha y se enjabonaron el uno al otro entre besos y arrumacos. La atmosfera que consiguió el vapor del agua caliente, sus besos profundos y lentos y sus largas caricias fue como flotar sobre una nube. Una vez secos se envolvieron en las sábanas, estrechamente abrazados y Carlos le masajéó la cabeza hasta que la tensión de la tarde desapareció por fin y se durmieron plácidamente, uno junto al otro.

Carlos se despertó y le faltaba un brazo. O esa fue la sensación que tuvo. Adriana había dormido toda la noche abrazada a él, que tenía su brazo bajo su cuerpo y se le había quedado medio muerto. Lo apartó como pudo y al notar el movimiento Adriana se giró dándole la espalda y pegando su trasero desnudo a su estómago. Carlos le pasó un brazo por la cintura y empezó a acariciarle el vientre, haciendo círculos alrededor de su ombligo. Fue subiendo lentamente hasta sus pechos y resiguió sus pezones casi sin tocarla, con la respiración algo acelerada sobre su nuca. Debería dejarla dormir, debía estar agotada después de la tarde del día anterior, pero no podía resistirse. La tenía desnuda a su lado,

desprendía un olor entre flores y alguna fruta exótica, su piel era como seda en sus manos y la deseaba como un hombre en el desierto desea un vaso de agua fresca. Quería contenerse y dejarla descansar pero sus manos no le obedecían e iban por libres.

Adriana soñaba y era algo bueno. Estaba con Carlos en algún lugar lejano. Estaban solos y el la acariciaba muy suavemente. Ella lo deseaba y se excitaba solo con estar junto a él. Pero quería más y el parecía alejarse. Quería besarlo...

Se giró en la cama de nuevo frente a él y sin abrir los ojos se abalanzó hacia su boca. Carlos no sabía si estaba despierta o seguía medio dormida, pero se lanzó de igual manera a su boca sin pensarlo.

Adriana abrió los ojos, ya plenamente consciente y despierta. Se apartó ligeramente y sonrió a Carlos.

—Hola

—Hola

No hacían falta más palabras, la bienvenida al nuevo día se las dieron sus sonrisas y sus miradas. Había algo diferente y ambos lo notaron. Una conexión, un hilo conductor, una afinidad que anudaba algo que los unía de una forma diferente. Una comunión de las almas. Hicieron el amor con toda la entrega de la que eran capaces, sin pensar, sin palabras. Solo sintiendo, piel contra piel, creando un vínculo aún reciente y débil, pero que podría hacerse fuerte si lo cuidaban. Y la ternura. En aquella cama y aquella madrugada, la ternura lo dominó todo, los movimientos pausados, las lentas caricias, los suspiros entrecortados, sus nombres pronunciados en susurros, el rumor del amor en ciernes sobrevolando sus cuerpos.

Cuando sus respiraciones se calmaron y volvieron a la normalidad, el silencio se hizo demasiado grande. Carlos se encontraba trastornado, no acertaba a discernir qué había pasado en aquella cama, mientras que Adriana lo tenía muy claro y adivinó su preocupación. Para quitarle hierro al asunto y sonriendo emocionada en su interior, empezó a hablar como si nada especial hubiera pasado.

—Ya se me había olvidado, pero ayer me dijiste por teléfono que me ibas a hacer una propuesta.

—Es cierto, yo lo había olvidado también —Carlos se giró hacia ella y le agradeció sin palabras que hubiera roto aquel incómodo silencio —quería proponerte irnos juntos una semana de vacaciones.

—¿De verdad? ¡Genial! No tenía nada pensado para este verano aparte de pasar unos días con mis padres como cada año.

—Yo empiezo las vacaciones la semana que viene, si te parece bien podríamos ir a la montaña ¿te gustarían unas horas de caminar cada día en un

paisaje idílico? ¿Senderismo, incluso algo de escalada?

—¡Me encantaría! Así no perderé la forma, que el próximo curso soy la “profe de gimnasia”.

—Ya estás muy en forma —Carlos le cogió la pierna y le apretó los gemelos —pero lo pasaremos bien. Podemos dormir en un pueblecito que se llama Vidrà, está al norte de Osona y el paisaje es impresionante. Podemos visitar también el castillo, creo que es del año novecientos y pico ¿Qué te parece?

—¡Me parece perfecto!

Cap. 19 —ERES ESPECIAL

Adriana ya casi tenía todo preparado para sus vacaciones. Estaba muy ilusionada. Sería como un paréntesis en el que durante una semana entera tendría a Carlos para ella sola, todos los días y todas las noches y tenía la esperanza de que consiguieran afianzar su relación como algo más serio, al menos para él. No quería poner demasiada ilusión por si acababa escaldada. Nunca se sabía cómo podían ir las cosas.

No quería marcharse sin hablar con Lara y explicarle su situación con Carlos. Últimamente se veían menos que antes, pero eso no quitaba que siguiera siendo su mejor amiga y a pesar de que Carlos y Lara hacía mucho que no se veían, el hecho de ser su ex, se le hacía un poco cuesta arriba a la hora de dar explicaciones. Habían quedado aquella tarde cerca de casa de Lara. La pobre estaba ya de siete meses y medio y los gemelos pesaban mucho.

Adriana ya la esperaba en la puerta de una heladería italiana, ya que parecía que Lara hacía tiempo que tenía antojo de helado de fresa y nata y se los comía a todas horas. La vio llegar a paso lento bamboleándose ligeramente. Le sonrió y la saludó con la mano. La verdad era, que a pesar de su avanzado embarazo y la prominente barriga, estaba preciosa. Su piel estaba tersa, sus ojos y su sonrisa desprendían felicidad. La felicidad embellece mucho.

Se abrazaron y decidieron quedarse en la terraza de la calle, a la sombra. Hacía calor, pero corría una ligera brisa bastante agradable.

—Me siento como un camión de mercancías. Lleno —Lara se abanicó apartándose la melena a un lado —ahora que empieza a hacer más calor y que aumento de peso solo con respirar, no sé cómo lo voy a aguantar.

—¡Aguantarás! —Adriana rio con las comparaciones de Lara —¡eres una campeona! ¿Cómo están Alex y Claire?

—Alex parece mi sombra. Le he tenido que amenazar para que no viniera conmigo ahora. Me cuida mucho, pero a veces me agobia. Se preocupa demasiado y se pasa el tiempo a mi alrededor como un moscardón.

—No te lo tomes mal, piensa que te quiere y se preocupa por ti y por los bebés. Son dos y eso es un riesgo añadido. No se lo tengas en cuenta.

—Eso intento ¡pero no sé cómo convencerlo de que estoy embarazada y no enferma! Claire está desesperada por conocer a sus hermanos, se pasa el día pegada a mi barriga, es un cielo ¿Y tú cómo estás?

—Bien, pero he tenido otro episodio con Fran...

—¿Y por qué me entero ahora? —Lara frunció el ceño

—Tranquila, ocurrió hace muy poco —Adriana le explicó el sainete ocurrido

en su casa hacía unos días —tuve mucha suerte de que al haber quedado con Carlos en mi casa llegara a tiempo de quitarme a Fran de encima, sino no sé cómo hubiera acabado todo. Aunque el pobre se ha llevado de recuerdo un ojo morado. Al final, sin yo quererlo se ha visto implicado en todo este *sarao*.

—¿Os veis mucho últimamente, no? ¿Cómo está?

—De eso quería hablarte... no sé ni por dónde empezar.

—¿Qué tal por el principio? —Lara estaba muy intrigada, sabía que se veían, pero no alcanzaba a ver de qué iba aquella relación entre dos de sus mejores amigos —Y, si puede ser, no te dejes nada. ¿Sabes que estoy contigo ¿no?

—Ya lo sé Lara, pero Carlos fue tu pareja durante un año, incluso llegasteis a vivir juntos unos meses y esto me resulta un poco embarazoso.

—Déjate de embarazos ¡que de eso ya me ocupo yo!

—Vale, ¡allá va! Carlos y yo nos estamos acostando juntos —Adriana soltó la frase y se quedó callada mirando a Lara expectante.

—Vale.

—¿Vale? ¿No vas a decir nada más?

—¿Qué quieres que te diga si me sueltas una frase como esa sin ninguna pista más? ¿Crees que soy adivina?

—Tienes razón. Bueno, pues te explico... Carlos y yo nos encontramos por casualidad hace ya casi tres meses cerca de la escuela. De hecho, literalmente chocamos, nos fuimos a tomar algo y a partir de ahí empezamos a quedar. Estamos siendo, el uno para el otro, una tabla de salvación; eso creo al menos. Carlos estaba realmente muy jodido y estaba empezando a refugiarse en el alcohol y yo andaba más muerta que viva, medio *zombie* a todas horas, ya lo sabes —Lara asintió animándola a seguir con un gesto —El caso es que nos encontrábamos bien juntos, hemos hablado mucho, de todo y de nada, pero sobretodo de nuestras emociones, de cómo nos sentíamos, él por tu perdida y yo por el acoso de Fran. En uno de esos días tontos, en que necesitas, aparte de alguien que te escuche, un cuerpo caliente a tu lado, que te acaricie, que te bese...ya sabes, pues...nos enrollamos. Quedamos, salimos, nos acostamos, nos llamamos...

—¿Estáis saliendo juntos? ¡Me parece genial!

—¿En serio? ¿No te importa que esté con él?

—¡Desde luego que no! ¿Por qué me iba a importar? Sois mis mejores amigos y si estáis juntos, os queréis y sois felices ¡pues yo también!

—¡Ehh! ¡Para el carro! —Adriana levantó una mano frenando la verborrea de Lara —eso de que nos queremos lo has dicho tú. No le hemos puesto nombre a nuestra relación, pero creo que somos amigos con derechos especiales, sexo y eso...

—¡Vaya! Y ¿Con eso tienes suficiente? —Lara nunca había acabado de entender aquellas relaciones que para ella resultaban demasiado frías.

—Él tiene suficiente —la mirada de Adriana se entristeció y Lara lo notó rápidamente —yo...yo me he enamorado de él. No quiero presionarlo o saldrá corriendo.

—¿De verdad crees que sigue enamorado de mí? ¡Yo no lo creo! Sabe que quiero a Alex y que estoy embarazada.

—Lara, que conozca tu situación, no significa que sus sentimientos hayan cambiado.

—Ni que no lo hayan hecho y él no sea ni siquiera consciente. Los tíos son, muchas veces, un poco cortitos para estas cosas. Les falta un diccionario hombre=sentimientos.

—No sé Lara, a veces me da la sensación de que me he metido en la boca del lobo. Yo me he enamorado, sin querer y lo sé porque nunca había sentido algo así. No tengo ninguna duda. Él es muy cariñoso conmigo, lo pasamos bien juntos, pero desde que aparecieron las mariposas en mi estómago ando con pies de plomo. Sé que si le digo que le quiero o le insinúo que nuestra relación se convierta en algo más, se asustará y saldrá metafóricamente corriendo. Le he dado alguna pista pero no me atrevo a más. No puedo perderlo ahora. El otro día, cuando la policía ya se había ido de casa, se quedó conmigo a pasar la noche. Supongo que solo fue por lo mal que lo había pasado, pero para mí fue algo especial.

—Conozco a Carlos y sé que le hice daño, pero espero de verdad, que se dé cuenta de lo especial que eres, te quiera y encuentre contigo lo que yo no pude darle. Le quiero mucho como amigo, es una persona muy especial.

—Lo sé. ¿Sabes qué fue lo mejor? —Adriana sonrió al recordarlo

—¡No necesito los detalles! —Lara hizo aspavientos con las manos mientras Adriana soltaba una carcajada.

—Te iba a decir, que lo mejor fue que me propuso ¡irnos juntos una semana de vacaciones! Y le he dicho que sí, claro.

—¿Tú crees, de verdad, que si no te quisiera aunque fuera un poco, te iba a proponer irnos juntos una semana? Te está acercando más a él. No quiero adelantarme a los acontecimientos, pero ten paciencia y ya verás cómo se enamora de ti. Todo el mundo se acaba enamorando de ti. Eres especial y yo lo sé mejor que nadie.

—¿Yo, especial? ¡Tú que me quieres! —rio Adriana

Siguieron conversando sobre sus amigas, sobre la escuela, sobre las vacaciones y mientras se ponían al día, Adriana respiró tranquila al ver que la reacción de Lara había sido muy natural y que realmente se alegraba de que ella

y Carlos estuvieran juntos. Estaban enfrascadas en su conversación hasta que una voz cantarina y alegre les llegó, mientras una chica muy joven se acercaba a su mesa en la terraza del bar.

—¡Laraaa! ¡Qué alegría encontrarte! —aquella chica que Adriana no conocía casi se abalanzó contra Lara para abrazarla— ¡No! ¡No te levantes! ¿Cómo estás?

—¡Pues ya lo ves! ¡Cada vez me parezco más a un trasatlántico! ¡Pero muy bien! —Lara se giró hacia Adriana y se la presentó —Adri te presento a Alicia, la sobrina de Carlos.

Adriana casi se cae de la silla. Se atragantó con la bebida a la que justo en ese momento estaba dando un sorbo.

—Encantada —se levantó y le dio dos besos mientras Lara seguía con su presentación.

—Ali, ella es mi mejor amiga Adriana y también es *muuuuy* amiga de tu tío— Lara puso énfasis en el “muy” a la vez que levantaba las cejas varias veces.

—Encantada también —Ali le sonrió y le hizo un escaneo rápido a la amiga de su tío mientras intentaba adivinar si Lara le estaba dando información extra con sus expresiones nada disimuladas— ¿Hace mucho que conoces a mi tío?

—Ehhh, si, bastante, desde que salía con Lara —Adriana cerró la boca y le lanzó una mirada intimidatoria a Lara para que no hablara más de la cuenta, aunque esta se hizo la despistada y desvió la vista sin hacerle caso.

—Ahora mismo están saliendo mucho ¿verdad Adri? Incluso se van de vacaciones juntos una semanita —la sonrisa de Lara le abarcaba toda la cara.

—¿Siii? ¿Sois pareja? ¡Genial! —Alicia se alegraba de comprobar que su tío empezaba de nuevo a salir con mujeres y la que tenía delante, a pesar de acabar de conocerla, le daba la impresión de ser especial.

—No exactamente —Adriana no sabía por dónde salir y estaba pasando un gran apuro —en realidad, nosotros somos...buenos amigos, ¡eso! Buenos amigos.

—Me alegro de que me tío vuelva a hacer vida normal, estaba bastante desanimado. Y aunque no te conozco, me gustas para él. Creo que eres muy transparente y no suelo equivocarme.

—Y tu muy lista. Oye, te he de pedir, por favor, que no le digas a tu tío que nos conocemos, no quiero ponerle en ningún aprieto con su familia, ya me entiendes.

—Pues no te entiendo —Alicia tenía una expresión de lo más inocente— ¿Por qué le iba a poner en un aprieto?

—A ver, él me ha hablado de vosotros alguna vez, de sus padres, de su hermana y su cuñado y de ti también. Pero nunca ha dicho nada de que quiera

que nos conozcamos y creo que es mejor que siga así, al menos de momento.

—Vale, tranquila, por mí no será. Pero que sepas que me alegro de que paséis juntos las vacaciones. A ver que nos explica a nosotros, lo vamos a pillar, jajaja!. Mi madre va a alucinar.

—No lo pongáis en un compromiso, pobrecillo —Adri ya se lo imaginaba con su familia alrededor acribillándolo a preguntas.

Justo entonces sonó el móvil de Adriana, que lo sacó del bolso y al ver que era Carlos quién llamaba de puso roja como la grana.

—Hola, dime.

—¿Dónde estás? ¿Estás sola? —se le notaba algo alterado.

—No, estoy tomando algo con unas amigas —no quiso nombrarlas, podía impresionarlo tanto con el nombre de una como el de la otra.

—No te asustes, pero es que me da miedo que estés sola. Me ha llamado la policía.

—¿A ti? ¿Y por qué no me han llamado a mí?

—Como yo también interpuse una denuncia y les dejé mi teléfono, me han llamado para decirme que no encuentran a Fran. En el parque de bomberos les han dicho que ya hace casi dos semanas que Fran se despidió del trabajo. Ha dejado también su piso y no saben dónde encontrarlo. Parece que han hablado también con su familia y bien, o lo están encubriendo, o ha desaparecido. Nadie sabe dónde está.

Un escalofrío recorrió la espalda de Adriana y debía haberse quedado blanca como la cera, ya que sus amigas no le quitaban la vista de encima.

—¡Adriana! ¿Sigues ahí?

—Si, aquí estoy —el hilo de voz que le salió alertó a Lara. Alicia solo la miraba con curiosidad mal disimulada.

—No quiero que estés sola. Los dos sabemos que tú eres su obsesión y no podemos adivinar lo que está tramando. No quiero asustarte, pero necesito saber que estás bien. Eres muy especial para mí.

Aquellas palabras le caldearon el alma y eso que esa misma tarde las había oído varias veces, pero salidas de su boca eran justo lo que más necesitaba. Estaba asustada.

—No soy idiota Carlos, siempre intento solucionar las cosas por mí misma, pero sé muy bien cuando necesito ayuda. No me voy a arriesgar y a no tomar precauciones.

—Te paso a buscar dónde estés y te vienes a mi casa. Total en un par de días nos vamos de vacaciones. A partir de ahí ya pensaremos que hacer. No creo que tarden en encontrarlo.

—Vale. Gracias Carlos —le informó de la dirección del bar y levantó la

mirada.

Cuando colgó el teléfono dos pares de ojos la miraban con un montón de interrogantes dibujados en sus expresiones intrigadas.

—¿Qué pasa? —Lara, que la conocía muy bien sabía que no era nada bueno.

—A Carlos le ha llamado la policía —hizo una pausa intentando asimilarlo —Fran ha desaparecido.

—¿Quién es Fran? —Alicia estaba consumida por la curiosidad, aquello tenía pinta de culebrón.

—¡Oh, Dios mío! Solo falta que ahora te tenga que explicar mi historia y como, sin querer, he implicado a tu tío. No me lo vais a perdonar.

—No sé de qué estás hablando. Pero conozco lo suficiente a mi tío para saber que no se implica en algo si no quiere hacerlo. Toma sus propias decisiones, por si no te has dado cuenta.

—Pues no puedo dejar de sentirme culpable. Y encima me viene a buscar ahora y no tengo tiempo de ponerte al día. Pero seguro que Lara lo hace por mí ¿verdad?

—Claro, yo se lo explico todo —Lara miró a Alicia —ten paciencia que yo te lo cuento. Y tu- dijo dirigiéndose a Adriana —ya puedes ir pensando en venirte a mi casa. No pienso dejar que estés sola.

—Buenoo...Carlos ha tenido tu misma idea. De momento.

—¡Oh! ¡Genial! —la sonrisa socarrona de Lara la delataba— ¿Con quién vas a estar mejor?

—¿Vas a vivir con mi tío? ¡Eso sí es un notición! ¡mi madre se va a volver loca! —Alicia soltó una carcajada

—¡No es lo que parece! —Adriana se tapó los ojos con las manos— ¡Oh! ¿por qué todo se complica tanto siempre? ¿No puedo tener una vida tranquila, monótona y aburrida, por favor? Te lo pido por favor Alicia ¡Ni una palabra a tu madre! ¡Ni a tu abuela! ¡Ni a nadie! ¿vale?

—Tranquila, no diré nada ¡te lo juro!

—Ahora, por favor, desaparecer las dos antes de que llegue Carlos. No quiero que se ponga a babear con Lara ni que alucine al vernos juntas a ti y a mí.

—¡No va a babear conmigo, no digas tonterías! Pero ya nos vamos, necesito poner las piernas en alto antes de reventar las sandalias —se levantó con esfuerzo de la silla llevándose las manos a los riñones.

—¡Cuídate mucho Lara! Avisa si me necesitas para cualquier cosa. Y Ali, encantada de haberte conocido.

—Igualmente, me voy con Lara, la acompaño a casa —la miró —porqué me vas a invitar a subir a tu casa un ratito, me vas a ofrecer un agua fresquita y me vas a explicar de qué va todo esto ¿verdad *Larita*? Si no, no voy a poder dormir

esta noche.

—Venga vamos y hablamos un rato.

Justo acababan de desaparecer calle abajo cuando llegó Carlos. Le dio un beso y se sentó junto a ella.

—¿Y tus amigas?

—Se acaban de ir, tranquilo. He estado sola un par de minutos, no es para asustarse.

—Me he quedado muy preocupado Adri. No quiero que estés sola.

—Pero Carlos, a pesar de que te entiendo ;no puedo estar contigo las veinticuatro horas!

—Me quedan cuatro días para coger las vacaciones y nos iremos una semana. Pero hoy mismo puedes quedarte en mi casa. Te acompaño a recoger lo que necesites para estos cuatro días y las vacaciones y, seguramente a la vuelta, ya habrán detenido a Fran ¿Qué me dices?

—¿Y si no es así? No sabemos cómo evolucionará todo.

—Pues te quedas hasta que lo encuentren.

—Podría ser mucho tiempo. Y podrías agobiarte de tenerme a todas horas en tu casa.

Carlos se quedó pensativo, pero tuvo que reconocerse a sí mismo, que la idea no lo atemorizaba, de hecho, le gustaba. Le gustaba mucho.

—Mira, de momento no vamos a programarnos a largo plazo, solo a unos días vista. Iremos decidiendo sobre la marcha.

—No quiero que te canses de tenerme en tu casa y después no sepas como afrontarlo para no hacerme daño. Si me quedó será con la promesa de que cuando quieras que me vaya, me lo dirás.

—De acuerdo, pero ese no será el caso. Me gusta estar contigo. Por algo eres tan especial.

Esa misma tarde, al entrar al portal del piso de Adri, Carlos vió de reajo un sobre blanco que sobresalía de su buzón. Se interpuso entre este y ella antes de que lo viera y tras cederle el paso para subir las escaleras, alargó el brazo, sacó el sobre y lo escondió en el bolsillo del pantalón. Lo llevaría a la policía, pero si podía ahorrarle el mal trago a Adriana, lo haría.

Cap. 20 —JUNTOS

—¡Por fin en marcha! —Adriana, sentada de copiloto en el coche de Carlos, botaba sobre el asiento como una cría- ¡Tengo muchas ganas de pasar una semana en la montaña para olvidarme de todo!

—Yo también tengo ganas, necesito respirar aire puro y estar contigo a solas y apartados del mundo.

—¡Será que no me has tenido cerca estos últimos días! —Adri le puso la mano sobre la rodilla y le besó la mejilla. Vio como Carlos sonreía sin apartar la vista de la carretera.

No llevaban demasiado equipaje. El trayecto tenía poco más de cien kilómetros y llegarían en una hora y media, más o menos. Tendrían la base en una pensión del pueblo donde ya habían reservado una habitación y cada día se dedicarían a explorar los alrededores. El senderismo les gustaba a ambos y tenían la intención de recorrerse a pie toda la zona, envuelta en la parte norte por las montañas del pre-Pirineo y en el sureste por una cordillera. Carlos ya había estado en la zona hacía unos años con unos amigos y el paisaje lo había atrapado. Tenía intención de llevar a Adriana al Salt del Molí, si lo hacían en un día soleado, ver el salto de agua y las cascadas, justo aquel año que habían tenido una primavera muy lluviosa, sería espectacular.

Durante casi todo el trayecto compartieron un silencio cómodo. Se sentían a gusto con la compañía del otro y no necesitaban llenar los silencios con palabras vacías. Carlos iba rumiando los últimos acontecimientos y sentía un ápice de culpabilidad mientras recordaba que había leído en secreto la carta del buzón de Adriana y la había entregado a la policía sin decirle nada a ella. En la comisaría no se habían extrañado que se presentara allí solo, ya que el día de la última agresión, habían puesto la nueva denuncia conjuntamente y quedó constancia de que estaban juntos. Cuando leyó aquella frase escrita, sin ninguna duda, por un loco desequilibrado, quiso estrangularlo con sus propias manos. Estaba muy preocupado por Adriana y tenía la necesidad de protegerla. Sabía que debería haberle dicho lo de la carta, pero quería darle un poco de paz. Solo unos días. El texto no variaba demasiado del resto de notas, pero en esta lo amenazaba directamente a él, si Adriana no dejaba de verlo. Seguramente los seguía espionando a distancia, hecho del que la policía había tomado nota. Cuando volvieran de las vacaciones se lo explicaría. El hecho de que aquel energúmeno hubiera desaparecido del mapa, no le daba ninguna tranquilidad, al contrario, no hacía más que pensar que podía atacar a Adri en cualquier momento.

Ajena a los pensamientos de Carlos, Adriana puso la radio en el coche

buscando música y le salió una cancioncilla, que de tanto haberla oído hacía años, se sabía la letra de memoria. Miró a Carlos y se puso a cantar intentando no desentonar. *“Te quiero mucho, aunque te suene a lo de siempre. Más que un amigo, eres un mago diferente. Andar a saltos entre el tráfico, leer a medias el periódico, colarnos juntos en el autobús, cantar hasta quedar afónicos, viviendo juntos...”*

Carlos se la miró de refilón sonriendo y frunciendo el ceño a la vez.

—¿De verdad te gusta esa canción? —su tono incrédulo denotaba claramente que a él no le gustaba.

—No especialmente, pero me gusta cantar y esta me la sé —y sin ninguna vergüenza siguió cantando y aumentando el volumen. *“Figúrate, dos locos sueltos en plena calle, la misma cama y un bocadillo a media tarde. Hacer del lunes otro sábado, cruzar en rojo los semáforos, viviendo juntos...”*

—¡Oh! ¡Por favor! ¡Cambia la emisora o pon mi ipod! —Carlos alargó la mano hacia la radio y Adriana le dio una palmada.

—¡Espera a que acabe de cantarla! —estaba tan animada que Carlos consintió en seguir escuchando aquella tontería junto a los aullidos de Adriana.

—¿Quieres que tengamos lluvia, con el tiempo tan soleado con el que hemos salido de casa? Mira, ya veo algunas nubes a lo lejos —Carlos estaba protestando pero le encantaba ver a Adriana contenta y distraída de sus problemas.

—¡Oh mira! —Adriana señaló el letrero que informaba de los últimos tres kilómetros —ya casi estamos.

—Si, ya llegamos. Vamos primero al Hostal y dejamos las mochilas y podemos dar un paseo por el pueblo antes de comer ¿te parece bien?

—¡Perfecto! —Adriana estaba eufórica. Se sentía tan feliz de tener a Carlos para ella sola durante una semana, que no podía ocultar su alegría.

En la recepción del Hostal los atendieron amablemente y les recordaron que si querían comer allí, habían de reservar mesa al menos con un par de horas de antelación. También podían pedir comida para llevar si iban a pasar el día fuera. Como acababan de llegar y tenían que planear sus excursiones, reservaron la mesa para ese mismo día y compraron un mapa de la zona, con las pistas de senderismo marcadas.

Pasaron por el pueblo, que era pequeño, pero muy rústico. Contaba con pocas tiendas, una de ultramarinos, una panadería —pastelería, uno de esos comercios en las que puedes encontrar cualquier cosa, desde clavos, tabaco, latas de conservas, libros de bolsillo o imanes para la nevera y un bar con una barra larga y pequeñas mesas en el que los ancianos del lugar jugaban a cartas o al dominó desde buena mañana. Poco más. Entraron en el bar a beber algo, hacía

calor y tenían sed. Se quedaron de pie en la barra y Adriana se quedó observando las antiguas fotografías en blanco y negro que adornaban las paredes, algunas amarillentas, pero que reflejaban la belleza de las montañas de los alrededores, muchas de ellas cubiertas de nieve en pleno invierno.

—Esta zona tiene un paisaje precioso —Adriana señaló una de las fotos — venir en invierno con la nieve, también debe ser bonito.

—Sí —Carlos miró la fotografía que señalaba —la última vez que vine, hace ya varios años, fue en invierno y el paisaje es impresionante. Si te gusta el sitio podemos repetir cuando haya nieve.

Adriana notó el acelerón de su corazón al oír aquellas palabras. Sabía que Carlos no era consciente del efecto que tenían en ella, pero el hecho de dar por supuesto que el próximo invierno seguirían juntos, le daba esperanzas de que su relación se fuera afianzando y se convirtiera en algo más sólido. Al fin y al cabo, las palabras las había dicho él. Le sonrió con dulzura.

—Me encantaría, seguro que sí.

Antes de ir a comer al Hostal pasearon por los alrededores salpicados de Masías, en su mayoría muy bien conservadas. La piedra, el verde de los árboles que las rodeaban y las montañas como fondo, ofrecían una vista sensacional. Algunas de ellas se habían reformado para utilizarlas para turismo rural y eran preciosas. Otras seguían ocupadas por las familias originarias de la zona, que trabajaban en sus huertos y cuidaban de sus animales. Acostumbrados a la gran ciudad con su aceleración para todo, con sus prisas, tráfico, ruido y humanidad aglomerada, pasear por aquellos campos les estaba procurando una paz mental que necesitaban. Era como liberarse de un peso, que ni siquiera eran conscientes de acarrear día a día.

Adriana se sentía tan ligera como una pluma de la mano de Carlos. Se acercó más a él y le rodeó la cintura con su brazo apoyando la cabeza en su hombro.

—Gracias por invitarme a venir contigo. Estoy muy contenta de estar aquí.

—Yo también lo estoy. A veces tengo buenas ideas —se paró haciendo girar a Adriana para ponerla cara a cara con él- los dos necesitamos desconectar y creo que aquí lo vamos a conseguir. Vamos a dejarnos llevar, sin pensar en nada. Solo a disfrutar del momento.

—A veces tienes buenas ideas —Adriana le pasó los brazos alrededor del cuello y se acercó lentamente a sus labios. Los rozó con los suyos casi sin tocarlos y la mirada de Carlos se tornó más intensa. Se dilataron sus pupilas, mientras Adriana rozaba su nariz con la de él y sonreía entornando la mirada.

—Provocadora...

—Me gusta provocarte —le pasó una mano por el pecho resiguiendo un dibujo de su camiseta en su mejor versión incitadora.

—Entonces atente a las consecuencias —la agarró de la cintura, la atrajo pegándola a su cuerpo y la besó profundamente, aceptando su provocación y aumentando la temperatura de ambos en varios grados.

Adriana, después de unos instantes se separó ligeramente y apoyó su frente en la de él.

—Creo que medio pueblo nos está mirando —susurró—. Estamos en medio de la plaza y les estamos escandalizando o sea que deja de pensar lo que estás pensando y vamos a comer.

—Con la condición de hacer una siesta después. Hoy nos tomamos el día libre y mañana empieza el ejercicio.

—Solo si te quedan fuerzas para pasar las noches conmigo. Y lo de la siesta me parece bien. ¿Tienes mucho sueño?

—No especialmente. Me refería a otro tipo de siesta —pasó las manos por su espalda llegando a su final.

—Como sigas bajando, al final nos van a detener.

Carlos rio contento, le pasó un brazo sobre los hombros y se dirigieron al hostel.

—¡Qué barbaridad! ¡Hace un calor infernal! ¡Fíjate, ni una nube! —Adriana sudaba por todos los poros de su piel.

Estaban en mitad de la semana de vacaciones y no habían parado un segundo. Incluso estando acostumbrada al ejercicio, le dolían algunos músculos que no sabía que tenía. Se había dado cuenta de que Carlos estaba muy en forma, desde luego aguantaba más que ella. El gimnasio con constancia tenía sus efectos. Aquella mañana habían salido muy temprano hacia el Salt del Molí. No era un camino difícil, solo un sendero que transcurría a través de una pista forestal, atravesaba un precioso puente románico y seguía por un camino rocoso al que se podía acceder sin dificultad. Tampoco la distancia era muy grande, poco más de cuatro kilómetros. Pero con aquel calor sofocante y los músculos doloridos se hacía más cuesta arriba. La excursión del día anterior había sido larga y con subidas rocosas muy empinadas.

Acababan de pasar el puente y tras atravesarlo, el camino se bifurcaba en tres senderos. Carlos le indicó que debían coger el de la derecha y seguir el curso del río. Llegaron a las ruinas de un viejo molino, que antiguamente funcionaba gracias al salto de agua al que se dirigían. A partir de allí habían unos cuantos metros de bajada hasta llegar al Salt del Molí, con sus más de veinte metros de cascada.

Como era muy pronto cuando llegaron no había nadie y la primera impresión

para Adriana, que nunca había estado allí, fue de una paz absoluta. La naturaleza salvaje en su estado más puro, sin una señal humana más que sus propios cuerpos, le hizo pensar en el origen de todo. Carlos le señaló que había diferentes pozas en las que podían bañarse.

Antes de que decidieran entrar en el agua, los rayos del sol incidieron sobre la cascada descomponiendo la luz de forma que se convirtió en un abanico de colores en continuo movimiento. Se quedaron ambos extasiados ante aquel despliegue de luz y color, solo acompañados por el sonido del agua. Aquella imagen no la superaba ningún espectáculo de luces artificial.

Sin mediar palabra se desnudaron y se metieron en las frías aguas, refrescándose, flotando acompañados del rumor de la naturaleza y el canto de algún pájaro, consiguiendo un estado de relajación absoluto.

Carlos la agarró por la cintura y la besó profundamente mientras Adriana le correspondía de igual forma, poniendo todo el corazón en aquel momento tan especial.

—¿Te gusta este rincón?

—¡Es precioso! Se ha convertido ahora mismo en uno de esos lugares que sé que recordaré toda mi vida. Compartirlo contigo ha sido lo mejor. Gracias por esto. Estar aquí juntos, será siempre un bello recuerdo.

—Quería traerte aquí, precisamente porque fue un lugar que me encantó. Quería compartirlo contigo. Sabía que solamente podríamos estar solos a primera hora, pronto empezará a llegar gente. Pero nos hemos podido bañar juntos bajo esta cascada de agua y colores. Solo se puede ver el arco iris a esta hora de la mañana.

Volvieron a besarse antes de salir y secarse al sol, cogidos de la mano. Adriana, con los ojos entrecerrados y una sonrisa en los labios, dejándose adormecer por las leves caricias de los dedos de Carlos en su muñeca, pensó que desearía que aquel instante se alargara eternamente. Él la miraba de soslayo, pensando que había encontrado algo que no había buscado. No sabía aún bien que era, pero lo hacía serenarse, lo centraba. Había algo en ella que le daba paz, algo que era incapaz de verbalizar y por eso, no lo hizo. Se dedicó solo a sentir, mientras acariciaba su mano.

Se miraron y sus sonrisas empezaron en sus ojos antes de llegar a sus labios.

Llegaron casi sin darse cuenta al último día de su programada semana de vacaciones. Les quedarían aún muchos días, sobre todo a Adriana hasta que empezara a trabajar en la escuela en septiembre. Aún le quedaba la esperanza de que si Fran seguía desaparecido, Carlos le insistiría en que siguiera en su casa.

Pero aquella semana idílica tocaba a su fin. Pronto le parecería un paréntesis en su rutina o un sueño especial para recordar. En eso pensaba Adriana en el momento en que se despertó, rodeada de los brazos de Carlos, que seguía entregado a su sueño. Se giró lentamente para poder mirarlo con tranquilidad. Verlo dormir por las mañanas se había convertido en uno de sus pasatiempos favoritos. Le encantaba observar sus labios relajados y entreabiertos, sus largas pestañas, captar el batir de su corazón, oler su pelo, admirar su cuerpo. Era difícil estar mirando y no tocarlo para no despertarlo, pero aquella mañana le daría los buenos días con entusiasmo. Sonrió para sí, pensando en la mejor manera de despertarlo.

Empezó a reseguir con un dedo sus cejas y a besar su cuello muy suavemente.

Carlos estaba sumergido en un sueño. *“Me encuentro tan relajado en este prado verde, mirando al horizonte, veo a Adriana acercarse corriendo hacia mí. La esperaba desde hacía tiempo y las ganas de abrazarla son inmensas. Me ha reconocido y sonrío como solo ella sabe hacerlo, con el corazón, dando todo lo que tiene, con esa mirada limpia y oscura, brillante y sincera. La observo de lejos, llegando con sus pintas de motera, sus vaqueros rotos y los largos rizos negros alrededor de su rostro. Me acerco para recibirla y ella se me echa encima rodeando mis caderas con sus piernas, abrazando mi cuello con sus brazos. Voy a besarla cuando ella se desvía hacia mi cuello, dándome suaves besos. Si no supiera que son sus labios, pensaría que una mariposa se ha posado sobre mí. Giro mi cabeza para atrapar sus labios, pero ella me esquiva queriendo jugar. Ríe contenta y pasea sus manos por mis brazos desnudos acariciándolos con las puntas de los dedos.”*

Adriana seguía acariciando sus brazos y empezó a besar su pecho desnudo, mientras sus manos se deslizaban suavemente por su estómago. Notó la tensión en Carlos, que a pesar de todo, seguía dormido. O al menos, eso parecía.

“Desliza sus pies al suelo y me empuja para que me estire en la hierba. Se coloca sobre mí, acariciando mi estómago. Me está poniendo a mil, me excita solo con su presencia, pero no es solo eso. La parte física siempre ha estado clara. Es otra cosa. Esa necesidad de tenerla cerca, de verla, de olerla...”

Cuando Adriana pasó a besar su estómago mordiendo ligeramente alrededor de su ombligo, Carlos gimió excitado a la vez que salía de aquel precioso sueño, para encontrarse con una realidad todavía mejor. Adriana, desnuda y toda suya, serpenteaba sobre su cuerpo, con sus manos y su boca en acción. La cogió por las axilas, la hizo subir hasta el, la colocó de espaldas en la cama y la besó con toda la pasión que había acumulado en su sueño, transmitiendo y dejando salir de sus entrañas, una emoción que ya no podía contener. La temperatura subió

varios grados en unos segundos. Adriana lo hizo girar de nuevo para sentarse a horcajadas sobre él, encajando sus cuerpos para formar uno solo. Se movieron al unísono, al ritmo de una melodía imaginada creada por ellos dos, juntos, unidos como un todo, donde los cuerpos se confundían y sus mentes se comunicaban sin palabras.

Y ambos lo vieron claro, sus miradas entrelazadas decían mucho más que las palabras. Si se asustaron, no lo demostraron entonces. Sabían lo que había, porqué se lo estaban dando. Las palabras eran otra cosa. Las caricias hablaban solas mientras los pensamientos se fundían con el calor de los cuerpos. Sin apartar las miradas el uno del otro, llegaron a la cumbre, a la montaña más alta que jamás habían subido. Juntos. El último día de un paréntesis en sus vidas que debían decidir cómo continuar afrontando. Encontrar las palabras sería la parte más ardua, tomar decisiones la más osada. El tiempo sería su aliado antes de llegar al borde del precipicio al que se acercaban sin remedio.

Cap. 21 —LA LOCURA

No era posible que todo se torciera de esa manera. Fran cavilaba encerrado en el piso de un antiguo amigo, que se hallaba de viaje por trabajo y que viviría durante seis meses en Londres. Le había dejado las llaves al irse, para que pasara de vez en cuando a echar un vistazo, ya que no le gustaba dejar el piso abandonado tanto tiempo.

Ahora sabía que lo que en un primer momento le pareció una carga, le había solucionado algunos problemas, sobre todo estar ilocalizable para la policía. Aquella puta lo había puesto en una situación muy difícil, pero cuando consiguiera arrinconarla de nuevo, que lo haría, conseguiría lo que andaba buscando de ella desde hacía muchos años y pagaría por todo lo que le había hecho sufrir. Pasó una infancia terrorífica a causa de las burlas y desprecios del resto de niños del colegio, su padre no le hacía ni caso y solo lo miraba con odio cuando decidía que hacía falta usar el cinturón con él, para meterlo en cintura, como solía decir y el resto del tiempo lo trataba de inútil. Su madre lo sobreprotegía hasta agobiarlo y para calmar su ansiedad no hacía más que darle de comer hasta cebarlo como a un cerdo...y en medio de todo aquel desastre, la única luz que tuvo fue conocer a Adriana. Su Adriana. Lástima que siempre iba acompañada de su amiga Lara, ante la que había de disimular, ya que hubiera preferido que desapareciera del mapa, para tener a su amiga para el solo.

La única manera de sobrellevar aquellos años de recuerdos tan lúgubres, fue ver cada día a Adri, escucharla y hablar con ella, mirarla, olerla... fue una pena que llegaran a la adolescencia y ella lo traicionara continuamente con aquellos mequetrefes deportistas sin cerebro. En aquellos días todo cambió. Fran vio claro que nunca tendría la atención que buscaba de Adriana, mientras siguiera siendo un niño gordo y torpe del que todo el mundo se mofaba. A veces lo esperaban los abusones de la clase y entre varios lo habían torturado, mientras el odio crecía en su interior. Como no era posible responder ante aquellos energúmenos sin salir dañado, se había convertido en su bolsa de boxeo y por eso faltaba muchas veces a clase, mientras su padre remataba la faena en casa.

Adriana, finalmente, también lo había torturado a su manera aún más dolorosa. Saliendo con esos pijos asquerosos, dejándose tocar por ellos, besándolos delante de sus narices y explicándole después sus encuentros, como si hubiera de alegrarse. Entonces no había sabido que hacer, pero ahora sí lo sabía. Iba a vengarse. De todos. No sabía dónde se había metido Adriana. Desde hacía unos días vigilaba su portal y no había entrado ni salido. Seguramente estaba de vacaciones en algún sitio, probablemente con ese idiota con el que se

veía ahora y que casi le había roto la nariz. Aunque él también le había dado lo suyo. Eso había sido un descuido por su parte, no debería haber dejado la puerta abierta. Cuando volviera a encontrarla, la amordazaría para que no gritara y se la llevaría a ese piso. Nadie lo relacionaría, la policía no podía saber que estaba en casa de un amigo. Había cometido un error y no volvería a hacerlo. Porque Adriana volvería a ser suya. Como lo fue durante unos meses. Se controló mucho esos meses. Él sabía de control. Igual que llevaba años controlando la comida, ingiriendo solamente productos sanos, haciendo ejercicio para mantenerse en forma. Recordaba todos los esfuerzos que le había costado cuando decidió hacerse bombero. Días, semanas, meses sudando, pasando hambre, llevando su cuerpo al límite, solo para gustarle a Adriana, para que ella lo mirara, para que lo quisiera. Una lucha constante contra la báscula, contra los calambres y los dolores musculares, forzando la máquina hasta el límite.

Tendría su venganza y tendría su premio, nadie se lo iba a impedir, ni la policía, ni ese novio estúpido, ni sus amiguitos. La sometería a sus deseos aunque fuera lo último que hiciera. Solo era cuestión de planearlo todo. Necesitaba organizarlo bien, podía controlar los detalles.

Cuando la tuviera solo para él, podría convencerla de que debían estar juntos. Añoraba tenerla en su cama... ¡si no hubiera empezado a cuestionarlo todo! *Pero siempre había sido muy tozuda; en cuanto empezó a intentar hacerla entrar en razón, ella empezó a rebelarse. Le contestaba mal, se enfadaba, no entendía que él sabía muy bien lo que le convenía. Debería dejar de ver a sus amigos a todas horas, tenía que centrarse más en él. Parecía que no quería entenderlo. Necesitaba un castigo, como hacía su padre con él. Sí, eso haría. La castigaría por lo que le había hecho sufrir. No podría seguir adelante sin ella, la necesitaba y la odiaba al mismo tiempo. La odiaba por no darle lo que él quería, por no obedecerle. La odiaba, la odiaba, la quería y la odiaba...*

Cap. 22 —COMO EN UNA PELICULA

Llevaban ya algunos días en Barcelona tras aquella maravillosa semana en la montaña. Ya era sábado y ella seguía en casa de Carlos. Había intentado volver a su piso, principalmente para calibrar la reacción de él, que fue justo la que esperaba. No quiso ni oír hablar del tema y tras llamar a la comisaría y constatar que Fran seguía desaparecido, no la dejó ni cuestionarse volver a su casa. No debía estar sola en esos momentos, ambos estaban de vacaciones y seguiría viviendo con él hasta que todo se solucionase.

A pesar de las circunstancias que motivaban ese hecho, Adriana se sentía feliz. Estar con Carlos día y noche la llenaba, la calmaba, le daba vida y le devolvía la confianza que casi había perdido.

—¿Te apetece un día de playa? —Carlos apareció en la cocina, donde Adriana estaba haciendo café y tostadas para desayunar, recién salido de la cama, aún con cara de sueño y el pelo revuelto.

—Me apetece cualquier cosa que quieras hacer conmigo —Adriana se giró y le guiñó un ojo.

Carlos recorrió su espalda, tan solo cubierta con una camiseta de tirantes, que le cubría justo el trasero y poco más y siguió por aquellas preciosas piernas que lo volvían loco. Iba descalza, como siempre.

—¿No has tenido suficiente esta noche? —Carlos se acercó a su espalda, le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la barbilla en su hombro, besándole la mejilla y pasando las manos por su estómago.

—Nunca tengo suficiente de ti —Adriana lo besó y Carlos se apartó ligeramente. Cuando soltaba alguna frase como aquella demasiado íntima o cariñosa, siempre daba un paso atrás, casi sin ser consciente.

—Hace buen día y demasiado calor para quedarse en la ciudad a sudar. ¿Te apetece ir en la moto?

—Como quieras, por mi está bien —Adriana le dedicó una sonrisa algo triste, respiró hondo y se pidió paciencia a sí misma. *“Poco a poco Adriana, que no se agobie, ya te tiene en su casa, ¿qué más quieres? Dale el espacio que necesita”* —Deberíamos pasar por mi casa a buscar algunas cosas, me falta ropa.

—Podemos pasar a la vuelta. ¿Te basta con una mochila? Lo digo para poder llevarla en la moto.

—Sí, es suficiente. Desayunamos, me pongo el bikini y nos vamos.

En ese momento sonó el móvil de Adriana, con el tono que tenía puesto para Lara. Corrió a la habitación para cogerlo.

—Hola Lara ¿Qué tal?

—No muy bien —la voz de Lara sonaba entre asustada y alterada —Alex no

me coge el teléfono.

—Bueno, no hagas un drama de eso. A lo mejor lo lleva sin voz o se ha quedado sin batería.

—Creo que no tiene cobertura.

—¿Sin cobertura? ¿Dónde ha ido? —a Adriana cada vez le extrañaba más esa conversación.

—Sus padres le pidieron ayuda en la torre que tienen en la montaña ¿te acuerdas? Había que cambiar algunos muebles de sitio. No quería dejarme sola y yo no tenía ganas de ir. Le he insistido y se ha ido con Claire a primera hora, para volver pronto.

—Entonces seguro que...— antes de acabar la frase se escuchó un alarido de Lara que casi le hizo caer el móvil— ¡Lara! ¡¿Qué te pasa?!

—¡Creo que me he puesto de parto! —la voz lastimera de Lara a punto de ponerse a llorar le hizo empezar a dar vueltas como una peonza —¡y Alex no estáaa!

—¡Tranquila Lara! Ahora mismo vamos —Carlos que había escuchado parte de la conversación se acercó mirándola interrogante —tú no te muevas de ahí. Llegamos enseguida y te acompañamos al hospital. ¡Calma cariño, respira hondo y aguanta que ya vamos!

Adriana colgó el móvil y miró a Carlos asustada.

—¿Qué pasa? —la voz de Carlos también sonaba asustada, sabía que era Lara quién había llamado y se habían disparado todas sus alarmas.

—¡Lara se ha puesto de parto, antes de tiempo y...por cierto, ¡Alex está ilocalizable! ¡Hemos de acompañarla al hospital! —salió corriendo a recoger su bolso y a ponerse unas zapatillas de deporte— ¡Vamos! ¿Qué haces ahí parado?

—¿Cogemos la moto para ir más rápido? —en ese momento no coordinaba demasiado, estaba asustado.

—¿Cómo vamos a coger la moto? ¿Y dónde metemos a Lara y sus gemelos? ¿La llevas tú a los hombros? ¡Hombres!

—¡No sé lo que digo! —a Carlos el corazón le bombeaba a mil por hora, mientras cogía las llaves del coche y el móvil —y el idiota de Alex ¿Dónde se ha metido? ¿Deja a su mujer embarazada de ocho meses, sola? ¿Eso es lo que se preocupa por ella?

En ese momento Adriana le hubiera soltado un bofetón por gilipollas. ¡Siempre dispuesto a atacar a Alex! Ya se lo imaginaba insistiendo en no irse sin ella y a Lara forzándolo a marcharse, pero Carlos no podía imaginar algo así, ¡seguro que pensaba que era desinterés por parte de Alex y que él lo hubiera hecho mucho mejor!

—Ahora no es momento de ponerse a divagar —Adriana no quería ponerse a discutir defendiendo a Alex, le urgía más llevar a Lara al hospital— ¡Vamos!

Salieron disparados a coger el coche y Carlos condujo como un loco hacia casa de Lara, siguiendo las indicaciones de Adriana.

—¡Si continúas a esta velocidad, es posible que no lleguemos! Has de coger las Rondas y es sábado o sea que pronto no podrás correr.

—Llama mientras tanto a Lara, se debe encontrar muy sola —la voz teñida de preocupación de Carlos la hizo reaccionar.

Entendía que Carlos se preocupara, ella también lo estaba. Pero captaba algo más. Algo indefinible que hacía que el mundo de Carlos se hubiera reducido en unos minutos a una sola persona. Y no era ella. Quería entenderlo, razonarlo con toda la lógica del mundo y procesarlo como algo normal, pero le estaba costando mucho, una nube en sus pensamientos no la dejaba pensar con claridad.

—Ahora mismo la llamo —Adriana marcó y se quedó esperando —me salta el buzón de voz. Seguramente está hablando con sus padres o ha conseguido hablar con Alex.

—Ese tío ¿es el que tanto quiere a Lara? —el tono de cabreo de Carlos cada vez era más evidente —¡pues no parece que tenga mucho interés en conocer a sus hijos!

—¡Carlos! ¡Basta ya! —Adriana alzó la voz y Carlos la miró de soslayo mientras aceleraba y se saltaba un semáforo en ámbar —Alex ha ido a una torre que tienen sus padres en la montaña a ayudarlos con unos muebles, porque se lo han pedido. No quería dejar a Lara sola estando de ocho meses, ¡pero ella ha insistido en que no pasaba nada! ¡No la conoces si no sabes lo tozuda que puede ser! Y resulta que en esa zona no llega la cobertura. Hay cobertura en el pueblo, pero no llega a la urbanización.

—¡Pues sigue sin parecerme normal! ¡A mí no me hubiera convencido para irme lejos! —Carlos apretaba el volante con fuerza —¡no sé porque siempre lo

defiendes!

—¡Pero no es a ti a quién había de convencer de nada! Tú no eres su pareja ni el padre de sus hijos ¡a ver cuándo lo vas a entender! Y no defiendo siempre a Alex, es que los he visto muchas veces juntos y sé que se adoran el uno al otro —se puso de nuevo el móvil al oído —ahora suena.

—¿Adri? —la voz de Lara sonaba más serena —Alex me ha llamado. Ha bajado al pueblo, no estaba tranquilo sabiendo que no tenía cobertura...¡¡aayyy!! ¡Uff! ¡esto duele mucho!

—Tranquila, ya estamos llegando.

—Alex tardará casi dos horas en llegar al hospital, ¡espero que llegue a tiempo! Se ha puesto como loco cuando le he dicho que estaba de parto. Espero que conduzca con prudencia. Suerte que casi todo el trayecto es de autopista —la respiración de Lara era cada segundo más acelerada —ya he llamado a mi doctora, por suerte ya estaba de guardia en el hospital y nos espera. Quería enviarme una ambulancia, pero le he dicho que estabas de camino.

—¿Estás preparada? Carlos deja el coche en doble fila delante de tu casa. ¡Ahora mismo subo!

—¡Yo que sé si estoy preparada! ¡Lo que estoy es aterrada! ¡Quiero a Alex a mi lado!

—¡Tranquila cariño, seguro que llega lo antes posible! Ya salgo del coche, subo a buscarte.

Cuando Adriana entró en el piso, Lara estaba resoplando y sudando a mares. Cogió la bolsa, que por suerte ya tenía preparada desde hacía días, y acompañó a Lara al ascensor.

—¿Cada cuánto tienes las contracciones? ¿Lo has mirado?

—Creo que cada diez minutos, más o menos. Acaba de pasar una, tenemos un respiro hasta acomodarme en el coche —el color de las mejillas de Lara había desaparecido y tenía el aspecto amarillento de un pergamino.

Llegaron al coche y se situaron las dos en la parte trasera.

—Hola Carlos, siento haberos hecho venir así, pero todo han sido casualidades.

—No pasa nada preciosa, estamos contigo, no vas a estar sola— Carlos la observaba por el retrovisor.

—¡Precioso! ¿Qué te parece si arrancas el coche y vamos yendo al hospital? —el tono de Adriana no dejaba lugar a dudas, la ironía le salía por los poros —no es por nada, pero la señora está de parto...

—Ehh, sí, claro. No estamos lejos —Carlos consiguió centrarse e incorporarse al tráfico, cayendo en la cuenta de la urgencia que tenían— ¿Voy pidiendo paso a ver si nos dejan adelantar?

—¡Ni hablar! —Lara contestó rápido, muerta de vergüenza —los partos pueden durar muchas horas. No quiero que esto se convierta en un circo de tres pistas.

—Yo creo que a todos los hombres siempre les ha hecho gracia eso de sacar un pañuelo blanco por la ventanilla y aprovechar para pasar por delante al resto —Adriana no podía callarse y sofocar las ganas que tenía de meterse con Carlos.

—¡No digas tonterías Adriana! Solo intento llegar lo antes posible al hospital.

—¡No os pongáis a discutir ahora vosotros! —Lara empezaba de nuevo a notar una nueva contracción— ¡AAhhh!! ¡esto es horrible! ¿Cómo van a salir los doooooos?

—Tranquila cielo —Adriana le masajeaba la espalda mientras le hablaba — pronto estaremos en el hospital y te pondrán la epidural y ya no dolerá tanto.

—¿Y tú lo sabes porque has tenido muchos hijos? —Lara cada vez estaba más alterada.

—No te preocupes, ningún bebé se queda dentro.

—Adriana, no la pongas más nerviosa —las palabras de Carlos no hacían más que alentar su malhumor —que encima tiene que aguantar la ausencia del padre de sus hijos, que vete a saber dónde andará.

—¿Cómo que dónde andará? —Lara empezaba a estar cansada de aquellos dos— ¿No te ha dicho Adri que sus padres le han pedido ayuda y a pesar de que no quería dejarme sola, yo he insistido en que se fuera? Cuando he hablado con él estaba asustadísimo y... —no le dio tiempo a terminar la frase que le sonó el móvil— ¡Alex! ¡Estás conduciendo, no puedes usar el móvil, vas a tener un accidente! ¿Cómoooo? —Lara ya no podía más y se puso a llorar —¡no puede ser que tengamos tanta mala suerte! ¡Esto parece una mala película!

Adriana le pidió el teléfono, ya que Lara estaba teniendo otra contracción.

—Alex, ¿Qué ocurre ahora?

—Acabo de pinchar, solo le he dicho a Lara que tardaré un poco más porque he de cambiar una rueda. Además voy con Claire, no ha habido manera humana de dejarla con mis padres. En cuanto ha oído que venían sus hermanos ha sido imposible convencerla —bajó algo la voz— ¡Me está dando el viaje! ¿Cómo está Lara?

—Ya llegamos al hospital, tranquilo, estamos con ella.

—¿Tú y quién más? —Alex, que sabía que estaba en casa de Carlos, ya se lo imaginó.

—Nos lleva Carlos en su coche.

—¡Dile a Lara que aguante, porque ese tío no va a conocer a mis hijos antes que yo!

—¡Estáis todos de psiquiátrico, de verdad! ¡Que esto no es una competición de a ver quién mea más lejos!

—Adriana, pásame el móvil —Lara lo cogió y respiró hondo —Alex cariño, no voy a tener a los niños hasta que llegues, te lo prometo, pero no corras. Cambia la rueda y llega hasta aquí para ver nacer a tus hijos, pero sobre todo, llega. Tengo unas ganas enormes de abrazarte. Quiero que me des la mano y me beses.

—Tranquila, amor. Llegaré a tiempo. Te quiero —Alex se había tranquilizado al notar que la calma había vuelto.

En ese momento Lara soltó otro alarido.

—¡Carlos! Lo siento pero acabo de romper aguas en tu coche —se oyó una carcajada al otro lado de la línea —¡Y tú no te rías y cambia la rueda! Te quiero.

Cap. 23 —EN EL HOSPITAL

Finalmente consiguieron llegar a la entrada de urgencias dónde ya la aguardaban con una silla de ruedas para conducirla al paritorio. Lara se cogió la mano de su amiga y pidió que la dejaran pasar con ella, ya que el padre de las criaturas estaba de camino y no llegaría en más de una hora.

—Carlos, voy a entrar con Lara, si quieres vete a casa y te aviso cuando haya novedades.

Carlos la miró como si se hubiera vuelto loca y Adriana volvió a sentir un desasosiego que no sabía definir, pero que le estaba corroyendo las entrañas.

—Estaré aquí, no voy a dejaros solas.

Adriana asintió y se fue con Lara que resoplaba como un fuelle mientras le apretaba la mano.

La siguiente hora y media pasó lentamente para todos.

Lara que cada vez tenía las contracciones más seguidas, pero no estaba lo suficientemente dilatada como para ponerle la epidural, mientras los médicos valoraban la posibilidad de hacerle una cesárea si había sufrimiento fetal. Con dolores cada vez más intensos, solo necesitaba que llegara Alex, mientras maldecía y soltaba improperios que nunca habían salido de su boca en sus casi treinta años.

Adriana apoyando como podía a su amiga y dando por perdida su mano derecha por la que, estaba segura, había dejado de circular la sangre, mientras no podía apartar de su cabeza a Carlos y su obsesión con Lara.

Carlos sentado en la sala de espera, con los codos apoyados en las rodillas, mesándose el cabello hasta dejarlo como un nido de pájaros, con los nervios a flor de piel, cavilando sobre las dos mujeres que se encontraban en aquella sala. Le preocupaba la salud de Lara, que todo fuera bien y tuviera a sus hijos sin problemas, dándola definitivamente por perdida, lo cual, tuvo que reconocer, no fue tan doloroso como esperaba. Y Adriana...esa mujer tan especial, que igual lo volvía loco de deseo, que disparaba su adrenalina con sus comentarios punzantes o le hacía reír a carcajadas por la tontería más absurda.

Había pasado una hora y media y no sabía nada. Preguntó a una enfermera que solo le pidió paciencia, asegurándole que los partos podían durar muchas horas y que se lo tomara con calma. Eso después de reñirlo por no estar dentro, pensando que era el padre de los niños.

De golpe se abrió la puerta de la sala, sobresaltándolo y apareció como una tromba Alex, llevando de la mano a una niña, suponía que su hija.

—Hola Carlos, ya sé que no soy santo de tu devoción, como no lo eres tú

para mí tampoco, pero he de pedirte un favor. ¿Puedes quedarte con Claire mientras entro con Lara? ¡Por favor!

—Claro, no hay problema —miró a la niña como si fuera un ser de otro planeta.

—Claire, cariño, este es Carlos, un amigo de mamá. Te quedas con el hasta que papi venga a buscarte. ¿D'acord?

—¡Pero papi, yo quiero ver cómo llegan mis hermanitos!

—En cuanto estén aquí, te aseguro que lo primero que haré es venir a buscarte. Te lo prometo— se agachó a darle un beso buscando la paciencia que no tenía, después de un viaje de dos horas en coche de lo más caótico, con una niña de seis años que no paraba de hablar y que quería más información de la que él tenía.

—Vaaaleee...- el tono no fue el mejor, pero Alex lo dio por bueno y levantando el pulgar hacia Carlos se dirigió al paritorio.

Claire se sentó al lado de Carlos, que se la quedó mirando sin saber que decirle. Su experiencia con niñas de seis años se reducía a su sobrina. Cuando Alicia tenía esa edad, él estaba en los quince, por lo que casi no le hacía caso y sus recuerdos eran principalmente, como quitársela de encima y esquivarla cuando lo buscaba para jugar.

—¿Eres amigo de mi mami? —Claire lo miraba con curiosidad— ¿Y porque no vienes a casa como los otros amigos de mis papis?

¡Madre mía! Parece que la niña era preguntona. Lo que menos le apetecía en ese momento era contestar preguntas a los demás, cuando las que se hacía el mismo no parecían tener respuestas claras.

—Bueno, a veces los amigos se ven mucho y otras solo de vez en cuando. Yo trabajo mucho y no tengo tiempo de ver a mis amigos.

—Yo estaría muy triste sin ver a mis amigos. Ahora quiero ver a mis hermanos, pero no me dejan entrar. ¿Por qué no me dejan entrar? ¿A ti tampoco te dejan?

—Eehh... no, a mí tampoco me dejan —pensó que la solidaridad con la niña le iría bien —solo pueden entrar los papás y cuando lleguen ya podrás entrar a conocerlos.

—¿Y la tía Adri? Mi padre me ha dicho que estaba en el hospital pero no la veo.

—A ella la han dejado pasar solo un ratito, pero ya verás que pronto viene aquí a verte a ti.

—¿Y mis hermanos como van a salir de la barriga de mi madre? Ella me lo explicó un día, pero no lo entendí muy bien. La barriga es muuuy grande...yo les doy besitos por la barriga y ellos dan patadas.

Aquello se complicaba...pero por suerte antes de contestar, la niña soltó otra frase que lo hizo reír.

—No me gusta venir al hospital ni ver al médico, porque en mi clase dicen que cuando vas al médico te encuentras muy mal. ¿Mamá se encuentra mal?

—No, tranquila —pensó en los chillidos de Lara y siguió mintiendo —está muy bien. Solo que hay que esperar un poquito.

En ese momento salió Adriana y Carlos respiró aliviado. La niña era una monada, pero lo hacía sentir incómodo.

—¿Cómo está Lara? —a pesar de la voz teñida de preocupación de Carlos, Adriana contestó pensando en la pequeña y haciéndole un gesto para que se diera por aludido.

—¡Muy bien! ¡Hola Claire, cielo! —abrazó a la niña que se le colgó del cuello como un mono— ¿Tienes hambre? ¿Quieres que vayamos a la cafetería a comer algo?

Sin darse cuenta, se les habían hecho las dos de la tarde y había que ser práctico. Comieron un menú insípido en la cafetería del hospital y un par de veces hablaron con Alex por teléfono. Les dijo que todo avanzaba con normalidad y que Lara estaba dilatando bien, seguramente sería un parto normal. Adriana, por las horas que había estado dentro sabía que estaba siendo muy duro. Eran dos bebés y eso era el doble de todo. Pero como todo estaba evolucionando bien y Lara era joven y estaba sana, habían descartado la cesárea.

Pasaron varias horas más y Alex salió antes de anochecer para informarles de que los niños ¡por fin! Habían llegado. Les llamarían David y Oriol y en cuanto estuvieran en la habitación los podrían ir a ver.

Claire se puso a saltar contenta y Alex la abrazó emocionado. Cuando la soltó fue el turno de Adriana, que le susurró al oído:

—Felicidades *papi*. ¡Ya tienes a tres! ¡Quién lo iba a decir! Estoy muy feliz por vosotros, os merecéis lo mejor.

—Gracias Adriana. No puedo estar más feliz, todos están bien. Lara agotada, pero no puede dejar de sonreír y yo, ¡hasta los topes de adrenalina! Son unos niños preciosos y por suerte no necesitan incubadora. Hemos tenido mucha suerte.

—Felicidades Alex —Carlos se acercó a darle la mano, que se estrecharon sin rencores —felicita a Lara de mi parte.

—Felicítala tú mismo, ya deben estar en la habitación. ¡Vamos!

La primera en acercarse a sus hermanos fue Claire que se subió a aquella cama tan concurrida. Lara tenía el rostro algo enrojecido por los esfuerzos, pero su sonrisa era la más feliz y satisfecha que Carlos había visto jamás y se alegró por ella. Se la quedó mirando, embelesado por aquellas emociones descarnadas,

por aquel amor con mayúsculas que se respiraba en el ambiente. Los dos bultos enrollados cada uno en un brazo, dormían plácidamente y Lara no podía dejar de mirarlos, hipnotizada por el milagro que acababa de ocurrir. Ese que se repite miles de veces cada día y que no deja de ser el mayor de todos.

Alex, medio sentado en la cama al otro lado de Lara, adoraba a aquella mujer que le había dado tanto y mientras le besaba la cabeza, miraba a aquellos dos minúsculos seres tan indefensos y preciosos a los que ya quería con toda el alma. Cogió en sus brazos a uno de ellos. Eran idénticos. Iban a tener problemas para diferenciarlos. Ya los imaginaba montando en bicicleta, jugando con su hermana, volviéndolos a todos un poco locos. Aquel era uno de esos momentos que se retienen en la memoria para siempre, que se graban a fondo y en el futuro siempre tienen algún momento idóneo para resurgir, para hacernos sonreír y para valorar lo que tenemos. Bellos momentos para recordar cuando los tiempos que llegan no lo son tanto. Un instante encapsulado en un recuerdo imperecedero, como una fotografía interior.

Carlos los observaba y sabía que lo hacía desde fuera de aquella burbuja familiar. Por primera vez pudo apreciar sin reservas el amor que se profesaba aquella pareja y aún más, rodeados de sus hijos. Tuvo que reconocer en su interior, que Alex la quería, seguramente aún más de lo que la había querido él. Estaba ensimismado observando sus expresiones, sin ser consciente de las miradas de refilón de Adriana, que no perdía ocasión para intentar conocer sus pensamientos. Aunque seguramente no hubiera acertado, ya que Carlos estaba siendo consciente por primera vez, como si de una revelación se tratara, de que podía tener algo así con Adriana. Sabía que lo que estaba sintiendo por ella últimamente, era cada vez más importante y más intenso. Y al mirar a Lara, tenía la certeza, total y absoluta, de que se había convertido en su pasado. Sus sentimientos de amor por ella habían muerto para dejar paso a la amistad que ella siempre le había ofrecido y que, ahora, se veía capaz de aceptar. Esperaba poder limar asperezas con Alex, seguramente lo había juzgado muy parcialmente, desde los celos y el enfrentamiento.

Con Adriana debería empezar a hablar en serio. Todo lo que se habían dado las últimas semanas y que no habían verbalizado, seguramente por su culpa, debía salir de su interior. Era cierto que ella había dado algún paso más, pero suponía que se reprimía para no alejarlo. No se había dado del todo, siempre poniendo barreras, con algo de reticencia, con miedo a volver a perder, dando un paso atrás si ella daba uno hacia adelante. Pero si era sincero y dejaba aflorar el fondo de su alma, sabía que se había enamorado de Adriana y que debía poner las cartas sobre la mesa. Ya no podía imaginarse la vida sin ella.

Adriana sacó su móvil para inmortalizar el momento y tener una imagen que

confirmara un recuerdo tan especial. Hizo varias fotos a la familia feliz, sin saber que Carlos la observaba en aquel momento deseando besarla, enviándole un “te quiero” telepático que ella no recibió, ajena a sus pensamientos e imaginando otros muy distintos.

En unos minutos los dos bebés parecieron ponerse de acuerdo y empezaron a berrear al unísono, como un coro bien ensayado. Lara necesitaba ayuda para ponérselos en el pecho y una enfermera con aires de sargento entró en la habitación.

—A ver, que esta mamá necesita espacio y vamos a poner a estos pequeños a comer. Las visitas mejor que esperen fuera —miró a Carlos y Adriana que se dirigieron hacia la puerta. Al cabo de un momento salió Alex con Claire del brazo.

—¿Tendrías problema en quedarte con Claire esta noche? Ya lo he hablado con ella, sus hermanos son aún muy llorones y no la dejarían dormir —guiñó un ojo a Adriana —mañana estarán aquí todos los abuelos y podrá venir a verlos a todos y quedarse con ellos.

—¡Claro! —Adriana cogió de la mano a la niña— ¿Quieres que vayamos a dormir a casa de Carlos? Es más grande que la mía y podemos dormir juntas.

—¡Vale! —Claire se dejó convencer de apartarse de sus hermanos por la novedad de ir a pasar la noche con Adriana y Carlos— ¿Puedo dormir contigo?

—Dormiremos juntas si quieres y ¡vamos a comprar pizza para cenar!

Claire saltó alrededor de Adriana, con la energía intacta a pesar de haber madrugado, haber pasado varias horas en coche y otras tantas en un hospital. Carlos esperaba que se calmara y se durmiera pronto, para que el pudiera hablar con Adriana. La notaba muy distante todo el día y adivinaba las razones.

Quizás fuera mejor esperar a estar solos. Justo cuando veía las cosas claras y quería darle a Adriana todo lo que la había privado por su estupidez, se encontraba con una situación inesperada. Al mismo tiempo, debía agradecer a las circunstancias que los habían llevado hasta allí, que le hubieran permitido abrir los ojos y hacer frente a su interior y sus emociones.

Todo se andaría, al menos ahora sabía que camino debía tomar.

Cap. 24 —PREMONICIÓN

Al llegar a casa, la excitación de Claire no disminuyó ni un ápice y la esperanza de que se durmiera pronto se desinfló para Carlos, que estaba intuyendo que sería difícil calmarla después de tantas emociones.

Habían comprado pizza antes de subir a casa y mientras Adriana se llevaba a Claire a darse una ducha y ponerse una de sus camisetas a modo de camisón improvisado, Carlos se dirigió a la cocina a encender el horno.

Cenaron en la cocina, mientras Claire no paraba de hablar de sus hermanos y del accidentado viaje de la mañana.

—Tía Adri ¿mis hermanos me echaran de menos esta noche si no estoy con ellos? Tengo ganas de estar con ellos.

—Tranquila, aún son muy pequeños y dormirán toda la noche. Mañana volveremos al hospital y podrás verlos y cuidarlos.

—¿Y papi porqué se ha quedado si van a estar durmiendo? Podría venir aquí a dormir con nosotros.

Adriana notaba en la pregunta un deje de celos y cruzó una mirada con Carlos que permanecía callado y pensativo.

—Papá se ha quedado para ayudar a Lara por si lloran un poco esta noche. Los bebés lloran mucho.

—A lo mejor lloran porque quieren que vaya con ellos ¿no?

—Hoy no puede ser cariño. En unos días estaréis todos juntos en casa.

Claire se dio, más o menos por satisfecha con aquella respuesta. Se quedó mirando a Carlos algo cohibida.

—¿Estás enfadado?

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—Pones las cejas así —frunció el ceño en una graciosa mueca —y miras a la tía Adri con una cara rara.

—No pasa nada, es mi cara cuando estoy cansado ¿tú no estás cansada?

—¡Nooo! ¿Podremos ver una peli de dibujos esta noche? — la sonrisa de Claire era contagiosa. Carlos empezó a darse cuenta de que aquella pequeña tenía mucho arte para conseguir que los demás hicieran lo que ella quería.

—Ya veremos —contestó Adriana —come un poco más y pondremos una película, pero solo un rato.

—Me gustan las de princesas, donde hay un príncipe y al final se dan un beso —miró a Carlos— ¿Tú le das besos a la tía Adri? ¿Eres su novio?

Antes de que Carlos contestara se adelantó Adriana.

—¡Nooo! No somos novios, somos amigos. ¡Preguntona! —se inclinó hacia

ella para hacerle cosquillas en la cintura y despistarla de aquel incómodo interrogatorio, pero no lo consiguió.

—¡Mis papis sí que son novios! Se dan *muuuuchos* besos. A mí también me dan besos, pero ellos se dan besos en la boca —Claire soltó un a risilla tímida y se tapó la boca con la mano —cuando sea mayor yo también quiero un novio que me de besos en la boca. Se quedó mirando a Carlos— ¿Tú querrás ser mi novio cuando sea mayor? Eres muy guapo, como mi papi.

Carlos se atragantó con un trozo de pizza y empezó a toser hasta que le dio un trago a la coca cola que tenía en el vaso. Adriana empezó a reír a carcajadas al ver la cara de espanto de Carlos y la mirada curiosa de la niña.

—Bueno Carlos, habrás de esperar un poco a que crezca, pero tendrás una novia guapísima —siguió riendo.

—No le hagas caso Claire —Carlos miró a la niña —la tía Adri sí que es mi novia, pero creo que le daba un poco de vergüenza decírtelo —tu aún eres muy pequeña, pero cuando crezcas seguro que habrá un montón de chicos que querrán ser tus novios. Eres muy guapa y muy divertida.

Al levantar la vista vio la expresión asombrada de Adriana. Haberla reconocido como su novia, aunque fuera delante de una niña de seis años, había sido toda una sorpresa para ella, que se quedó con la boca abierta, mientras él le quiñaba un ojo. Pero reaccionó al momento desviando la conversación. Solo había dicho aquello para que Claire lo dejara tranquilo. Seguro que era eso.

Claire no quiso irse a dormir si Adriana no iba con ella. Como había sido un día especial y todos estaban cansados, Adriana y Claire se fueron a dormir juntas a la cama de Carlos, que era más grande y este se dirigió a la habitación pequeña a dormir solo. ¡Justo el día que más necesitaba estar con Adriana, hablar con ella y abrazarla!

Mientras Claire entraba al baño a lavarse los dientes, Carlos agarró a Adriana del brazo antes de que entrara con la niña y la arrinconó contra la pared. La besó sin avisar, con las manos en la pared, rodeando su cuerpo como en una jaula.

—Tenemos que hablar —Carlos se sentía impaciente. Era una sensación extraña, como si ahora todo fuera urgente y hablar con Adriana y decirle lo que sentía, su principal prioridad.

—Ahora no podemos. Claire quiere que vaya con ella a la cama y ha sido un día muy largo. Ya hablaremos mañana —lo apartó decidida y se dirigió a la habitación.

Adriana no interpretó bien las prisas de Carlos y tras el día vivido y los funestos pensamientos que habían pasado por su cabeza al ver las miradas dirigidas hacia Lara, no tenía especialmente ganas de hablar. No esperaba buenas noticias de esa conversación. A lo mejor quería que se fuera de su casa. O quería

dejar claro que lo suyo debía seguir siendo sexo y nada más. O quería cortar con ella porque no podía olvidar a Lara...fuera lo que fuera, no tenía prisa por oírlo. Ya le dolía solo de imaginarlo. No quiso seguir dándole vueltas y enfurruñada de fue a dormir. Claire, después de unos minutos de conversación en los que

Adriana, estirada en la cama a su lado le masajeaba la cabeza, por fin cayó agotada en un sueño reparador. Le apartó el flequillo y la besó en la frente sonriendo. Esa pequeña se hacía querer. Le recordaba a su propia infancia. Esa necesidad de preguntar, de siempre querer saber más, de alimentar una curiosidad insaciable. A pesar del mal sabor de boca que le había dejado el comentario de Carlos de “tenemos que hablar”, que no sonaba muy alentador, la fatiga pudo con ella y se durmió como un bebé.

El que no paraba de dar vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, era Carlos, que no dejaba de sentir un extraño apremio por hablar con Adriana y aclarar las cosas con ella. La sentía distante y eso le estaba inquietando. Era como una premonición —en las que no creía —que le avisaba de que no podía dejar pasar la oportunidad o la perdería. Había estado perdiendo el tiempo sin plantearse las preguntas correctas, obsesionado con el pasado y todo por miedo a conocer las respuestas. Y, de golpe, las respuestas habían surgido por si solas, dándole en toda la cara, como una bofetada con la mano abierta.

Sus pensamientos no paraban de dar vueltas y a pesar de la ilusión que le hacía hablar con Adriana y cambiar el rumbo de su relación, algo indefinible lo inquietaba sobremanera y no sabía darle nombre.

Pasaron varias horas hasta que consiguió dormir.

Claire se despertó como un reloj a las siete de la mañana. Daba igual lo tarde que se hubiera dormido o lo cansada que estuviera, recuperaba las energías a gran velocidad. Al darse cuenta de que estaba durmiendo con Adriana y recordar el día anterior y a dos pequeños hermanos que la esperaban en el hospital, se colocó sobre Adriana y le cogió las mejillas con las dos manos.

—Tía Adriiii —susurró a su oído —tíiiaa, despiertaaa —el volumen empezó a subir —¡ya es de día!

—Mmmm...— Adriana se desperezó al notar el peso sobre su estómago y entreabrió los ojos para descubrir a una niña totalmente despejada que empezaba a botar sobre ella —¿seguro que es de día?

—Siii, seguro. Tengo hambre ¿desayunamos y vamos a ver a mis hermanos? ¿Puedo comer madalenas con chocolate?

—Vaaale —Adriana sabía que no conseguiría que durmiera un rato más y se levantó con ella —no hagamos ruido, dejaremos que Carlos duerma un poco

más.

Se levantaron, desayunaron y se vistieron para salir. Como Carlos no había dado señales de vida y tenía la puerta cerrada, Adriana pensó que lo mejor era dejarlo dormir a aquella hora tan temprana y se fue a la calle con la niña.

—Como es muy pronto para ir al hospital ¿qué te parece si primero vamos un rato al parque?

—¿Mis hermanos no se irán a casa?

—Puedes estar tranquila, estarán unos días en el hospital —a Adriana le enternecía la preocupación de Claire por sus hermanos, pero era muy pronto para que hubieran llegado los abuelos y Alex y Lara necesitaban un poco de tranquilidad —¿te apetece ir primero al parque y después de compras a aquella tienda tan *chuli* donde te compré las camisetas que te gustaron tanto?

Como a Claire le pareció un buen plan, pasaron media mañana entre el parque y la tienda probándose camisetas. Claire era muy presumida y se lo pasó en grande haciendo poses delante de los espejos, consiguiendo salir de allí con tres camisetas nuevas y un vestido.

Finalmente fueron al hospital, dónde unos felicísimos y agotados Lara y Alex, los recibieron encantados. Los padres de ambos también estaban allí y se ocuparían de Claire durante unos días.

Adriana estuvo un rato con todos ellos y al cabo de un rato se despidió y bajó hacia la calle.

Justo al salir del hospital, casi tropezó con Carlos, que llegaba con cara de pocos amigos.

—¿Dónde te habías metido? ¡Llevo llamándote media mañana!

—No he oído el móvil —lo sacó del pequeño bolso para verificar que estaba en modo silencio— ¡vaya! Estaba en silencio, lo siento.

—¡Pues me has puesto nervioso! ¡se supone que Fran está sin localizar y no sabía si había pasado algo!

—¡Pues no te pongas tan nervioso! ¿Dónde iba a estar? Me he ido con Claire temprano y te he dejado durmiendo. Hemos ido al parque y... ¿Por qué te estoy dando tantas explicaciones? —el mal humor de Adriana iba en aumento —¡voy donde quiero y cuando quiero y tú no tienes nada que decir!

—¡Por favor! ¿No puedo estar preocupado por ti? No te estoy controlando, no te confundas ¡Hay suelto un loco obsesionado contigo! Además, hubiera querido subir contigo a ver a Lara y a los pequeños.

—¿A los pequeños? ¡no me hagas reír! —Adriana, como siempre que se enfadaba no filtraba lo que salía por su boca —pues sube cuando quieras, yo ya me voy. Pero vigila un poco, si Alex se fija en como miras a su mujer a lo mejor lo cabreas. ¡Hasta luego!

Adriana se alejó a grandes zancadas y cruzó la calle casi corriendo mientras Carlos la observaba boquiabierto por su comentario. Ya no tenía ninguna duda. Adriana estaba celosa y aquello le produjo una inconfesable satisfacción. Dejaría que se calmara y después hablarían largo y tendido.

Adriana estaba como una moto y sin pensarlo dos veces, en vez de dirigirse a casa de Carlos se fue hacia su piso, dónde tenía aparcada la moto. Volvía a tener la necesidad de perderse en alguna playa cercana y respirar hondo. El problema era que en verano, encontrar soledad en una playa era muy complicado, pero haría el intento de ir un poco más lejos y encontrar alguna cala que no estuviera masificada.

Llegó bastante rápido, subió a buscar el casco y un bikini y salió escopeteada arrancando la moto con rabia.

¡Maldito Carlos! Había conseguido ponerla de un humor de perros. Lo peor era que sabía que iba a perderlo. Le dolía el corazón. Se hundía un cuchillo en su estómago. El aire no conseguía llenar sus pulmones.

Y unos oscuros ojos invadidos por la fiebre de la locura, siguieron su recorrido, con una mezcla cada vez menos equilibrada de amor y odio.

Cap. 25 —EN UN SEGUNDO

Estaba al final de su calle a punto de girar hacia la derecha cuando el semáforo se puso en rojo. Paró y un coche se puso a su izquierda e hizo sonar el claxon a la vez que oyó una voz inconfundible.

—¡Adriana, por favor, para en la esquina y hablamos! ¡No te enfades conmigo por una tontería!

Lo miró con los ojos acuosos. ¿Cómo la había localizado?

—¡Carlos! ¿Qué haces aquí? ¿No ibas a subir a ver a Lara?

—He salido detrás de ti, pero al ver que entrabas en el metro he ido a coger mi coche que estaba aparcado cerca del hospital. He dudado entre ir a mi casa o a la tuya, pero después de ver el cabreo que llevabas, me he decidido por venir aquí y he acertado. Estaba a punto de subir a tu casa cuando te he visto salir y coger la moto.

—El semáforo está a punto de ponerse en verde. Me voy y no me sigas, necesito airearme.

—¡Déjame hablar contigo aunque sean cinco minutos! ¡No entiendo tu mal humor, de verdad!

Adriana accedió a regañadientes y los dos pararon en la esquina. Carlos bajó del coche y fue hacia ella.

—Adri, me has de explicar a qué te referías con tus comentarios. Tenemos que hablar en serio. Quiero hablar de lo nuestro.

—¿Hablar de lo nuestro? ¿Y qué es lo nuestro? En cuanto aparece Lara, sea lo que sea lo nuestro, como tú dices, se esfuma por arte de magia. Solo tienes ojos para ella y yo no soy tonta. Es mi amiga y la quiero mucho, pero...

—¡Estas equivocada! Justo de eso quiero hablarte. No estás siendo justa conmigo, yo...

—¡Basta! No puedo escuchar más excusas, noto como te alejas cada vez que ella está cerca. ¿Cuándo te vas a dar cuenta? ¡¿Cuándo?!

—¿De qué? —Carlos notaba a Adriana muy alterada y no sabía que decirle para calmarla.

—¡De que estoy enamorada de ti, imbécil! Siempre he necesitado amar, pero nadie parece dispuesto a corresponderme. No es autocompasión, ya sé que no mandamos en los sentimientos y cada uno siente lo que siente, pero sé que dentro de mí, tengo mucho que ofrecer. Y solo te lo quiero dar a ti. Yo te quiero, pero ya no puedo luchar por los dos, mientras tú no te planteas ninguna pregunta porque no quieres conocer las respuestas. Lo mejor será seguir sola.

—Adri, te digo que estas equivocada, vamos a casa y hablamos

tranquilamente.

Al ver que Adriana iba a volver a ponerse el casco, se acercó y la besó antes de que lo hiciera. Seguramente no fue la mejor idea que tuvo. Adriana, con lágrimas en los ojos, volvió a malinterpretar aquel beso y se lo tomó como una despedida. Le entregó todo su ser en aquel instante, para después apartarse.

—Necesito espacio Carlos. Me estoy ahogando —lo miró a los ojos— Te quiero.

Sin esperar respuesta, se puso el casco y arrancó la moto antes de darle tiempo a reaccionar.

Carlos entendió que en aquel momento era mejor no seguirla y dejarle el espacio que necesitaba. Más tarde hablaría con ella y cuando estuvieran en casa y ambos se calmaran, podría decirle cuanto la quería.

Él también se había enamorado y aquella revelación lo había asustado un poco a la vez que lo llenaba de energía y esperanza. A pesar del desasosiego que le rondaba todo el día no desaparecía. Pero haber oído esas palabras de su boca lo emocionaba y le aportaba la paciencia necesaria para darle el espacio que le estaba pidiendo.

Adriana se dirigió hacia la costa por la autopista para poder correr más y se metió en el carril de la izquierda. Sabía que no estaba siendo prudente conduciendo a aquella velocidad, pero siempre había tenido un punto inconsciente y salvaje cuando la adrenalina la inundaba. Se concentró en la carretera, a pesar de que sus pensamientos no dejaban de dispararse y cruzarse por su cabeza, maldiciéndose a sí misma, llamándose ingenua, siempre la misma historia... ¡le tomaban el pelo y ella sin darse cuenta! Y las mariposas...esas que la habían emocionado tanto al sentirlas, se habían convertido en un nido de serpientes que le mordían las entrañas.

Miró por el retrovisor y vio un coche acercándose a gran velocidad. Intentó apartarse hacia la derecha para dejarle paso, pero el carril estaba lleno y no podía colarse. El tráfico empezó a ralentizarse al llegar a un peaje y asustada por aquel enorme 4x4 que seguía tras ella, decidió escaparse de la autopista en la próxima salida que estaba a un par de kilómetros. Se había marchado para desconectar y relajarse y estaba consiguiendo justo lo contrario.

Al parar para pasar la tarjeta, aprovechó para mirar el coche que la seguía y al tenerlo pegado a su retaguardia pudo ver claramente el rostro de Fran, a pesar de sus gafas de sol. Lo distinguió claramente y este le ofreció una sonrisa malévola, o al menos, eso le pareció a ella.

Su corazón se aceleró al mismo ritmo que su moto, con un reprís importante a pesar de ser una scooter. Salió escopeteada hacia la próxima salida, sudando a

mares. El ritmo alterado de su respiración, las lágrimas que no cesaban por mucho que intentara reprimirlas y el exceso de adrenalina, unido al pánico que acababa de invadirla, la hicieron acelerar al máximo sin pensar en el peligro.

Su cuerpo y su moto estaban en conexión, la velocidad llevada al extremo. Al salir de la autopista, ni siquiera se había fijado dónde estaba. Fue a parar a una carretera comarcal, que en un principio parecía recta, pero que al cabo de un minuto empezó a mostrar sus peligrosas curvas. Seguía mirando por el retrovisor y el coche de Fran cada vez estaba más cerca. Si llegaba a tocar su moto a aquella velocidad, saldría volando por los aires.

Sus pensamientos inconexos no la dejaban centrarse. Solo uno vino claramente a su encuentro: Carlos tenía razón, estaba en peligro y no se lo había tomado lo suficientemente en serio. Intentó conectar mentalmente con él. No es que creyera en la telepatía ni pensara que iba a funcionar, pero invocarlo parecía darle fuerza. Era una manera de pedir auxilio un tanto esotérica, pero de momento no tenía otra.

Se acercaba a una curva cerrada cuando notó un ligero toque en la parte posterior de la moto que le hizo perder el control haciendo una “ese” peligrosa y poniéndola en el carril contrario. Soltó un agudo chillido pero consiguió enderezarla y volver a acelerar a pesar del temblor que le recorría todo el cuerpo. Aquella persecución se había convertido en una fina línea entre la vida y la muerte.

Sonó el claxon del coche de Fran varias veces. Seguramente quería que parara. No lo iba a conseguir. Era posible que si lo hacía ya no tuviera elección y la muerte fuera su única opción.

Adriana detectó una salida rural, un camino de tierra a su izquierda y sin mirar más allá, atravesó la carretera para girar. No vio el coche que circulaba en sentido contrario y que apareció de repente, la curva siguiente le entorpecía la visibilidad.

Fue solo un segundo. Un segundo y su vida podía pender de un hilo. El coche chocó contra el lateral de la moto en su parte trasera y ésta y su ocupante, saltaron por los aires. La moto dio dos vueltas en el aire antes de chocar contra un árbol y saltar a trozos, que salieron despedidos en todas direcciones. Y Adriana fue a caer a un pequeño barranco directamente de cabeza y rodando hasta quedar inmóvil.

Solo tuvo un segundo de conciencia en el que vio rodar los árboles y trozos de cielo azul que aparecían y se esfumaban entre las ramas. Se mezclaron en su boca el sabor salado de sus lágrimas con el metálico de la sangre caliente que sentía resbalar por su frente por debajo del casco. Solo retuvo durante un segundo una imagen en su mente: la mirada de Carlos cuando le hacía el amor.

Aquellos preciosos ojos de color miel, dulces y que le transmitían tanto. Aquellos ojos concentrados solo en ella. No supo si llegó a decir su nombre. Entreabrió los ojos solo para ver el verde que la envolvía y en solo un segundo todo se fundió en negro.

El coche del siniestro paró para auxiliarla y llamar a una ambulancia. El que la seguía ni siquiera hizo el intento. Cambió de carril y siguió por la carretera como si nada hubiera ocurrido. Fran no quería que muriera y dio un golpe al volante con fastidio. La quería para él. Pero si la policía se enteraba de que iba tras ella tendría problemas. Casi era mejor que muriese antes de que pudiera decir que la estaba persiguiendo. Solo intentaba que parara la moto y poder hacer que entrara en su coche, pero aquella loca que no atendía a razones, solo hacía que acelerar hasta que lo había obligado a asustarla. Lo que no esperaba era que hiciera aquel giro tan peligroso sin tener visibilidad del carril contrario; su intención era llevarla a casa de su amigo y tenerla para él. Solo para él. Sabía que lo había reconocido al parar en el peaje. Nadie podía enterarse de que había ido tras ella. Quizás lo mejor fuera que desapareciera lejos unos días. Tenía medios para enterarse de cómo estaba Adriana. Entonces tomaría las decisiones que hicieran falta.

Los ocupantes del coche, habían llamado a urgencias y les contestaron que en diez o quince minutos estaría allí una ambulancia y la policía. Era una pareja mayor, jubilados y estaban muy asustados. No habían podido evitar el choque. Aquella chica se les había cruzado en la carretera a toda velocidad.

—¿Crees que deberíamos bajar un poco hasta donde está la chica? Me sabe mal que esté sola ahí abajo.

—Es mejor esperar a que llegue la ambulancia. Lleva el casco puesto y no se le puede tocar. Si intentamos moverla es posible que empeoremos su salud.

—Está inconsciente ¿verdad? No se mueve. ¡Ojalá esté viva! Ya sé que no ha sido culpa nuestra, se nos ha cruzado en una curva, pero me aterroriza pensar que pueda estar muerta. No quiero llevar ese peso sobre los hombros.

—Tranquila cariño —el hombre la rodeó con el brazo al notar su nerviosismo —seguro que solo está inconsciente, ya verás.

La ambulancia cumplió el plazo y al cabo de unos minutos oyeron una sirena a lo lejos. Otro coche había parado también al detectar el accidente y esperaban por si podían ayudar.

—¿Te has fijado que justo cuando hemos chocado, otro coche negro muy grande iba detrás de la moto y ni siquiera ha parado?

—Si, ya me he dado cuenta. Hay mucha gente sin una pizca de humanidad. Ven un accidente y siguen su camino como si nada. No va con ellos.

—Debe ser de esas personas que si le rayan su coche pone el grito en el

cielo, pero si ven una chica volar por los aires les resulta indiferente, no lo entiendo, la verdad.

—Tienes razón. Voy a llamar al seguro, tendremos que dar el parte.

Llegó la ambulancia seguida de un coche de policía por si era necesario levantar un atestado. Los enfermeros sacaron una camilla plegable y bajaron con ella por el barranco, que por suerte no era demasiado profundo, para dar los primeros auxilios y recoger a Adriana para llevarla al hospital.

Los dos policías aprovecharon mientras tanto a hacer unas preguntas a la pareja que les había llamado. Solo pudieron explicar cómo se encontraron con la moto girando en medio de la carretera, cerca de una curva, para coger aquel estrecho camino de tierra. La mujer solo hacía que desviar la vista hacia abajo con ansiedad. La policía quiso asegurarse de si hubo algún otro testigo y la mujer le explicó lo del coche que iba detrás de la moto y que pasó de largo sin parar. A pesar de que no tenían la matricula. Solo pudieron decir que era grande y negro. No era mucho.

Cuando los enfermeros empezaron a subirla, tras comprobar sus constantes vitales y proporcionarle oxígeno, la mujer ya no pudo más.

—¡Díganme que está viva, por Dios!

—Si señora. Al menos respira. Ahora la llevamos al hospital a Barcelona, por si tiene lesiones de gravedad. Hemos visto en su documentación que vive allí —entregó el carnet de conducir y el móvil de Adriana a la policía. Estaba la pantalla resquebrajada pero parecía que funcionaba.

—¡Menos mal! Espero que no sea demasiado grave.

—No podemos saberlo. En el hospital le harán todas las pruebas. Nos vamos —el enfermero saludó al policía y la ambulancia arrancó de nuevo haciendo sonar la sirena.

Los policías también se fueron. Debían localizar a algún familiar para comunicar el accidente.

La pareja, conmocionada al haber visto la juventud de la chica, se despidió de la policía y volvieron a su coche.

Adriana, en otro mundo del que lo desconocía todo, flotaba sobre una ambulancia, que para ella estaba en completo silencio, viendo su propio cuerpo maltrecho, su sangre derramada, su inmovilidad, su cabeza protegida aún por el casco de la moto que, por cierto, no le molestaba y dos hombres presionando su pecho e insuflándole aire en un boca a boca que no necesitaba... estaba bien. De hecho se encontraba mejor que nunca. Miró hacia el verde paisaje que la rodeaba y al fondo vio una brillante luz que la llamaba, seductora, atrayente, tentadora...

Solo fue un segundo, pero a pesar de intentar acercarse a ella, no lo consiguió.

Cap. 26 —QUÉDATE CONMIGO

Álex estaba en la cafetería del Hospital acompañando a sus padres a tomar un café y unas pastas. Era media tarde y Claire se había ido hacía un rato con los padres de Lara y se quedaba esa noche en su casa.

Estaban comentando lo preciosos que estaban los niños, los abuelos se desvivían alabando a sus nietos y se les caía la baba, mientras no paraban de repartir consejos. Álex los escuchaba con paciencia y algo de sueño. La pasada noche habían tenido un concierto de lloros hasta que la enfermera-sargento, se llevó a los bebés alegando que Lara debía descansar y que ya tendrían tiempo de pasar noches en vela en su casa.

Notó vibrar su móvil y al mirar la pantalla le extrañó ver el número de los padres de Lara, que no hacía más de una hora que se habían ido a casa con Claire. Contestó rápidamente y se asustó al oír la voz alterada de su suegra.

—¡Álex! Me acaba de llamar la madre de Adriana —la voz de su suegra sonaba temblorosa.

—¿Qué ocurre?

—Les ha llamado hace un rato la policía, parece ser que ha tenido un accidente con la moto.

—¡¿Cómooo?! ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

—Está en el Hospital de la Vall d'Hebron. Lo único que saben es que ha sido en una carretera cerca de la costa del Maresme, a la altura entre Canet y Arenys. Ahora están yendo hacia el hospital. Mariona está muy preocupada, me ha llamado llorando. He pensado que queríais saberlo.

—¡Claro que lo hemos de saber! Aunque no quiero preocupar a Lara ahora. No es buen momento para tener disgustos. ¿Claire se ha enterado? Quiere mucho a Adriana.

—No, tranquilo. En cuanto he visto que eran malas noticias le he hecho una seña a Juan para que se la llevara. Luego le he contado lo que ha ocurrido y se ha llevado a Claire un rato al parque. ¡Madre mía Alex! ¡Esa chica siempre con su moto y mira lo que ha pasado! ¡qué poco me gustan esos trastos!

—Ahora lo importante es saber cómo está. En cuanto sepas algo y se la pueda visitar dímelo, por favor. Intentaré ponerle alguna excusa a Lara para escaparme y poder ir a verla.

—No te preocupes, yo estoy en contacto con Mariona y te iré informando. No sé si es buena idea no contárselo a Lara. Sabes que son como hermanas. Cuando sepa que no se lo has dicho se va a enfadar, lo sabes ¿no?

—Si —Álex se quedó pensativo, calibrando sus opciones —lo sé.

A pesar de sus intenciones, no tuvo que dudar si decírselo o no a Lara. Solo entrar en la habitación, después de despedirse de sus padres, la afilada intuición de Lara le dio la respuesta de lo que debía hacer.

—Hola cariño, mis padres se han ido ahora, volverán a pasar mañana —se acercó a besar a Lara y a mirar a los pequeños en sus cunas.

—¿Qué ocurre Álex? —solo mirarle a la cara, se había dado cuenta de que algo no andaba bien.

—¡Nada! ¿Por qué ha de ocurrir algo? —su mujer tenía un radar para detectar los estados de ánimo que le daba miedo.

—Quizás porque cuando has salido de aquí hace un rato parecías el hombre más feliz del mundo y ahora al entrar, tu sonrisa era falsa, así como de anuncio de dentífrico y tu mirada está tristonera. Y no me miras a los ojos. Estás, claramente, intentando ocultarme algo ¿Necesitas más datos? ¿Pasa algo con los niños que yo no sepa?

—Los niños están perfectamente —escuchó el suspiro de alivio de Lara, pero seguía sin mirarla a los ojos.

Se sentó en una silla al lado de la cama apoyando los codos en las rodillas y revolviéndose el pelo.

—Ahora empiezo a preocuparme. Álex ¡mírame! —al ver que levantaba la cabeza y que sus ojos estaban acuosos, se asustó en serio— ¡Dime que pasa y no me mientas!

—De acuerdo, pero me has de prometer que te lo vas a tomar con calma. Es Adriana...

—¿Qué le ha pasado? ¿Ha vuelto a encontrarla Fran? —Lara se asustó enormemente al escuchar el nombre de su amiga.

—¡No! No es eso. Iba en su moto y ha tenido un accidente. La han llevado al hospital, pero aún no sabemos nada. Su madre ha llamado a la tuya y ella a mí, hace un momento. Mariona está camino del hospital.

—¡Oh, no! ¡Cuántas veces le he dicho que vendiera la moto! —Lara se puso a llorar y Álex se sentó a su lado en la cama y la abrazó —necesito saber cómo está, por favor, ve al hospital ya que yo no puedo estar allí ahora.

—Pero Lara, no puedo dejarte sola...

—¡Yo estoy bien! ¡Los niños están bien! Estoy rodeada de médicos y enfermeras por si necesito cualquier cosa. ¡Hazlo por mí, por favor! Ve al hospital y entérate de cómo está de primera mano.

—De acuerdo —Álex sabía que si no lo hacía, Lara no se quedaría tranquila. Ni el tampoco.

—Voy a llamar a Carlos, me extraña que no estuviera con ella, últimamente

no se separan.

Ya hacía un buen rato que Carlos estaba en su casa sin saber qué hacer. Iba dando vueltas sin rumbo y empezaba a sentirse encerrado. Había llamado a Adriana un par de veces, pero debía estar conduciendo ya que no le había cogido el móvil. Se estaba estresando pensando en la conversación que tenían pendiente.

En cuanto llegara a casa o lo llamara, se sentarían a hablar y pondría las cartas sobre la mesa. No sería tan complicado ¿no? Le había dicho que lo quería. Era recíproco. Solo debía dejar salir lo que llevaba dentro, darle forma, encontrar las palabras...

Sonó el móvil y lo sacó rápidamente del bolsillo de los pantalones. Antes de descolgar vio el nombre de Lara y le extrañó, pero ya no le provocó la ansiedad que le hubiera producido semanas atrás. Sonrió al pensarlo a la vez que le decepcionó que no fuera Adriana.

—¿Lara?

—Hola Carlos. ¿Sabes algo de Adriana?

—Bueno, no tenía un buen día y se ha ido a dar una vuelta con la moto. La estoy esperando en casa.

—Siéntate y escucha —la gravedad en la voz de Lara disparó sus alertas — Adri ha tenido un accidente con la moto. Solamente sabemos que la llevaban al hospital de la Vall d'Hebron, pero no cómo está. Nos acabamos de enterar por su madre.

—¡¡Qué estás diciendo!! —el corazón empezó a latir con fuerza y velocidad y un sudor frío a pesar del calor sofocante, le humedeció el cuerpo— ¿No sabes nada más?

—Lo siento Carlos —el lloro de Lara acabó de asustarlo, aquello parecía grave —no sabemos más. Álex va a ir ahora mismo para allí.

—Salgo ahora mismo. No te preocupes, voy a estar con ella, tranquila.

Se despidió atropelladamente y salió del piso como un loco, totalmente descentrado y desesperado por saber algo más de Adriana.

El trayecto hacia el hospital se convirtió en una nebulosa llena de tráfico, ruidos, bocinas de coches, mareas de gente, sudor y el batir acelerado de su corazón. En algunos momentos las lágrimas emborronaban su visión y las apartaba a manotazos. Maldijo en varios idiomas en aquel viaje infernal, soltando más tacos de los que sabía. Cuando llegó al Hospital, dejó el coche mal aparcado y corrió a la entrada de urgencias como si lo persiguiera el diablo. Al entrar en la gran sala de espera, llena de gente, le costó localizar a los padres de Adriana. Estaban abrazados, consolándose mutuamente.

Corrió hacia allí. Solo había coincidido con ellos en un par de ocasiones, una

en el piso de Adriana, donde se presentaron una tarde sin avisar y otra en la que coincidieron en un centro comercial. Adriana les había informado de que estaban saliendo juntos, sin dar muchas explicaciones.

—¡Mariona! —Carlos le tocó el hombro al llegar junto a ella.

—¡Carlos! ¿Cómo te has enterado? No teníamos tu número y no te hemos podido llamar.

—Me lo ha dicho Lara. ¿Os han dicho algo de Adriana?

—No nos dicen nada, solo que le están haciendo pruebas. Han de comprobar si hay alguna hemorragia interna —un sollozo la hizo parar. Tenía los ojos enrojecidos y miró a Carlos a la cara- ¿Dónde iba sola tan lejos?

—¡Es culpa mía! Habíamos tenido unas palabras y me dijo que necesitaba airearse. Se fue con la moto. ¡Es culpa mía! ¡si no la hubiera dejado irse! si la hubiera hecho venir conmigo a casa...

—Hijo...- al oír la voz grave del padre de Adriana, lo miró con aprensión — lo que más me ha extrañado últimamente de Adriana, son los problemas que ha tenido con ese Fran, que se hubiera dejado embaucar por ese animal, porque te aseguro, soy su padre y sé lo que digo, que si Adriana no quiere hacer algo, no lo hace, digas tú lo que digas. O sea que no te culpes.

Las palabras del padre de Adriana fueron cómo un bálsamo, que duró poco. Al cabo de unos minutos entró Álex como una tromba y se dirigió hacia ellos. Abrazó a los padres de Adriana, dándoles ánimos y a él le ofreció la mano.

—¿Sabéis algo?

—Nada hijo, aquí esperando mientras le hacen pruebas. Tardan mucho ¿no, Pau?

—Es normal Mariona, mira como está esto de gente.

—Voy al mostrador a ver si me dicen algo —Carlos se dirigió hacia allí con pocas esperanzas. Volvió derrotado al cabo de un momento.

—El médico nos informará en cuanto puedan decirnos algo.

Las siguientes horas, fueron largas, se dilataron como el aceite caliente, las agujas del reloj se ralentizaron, el tiempo, caprichoso y voluble, se estancó en aquella sala dónde no corría el aire lo suficiente. Llegó la madre de Lara, un primo de Adriana con el que hacía muy buenas migas y Rosa a la que había avisado Lara.

Iban cambiando de una silla de plástico a otra. Se acercaban a las máquinas de cafés para beberse aquel brebaje oscuro que sabía a rayos y que los despejaría durante una semana. Carlos echó de menos haber dejado de fumar, igual le hubiera ido bien para calmar los nervios, aunque lo que de verdad le hacía falta era una copa. Apretó los puños y se juró a si mismo que, pasara lo que pasara, no se la bebería. Sería como defraudar a Adriana. Ella había apostado por él y

resistiría, costara lo que costara.

Había pasado un siglo cuando una enfermera los avisó de que el médico los esperaba en una sala auxiliar.

Pasaron los padres de Adriana. Antes de entrar, Mariona miró con ansiedad a Carlos, al que había observado en algunos momentos, palpando su desesperación. Aquel hombre quería a su hija, no hacía falta más que verlo. Le hizo una seña para que se acercara y pasaron los tres.

—Buenas noches doctor, somos los padres de Adriana y su pareja —dijo señalando a Carlos, que la miró agradecida.

—A ver, les voy a explicar lo que hemos visto en Adriana —ojeó los resultados de las pruebas de nuevo y suspiró- Bueno...las buenas noticias son, que no tiene nada roto, solo magulladuras, raspaduras y moretones, propios del golpe. Al caer por el barranco, a pesar de no ser muy hondo, las ramas de los árboles y las piedras la rasparon y golpearon. No tiene hemorragias internas, eso también es una buena noticia. Le hemos hecho resonancia magnética y no hay hemorragias ni coágulos...- hizo una pausa.

—¿Cuál es la mala noticia? —Carlos no pudo reprimir la pregunta mientras cruzaba los dedos y los constreñía entre sí hasta dejarlos blancos.

—El golpe fuerte se lo ha llevado la cabeza. A pesar de llevar el casco puesto, se ha abierto una brecha que le hemos cosido, aunque el cráneo no se ha fracturado. Ha habido un momento crítico en la ambulancia en la que ha tenido una parada cardio-respiratoria, pero por fortuna la han reanimado y con la medicación de urgencia han hecho que bajara la tensión y que el oxígeno volviera a llegar al cerebro...

Un quejido de la madre de Adriana, casi un aullido, interrumpió al médico que la miró con paciencia, mientras su marido la abrazaba.

—¿Se pondrá bien doctor? —El padre de Adriana buscaba alguna respuesta que pudiera consolar a su mujer y a él mismo, pero los médicos no suelen arriesgarse en sus predicciones, ni tienen una bola de cristal— ¿Puede tener secuelas?

—No podemos saberlo, por ahora —hizo una pausa —el cerebro está inflamado y tiene más presión de lo normal. Eso ha producido el coma. No se asusten, el coma no deja de ser una respuesta del cuerpo, que necesita que el cerebro se relaje, que baje su inflamación. Si no estuviera ya en coma se lo hubiéramos inducido nosotros.

—¿Dónde está ahora? —Carlos solo podía pensar en que necesitaba verla

—La hemos trasladado a la UCI. Allí estará completamente monitorizada y controlaremos su evolución.

—¿Y cuándo despertará?

—No podemos saberlo, pero en casos similares a este y por lo que nos dicta la experiencia, si todo evoluciona correctamente, puede durar entre tres o cuatro días hasta varias semanas.

—¿Y no podemos verla, aunque sea un momento? —Mariona no podía dejar de llorar y miró al médico compungida— ¡es mi niña!

—Los horarios en la Unidad de Cuidados Intensivos son muy reducidos, solamente dos horas a mediodía entre la una y las tres y por la noche de diez a diez y media —miró su reloj de pulsera —son las diez menos cuarto, tienen media hora esta misma noche. Si van los tres, pueden verla diez minutos cada uno, no se permite pasar a más de una persona. La enfermera de urgencias les indicará como llegar. Les iremos informando directamente en la UCI de los cambios o los avances que se produzcan.

Cuando le tocó el turno a Carlos en último lugar y tuvo sus diez minutos con Adriana, le pareció estar viviendo en una pesadilla. Su cara amoratada, hinchada, su piel morena descolorida, amarillenta; los pitidos de las máquinas que monitorizaban su cuerpo, le chivaban que seguía viva, sus rizos negros habían desaparecido de un lado de la cabeza donde un vendaje blanco cubría sus heridas. Asió su mano y la acercó suavemente a sus labios, que dejó pegados a ella y al cerrar los ojos una lágrima escapó y huyó entre los dedos de Adriana. Una pena infinita le puso una piedra en la garganta que se hacía cada vez más grande.

Inspiró hondo cerrando los ojos con solo un pensamiento recurrente que se abría paso en su mente mientras acariciaba su mano: *Quédate conmigo, amor*. Se lo dijo al oído queriendo retenerla a su lado, como nunca jamás había deseado nada: *Quédate conmigo...*

Le hicieron salir de la habitación cuando le pareció que habían pasado cinco segundos, pero los diez minutos habían volado sin dejarse sentir.

—Solo un minuto más, por favor...

Algo detectó la enfermera de turno en su mirada, ya que, haciéndole un gesto de asentimiento y mostrándole el dedo índice, le dejó un suspiro más antes de recomendarle que se fuera a descansar hasta el día siguiente.

Sabía que no podría volver a verla hasta pasadas casi quince horas, pero se resistía a irse. Pensar en que el espacio que los separaba, además de su coma, fuera aún mayor, le desesperaba. Necesitaba abrazarla, hablarle, observar su limpia mirada. *“Vuelve Adriana, de allá donde estés. Vuelve y quédate conmigo...”*

Cap. 27 —EN SUSPENSO

Los días siguientes se convirtieron en una lenta tortura. El tiempo dejó de tener sentido. Los olores y sonidos del hospital se integraron en el día a día de Carlos de manera que ya ni siquiera era consciente de ellos. Solo una cosa le obsesionaba y lo tenía en vilo: Adriana. Casi no dormía, se pasaba las horas muertas en el hospital a pesar de no poder verla más de media hora en total en todo el día. Entendía que debía repartir el tiempo con su familia, pero no perdía la oportunidad, si podía, de entrar y cogerle la mano aunque fuera un segundo. Siempre aprovechaba para hablarle al oído y decirle que la quería. Podía hacer el camino hacia la UCI con los ojos cerrados mientras los días se enlazaban unos a otros y a veces ni siquiera sabía si estaba almorzando o cenando en la cafetería, si eran las diez de la mañana o de la noche.

La desesperación le hacía perseguir a los médicos intentando que le ofrecieran un hilo de esperanza. Ver los ojos cerrados de Adriana día tras día, lo estaba convirtiendo en una sombra de sí mismo, funcionaba como un autómatas y solo revivía en los minutos que podía pasar con ella en los que no paraba de hablarle, ofreciéndole las palabras que seguro ella hubiera querido oír antes del accidente, arrepintiéndose de no habérselas dicho antes, justo cuando ella le miraba con esa entrega, dándolo todo sin pedir nada a cambio. La había tenido a su alcance y no había sabido apreciar lo que le ofrecía. ¡Se sentía tan culpable y tan idiota por no haber sido consciente de sus propios sentimientos, que ahora le parecían tan evidentes!

Rezaba a un Dios en el que no creía suplicando que despertara mientras sobrevivía un día tras otro, sin vivir de verdad.

Coincidía diariamente con los padres de Adriana en el hospital. No sabía de donde sacaban las fuerzas. Suponía que su madre se engañaba a sí misma en cuanto a la gravedad del estado de su hija, sonreía y explicaba a quién la quisiera escuchar, que en unos días su hija despertaría y todo se quedaría en un susto. Su padre, siempre a su lado, parecía que, más que otra cosa, le seguía la corriente, nada convencido de sus expectativas, pero dejando que su mujer se sintiera más animada por su propia imaginación. Auto engañarse era una defensa como otra cualquiera y ¿quién era él para decirle cómo enfrentarse al estado de su hija? En los momentos en que ella no estaba delante, a su marido le cambiaba el gesto y su preocupación se hacía patente en su rostro.

En aquel momento Carlos estaba en la sala de espera de la UCI. Eran las doce del mediodía solamente y faltaba una hora para poder verla, pero esperaba poder interceptar a alguno de los médicos que la trataban y conseguir aunque

fueran migajas de información.

Justo en aquel momento detectó en el pasillo a su izquierda al médico que les atendió el primer día y saltó de la silla para interceptarlo.

—¡Doctor Font!

—Dígame —el médico disimuló su fastidio. Entendía la preocupación en los familiares, pero aquel hombre lo iba a volver loco, parecía que siempre lo esperaba y lo asaltaba por los pasillos.

—¿Ha habido algún cambio en Adriana? —la desesperación en la voz de Carlos hizo suspirar al Doctor, que calibrando el estado de aquel pobre hombre, se apiadó de él.

—No puedo decirle más de lo que le dije ayer, lo siento. El cerebro de Adriana está recuperando poco a poco su estado físico normal. Va bajando la inflamación y eso es buena señal, pero no podemos decirle cuando despertará. El coma no será irreversible, ya lo verá. Sus constantes vitales están bien y sus funciones cerebrales están activas. Hay que tener paciencia.

—¿No puede darme nada más?

—Oiga, le entiendo, de verdad...pero no podemos hacer más de lo que hacemos. Está recibiendo todos los cuidados que necesita. Hemos de esperar.

—Gracias Doctor y perdone mi insistencia —Carlos se dejó caer de nuevo en la silla cada vez más hundido.

Notó una presencia a su lado y levantó la vista para ver a Lara parada ante él con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Lara! ¿Qué haces aquí? ¿Y los niños?

Sin contestar, Lara abrió los brazos, mientras dos gruesos lagrimones bajaban por sus mejillas y Carlos se levantó para abrazarla. Sabía que eran como hermanas y quiso consolarla, comprobando de nuevo, que por fin se había convertido nada más que en una buena amiga. Dejó salir las lágrimas contenidas y la apretó más fuerte.

—No sabes cuánto siento lo que ha ocurrido —Lara se hizo entender entre hipidos— ¿Crees que podré pasar un minuto a verla?

—Sus padres estarán a punto de llegar y normalmente pasamos diez minutos cada uno, pero te cederé algo de mi tiempo, se lo que significa para ti.

—No quiero robarte el poco tiempo que tienes con ella, pero necesito verla aunque sea un segundo, sentir que respira...¡Oh, Carlos! ¡Esto parece una pesadilla!— se quedó mirando su cara con atención— la quieres.

—¡Claro que la quiero!

—Me refiero a que estás completamente enamorado de ella, solo hay que mirarte —entre las lágrimas asomó una sonrisa —¡ya verás cómo se recupera! ¡es una luchadora! Y sabe que la estás esperando.

—No lo tengo tan claro como tú —Lara frunció el ceño— ¡lo de estar enamorado, sí! ¡la quiero más que a nada! Pero no tengo claro que ella lo sepa. Nunca se lo he dicho...

—¡Venga hombre! ¡No puede ser!

—Lo cierto es que hasta poco antes del accidente, me sentía muy bien y no sabía porque. Estaba a gusto con ella, nos entendíamos bien...pero yo seguía pensando que aún sentía algo por ti. Me equivoqué. Yo te quiero Lara, pero ahora tengo claro, que solo como una buena amiga, como la mejor amiga. Ya no estoy enamorado de ti, pero sí de ella ¡y ni siquiera he sido capaz de decírselo!

—¡Me alegro, de verdad, que al fin podamos ser amigos sin que haya malentendidos!

—Yo también me alegro —la voz grave de Alex los interrumpió mientras se acercaba extendió la mano hacia Carlos y se la estrechó a la vez que rodeaba la cintura de Lara— ¿Cómo está Adriana?

—No tenemos nuevas noticias. Acabo de hablar con su médico. Nos toca esperar a que despierte del coma. La impotencia de no poder hacer algo, me está destrozando los nervios.

—No puedes pasarte el día aquí —Carlos la miró interrogante— ¡Sí! Sé lo que haces. Hablo cada día con Mariona y siempre te encuentra aquí, venga a la hora que venga. ¡La pobre mujer cree que te quedas a dormir en los lavabos!

—¡La casa se me cae encima! Solo veo a Adriana allá donde mire —se sentó de nuevo en la silla de plástico, vencido por el cansancio.

—Carlos, por favor, te has de cuidar. Cuando despierte podrás estar más horas con ella. Te necesitará. No te dejes, hazlo por ella.

—Gracias Lara, lo intentare —la miró con cariño y vio a Alex sonreír - ni siquiera os he preguntado por los bebés ¿Cómo están?

—Perfectamente —la sonrisa de Lara le transformó el rostro y a pesar de las lágrimas, la felicidad que sentía se reflejó en su mirada —estamos muy felices con ellos.

—¡Y muy despiertos! —bromeó Alex al que se le marcaban unas ojeras pronunciadas —por las noches les gusta cantar a dúo —dijo poniendo los ojos en blanco lo que hizo sonreír a Carlos —seguro que ahora que están un rato con los padres de Lara, duermen como angelitos.

Llegaron los padres de Adriana y en las dos horas de visita que tenían a mediodía, se turnaron para poder pasar todos a verla. Cuando Carlos estaba dentro agarró su mano, como siempre y le susurró al oído:

“Tienes que despertar cariño, te estoy esperando. Te quiero, te necesito más que respirar. Tienes que hacer un esfuerzo y volver, tenemos mucho por hacer aquí ¿sabes? Quiero casarme contigo, quiero que tengamos unos niños tan

preciosos como los de tu amiga, quiero que disfrutemos de la vida que tenemos por delante, que nos demos la mano, que viajemos juntos, que paseemos bajo la lluvia...vuelve Adri, quédate...”

Estaba mirando su rostro mientras hablaba y percibió claramente un parpadeo, vislumbrando durante un segundo, el oscuro iris de sus ojos. Sobresaltado apretó el botón rojo de aviso para que acudiera la enfermera, mientras se le disparaba el pulso.

—¿Qué pasa? —la enfermera entró corriendo dirigiéndose hacia Adriana.

—¡Ha abierto los ojos! —Carlos estaba eufórico

—Yo los veo cerrados. ¿Los ha abierto o, ha parpadeado ligeramente?

—Bueno... creo que ha parpadeado.

—Es normal, es solo un reflejo. También es posible que a veces mueva un brazo o una pierna. Son reflejos musculares. No se preocupe.

—¿Se lo dirá al médico?

—Si, tranquilo. Por cierto, ya pasa de la hora de visita. Si no le importa...- señaló la puerta

Carlos salió al exterior y se sorprendió al encontrar todavía allí a Alex y Lara.

—¿Qué hacéis todavía aquí?

—Te estamos esperando para que nos acompañes a comer —Lara fue tajante

— ¿Por qué ha entrado la enfermera corriendo?

—Adriana ha parpadeado y les he avisado, pero no le han dado importancia, dicen que solo es un reflejo- el abatimiento de Carlos era palpable.

—Vamos, ven a comer con nosotros —Alex le señaló la puerta de salida.

—No tengo hambre, id vosotros, de verdad.

—No vamos a movernos de aquí —Lara era más tozuda de lo que podía parecer a simple vista —o sea, que ya estás saliendo por esa puerta. No vamos a entretenernos, que tenemos a los niños en casa de los abuelos. Pero tú te vienes a comer o en cualquier momento se te van a caer los pantalones, cada vez estás más delgado.

—¡Lara! ¡No me agobies!

—Carlos, hazlo por ella y por mí, por favor. Últimamente se preocupa por todo el mundo y ya tiene bastante con los niños. ¡Venga, haz un esfuerzo!

—Vale, de acuerdo —a Carlos le extrañó tanto esa actitud en Alex que claudicó y pensó que el dolor de estómago que tenía a veces, seguramente se debía a que estaba vacío.

Pidieron el menú del día en un restaurante cercano y charlaron de todo un poco, hasta que el tema central no tardó en volver a salir.

—Hemos de tener esperanza Carlos, no podemos dejarnos vencer por la

depresión y la desesperación.

—Lo entiendo Lara, pero la sensación que tengo es muy extraña. Había vuelto a la vida con ella, me hacía reír mucho ¿sabes? Con esa gracia innata que tiene, esa impulsividad y esa falta de filtro cuando le salen las cosas de dentro. Y ahora...ahora me siento en suspenso, como flotando encima de un precipicio, un abismo hondo y oscuro que oscila bajo mis pies. Me mantengo en el aire, solo porque ella respira. Si deja de hacerlo, caeré sin remedio.

Aquellas palabras dejaron muda a Lara. Carlos quería a su amiga, más incluso de lo que él mismo sabía. No solo por sus palabras. Era esa mirada triste, la aflicción y el desconsuelo que transmitía, la luz de sus ojos al hablar de lo que ella le hacía reír. Lara sintió nacer en su interior una llama de ilusión entre la pena. Esperaba de todo corazón, que su amiga despertara pronto y pudiera disfrutar de aquel amor que tanto se merecía.

Cap. 28 —TENTACIÓN

Aquella misma noche, Carlos se encontraba en el sofá de su casa hundiéndose poco a poco. El cansancio acumulado, la preocupación por Adriana, la culpabilidad por no haberle dado lo que necesitaba, por haberla dejado ir sola en la moto, la imaginación jugándole malas pasadas, mostrándole a una Adriana que no iba a despertar nunca y el agobio nuevamente de los consejos gratuitos de los demás.

Su hermana lo llamaba a todas horas preocupada por él. Entendía su postura, pero no estaba en un momento idóneo para que lo abrumaran y acababa contestando de malas maneras.

Las horas perdidas de sueño, la mala alimentación a base de bocadillos incomibles de la máquina expendedora del hospital, la sensación de pérdida que cada segundo crecía más y más, las garras de la culpabilidad y el miedo, lo desmoronaron hasta llevarlo a un estado cercano a la demencia.

Se mesó por enésima vez los cabellos y acabó tapándose los ojos con las palmas de las manos, mientras lágrimas silenciosas se iban deslizando entre sus dedos. Cuando estaba al lado de Adriana y le daba la mano, la sentía tan lejana que no le proporcionaba ningún consuelo. ¿Y si no despertaba? ¿Y si despertaba y tenía graves secuelas? ¿Y si no volvía a abrir los ojos nunca más? Veía su cuerpo, tocaba sus manos, pero ella no estaba allí.

Aquellos lúgubres pensamientos lo llevaban sin tregua, al límite de su resistencia mental, arrastrándolo a abandonar la esperanza. Si no despertaba, su vida no tendría sentido... ¿Cómo podría continuar hacia adelante? ¿Qué mierda de futuro le esperaba? Cada negro pensamiento se encadenaba con el anterior, bajando un nuevo escalón, malogrando algo más en su interior, aumentando el vacío en su existencia. Perdía pie de manera vertiginosa, mientras la oscuridad lo arrastraba a un fondo al que no había llegado nunca, ni siquiera en sus peores momentos, un abismo que no parecía tener final.

En un impulso para coger aire, se levantó del sofá y se dirigió hacia la puerta. Salió a la calle como un sonámbulo, sin un destino, sin una razón, solo necesitando hacer algo, con los ojos enrojecidos y la respiración acelerada. Caminó sin rumbo, se perdió entre las calles donde cada vez había menos gente. No sabía qué hora era, ni le importaba. ¿Huir? ¿Evadirse? ¿Olvidar? Sus opciones eran pocas. Si había alguna otra era incapaz de verla.

Sus pasos lo llevaron a un bar de mala muerte que le sonaba de algo. En algún momento había estado allí. Entró y se sentó en la barra, sin mirar a nadie.

—Hacía mucho que no venía usted por aquí —la voz del hombre le hizo

levantar la vista— ¿Qué le pongo?

—Whisky sin hielo. Y traiga la botella —el hombre también le sonaba pero no tenía un recuerdo claro.

Mientras éste le servía la bebida mirándolo de reojo, Carlos se quedó observando el vaso y el color del líquido ambarino que iba llenando su interior. Apoyó los codos sobre la barra y se quedó hipnotizado mirando a través del envejecido cristal. “¿Soy un cobarde? ¿Por eso he llegado hasta aquí? ¿Es la única manera que tengo de enfrentarme a los problemas?” Imaginó el sabor del alcohol en su boca, la sensación de tragar aquel líquido y sobre todo evocó el embotamiento de sus sentidos, buscando el olvido.” *¿Esto es lo que quiero?”*

Y entonces, como si fuera una percepción auditiva real, como una aparición, escuchó su voz con claridad. Esa voz que se colaba en sus sueños y le decía que lo amaba. Pero en ese instante sus palabras fueron un recuerdo de un pasado muy reciente. Las palabras que le habían hecho reflexionar en el momento en que ella las dijo y que se repetían diáfananamente en su memoria... “*¡Quiero que me demuestres que no necesitas esto! ¡Que eres más fuerte y puedes controlarte! Que puedes vencerlo. Porque si no mantienes esta lucha ahora, quizás mañana sea demasiado tarde. Quiero que confíes en mí y me expliques lo que te duele, quiero ser tu vaso de whisky, déjalo a él y cógeme a mí.*”

Se la imaginó allí mismo, a su lado, sentada en un viejo taburete, sonriéndole con los ojos, ayudándolo, apoyándolo siempre. Y cayó en la cuenta de que no podía hacerle eso. Si volvía a caer sería como traicionarla, como engañarla. Pero aún, la decepcionaría. Cogió el vaso fuerte con la mano y lo apartó hacia adelante.

—Me lo he pensado mejor, póngame un agua fría con hielo.

—Buena decisión, muchacho —el hombre había vislumbrado su momento de duda y esperaba su reacción mirándolo con disimulo.

Conocía demasiado bien los síntomas de la dependencia del alcohol, con los casi cuarenta años que llevaba regentando aquel “*bareto*”. Las había visto de todos los colores e incluso, a veces, había tenido que echar a alguien del bar para impedir que siguiera bebiendo sin control y acabara en el hospital.

—Sí, creo que es la mejor decisión. Alguien me dijo no hace mucho, que quizás mañana sea demasiado tarde- Carlos dio un largo trago a su agua con hielo, refrescando su irritada garganta.

—Es un buen consejo. Quién se lo haya dado, seguro que le aprecia y no quiere verlo destrozado. Hijo, no dudes ni un momento en que has hecho lo correcto, he visto a más de uno, perder su trabajo, a su familia, acabar deambulando por las calles, sucios y medio muertos. Incluso una vez conocí a una mujer —hizo una pausa perdido en sus recuerdos— ... que perdió a sus

propios hijos por culpa del alcohol. Eran pequeños y no merecían la mala vida que les daba su madre, dejándolos sin vigilancia, olvidándose de alimentarlos a pesar de que los quería...todo por la inconsciencia que le producía la bebida. Era mi mujer, por eso se de lo que hablo. Yo no llegué a tiempo, pero si alguien ha llegado a tiempo contigo, deberás agradecerérselo toda tu vida. Y a ti mismo. Si tu no pones de tu parte, por mucho que te digan los demás, te dejarás llevar. Hay que quererse a uno mismo, chaval. Hazlo por ti.

—Le ha salido a usted un discurso redondo. Siento lo de su mujer y espero poder seguir resistiendo la tentación. Olvidar las preocupaciones es una tentación grande cuando te parece que no puedes ni respirar y que te estás hundiendo en un pozo oscuro y frío.

—Entonces ¿qué haces aquí solo? La última vez que recuerdo que estuviste en este bar, acabaste muy borracho, pero hubo un amigo que te vino a buscar y al que creo que no trataste demasiado bien.

—Tiene razón —Carlos recordó a Sergi, uno de sus mejores amigos, que siempre había estado ahí y al que tenía abandonado. Era normal que después de varios desplantes estuviera pasando de él. Quizás era hora de disculparse — Cóbreme, por favor.

—Invita la casa —el hombre le sonrió afable y levantó el dedo pulgar, dándole ánimos.

—Gracias —Carlos se levantó del taburete y salió al exterior cogiendo el móvil para llamar a Sergi, que contestó al tercer tono.

—¿Carlos? ¡Dichosos los oídos! No pensaba que fuera a saber de ti hasta que volvieras de vacaciones.

—Yo tampoco...pero acabo de recordar que tengo un buen amigo al que no he tratado demasiado bien y quería disculparme.

—¡Joder! ¡No me esperaba esto! Pero me alegro de que hayas llamado tío, de verdad. ¿Quieres que vayamos a tomar algo? O te pasas por mi casa y hablamos, estoy solo.

—De acuerdo, ahora voy

No estaba lejos del piso de Sergi y en veinte minutos se presentó allí. Sergi le abrió la puerta y se palmearon la espalda con afecto.

—No haces muy buena cara —Sergi lo miró frunciendo el ceño

—La verdad es que estoy agotado, pero supongo que me irá bien poder hablar contigo. Necesito sacar lo que llevo dentro.

—¿Problemas con alguna mujer?

—Solo hay una mujer...

—¿Adriana?

—Sí...pero no es lo que piensas...

—Me quedó bastante claro el día de la verbena de San Juan, que tu interés por ella era algo más fuerte que un simple rollo. Se te notaba a la legua. Por eso no te puse pegas para retirarme, porque la chica, la verdad es que es una monada...

—¡Sergi! —le interrumpió Carlos— Adriana está en coma en el hospital.

—¡Hostia! ¿Qué dices? ¿Cómo es posible? —Sergi se quedó mirando a Carlos boquiabierto.

—Un accidente de moto.

—Ven, vamos a sentarnos y me lo cuentas —se dirigieron al sofá— ¿Qué quieres tomar?

—Nada, solo un poco de agua fría.

—¿No quieres un cubata o whisky?

—No. Ese es otro tema. Desde hace meses he estado bebiendo demasiado y por suerte Adriana se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en un problema antes que yo —reflexionó un momento —bueno, en realidad, creo que más gente se dio cuenta y me lanzaban avisos y consejos, pero los únicos que me llegaron realmente, fueron los de ella.

—Algo había notado, pero como te has alejado tanto de todo el mundo, no he querido molestarte.

—Perdóname, no he pasado una época demasiado buena, exceptuando el tiempo que he estado con Adri y en el que la he cagado bien en todos los sentidos. Espero no haber perdido tu amistad, es importante para mí.

—¡Joder tío! Hablas como una chica, ya sabes cómo se arreglan las cosas, nos damos la mano y pelillos a la mar. ¡Ahora no me vengas con zalamerías!

Carlos soltó una carcajada a la vez que los ojos se le ponían llorosos y brillantes.

—¡Si sueltas una lágrima te echo de casa! —Sergi empezaba a vislumbrar lo jodido que estaba su amigo y quiso quitarle hierro al asunto —¡Todo olvidado! No digas nada más. Ahora cuéntame que le ha ocurrido a Adriana.

Carlos le relató lo ocurrido el día del accidente a la vez que le dolía el alma al romperse de nuevo por dentro.

—Lo peor de todo, es que salió corriendo en esa moto por creer que yo estaba a punto de romper con ella, estoy seguro. No interpretó bien que yo me quedara absorto mirando a Lara. Si hubiera podido escuchar mis pensamientos se hubiera dado cuenta de lo opuestos que eran a los suyos. Fue el momento de la revelación más importante de mi vida. Solo podía darme cuenta de lo equivocado que había estado pensando que seguía enamorado de Lara, cuando en realidad solo era cariño y algo de resentimiento. No le llegué a decir que la quería y eso me pesa como una losa.

—No pierdas las esperanzas. Hoy en día la medicina está muy avanzada y cuando despierte podrás hablar con ella y poner las cartas sobre la mesa.

—Me dijo que me quería y no le respondí. ¿Cómo quieres que traduzca eso?

—Tendrás tu momento, ya lo verás. Y no vuelvas a ese bar, sabes que puedes hacerlo. A mí me tienes cuando quieras hablar.

—Ya lo sé. Pero hay otro tema que también me está corroyendo por dentro. Le mentí en algo a Adriana.

—¡Tío! ¿La engañaste?

—No como piensas. ¿Recuerdas lo que te expliqué de su acosador? —Sergi asintió —Pues el capullo está desaparecido, pero le ha seguido enviando notas amenazantes. Yo intercepté las dos últimas de su buzón y te aseguro que ese tío está loco, pero no se lo dije a ella. Las llevé directamente a la policía. No quería preocuparla más de lo que ya estaba. Sé que no debería haberlo hecho. Si hubiera tenido más miedo quizás no se hubiera ido sola.

—Si, debería haberlas visto ella, pero te entiendo. Solo querías ayudarla, pero cuando una persona está en peligro es mejor que conozca el grado para saber a qué atenerse.

—Total, como comprenderás, entre una cosa y la otra, no doy abasto con los problemas. Lo único perfecto de estas vacaciones fue la primera semana que pasamos Adri y yo en la montaña. Solos.

—Las cosas volverán a su cauce, ten paciencia.

—Antes de llamarte he estado en un bar con una botella de whisky delante de mis narices, pensando en emborracharme para olvidarme de todo. Solo recordar las palabras de Adriana me han hecho frenar a tiempo. No sé cómo voy a controlarlo todo.

—No hace falta que lo controles todo Carlos. Solo es necesario que te centres en lo que de verdad importa. Habla con Adriana, quién sabe lo que ocurre cuando una persona está en coma...quizás te escuche. Y tú, cuídate, cuando despierte te necesitará. Si necesitas hablar o simplemente tener compañía, sabes que puedes contar conmigo. No te voy a atosigar, ni quiero agobiarte. Somos amigos desde hace muchos años. Solo has de saber que estoy ahí.

—Lo se Sergi, de verdad que lo sé. Perdóname por haberlo olvidado.

—No hay nada que perdonar, tío —le dio un puñetazo amistoso en el hombro —¡ánimo!

Cap. 29 —¿QUIÉN ERES?

“¡Estoy tan a gusto!... Floto en una especie de nube vaporosa entre un aire limpio y un cielo algo brumoso. Las sensaciones que tengo son muy extrañas, pero siento paz. A veces estoy en una habitación blanca donde no distingo el suelo del techo. Me gusta cuando estoy en este sitio, la laxitud que experimento *es similar a la de un masaje relajante. Tengo la impresión de que mi cuerpo se ondula y se fusiona con este entorno etéreo. A veces, se inunda de colores y me recuerda al arco iris.*

Pero echo de menos la voz. Hay varias voces que me hablan, voces de mujeres y hombres. No les presto mucha atención, no sé qué me dicen. A lo mejor no me hablan a mí. Pero la otra voz, esa voz >melodiosa que me habla al oído, me hace tener ganas de escucharlo. Es un hombre y parece que le urge que me fije en él, que atienda a sus palabras. No le comprendo tampoco, pero me da mucha calma. Cuando tardo en volver a oírlo, lo echo de menos.

Me gusta que esté conmigo. Ahora hay silencio, a pesar de los pitidos. Se escucha algún aparato o alguna máquina. Cuando me meten en el agua, no me gusta nada. Necesito descansar. Quiero volver a mi nube flotante...”

Era la hora de visita de mediodía y los padres de Adriana lo vieron tan abatido que lo dejaron pasar primero. Justo ese día hacía ya tres semanas del accidente y Carlos empezaba a perder de nuevo las esperanzas. Se acercó a Adriana y la besó en la frente, posando sus labios con delicadeza y dejándolos unos segundos sobre ella. Cogió su mano y acarició sus dedos cómo hacía siempre. Se sentó en una silla a su lado y acercándose a su oído, empezó a hablarle mientras le apartaba los cabellos de la cara.

—Hola cielo, ya estoy aquí. ¿Me oyes cariño? Por favor Adriana, ven conmigo...

“¿Ven conmigo? Es la voz, esa que me gusta. Habla, por favor”

—Ven conmigo, no te quedes dónde quiera que estés, te necesito. Quiero poder abrazarte, quiero que me mires a los ojos...vuelve, por favor.

“estoy entendiendo sus palabras, que raro es esto, la voz quiere que vuelva, pero... ¿dónde voy a ir? No sé dónde he de dirigirme, aquí todo es igual, yo estoy muy bien aquí”

—Abre los ojos, mi amor. Quiero decirte que te quiero, mirándote a los ojos

—Carlos se desesperaba por momentos y besó su mano a la vez que apretaba sus dedos —¡Mírame!

“¿Qué está ocurriendo...¿me estás arrastrando? ¡No quiero irme de aquí, por

favor! ¡Suéltame! tu voz me tranquiliza, me gusta mucho, pero no quiero irme de aquí!”

En ese momento Adriana parpadeó ligeramente y Carlos pudo ver durante unos segundos, sus iris oscuros. Se levantó de la silla y siguió insistiendo sin querer ilusionarse demasiado. Siguió persistiendo con sus palabras y entonces algo le disparó el corazón a toda velocidad. Adriana estaba apretando su mano con fuerza.

“¡Me estás arrastrando, todo se ha vuelto oscuro, no veo por dónde voy. Ahora me pesan las piernas y me duele la garganta. Parece que emerja del mar después de mucho tiempo sin respirar ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué me siento, de pronto, tan mal? ¡Quiero volver!”

Carlos apretó el botón para avisar a enfermería y siguió hablando sin parar.

—¡Vamos, cariño, tú puedes conseguirlo, siento tu fuerza en la mano, ven conmigo, mi amor, vuelve! —las lágrimas corrían sin control por su rostro, mientras besaba sus manos —¿Adriana?

“¡Estoy muy asustada! ¿Dónde estoy? ¡Tengo que abrir los ojos! La voz quiere que vuelva y me aprieta la mano. Casi no tengo fuerza...”

En ese momento Adriana abrió los ojos completamente. Su mirada desorbitada, lo observaba sin ver y solo se agarraba a su mano como a un clavo ardiendo, como a un salvavidas en medio del mar del que acababa de surgir y donde todo la aterraba.

“Quiero gritar, no sé qué hago aquí. ¡No puedo gritar!...no sale mi voz, ¿qué tengo en la boca? No me sueltes la mano, no me sueltes!”

Dos enfermeras entraron corriendo en la habitación y empezaron a observar a Adriana y los controles de las máquinas. Avisaron a un médico y le hablaron a media voz para tranquilizarla, mientras le examinaban las pupilas. Carlos no podía apartar la vista de sus ojos, se la veía acobardada. Intentaron que se apartara, pero no lo consiguieron. Adriana tenía aferrada su mano y cuando intentaron separarla para que la visitara el médico se asió aún más fuerte y le dejaron quedarse.

El médico se puso frente a su cara y le habló con calma.

—Adriana, escúchame, mírame. Así, muy bien. Estás en un hospital debido a un accidente ¿me entiendes? —ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza — ¡perfecto! Ahora vamos a sacarte el tubo que llevas en la boca para respirar. Tranquila, te dolerá un poco, pero será un momento.

Mientras le quitaban la respiración artificial y comprobaban sus constantes vitales, no soltó la mano de Carlos. Él le sonreía y lloraba a la vez. Una enfermera había avisado a los padres de Adriana que estaban esperando su turno de visita y ahora todos estaban dentro rodeando la cama.

Le estaban dando un poco de agua para la sequedad de la boca, cuando la madre de Adriana se dio cuenta rápidamente de que algo no estaba bien. Su hija no había reaccionado al mirarla a los ojos. Solo estaba pendiente de aquella mano que tenía agarrada como un salvavidas.

—Adriana, soy tu médico. ¿Puedes contestar? Intenta hablar, dime algo.

—Si...me duele...— su voz sonó ronca y grave, pero todos suspiraron aliviados.

—Es normal, no te preocupes. ¿Sabes cómo te llamas?

—¿Adriana? —lo había oído varias veces desde que había despertado, pero la confusión que tenía en la cabeza no la dejaba pensar con claridad, estaba rodeada de extraños...

—¿Cuántos años tienes? ¿Te acuerdas?

—¿Sesenta? —no tenía ni idea, pero en ese momento se sentía vieja y cansada

Los padres de Adriana y Carlos se miraron asustados.

—No Adriana, tienes veintisiete años, ¡eres muy joven! ¿Sabes quiénes son estos señores que están aquí?

Adriana miró a sus padres sin reconocerlos y empezó a asustarse de verdad ¿Debía conocer a aquellas personas que la miraban asustados? Negó con la cabeza sin fijarse mucho en ellos y giró su cabeza hacia Carlos. Se lo quedó observando atentamente y le sonrió imperceptiblemente. Carlos tuvo un segundo de esperanza, hasta que...

—Y tú ¿Quién eres? —Adriana carraspeó, le costaba dejar salir su voz.

—Soy Carlos, cariño. Soy tu novio —se puso a su altura para que lo viera bien, notando como le temblaban las manos.

—¡Yo no tengo novio! ¡Seguro que no! —apartó su mano y empezó a llorar desconsolada. Su estado de alteración fue tan grande que tuvieron que sedarla para que se calmara.

—Doctor ¿Va a recuperar la memoria? —Carlos, junto a los padres de Adriana estaban en el pasillo fuera

de la habitación. Adriana, sedada, estaba dormida.

—Tengan en cuenta que después de un fuerte traumatismo y un coma, es bastante habitual tener una

amnesia retrógrada, es decir, no recuerda nada de antes del accidente.

—¡Pero eso es toda su vida! —Carlos estaba feliz de que hubiera despertado, pero ver que no lo reconocía le dolía en el alma.

—Han de tener paciencia; que ahora no recuerde nada no significa que no

vaya a hacerlo nunca. La visitará un neuropsicólogo de la Unidad de Daño Cerebral. Se le hará una terapia cognitiva para ayudarla con el habla. A pesar de que haya dicho algunas palabras, es posible que tenga problemas para encontrar las que necesita para expresarse, lagunas, y ese estado puede provocar tanta frustración como la propia amnesia. Es posible que tenga momentos en que se enfade con todos o que no quiera verlos. Para ella también va a ser duro.

—¿Cuánto tiempo puede durar esta tortura? —el padre de Adriana lo preguntó con la voz anegada de preocupación, pero su mujer lo interrumpió.

—¡Da igual lo que dure! No nos vamos a rendir. Tendremos la paciencia que haga falta hasta que recuerde, lo importante es que ha salido del coma. Es una mujer fuerte y saldrá adelante y todos la apoyaremos. ¡Saldrá adelante!

—Si señora, esa es la actitud —el médico le sonrió —pero no desesperen, el proceso puede ser largo o puede recuperar la memoria en cualquier momento. Estas reacciones son desconocidas para nosotros también. Por eso no les puedo dar ni fechas ni asegurarles nada. Ahora se la llevarán para hacerle un escáner cerebral y de momento la trasladaremos de planta donde tendrá los horarios de visita habituales del hospital. Podrán pasar más tiempo con ella, pero si les pide estar sola deben acceder a sus deseos. Su mente se ha de adaptar a muchos cambios y muchos interrogantes.

—¿Cómo podemos ayudarla a recuperar la memoria?

—Pueden enseñarle fotos, explicarle experiencias de su vida o momentos importantes, pero no la atosiguen. Poco a poco. Si ven que se pone nerviosa, han de parar hasta que esté tranquila.

Cuando Adriana despertó de nuevo y se encontró en otra estancia, buscó desesperada al propietario de aquella voz que tanto le gustaba. ¿Cómo se llamaba? ¿Carlos? Al pasear la mirada por la habitación lo vio de espaldas mirando por la ventana. Se quedó observándolo sin reconocerlo, decía que era su novio. ¿Por qué no podía recordar nada? Carraspeó y él se giró con rapidez.

—¿Por qué no te recuerdo? —la mirada triste de Adriana le llegó al corazón

—Hola cariño —se acercó a ella y le cogió la mano —esto solo será momentáneo, ya verás. Te golpeaste la cabeza en el accidente y has perdido la memoria, pero seguro que pronto la recuperarás.

—Eso espero... tu voz...

—¿Sí?

—Cuándo estaba dormida oía tu voz...y eso me daba paz.

—¿Sólo mi voz? Mucha gente te hablaba, tus padres, tus amigas ¿Te acuerdas de Lara?

Adriana frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No sé quién soy...me siento cansada y me duele la cabeza —Adriana cerró los ojos agotada.

—Tranquila mi amor, descansa —le acarició la cabeza y la besó en la frente a lo que Adriana reaccionó apartando la cabeza. Carlos la miró con tristeza

—Lo siento...me gusta tu voz...pero no te conozco.

Cap. 30 —UN MINUTO DE TERROR

Pasó lentamente una semana más en el Hospital. Era viernes y el lunes siguiente Carlos debía incorporarse

al trabajo. Como no pensaba dejar sola a Adriana, había pedido un mes de excedencia que le habían concedido en su empresa a regañadientes. Los avances con Adriana eran lentos y desesperantes, pero al menos hablaba con mayor soltura y físicamente se encontraba mejor. Pero estaba muy desorientada. No reconocer a nadie entre la cantidad de gente que fue desfilando día tras día por su habitación la tenía en tensión todo el día. Todos le explicaban cosas intentando que recordara, mientras ella negaba como respuesta a cada pregunta. No. No recordaba aquella casa. No recordaba a sus amigas. No recordaba la escuela donde decían que trabajaba. No recordaba aquella excursión ni aquel viaje que hizo con sus supuestas amigas. Sin embargo recordaba las calles de su ciudad, sabía que París era la capital de Francia, que la sopa se comía con cuchara y la comida china con palillos, que los aviones vuelan y los coches tienen ruedas. Pero no tenía ni idea de quienes eran sus amigas, ni en qué calle vivía. No sabía si había viajado a París, ni si le gustaba la sopa, ni si había subido a un avión o de qué marca era su coche, si es que lo tenía.

Todo eran interrogantes sin respuesta. Cada tarde terminaba con un enorme dolor de cabeza y acababa deseando volver a aquel recuerdo cada vez más lejano y difuso de una habitación blanca dónde el suelo y el techo se confundían y dónde la calma y la paz mental eran su fuerza.

Notaba a sus padres abatidos y se esforzaba por sonreír a aquellos extraños que pasaban horas con ella. A pesar de no reconocerle, Carlos era su punto de apoyo. Su voz la seguía guiando, como cuando estaba en coma. Le daba el sosiego que necesitaba. Pero no podía acercarse demasiado, era como si no se fiara de nadie y rehuía el contacto físico. Aparte de darle la mano, cuando sentía una caricia en su brazo o la besaba en la mejilla, se retraía automáticamente, de forma refleja.

Suponía que haber estado al borde de la muerte, debería hacerla recapacitar sobre su vida, discernir entre lo que era importante y lo que no, hacerla tomar decisiones sobre su futuro o cambiar las cosas que no le gustaran, mantener un debate interno sobre lo que esperaba y lo que la hacía feliz. Pero sin un pasado que analizar, todos aquellos pensamientos se quedaban en agua de borrajas. Lo único que tenía era lo que le explicaban personas desconocidas y que podían estar maquillando su realidad o transformando a su medida los recuerdos que ella debería tener de primera mano. Era un círculo vicioso que la hacía

desconfiar de todo el mundo ¿Debería creer todo lo que le contaban? Lo que estaba claro era que le faltaban datos y que su intuición de que había algo que no le contaba nadie, era cierta.

En ese momento Carlos estaba con ella y le explicaba su excursión de hacía unas semanas. Ella no recordaba nada. Carlos era un extraño, pero no podía negar que se sentía muy atraída hacia él. Aunque no le explicara determinados detalles, daba por supuesto que al menos en aquella semana que habían pasado juntos, su relación era completa y que estaban enamorados. ¿Cómo podía querer ahora a un extraño? ¿por qué necesitaba apartarse, si él se acercaba? Por lo que le había contado no hacía demasiado tiempo que salían juntos pero se conocían desde hacía más de dos años. Le resultaba extraño, que si se gustaban hubieran tardado tanto en dar ese paso, pero no estaba segura de querer saber demasiado. Tenía una especie de miedo visceral que no respondía a la lógica y demasiados detalles la abrumaban, parecía que debía memorizar todo lo que le explicaban unos y otros para hacerse una composición aproximada de su propia vida.

Y eso la deprimía. Los médicos le decían que había tenido mucha suerte de estar viva y que era como si hubiera vuelto a nacer. Y así se sentía...como un bebé que ha de aprenderlo todo de nuevo, como una página en blanco donde empezar a escribir, sin recuerdos, sin experiencias, sin poder echar una mirada al pasado. Además, tenía la seguridad de que le ocultaban cosas. Había interceptado alguna mirada extraña entre Carlos, Alex y Lara, aquella pareja que venían a verla y que, en teoría, eran sus amigos.

El día anterior, cuando todos creían que dormía, oyó preguntar a Alex en un tono bajo si la policía les había dicho algo más. Se quedó con los ojos cerrados escuchando atentamente sin entender a qué podía responder aquella pregunta tan extraña. Carlos contesto “*de momento nada más, sigue desaparecido*” y aquello fue todo.

A veces pensaba que todo era una pesadilla y que en cualquier momento despertaría y respiraría aliviada. Pero ese momento no llegaba nunca. Dormía, pero al despertar todo seguía igual. Carlos se había quedado algunas noches con ella, pero casi prefería que se fuera a su casa, hacía cara de estar muy cansado.

—Carlos, vete a tu casa esta noche, por favor

—¿No quieres que me quede contigo? —su voz sonaba algo dolida pero ella no bajó del burro

—Te lo pido por favor; haces cara de estar cansado y ya me ha dicho el médico que en un par de días me voy para casa. Vendré muchos días para las visitas y controles, pero físicamente ya estoy mucho mejor.

—¿Te alojarás en mi casa y dejarás que te cuide un poco? —Carlos sonrió al mirarla, pensando que la palabra exacta era protegerla. No le había explicado

nada sobre su relación con Fran y no pensaba hacerlo de momento. A Adriana, pensar en encontrarse en su piso, que ni siquiera reconocería, sola y sin memoria, le daba bastante miedo.

Antes de que pudiera contestar, entraron en la habitación sus padres.

—Hola cariño ¿cómo estás hoy? —su madre se acercó a darle un abrazo y ella se dejó hacer.

—¡Muy bien! —se esforzaba por parecer contenta y no poner más tristes aún a aquellas personas que le parecían encantadoras, pero que no relacionaba con su pasado —Me han dicho hoy, que me darán el alta en un par de días.

—¡Me alegro! ¡Es una buena noticia. Ya te hemos acondicionado tu antigua habitación para que puedas venir a casa —Mariona vio cómo su hija fruncía el ceño y como la conocía bien, no auguraba nada bueno— ¿No estarás pensando en irte sola a tu casa, no?

—Yo había pensado...- se aclaró la garganta —en ir a casa de Carlos, él también se ha ofrecido. No os lo toméis a mal, ya sé que sois mis padres y queréis lo mejor para mí, pero siento con él una conexión algo diferente que con el resto de personas y creo que es con quien me sentiré más segura.

—Pero hija...- a su madre se le humedecieron los ojos —no tenemos nada en contra de Carlos, pero tiene que empezar a trabajar pronto y tu...

—De momento no iré a trabajar —la interrumpió Carlos— pensaba cuidar de Adriana y he pedido de momento un mes de excedencia. Creo que lo mejor es que Adriana decida lo que quiera hacer. No quiero causaros problemas, de verdad, solo hacer que ella esté a gusto.

—De acuerdo hijo —el padre de Adriana lo miró con afecto. Después de verlo las últimas semanas a diario, se había hecho una idea de lo que ese hombre sentía por su pequeña y lo valoraba —que decida Adriana —apoyó la mano en el hombro de su mujer que lo miraba algo compungida.

—Yo...no quiero molestar a nadie en realidad. Pero teniendo la mente en blanco, comprendo que no puedo estar sola. Aún sin reconocerlo, Carlos es la persona que siento más cercana. No os enfadéis conmigo, por favor, pero prefiero ir a su casa —los miró a todos con aprensión adivinando que se sentirían heridos...

Finalmente sus padres cedieron para no provocarle más contratiempos y Carlos se alegró de pensar que quizás en casa pudiera empezar a recordar.

Al cabo de unas horas sus padres se fueron a su casa, pero Carlos seguía allí.

—Te lo vuelvo a repetir —Adriana lo miró contrariada —vete tranquilo a dormir a casa. Estoy bien y necesito descansar. Me dan una medicación que me da sueño y voy a dormir de un tirón. Prepárame una habitación y en un par de días estaré en tu casa.

—¿No vas a dormir conmigo en casa? —la cara de Carlos era un poema — no digo que hagamos nada... ya sé que no estás preparada para eso, ¡pero necesito tanto sentirte cerca! —le acarició la mejilla y esta vez no se apartó.

—Lo siento, imagino que debe ser muy difícil también para ti, pero es como si te acabara de conocer. No puedo acostarme contigo sin saber quién eres, yo... no puedo...

—Perdona, no creas que no te entiendo, pero ¡te quiero tanto! —se quedó mirándola a los ojos y se acercó lentamente quedando sus labios separados solo por un suspiro. Pasaron algunos segundos y Adriana sonrió y se acercó lentamente a besarle los labios. Fue como un roce, una caricia ligera, lo justo para respirar el mismo aire...-hasta que se apartó y se tocó los labios con la punta de los dedos.

—Ya les he dicho a mis padres que eres la persona que de alguna manera que no se explica, siento más cerca. Pero eso no significa que te conozca. Solo te pido que me des tiempo ¿vale?

—Claro, todo el tiempo que quieras.

—Vete a casa. Ahora.

—De acuerdo —se levantó y después de besar su mejilla y acariciar sus cabellos se despidió —volveré mañana por la mañana.

Fran merodeaba por los alrededores del hospital y se coló por la entrada de urgencias que permanecía abierta toda la noche. Eran las seis de la mañana y había algunas personas en la sala de espera. El día anterior había preguntado por la habitación de Adriana y se la habían dado sin problemas; estaba dentro del horario de visitas y lo memorizó para volver en un momento menos concurrido. Había conseguido saber dónde estaba ingresada después de seguir a ese tío con el que salía, en un par de ocasiones. O sea, que había sobrevivido al accidente. Lo que no podía saber, es si había hablado con la policía y les había contado que aquel día él iba detrás de su coche por la carretera, lo que lo pondría en un gran aprieto, teniendo como tenía, una orden de alejamiento. ¡Maldita Adriana! ¡No hacía más que crearle problemas! ¡Pero eso se iba a acabar! Le haría una visita sorpresa y si lo veía factible se la llevaría de allí. Si la cosa se ponía difícil, lo solucionaría sobre la marcha. Pero lo que estaba claro, es que no podía hablar con la policía.

El amigo que le había dejado el apartamento en custodia, en teoría solo para que pasara de vez en cuando a echar un vistazo, no tardaría en volver y necesitaba buscarse otro escondite. Y dinero...también necesitaba dinero. Los pocos ahorros que tenía iban mermando día tras día.

Con decisión, se encaminó hacia el pasillo que llevaba a los ascensores. Nadie controlaba a las personas que entraban y salían de las habitaciones aunque fuera a aquella hora tan temprana, debido a que en muchas de ellas se quedaban acompañantes que se movían por el recinto continuamente. La habitación de Adriana estaba en la cuarta planta. Había bastante silencio a esas horas y poco movimiento. Algunas enfermeras que entraban y salían de las habitaciones poniendo termómetros o dando medicaciones, algún quejido lastimero de algún viejo moribundo, una anciana medio desnuda paseando con el gotero del brazo renqueando por el pasillo...los hospitales le daban grima, sus olores, su falta de color, sus sonidos...el estado latente de las enfermedades flotando en el ambiente, le daban conciencia de su propia mortalidad y eso le revolvió el estómago. Fue siguiendo la numeración de las habitaciones hasta llegar a la de Adriana que estaba entornada. Abrió la puerta lentamente y asomó la nariz para observar una estancia con dos camas, una de ellas vacía. Eso era una suerte. En la más alejada de la puerta, alguien descansaba, tapada con una sábana y una pierna sobre ella. Estaba de espaldas, pero sus rizos negros le confirmaron que no se había equivocado de habitación.

No se movía, por lo que se acercó lentamente sin hacer ningún ruido. Rodeó la cama hasta poder ver su cara. Dormía plácidamente y algunos rizos caían sobre sus ojos. Se acuclilló delante de ella y se acercó a su cara. Era preciosa. Le entraron ganas de besarla. Pero tenía claro que ese no era su objetivo. Ella lo había traicionado. En realidad debería odiarla y a veces lo hacía, pero en algunos momentos la balanza se inclinaba hacia la adoración y otras hacia el rencor y el odio. Igual que quería besarla, quería matarla. Si, matarla por haberlo hecho llegar a los extremos a los que había llegado. Si no fuera por ella, la policía no lo estaría buscando. Si le hubiera hecho caso y no fuera tan malditamente independiente, podrían haber sido una pareja ideal, como al principio de su reencuentro.¡ Se merecía un castigo! En ese momento Adrianaparpadeó y abrió los ojos.

Adriana despertó con la percepción de que alguien la estaba observando, le parecía haber notado antes de abrir los ojos una presencia y un olor desconocidos, el rumor de una respiración. Abrió los ojos y al encontrar frente a ella a un desconocido que la observaba tan de cerca, con cara de pocos amigos, corpulento y amenazador, abrió la boca para soltar un chillido, con el corazón desbocado. No conocía a ese hombre, pero el terror que le sobrevino fue instantáneo. No le dio tiempo a emitir ningún sonido, antes de que las manos de ese hombre le taparan la boca y la nariz con fuerza impidiéndole respirar. Pataleó contra el aire, aterrorizada, apartando las sábanas, sin poder desasirse ni respirar.

Le faltaba el aire y empezó a marearse y perder la visión.

Carlos estaba pasando una mala noche, como era común últimamente. Había dormido a intervalos cortos, soñaba cosas absurdas, sudaba enredando las sábanas y sin encontrar una postura cómoda. Aquella inquietud que lo tenía aturdido iba aumentando tal como pasaba la noche. Se despertó por enésima vez y

miró los números luminosos de su despertador. Las cinco de la mañana. Era demasiado pronto para cualquier cosa, pero estaba harto de dar vueltas. Se levantó y se duchó con agua casi fría. Era una noche calurosa y le sentó bien refrescarse. Se tomó un café con leche y una tostada y a pesar de que no eran más que las cinco y media de la mañana, la inquietud que sentía le estaba produciendo picores en la nuca.

En un arranque de impulsividad más propio de Adriana que de él, cogió las llaves del coche y se dirigió al hospital. A pesar de la hora tan temprana, sabía que estaría más tranquilo mirando dormir a Adriana que dando vueltas por su piso. No sabía que lo carcomía, pero parecía que tenía chinchetas por el cuerpo. Llegó al hospital pasados unos minutos de las seis de la mañana y se dirigió a los ascensores. Al salir en la cuarta planta saludó a un par de enfermeras. Allí ya lo conocía todo el mundo. Para la enfermera jefe de aquella planta era “el novio loco de la 465” y para las más jóvenes que hacían prácticas en el hospital “el Romeo de la chica con amnesia”.

Se dirigió hacia la habitación y le extrañó que la puerta estuviera cerrada del todo. Adriana siempre le pedía cuando se marchaba que dejara la puerta entornada, no le gustaba sentirse encerrada. Llamó con los nudillos suavemente, pero al no recibir respuesta abrió la puerta para encontrarse con una escena que le paralizó el corazón. Fran estaba inclinado sobre ella con la almohada sobre su cara, haciendo fuerza para ahogarla. Su reacción al verlo entrar fue apretar más fuerte. Todo ocurrió en unos segundos. Carlos se abalanzó sobre Fran a la vez que gritaba “avisen a la policía” a todo pulmón. No supo de dónde sacó las fuerzas para apartar a Fran, mucho más corpulento, y echarlo hacia atrás, justo hasta tenerlo ante él y propinarle un puñetazo en medio de la cara que le hizo crujir y sangrar la nariz a uno y destrozó los nudillos al otro. Entraron un par de enfermeras en la habitación que gritaron asustadas y se acercaron a la cabecera de la cama para atender a Adriana. Mientras tanto Fran había devuelto el golpe a Carlos que sangraba por la comisura de los labios. Se enzarzaron en una pelea propia de un ring de boxeo, golpeando las paredes hasta que Fran acorraló a Carlos contra la puerta del baño y lo cogió del cuello intentando ahogarlo. Carlos recordó las películas de acción que tanto le gustaban y reaccionó como había

visto en algunas de ellas.

Tenía a Fran en frente suyo, cara a cara y no lo pensó dos veces, antes de darle un cabezazo con todas sus fuerzas. Los ojos de Fran se pusieron un segundo en blanco antes de aflojar las manos y caer medio derrotado al suelo, momento que Carlos, también mareado y sangrando, aprovechó para sentarse sobre el y propinarle un par de puñetazos más en la nariz. Nunca había sido una persona violenta, pero ver a aquel tipo intentando quitarle la vida a Adriana lo había convertido en una bestia.

Solo reaccionó al escuchar la voz de ella.

—Carlos, por favor, creo que ya no reacciona. Para ya, lo vas a matar.

Se apoyó en la pared, respirando hondo al ver que estaba viva, cerrando los ojos y dando gracias. Se acercó a ella y sin medir sus actos la cogió de la cara con las dos manos y la besó hasta casi dejarla sin respiración.

—Si te hubiera matado, hubiéramos muerto los dos ahora mismo — casi no le salía la voz.

—Gracias por llegar a tiempo —Adriana sonaba asustada— ¿Quién es ese hombre? Necesito respuestas Carlos, por favor. No es posible que haya entrado en mi habitación y me haya atacado y no sepa quien es.

—Si, lo sé. Te lo explicaré todo —la miró a los ojos —y espero que me perdones.

Cuando llegó la policía, les dio el nombre de Fran y les explicó que tenía orden de alejamiento de Adriana. Se lo llevaron esposado y medio inconsciente, mientras que citaban a Carlos para hacer una declaración de lo ocurrido esa mañana y contactaban con la unidad correspondiente al caso, para que les pusieran al día .

Aquello era un intento de asesinato y después de hacerle algunas preguntas a Adriana que contestó solo en relación a los hechos más recientes, ya que no recordaba nada más, le aseguraron que entraría en prisión preventiva de inmediato hasta que llegara el juicio y la correspondiente condena.

Cap. 31 —¿QUIÉN SOY?

Adriana estaba recogiendo las pocas cosas que tenía en la habitación y esperando a que Carlos pasara a recogerla para ir con él a su casa. La inquietud la tenía en continuo movimiento, no podía estarse quieta. Su cabeza no paraba. Los intentos continuos que hacía para recordar algo, concentrándose, cerrando los ojos y buscando en una memoria que se había esfumado, le estaban agriando el carácter. Aquello era más duro de lo que la gente se pensaba. Muchas personas que habían ido a visitarla le repetían las mismas frases, como una letanía...”*ya verás cómo poco a poco recuerdas*” “*seguro que es cuestión de tiempo*” Pero los médicos tampoco le aseguraban nada. ¿Y si tenía que empezar de cero? ¿Cómo empieza una persona su vida con casi treinta años y sin nada a lo que agarrarse? ¿Qué pasaría con Carlos? ¿Y con sus padres? ¿Podría llegar a quererlos como se suponía que los quería?

La falta de recuerdos, de las experiencias pasadas, de lo aprendido y lo vivido, la hacía dudar de ella misma continuamente. ¿Cómo era ella? Tampoco se reconocía ¿Y si era mala persona? ¿Habría hecho sufrir mucho a sus padres? ¿Quién podía ser ese tipo horroroso que quería matarla? Carlos le había prometido que hablarían cuando estuvieran en su casa. Pero no podía dejar de pensar en si ella habría provocado tanto a alguien como para que deseara su muerte. No se reconocía y era una extraña para sí misma.

—Hola cielo —Carlos entró sin llamar y se acercó a besar su mejilla—
¿Preparada?

—Todo lo preparada que puedo estar —lo miró con preocupación mientras cerraba la bolsa.

—Tranquila. Voy a estar a tu lado. No te va a ocurrir nada.

—Y hablaremos. Me lo has prometido.

—Hablaremos. Te explicaré todo lo que sé, con pelos y señales, hasta que te hartes de escucharme. Te lo prometo.

—De acuerdo. Vámonos entonces.

Al salir a la calle Adriana se paró en seco y se quedó observando el tráfico y a la gente que pasaba por allí. Carlos se paró a su lado observando su perfil.

—Se conducir ¿verdad?

—Sí. Además de la moto, que ha sido siniestro total, tienes un coche pequeño de color rojo. Está aparcado cerca de tu casa.

—Me asusta un poco ver tanta gente, no entiendo porque.

—Quizás por haber estado un tiempo sola. ¿Recuerdas algo de cuando estabas en coma? Quiero decir, aparte de mi voz.

—Algunas cosas. Las voces. Aparte de la tuya oía más, pero no entendía lo que decían —se dirigieron paseando hasta el coche de Carlos —y la paz. A veces tenía sueños extraños, pero no los recuerdo. Prefiero no hablar más de eso. Me angustia.

—Claro, no te preocupes —llegaron al coche y se acomodaron. Carlos arrancó y se dirigió hacia su casa —vamos a ir a tu ritmo en todo, cariño. Tú decides cuando quieres hablar o descansar, si quieres salir o quedarte en casa. Si te sientes intranquila o nerviosa, dímelo. Intentaremos solucionarlo.

—Gracias Carlos, sé que es duro para ti también. Ten paciencia conmigo, estoy algo perdida.

—¿Te suenan las calles por las que pasamos?

—En general me resultan conocidas, sé que las he visto antes, pero no recuerdo los nombres. Es extraño. Como un “dèjà vu”, como un sueño olvidado hace tiempo y que quieres recordar.

Cuando llegaron a casa de Carlos, este le enseñó el piso, habitación por habitación, con la esperanza de despertar algún recuerdo, por mínimo que fuera, sin resultado.

Comieron algo y se sentaron en el sofá mientras tomaban un té con hielo. Adriana, sin rodeos, le preguntó directamente.

—Explícame todo lo que sepas del tipo que me atacó.

—Vale...es tu expareja.

—Me lo temía.

—Os conocéis desde pequeños. Tú, él y Lara erais muy amigos. Por lo que tú me contaste era un niño marginado, sin amigos, en parte debido a su obesidad y en parte a su carácter retraído, introvertido. Parece que en su casa también tenía problemas. Pero lo acogisteis entre las dos, fuisteis uña y carne, hasta que al llegar a la adolescencia se enamoró de ti, pero nunca te lo dijo. Tú nunca lo viste más que como un amigo.

Carlos siguió dándole los detalles que conocía hasta llegar a su reencuentro hacía más o menos un año, que los llevó a salir juntos, enamorarse y decidir casarse.

—¿En serio? —Adriana alucinaba con la historia— ¿Cómo es posible que me enamorara de un loco así? ¿Tan mal estoy de la cabeza? ¿Quién soy?

—Yo en esa época estaba con Lara y al poco tiempo rompimos. No llegué a conocerle en ese momento.

—¡Un momento! ¿Salías con Lara? ¿Con mi amiga? ¿Cómo no me has explicado esto antes?

—No quiero que te alteres. Si quieres paramos y ya seguiremos en otro momento.

—¡Ni hablar! Esto parece una novela y quiero saber cómo sigue. Además, no puedo sentirme amenazada por una historia pasada. Al fin y al cabo no recuerdo ninguna.

—Vale. Sigo con el tema de Fran. Poco a poco empezó a comportarse contigo de otra forma, supongo que salió lo que llevaba dentro y no pudo reprimirlo ni disimular más. Te criticaba, te coaccionaba, hasta que empezó a atacarte y cortaste con él.

—¿Estabas enamorado de Lara? —algo de aquella historia le decía que era importante. Era como una pulsión interna que la hacía desear saber más.

—Sí, lo estuve. ¿No quieres que te acabe de explicar lo de Fran? —no le entusiasmaba hablar de Lara en aquel momento.

—Sí, luego. Aunque me voy imaginando como ha ido todo. Es casi de manual. Maltratador disfrazado de buen tío. Idiota que se deja engañar —se señaló el pecho con el dedo índice —y que seguro que debería haberlo visto venir.

—No seas tan dura contigo misma. El enamoramiento a veces no nos deja ver la realidad.

—¿Eso te pasó a ti?

—Seguramente. Lara siempre estuvo enamorada de Alex y lo nuestro nunca hubiera podido funcionar. En aquel momento no podía verlo, el dolor también te ciega y a veces no te deja ver lo que tienes delante de tus narices. Si hubiéramos seguido juntos, hubiera acabado por explotar en algún momento.

Adriana se quedó pensativa, rumiando sus palabras. Cuando más le explicaba, menos entendía...

—Y tú y yo...debíamos estar un poco jodidos con nuestros maravillosos ex, ¿no?

—Sí —Carlos sonrió y la miró a los ojos.

—¿Por qué sonríes?

—Porque recordar nuestro primer encuentro, totalmente casual, después de meses, me hace revivir muchos de los momentos que vinieron después y en los que tú eres la protagonista. Empezar a vernos, a conocernos mejor, fuiste como un soplo de aire fresco en mi vida. Creo que yo para ti también. Supongo que al principio fuimos un poco un salvavidas uno para el otro, pero con tu impulsividad, con tu manera de ser tan auténtica y franca, con tu facilidad para hacerme reír, con tu forma de dar sin esperar respuesta, siempre generosa, me di cuenta de que me había enamorado de ti —no quiso ahondar más en el tema, no podía explicarle que antes de su accidente, ni siquiera se lo había dicho.

—Vaya...¡qué lástima no poder recordar nada! Parece que al final nos pasó algo bueno.

—Sí. Nos pasó lo mejor. Y ahora que Fran está en la cárcel, podremos dejar de mirar a nuestra espalda con miedo. Ya no habrá más cartas en tu buzón.

—¿Cartas?

—No te he explicado esa parte. Recibías amenazas a través de cartas, acoso, llamadas a todas horas, mensajes. Lo pasaste muy mal.

—Cuando me desperté en el hospital y lo vi ante mí, aún sin reconocerlo, la maldad en su mirada, la locura que emanaba de sus gestos, pensé que debía ser una pesadilla. Cuando intentó ahogarme con el almohadón —Adriana calló y respiró hondo intentando recomponerse —me vi por un momento de nuevo regresando a aquella habitación blanca, sin suelo ni techo y solo tuve un pensamiento —lo miró con lágrimas en los ojos —quería volver a verte.

Carlos se acercó y la abrazó besando su pelo y su sien. Adriana se acomodó en sus brazos y al apoyar la cabeza en su hombro, lo besó lentamente en el cuello. Aquel olor...inspiró profundamente.

—Adriana... creía que no querías...mmm...

—¡Perdona! solo ha sido que al estar tan cerca y olerte...tu olor me ha resultado familiar y...me gusta.

—No pasa nada cielo. Puedes besarme siempre que quieras —la miró alzando las cejas.

—¡No te aceleres guaperas!

—¡Esa eres tú! —Carlos soltó una carcajada, contento —ese tipo de expresiones son muy propias tuyas, es como si volvieras poco a poco. Sigues siendo tú, no tengas ninguna duda.

—Tengo muchas dudas sobre mí misma. Sobre como soy. A lo mejor tú puedes resolver alguna. La gran pregunta es ¿Quién soy?

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo me describirías? Quiero hacerme una idea de cómo soy. Se lo que pienso ahora, pero no tengo pasado, no se las cosas que he hecho y necesito saber más sobre mi...y también sobre ti.

—Sí que tienes pasado. Otra cosa es que no puedas recordarlo. Pero todo lo que has vivido ha forjado tu carácter, tu manera de ser, tu pasado te ha hecho ser como eres ahora...auténtica. No tienes dobleces, dices lo que piensas, normalmente sin filtros. Tu impulsividad a veces te lleva a hacer cosas de las que te puedes arrepentir, pero tú eres así. Das a manos llenas cuando quieres a alguien, estás un poco loca de vez en cuando, te gusta salir con tus amigas y hablar de todo con ellas y a veces te gusta estar sola. Sobre todo en una playa cuando tienes que pensar o reflexionar sobre algo. Sentarte en la arena o en las rocas a ver el mar y respirar hondo el aire salado. Te gusta la velocidad cuando vas en moto...demasiado por lo visto. Y tienes una risa contagiosa. Cuando ríes

a carcajadas, tus ojos brillan. Cuando haces el amor, tus ojos se enturbian... cuando me besas me vuelvo loco —estaban muy cerca y sus palabras parecían haber hipnotizado a Adriana que sonrió tímidamente.

—Creo que no eres muy objetivo. Seguro que me ves con buenos ojos — inclinó la cabeza y lo miró a los ojos —aunque empiezo a entender algo...

—¿Qué? ¿Has recordado algo?

—No. Pero estoy entendiendo porqué me enamoré de ti.

Se acercaron hasta que sus bocas quedaron a un suspiro y sus pieles se rozaron, los iris clavados en los del otro. Carlos acarició sus brazos desnudos subiendo hacía sus hombros y resiguió con los dedos sus clavículas. Cuando Adriana entrecerró los párpados segura de que la iba a besar, Carlos lo hizo, primero en el cuello, subió lentamente hacia su oído depositando leves besos, suspiros, el roce de sus labios y su respiración caliente mientras ella se estremecía y su piel se erizaba. Un gemido ahogado se escapó de su garganta justo cuando Carlos le habló al oído.

—Te quiero. No sabes lo que ha sido no saber si volvería a verte despierta, no saber si volvería a poder besarte, hacer equilibrios en una cuerda floja sin red, con el miedo atenazando cada paso, con el pánico de dejar de ser nosotros ahora que te he encontrado- entrelazó sus dedos con los de ella que lo miraba emocionada mientras una lágrima escapaba sin poder reprimirla —solo de pensar en que no hubieras vuelto me muero un poco. Tenemos tanto por vivir, tanto que hablar, tanto que darnos.

—¿Vas a besarme de una vez? —la nariz de Adriana rozó la de Carlos y entreabrió los labios ofreciéndose.

Cuando se unieron sus bocas, sus lenguas se enredaron, sus miradas se entrelazaron, sus pieles se fundieron, sus respiraciones se aceleraron, en ese momento ya no importaba nada más, ni el pasado ni el futuro, porque justo entonces, con o sin memoria, se reconocieron.

El pensamiento de Adriana en ese momento en que se dejó llevar y cuando tenía tantas incógnitas por resolver, fue que cuando nada era seguro, todo era posible. Aquel presente empezaba a gustarle.

Cap. 32 —TE QUIERO A MI LADO

Carlos había salido a hacer la compra mientras que Adriana había preferido quedarse en casa. Se encontraba a gusto entre aquellas paredes, como si le pudieran traer, al menos en su imaginación, buenos recuerdos. Se devanaba los sesos indagando por la casa en busca de una chispa. Buscaba algo que le diera un empujón a su memoria, algo que hiciera un clic en su cerebro...pero nada. Por lo visto aquello no funcionaba así.

Lo había intentado igualmente en casa de sus padres, en las calles por las que había pasado miles de veces, habían visitado una playa a la que según Carlos iba con asiduidad. Ya no sabía qué hacer. El resultado siempre era el mismo: un buen dolor de cabeza.

Los médicos le aconsejaban paciencia, su madre no hacía más que enseñarle fotos en todas sus edades, de ella y de toda la familia, todos unos extraños. Sus amigos le habían relatado sus correrías de juventud, en las que descubrió que a veces se había comportado como una buena pieza, aunque todas parecían tenerle aprecio. Sentía una presión continua en el pecho cuando pensaba en Fran y los escalofríos le recorrían la espalda. No se veía mal en boca de los demás, pero no sabía hasta qué punto le endulzaban sus propios recuerdos.

Aquella tarde habían quedado en ir a casa de Alex y Lara. Le caían bien aquellos dos, a pesar de que ella hubiera sido pareja de Carlos, la veía tan enamorada del padre de sus hijos, que no podía sentir más que simpatía por ellos.

Estaba dando vueltas a todo y nada cuando sonó su móvil. Miró la pantalla y apareció alguien que ni siquiera sabía que tenía en sus contactos "*Sub Inspector Jorge Jiménez*". Contestó al instante.

—¿Dígame?

—¿Señorita Adriana Bosch?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, le llamo de la comisaría donde pusieron la denuncia contra Francisco Álvarez, soy el Sub Inspector Jiménez. Solo es para informarle de hemos accedido a la vivienda del acusado y que hemos encontrado una habitación que lo inculpa directamente de todo lo sucedido, aparte de su intento de homicidio en el hospital.

—¿Qué han encontrado?

—No se asuste, pero la habitación estaba prácticamente forrada de fotos suyas, aparte de notas, incluso grabaciones. Ya sé que parece sacado de una película, pero estas cosas a veces suceden de verdad. La parte negativa es que su

abogado ha solicitado una evaluación psiquiátrica y es posible que si puede demostrar algún tipo de enfermedad mental o desequilibrio, este se convierta en un atenuante que le rebaje la pena.

—Se lo digo de corazón, lo único que quiero es no volver a verlo nunca más. ¡Nunca más! Me da igual que esté en una cárcel de máxima seguridad o en un centro psiquiátrico o en el Polo Norte. Solo necesito que esté lejos de mí.

—Creo que en eso sus deseos se verán cumplidos. Ya les avisarán cuando se celebre el juicio.

—De acuerdo, gracias por llamar.

Acababa de colgar cuando escuchó el sonido de las llaves en la puerta y entró Carlos con una sonrisa, para encontrársela blanca como un papel.

—¿Adri? ¿Qué pasa?

—Me acaban de llamar de la comisaría. No es que pase nada grave, pero han entrado en casa de Fran y tenía un santuario en torno a mí...fotos, escritos...no me puedo imaginar ese tipo de obsesión.

Carlos soltó las bolsas que llevaba en las manos y se acercó a abrazarla. Adriana le rodeó la cintura y acomodó la mejilla en su hombro, temblando como una hoja.

—Tranquila cariño. Ya no puede hacerte nada. Antes tendrá que matarme a mí.

—¡No digas esas cosas! —levantó la mirada y le besó la barbilla —solo es que me he puesto muy nerviosa. Que alguien se obsesione así contigo no es muy halagador, más bien da repelús. ¡No entiendo como pude salir con un espécimen así!

—Ese tío, a pesar de estar loco no es tonto. No solo te engañó a ti, sino a todo el mundo. Tus padres lo veían con buenos ojos, tus amigas también. Sabía cómo comportarse de cara a la galería...hasta que se descontroló.

—Me han dicho que su abogado va a solicitar un examen psiquiátrico y que dependiendo del resultado pueden reducirle la pena.

—No creo que esté loco o enfermo. Me parece más un cabrón. Pero hagan lo que hagan, lo que está claro es que se va a quedar en la cárcel o en un psiquiátrico o dónde sea, pero va a estar encerrado por una buena temporada.

—Eso espero —Adriana lo abrazó más fuerte a la vez que sentía un enorme agradecimiento por todo el apoyo que le estaba dando.

Quería agradecerle de alguna manera todo lo que hacía por ella, a la vez que empezaba a considerar, que había algo que no había probado para intentar recuperar la memoria. Algo que cada vez le apetecía más.

Cuando estaba cerca de Carlos, su olor, su voz, su tacto...todo se colaba de alguna manera a través de sus sentidos de una forma casi tangible. No sabía lo

que sentía por él antes del accidente, pero intuía que probablemente estaba locamente enamorada. La atracción que ejercía sobre ella era cada vez mayor, como un imán que la seducía y la persuadía, que la llevaba hacia él, como en un trance hipnótico. Ya le habían hablado más de una vez de su impulsividad y empezó a constatar en ese momento que debía ser cierto. ¿Podría recordar algo si hacían el amor? ¿Acostarse con él podría devolverle algún recuerdo?

No es que lo tuviera muy claro. Nada de lo que había intentado había funcionado. Pero si tanteaba en ese terreno, al menos se llevaría una experiencia, como poco, agradable, de eso estaba segura.

Como no podía ser de otra manera, se lanzó sin mirar. Levantó la vista y subió sus manos hasta la nuca de Carlos mientras lo miraba a los ojos. Solo encontró en ellos un descarnado deseo. Fue lo único que necesitó para decidirse. Se puso de puntillas y lo besó casi con ansia a la vez que Carlos, algo impactado por su pasión, se quedó un segundo en estado de choque, solo para responder de la misma manera.

Se entregaron a aquel instante en un beso desenfrenado, ella aferrándose a un deseo, el confiándole sus sentimientos más profundos a través de sus actos y esperando que ella supiera descifrarlos.

Acarició su cintura pagándola más a él e internando su mano bajo la ancha camiseta que llevaba puesta, subiendo despacio hasta su pecho, que rodeó con suavidad. Se separó ligeramente, rogando mentalmente una respuesta afirmativa, que le permitiera preservar su propia cordura.

—¿Estás segura?

Solo le hizo falta un gesto afirmativo con la cabeza, su sonrisa decidida y el nuevo ataque a su boca a la que Adriana parecía haberse vuelto adicta. Carlos la fue dirigiendo hacia su habitación mientras las pocas piezas de ropa desaparecían y caían por el pasillo. Cuando se dejaron caer en la cama piel contra piel, el calor del verano había pasado a ser abrasador, mientras sus propios cuerpos provocaban un incendio que no querían sofocar. Se aceleraron como si estuvieran en una competición, luchando por dar más, ella buscando su destino y su pasado, el amándola como nunca había sido consciente de hacerlo. Adoraron sus cuerpos, entretejieron sus emociones, sucumbieron al delirio.

Adriana se encaramó sobre él, haciendo que se quedara estirado boca arriba y se sentó a horcajadas sobre su cuerpo. Rodeó sus sienes con sus manos y se acercó a besarlo de nuevo, mientras él se aferraba a sus caderas y la hacía bajar.

—Ahora —fue lo único que pudo salir de su boca, antes de que se desatase la locura y una onda expansiva se extendiera por sus cuerpos.

Finalmente, después de una ducha y con bastante retraso se dirigieron a casa de Alex y Lara. Iban en el coche y un silencio nada incómodo se había instalado entre ellos. Parecían sumidos en sus propios pensamientos.

—¿Sabes? —fue Adriana quién lo rompió —Pensaba que quizás cuando hiciera el amor contigo, recordaría algún otro momento de intimidad y se abriría un resquicio en mi memoria.

—¿Lo hemos hecho para que recordaras algo? —el tono de sorpresa y decepción de Carlos era palpable.

—¡No quería que sonara así! No ha sido algo premeditado, solo que tú me atraes mucho y...

—¿Esto ha sido un experimento? —el tono empezaba a ser glacial.

—¡Claro que no! Te deseaba, pero tengo que reconocer que en algún momento pensé que a lo mejor recordaba algo. No sé...experiencias anteriores.

Silencio. Adriana lo miraba de reojo y al ver su expresión seria, le supo muy mal que la malinterpretara.

—Oye Carlos. ¿Tú crees que me hubiera acostado contigo solo para recordar? No niego que haya pensado en ello, pero quiero que entiendas que si lo he hecho es porque te deseo, me gustas, me estas ayudando y se supone además, que eres mi pareja ¿O no?

—¿Te ha servido de algo? —preguntó Carlos con resignación

—Si, de mucho.

—¿Sí? ¿Has recordado algo?

—No exactamente, pero me ha gustado tanto estar contigo, que me he dado cuenta de una cosa. Si no consigo recordar, si tengo que empezar a vivir de nuevo a partir de aquí, si esto es un nuevo comienzo, una página en blanco, quiero dar el primer paso contigo, te quiero a mi lado. Hace poco que te conozco, me refiero a después del accidente y, aunque sé que tenemos una historia, ahora tengo muy claro porqué estaba contigo. Cada día te comprendo un poco más, cada día aprendo algo de ti, descubro algo que me hace acercarme más, algo por lo que admirarte. Sé que puedo quererte mucho porque en solo unos días ya me estoy enamorando de ti. Otra vez.

Carlos se emocionó al oír sus palabras. Llegaron a un semáforo y al frenar el coche se giró hacia ella y la atrajo hacia el para besarla.

—Ven aquí —se besaron hasta que les faltó el aire y oyeron los pitidos del coche que los precedía y que se estaba impacientando —Yo también te quiero a mi lado. Siempre.

Cap. 33 —LA LLAVE

—¡Hola! ¡Adelante! —Alex les acababa de abrir la puerta de su casa y les hizo pasar mientras Claire, su hija mayor, salía corriendo hacia la puerta y se abalanzaba sobre Adriana para abrazarla.

—¡Tieta Adri! —Claire cogida a sus piernas alzó la cabeza hacia arriba sonriendo— ¿Vienes a verme a mi o a mis hermanos?

Adriana se encontró descolocada ante aquella efusividad, pero mirando la preciosa carita de aquella niña, se agachó para estar a su altura y le sonrió.

—¡Hola guapa! ¿Cómo te llamas?

La expresión de Claire no tenía desperdicio. Después sonrió de medio lado.

—¿Es un juego nuevo?

—No cielo —contestó Alex por ella —te expliqué el otro día que la tía Adriana había estado un poco malita y se le habían olvidado muchas cosas. A veces no se acuerda de cómo nos llamamos, pero no pasa nada, se lo iremos recordando.

—Lo siento bonita, pero no recuerdo tu nombre.

—¡Soy Claireee! —Adriana seguía agachada y la niña le cogió la cara con las dos manos— ¿No te acuerdas de nuestros besitos de esquimal con la nariz? —se acercó a ella para rozar su pequeña nariz con la suya y Adriana sonrió y mintió:

—¡Claro que sí! De eso no podía olvidarme —le siguió el juego divertida.

Lara apareció con uno de sus pequeños en los brazos.

—¡Hola Adri! ¡Qué contenta estoy de que hayáis venido. Carlos ¿Qué tal todo?

Todos se saludaron y pasaron al comedor dónde el otro bebé dormía plácidamente.

—¡Oh! Déjame ver a estos microbios —a Adriana se le caía la baba al ver a aquellos bebés tan sonrosados y preciosos— ¡Son tan guapos! ¿Cómo los distinguís?

—De momento no es muy difícil —Lara rio —David es el llorón que siempre está despierto y Oriol duerme como un bendito y come sin rechistar. Son el día y la noche. A pesar de ser idénticos ya les distingo gestos distintos. Uno no hace más que fruncir el ceño y berrear y el otro sonríe hasta cuando sueña. ¡Qué le vamos a hacer! Cada uno es como es. ¿Y tú cómo estás? ¿No has recordado nada?

—Nada de nada, esto es muy desesperante, la verdad. Suerte que Carlos me anima continuamente —lo miró sonriendo y le guiñó un ojo lo que no pasó desapercibido para Alex —espero que en algún momento se haga la luz.

—Siempre voy a estar ahí, cielo. Has de estar tranquila y ya se irá solucionando, ya verás- cogió su mano y acarició sus dedos.

—¡Tieta Adri! ¿El curso que viene serás mi profe de educación física, verdad? Me hace mucha “ilu” —Claire aplaudió contenta mientras Adriana miraba interrogante a Lara y Carlos.

—¿No te lo hemos explicado? Para el próximo curso darás las clases de educación física y llevaras a los equipos de básquet del colegio y los partidos de fin de semana.

—¿Cómo voy a hacerlo? —Adriana empezó a asustarse —Carlos, yo no sé si voy a poder trabajar con niños si sigo como hasta ahora.

—No te preocupes ahora de eso, aún te queda casi un mes antes del inicio del curso. Si no estás preparada cuando empiece el curso puedes alargar la baja laboral y esperar a encontrarte con fuerzas.

—¿Y si no consigo estarlo nunca? —el buen humor se había esfumado y a Adriana le entró una congoja producida por el miedo a lo que consideraba desconocido— ¿Cómo voy a retomar una vida que no recuerdo? No voy a conocer a ningún niño en la escuela, ni a los compañeros de trabajo...ni a nadie.

—Eso no va a ser siempre así —Lara la miró con los ojos humedecidos por la emoción y se levantó para abrazarla después de entregar al bebé que llevaba en los brazos a su padre —ya verás como todo irá a mejor.

—Gracias Lara- los miró a todos asustada —no quería que esta visita resultara así, perdonarme, pero estoy angustiada y nerviosa —se giró para dirigirse hacia la puerta y Carlos la siguió pidiendo disculpas con la mirada — me tengo que ir. Lo siento.

—¡Cuídala! —Lara se lo dijo bajito a Carlos antes de que la siguiera hacia la escalera y éste hizo un gesto afirmativo mientras estrechaba la mano de Alex.

—Perdonad, nos vemos otro día.

El camino de vuelta estaba inundado de silencio. Adriana perdida en sus pensamientos y Carlos preocupado y sin saber cómo animarla en ese momento de bajón.

—¿Podemos pasar por mi piso? Solo he ido una vez y fue muy rápido para coger ropa. Podría recoger más cosas y mirar en los cajones —lo miró con pena —a lo mejor hay suerte esta vez y recuerdo alguna cosa.

—Claro que sí cariño —Carlos giró en la siguiente calle para dirigirse hacia allí —lo que tú quieras, no hay problema.

Había oscurecido y Carlos hubo de dar algunas vueltas hasta conseguir aparcar. Adriana seguía callada, observando las calles, los portales, las tiendas ya cerradas. Había algo que quería nacer, no sabía definirlo...algún olor, un color... ¿dónde estaba la llave? Solo imaginaba un cerrojo bien cerrado en medio de su

cerebro y la llave que se había extraviado. ¿Dónde estaba la maldita llave?

La noche anterior había tenido un extraño sueño. Volvía a estar en aquella blanca habitación, pero esta vez rodeada de varias puertas igual de blancas. En una de ellas encontraría una llave con la que podría volver a recordar. Pero tras pasar media noche forcejeando con aquellas puertas que no pudo abrir, se despertó sudando y boqueando en busca de aire como un pez fuera del agua.

Carlos aparcó algo alejado de su calle y se dirigieron paseando hacia el portal. De pronto Adriana se frenó asustada.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé, acabo de pensar en cuanto van a tardar en reponer las luces de las farolas fundidas de mi calle... así, como suena. Eso es un recuerdo ¿no? Sabía que hace tiempo que hay luces fundidas y he reconocido mi calle —se quedó pensativa —claro que ya he venido aquí contigo hace poco, es normal que reconozca mi calle.

—Podría ser un principio —Carlos la estrechó por la cintura y le besó la sien —poco a poco, no te fuerces.

Llegaron al portal y Adriana sacó las llaves de su bolso. No sabía que le estaba ocurriendo pero no estaba bien. Se sentía nerviosa y acalorada, algo asustada. Respiró hondo y abrió la puerta. Llevaba en la mano derecha sus llaves y automáticamente como había hecho miles de veces se acercó al buzón para abrirlo. Después de varios días sin pasar por allí, sobresalían algunos folletos. Mientras daba la vuelta a la llave le empezó a temblar el pulso y un sudor frío le recorrió todo el cuerpo. Mientras abría y caían algunos papeles al suelo, cerró los ojos con fuerza a la vez que un fuerte pinchazo en sus sienes la asustó y empezó a temblar. Carlos asustado fue a abrazarla y ella se apartó apoyando su espalda en la pared mientras respiraba aceleradamente.

—Adriana, cariño ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Estás mareada?

No pudo contestar, ya que en ese momento sus recuerdos la golpearon como un alud en una montaña nevada, como un tsunami al que no se puede frenar y que lo inunda todo, como un volcán imparable en erupción. Imágenes, conversaciones, personas... Carlos, Fran, Lara y Alex, el accidente, el hospital. Miles de recuerdos desatados de los nudos que los comprimían, saliendo en un aluvión de los cajones donde estaban encerrados. No era capaz de expresar lo que estaba viviendo en ese momento. Acababa de encontrar la llave, de recuperar su vida, su pasado, sus experiencias buenas y malas, su yo. El miedo a una nueva carta en un sobre blanco con letras negras, seguramente era lo que había desencadenado aquel geiser de recuerdos.

—Lo recuerdo todo —abrió los ojos para ver la expresión asustada de Carlos —creo que el miedo a encontrar otra carta de Fran ha despertado algo en mí.

—¡Eso es una noticia magnífica! —Carlos la abrazó y la notó algo rígida, seguramente todavía asustada por todo —Mañana iremos al médico y se lo explicas todo.

—No van a llegar más cartas ¿Verdad? —Adriana apoyó la frente en su pecho mientras Carlos le acariciaba la espalda.

—No cielo. Está en la cárcel. Y espero que por mucho tiempo.

—He recordado algo que contar a la policía —lo miró y cerró los ojos — cuando tuve el accidente, un coche me seguía.

—Creo recordar que la pareja con el que tuviste el accidente comentaron que un coche que iba detrás de ti, ni siquiera paró para ayudar. Pero no he sabido más de ese tema, no tenían la matrícula.

—Sé cuál es la matrícula y se quién es el dueño de ese coche —lo miró a los ojos —Era Fran quién me seguía. Poco antes del accidente intentó echarme de la carretera. No consiguió matarme de milagro.

—Mañana iremos a la policía a contarlo. Cuánto lo siento cielo —la abrazó más fuerte —ahora ya no podrá hacerte daño y cuándo se sepa esto es posible que aumente la pena que le impongan.

—Ahora que he recordado TODO —hizo énfasis en esa palabra —quizás lo mejor es que me venga a vivir a mi casa.

—No hace ninguna falta cariño, te puedes quedar en la mía el tiempo que quieras.

Adriana se lo quedó mirando muy seria y con una pena infinita reflejada en sus ojos. Se apartó y levantó las manos ante el gesto de Carlos de seguir abrazándola.

—Ya no es necesario que finjas más. Parece que he sido tu obra de caridad durante este tiempo en que no recordaba nada, pero eso se ha acabado. Te libero completamente de mí. No hace falta que me cuides más. A partir de aquí me basto conmigo misma. Te agradezco que me hayas hecho más llevadero este trago, pero ya no hace falta que me sigas engañando.

—¡Cariño, no te he engañado! Cuando te fuiste con la moto enfadada, yo solo quería que te quedaras para decirte que te quería, que me había dado cuenta de que...

—¡Basta Carlos! ¡No sigas fingiendo, por favor! ¿Es que no me has escuchado? ¡Lo recuerdo todo! Tu obsesión con Lara, tu freno conmigo en toda nuestra historia. Solo sexo ¿recuerdas? Como una idiota me enamoré de ti. Pero no pienso dejar que estés conmigo por pena, te aseguro que soy una persona más fuerte de lo que parezco y que lo superaré. No tengo porque aguantar tu lástima. Ningún hombre va a acabar con mi autoestima. He estado al borde de la muerte y si algo he aprendido es que me he de querer a mí misma. Volveré a empezar y

con el tiempo quizás conozca a alguien que me quiera como yo necesito. Que me lo de todo. Alguien que por una vez me ponga en primer lugar.

—¡Nadie te querrá más que yo! Hemos de hablar Adriana, las cosas han cambiado, yo...

—Lo único que ha cambiado es que he estado semanas en coma y sin memoria después y te has sentido responsable de mí. ¿Culpable? ¿Te sentías culpable porque me fui en la moto enfadada contigo y tuve el accidente? Pues ya te puedes liberar de la culpa. Fue culpa de Fran que me siguió con el coche. Puedes quedarte tranquilo y seguir adorando a Lara desde la distancia. Ahora me voy —se dirigió hacia las escaleras y empezó a subirlas corriendo.

—¡Adriana! ¡Espera! Tenemos que hablar, por favor. Estás equivocada en muchas cosas.

—¡Ahora no!

Mientras Adriana desaparecía escaleras arriba, Carlos se encontraba entre sorprendido, aturdido y cabreado. Como no conseguía decidir qué era lo mejor y Adriana estaba muy agobiada en aquel momento, se fue a su casa pensando *“Esto no acaba aquí, cariño. Vamos a hablar quieras o no quieras”*

Y a pesar de todo sonrió para sus adentros al ver la reacción y el genio de Adriana que la hacía volver a ser quién era ella.

Cap. 34 —EN LINEA

Adriana llegó a su piso y cerró la puerta de un golpe. Se apoyó en la pared, levantó la vista al techo y soltó un gemido agónico mientras sollozaba y explotaba en un mar de lágrimas. Demasiadas emociones. Se acercó al sofá y se estiró boca abajo hundiendo la cara en un almohadón.

Debería estar feliz por haber recuperado la memoria, pero en el mismo momento había perdido a Carlos. Como una idiota, en los pocos días desde que había despertado del coma y sin reconocerlo, había vuelto a enamorarse de él. ¿Por qué no había podido resistirse? Parecía su talón de Aquiles, la piedra dónde podía tropezar mil veces y volver a caer. Lloró desconsolada sabiendo que en realidad nunca había sido suyo. Los días anteriores solo habían sido una ilusión. Había sido bonito creer que él la quería, que la amaba más que a nada. La verdad es que era bueno fingiendo, como una tonta había caído en sus redes sin remedio. Cuando hicieron el amor hubiera jurado que era sincero, pero seguía siendo una tonta a la que todo el mundo engañaba fácilmente.

Había superado un trance muy grave, podría superar aquello también. Tendría que sobreponerse y ser fuerte, mirar hacia adelante y olvidar su historia con Carlos. Olvidar...seguramente esa no era la solución; lo había olvidado absolutamente todo durante un tiempo y no había sido la solución para nada. No...lo que debía hacer era aprender de sus errores.

Carlos no la quería, eso lo tenía claro, al menos no como ella lo quería a él. Suponía que le tenía cariño, que la deseaba, pero que su relación nunca hubiera pasado de allí. Recordaba ahora con nitidez las horas en el hospital cuando nacieron los niños de Lara y como la mirada de Carlos hacia ella, era de completa felicidad. Embobado y sonriente. ¡Maldito Carlos! ¡Había conseguido dejarla de nuevo hecha una mierda!

Sentía un cierto resentimiento hacia Lara y sabía con toda seguridad que era injusta con ella, que no tenía la culpa de nada. Estaba muy enamorada de Alex y lo sabía de primera mano.

Necesitaba descansar y ordenar sus pensamientos, recomponer su vida desde cero, planificar su futuro más próximo sin interferencias de nadie, tomar sus propias decisiones sin dejarse influir. Todo muy fácil en su cabeza pero muy complicado de llevar a cabo. Quizás lo mejor fuera aislarse de todo unos días. Aún tenía vacaciones y lo mejor sería perderse y desaparecer del radar de todo el mundo.

Mientras se secaba las lágrimas cavilando como poner en marcha su plan, su móvil empezó a emitir un pitido tras otro. Alguien se estaba volviendo loco con

los mensajes. Pensó en Carlos y estuvo a punto de desconectar el móvil sin mirar, pero al echar un vistazo al WhatsApp, vio un par de llamadas perdidas de sus padres y un montón de mensajes del grupo “las locas del viernes”, sus mejores amigas.

Parecía que Carlos no había podido mantener la boca cerrada y la recuperación de su memoria había corrido como la pólvora.

Llamó primero a sus padres, pobrecillos, sabía lo mal que lo habían pasado. Estuvo hablando con ellos un buen rato. Su madre se puso a llorar como una madalena y su padre seguramente disimuló sus lágrimas, lo conocía y a pesar de hacerse el duro era de lágrima fácil. Los tranquilizó y los convenció de que no eran horas para ir a verla. Ya se verían al día siguiente. A su madre le extrañó que estuviera en su casa y no en la de Carlos, pero al ver la reticencia de su hija a hablar del tema no quiso insistir y lo dejó correr, de momento. Ya se enteraría al día siguiente de que ocurría.

Tras finalizar la conversación con sus padres abrió el grupo de WhatsApp que tenía con sus amigas y empezó a leer los mensajes.

Lara: ¡Adri! ¡Qué contenta estoy! Carlos nos ha llamado a casa para decirnos que has recuperado la memoria. ¡Me alegro muchísimo cariño!!! ☺ ☺

Lidia: ¿Cómoo? ¡Por fin Bella Durmienteee!

Rosa: FELICIDADEEEES!!! HEMOS DE CELEBRARLO ENSEGUIDA!!!

Irene: Me alegro muchíiiiiisimo Adri!! *La celebración por todo lo alto este viernes ¿Valee? ¿Qué os apetece hacer? ¿Cena y baile? ¿Fiestas de pueblo, que estamos en agosto?*

Lara: Yo no creo que pueda salir por la noche, ya sabéis, ahora mismo tengo los pechos muy solicitados por mis dos hombrecitos ☺ ☺

Lidia: Serán tres hombrecitos, jajaja!

Lara: ¡Qué bruta eres!

Rosa: ¡Pues te ordeñas antes y dejas un par de biberones al papá de las criaturas, ya ves que problema!

Irene: ¡Adrianaaa! ¡A ver si contestas que estamos deseando hablar contigo!

Lara ¿Qué te ha dicho Carlos? ¿Dónde está Adriana?

Lara: Hemos hablado solo un momento, me ha dicho que Adriana ha recuperado la memoria y que se quedaba en su casa hoy, que estaba muy abrumada o algo así. Si no contesta pronto me voy a empezar a preocupar.

Rosa: si no nos contesta en una hora nos presentamos en su casa, al fin y al cabo ya no somos unas desconocidas, ¿no?

Lidia: Dejarla respirar, recuperar la memoria de golpe tampoco debe ser fácil. Adri!!! Ya te hemos dado tiempo de respirar ¡Contesta ya petarda!

Irene: Adri, bonita, si no nos dices nada vamos a empezar a preocuparnos.

¿No está Carlos contigo? ¿Ha pasado algo? Da señales de vida ¡ya! Lara ¿Cómo están nuestros sobrinos? ☺

Lara: Muy bien, preciosos (¿qué voy a decir yo?) llorones, comilones y cagones... vamos lo que les toca, jaja.

Adriana sonrió al ver los mensajes y se puso a contestar, convencida de que si no lo hacía, a pesar de no estar de humor, se le presentarían en casa.

Adriana: ¡Hola locaaas! ¡¡Por fin me acuerdo de todas vosotras!! Os confieso que cuando os he recordado he tenido ganas de volver a perder la memoria (es broma). No os preocupéis por mí. Estoy bien.

Rosa: ¿Cuándo podemos quedar? Tenemos ganas de verte, ¡petarda!

Lara: ya sé que te he visto hoy mismo, pero tengo muchas ganas de volver a verte siendo tú de verdad

Adriana: No os lo toméis a mal, pero he pasado un muy mal trago y necesito unos días de soledad. Mañana voy a ver a mis padres y me marcho unos días para estar sola. A la vuelta os aviso y nos vemos.

Irene: ¿Te vas con Carlos a recuperar el tiempo perdido? El pobre parecía un zombie, seguro que también necesita recuperarse...

Adriana: ¡No! Me voy sola. De Carlos prefiero no hablar, de momento. Respetar mi decisión. Cuando pueda os lo explicaré todo.

Lara: Estaba contigo hace un rato ¿Qué ha pasado *con él?* *Se estaba volviendo loco, el pobre. Lo ha pasado fatal, primero con el coma y después por la amnesia.*

Adriana: sí, he hablado con él, aunque al recuperar la memoria no me ha hecho mucha falta. He recordado todo lo que nos separaba, que era bastante más que lo que nos unía. Lo mejor es dejarlo correr.

Lara: ¿Cómo puedes decir eso?

Rosa: ¡Adri, por favor, ese hombre está completamente colgado contigo! Durante este tiempo lo hemos visto como un león enjaulado, no te ha dejado ni a sol ni a sombra, siempre pendiente de ti. No te entiendo.

Adriana: Ahora no puedo explicarlo. Estoy agotada y necesito dormir. Mañana me voy a ir y a la vuelta hablamos. Respetad mi decisión, por favor.

Finalmente se despidieron. Lara se quedó muy preocupada. A Adriana le pasaba algo más de lo que contaba. Y Carlos debía estar destrozado, si después de haber pasado por el calvario del hospital, se encontraba con una Adriana que lo rechazaba. A veces no entendía a su amiga. Haría un esfuerzo, sabía que la historia con Fran la había vuelto muy desconfiada...pero ¿Carlos? ¿Por qué no fijarse de él? Si se había vuelto completamente transparente. Solo había que fijarse un poco en como la miraba, en sus gestos y sonrisas, para ver que había caído con todo el equipo.

Adriana cayó en la cama destrozada, física y anímicamente. Por un lado la llenaba una euforia extraña por haber recuperado la memoria y con ello, su vida. Por otro, cada vez que Carlos se cruzaba por sus pensamientos, una pena infinita la embargaba y le ponía un nudo en la garganta, para acabar cabreada con ella misma por ser tan crédula y tan fácil de convencer. No quería ser la buena obra de nadie. Si los hombres no sabían apreciarla por lo que valía, si ninguno era capaz de ponerla en primer lugar...¡que les dieran a todos!

Cuando estaba a punto de dormirse, tras un par de horas dando vueltas, volvió a oír el pitido del móvil indicando un nuevo mensaje. Había olvidado desconectar el teléfono. Alargó el brazo y lo miró indecisa. Finalmente lo abrió. Carlos le había enviado un mensaje:

“Dulces sueños, mi amor. Espero que pronto podamos hablar y aclararlo todo. Créeme cuando te digo que TE QUIERO. Pienso en ti.”

Adriana no contestó.

Cap. 35 —¿REFUGIO O HUIDA?

Adriana se despertó muy temprano. El exceso de emociones de la tarde anterior la había agotado y había dormido profundamente, pero no era de levantarse tarde y a pesar de todo a primera hora ya estaba despejada. Iba a planificar bien su día. Tenía muchas cosas que hacer y cogió un papel para hacer una lista.

Después de escribir cuatro cosas desistió. Hacer listas no era lo suyo.

Se dirigió a la cocina y se hizo un café con leche y tostadas con mermelada. Desayunó allí mismo, de pie y se metió en la ducha dudando sobre qué haría primero.

Al cerrar el agua y envolverse en una toalla se paró ante el espejo y se miró fijamente durante un rato. Era bueno reconocerse, saber quién era. Tenía unas ojeras bastante marcadas, pero por fin se reconoció en su propia mirada. Acercó el rostro al espejo y se sonrió a sí misma. Se encontró guapa y se besó para estallar en una carcajada nerviosa. ¿Se estaba volviendo un poco loca?

Con una decisión que hacía tiempo que no experimentaba, preparó una bolsa de viaje pequeña con cuatro piezas de ropa, un neceser, un bikini y una toalla, se vistió con unos tejanos descoloridos y una camiseta roja atada al cuello, dejó sus rizos sueltos y mojados, cogió su bolso, dio un repaso a su pequeño piso y salió cerrando con llave. Lo único que le molestaba era ese pinchazo intermitente justo en medio de su pecho cada vez que Carlos se colaba en sus pensamientos. Tendría que superarlo.

Dando una vuelta a la manzana encontró su coche aparcado. No sabía dónde estaba, pero por suerte siempre conseguía dejarlo bastante cerca y no le costó mucho localizarlo. Guardó su bolsa de viaje en el maletero y se fue paseando hasta la comisaría donde había puesto la primera denuncia a Fran para informarles de lo que nadie sabía del día del accidente.

La atendieron con bastante rapidez, ya la conocían. Tomaron nota de todo lo que les explicó y le prometieron que trasladarían su declaración al juzgado que llevaba el caso de Fran. Seguramente, ahora que tenían esa información, podrían conseguir imágenes buscando en las cámaras de vigilancia que pudiera haber en el recorrido que hizo aquel día con la moto.

Una vez que salió de allí, llamó por teléfono a sus padres para decirles que pasaría a media mañana.

—Claro hija, te esperamos en casa —su madre estaba aún emocionada.

—Mamá, te voy a pedir un favor, si os llama Carlos decirle que no sabéis dónde estoy.

—¡Pero hija! ¿Cómo le vamos a hacer eso al pobre con lo mal que lo ha pasado?

—¡Por favor mamá! Cuando venga a casa te lo explico todo.

—Vale, pero me va a costar mucho. ¡Pobre chico! ¡Si es un cielo!

—¡Mamaaa!

—¡Vale, vale! Como tú digas.

Antes de pasar por casa de sus padres se dirigió al hospital donde había estado ingresada y preguntó por su médico. Le indicaron que estaba en ese momento en urgencias, pero que si quería esperarle es posible que después la pudiera atender.

—Por favor, si habla con el —se dirigió a la chica de recepción— dígame que soy Adriana Bosch y que he recuperado la memoria. Seguramente querrá atenderme.

—No se preocupe —la chica tomó nota —yo se lo digo. Si quiere puede esperar en la sala del final de ese pasillo.

Por suerte para su poca paciencia, el médico acabó en urgencias al cabo de media y la llamaron por megafonía para que se dirigiera a la consulta. El doctor la esperaba y la recibió con una sonrisa.

—¡Adriana! ¡Ya me han dado la buenísima noticia! Me alegro muchísimo.

—Yo también. Fue algo difícil de explicar. Ayer mismo. De pronto encontré la llave.

—¿La llave?

—Perdón —soltó una carcajada —en mi interior, cuando no recordaba nada, imaginaba que había una llave que me hacía abrir el baúl de los recuerdos. Y ayer la encontré. Era la llave del buzón de mi casa —el médico la miró con el ceño fruncido y cara de preocupación —no se preocupe, no me he vuelto loca. Fue justo en el momento de abrir el buzón. Había estado recibiendo amenazas de mi ex novio en notas escritas por él a través del buzón. Ya hacía tiempo que tenía un miedo visceral a abrirlo y poderme encontrar una nueva nota. Y ayer...todo volvió de golpe. Es impresionante el aluvión de recuerdos que te asaltan de golpe. Como abrir una compuerta de un pantano y dejar salir toneladas de agua de una vez.

— A pesar de todo, es posible que tengas algunas lagunas, sobre todo de los momentos previos al accidente o de algún suceso en particular. O de algún momento de tu vida. Si eso ocurre no te asustes, al fin y al cabo has recuperado la mayoría.

—Hay algo que me preocupa. Ahora que la he recuperado ¿Puedo volver a perderla?

—Tienes las mismas posibilidades que yo mismo.

—Bueno... es un consuelo.

—Repetiremos la semana que viene algunas pruebas para comprobar que en tu cerebro no queda ninguna pequeña zona dañada o alterada. Pero no hay prisa. Pide hora en el mostrador —le dijo mientras rellenaba unos papeles —toma, entrega esto y te darán las horas de visita.

—Muchas gracias. Voy a irme una semana sola a desconectar de todo. No hay problema por mi salud ¿no?

—No hay problema —el médico se la quedó mirando— ¿de verdad tienes ganas de estar sola? ¿después de estas semanas sin reconocer a nadie?

—Si, ahora mismo lo necesito.

—De acuerdo, no hay problema. Pero no te quedes incomunicada. Ya sé que todo el mundo lleva el móvil encima, pero en este caso te lo recomiendo. No pierdas el contacto con la gente —sonrió —el que debe estar saltando de felicidad es tu novio,...Carlos ¿no? No he visto en mi vida un novio más pesado que el tuyo, cuándo estabas en coma. Me perseguía por los pasillos desesperado por que despertaras. ¡Llegué a esconderme en los lavabos cuando lo veía de lejos!

Adriana sonrió extrañada y se despidió del médico. No dudaba de que Carlos se hubiera preocupado por su salud, pero todo el mundo le pintaba a un hombre desamparado, enamorado y pendiente de ella...sería la culpabilidad que le hacía actuar así.

No quiso darle más vueltas. Pidió hora para sus próximas visitas de control y las pruebas y se dirigió a casa de sus padres.

En cuanto su madre abrió la puerta de su casa se abalanzó sobre ella llorando a lágrima viva y la estrujó entre sus brazos con tanto ahínco que casi la dejó sin respiración. Cuando pudo levantar la vista, descubrió a su padre detrás con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas y manteniendo el tipo.

—Tranquilos, estoy bien. Lo he recordado todo —por fin pudo desasirse de los brazos de su madre y fue a abrazar también a su padre —hola papá, me encanta conoceros de nuevo —se los quedó mirando a ambos —sois los mejores.

—¡Oh, hija! Sabía que en algún momento volverías a ser tú. Estoy tan feliz —su madre se limpiaba los ojos con un pañuelo mientras con la otra mano le acariciaba el brazo. No podía dejar de tocarla.

—Yo también estoy muy contenta —el tono de su voz desmentía sus palabras y su padre la miró con suspicacia.

—¿Qué nos ocultas Adriana? ¿Seguro que estás bien? No suenas muy alegre.

—No es nada por lo que debáis preocuparos —se adentraron en el piso y se sentaron en el sofá —solo quería informaros de que me voy a tomar una semana para estar sola. Me voy unos días a la costa brava, aún no sé dónde. Buscaré

alguna habitación de algún hostel o pensión. Ya os llamaré para que estéis tranquilos.

—¡Pero cielo! ¡Acabas de recuperar la memoria! ¿Por qué huyes ahora? ¿y qué pasa con Carlos?

—No huyo mamá, solo necesito unos días para desconectar de todo.

—¿Desconectar? ¡Por Dios Adri! —su madre se estaba alterando por momentos —¡Has estado en coma y después amnésica! Si eso no es desconectar, no sé qué lo es. ¡Ya has estado desconectada más de un mes!

—No espero que lo entiendas, solo te estoy informando. Lo necesito ahora mismo. Quiero pensar sobre mi vida, sobre mi futuro, sobre todo. Y para eso he de estar sola.

—¿Y Carlos? Ese chico te quiere, cariño. Solo había que verlo todo este tiempo. Ha sido un puntal, siempre al pie del cañón. Los primeros días no se separaba de ti, tuvimos que amenazarlo con no dejarle entrar a verte si no se iba a dormir y a comer. A veces parecía a punto de derrumbarse de cansancio.

Adriana la miró extrañada por aquella vehemencia en las palabras de su madre. Miró a su padre esperando su confirmación. Su madre podía ser un poco exagerada a veces.

—Tu madre te está diciendo la verdad. Yo estaba allí también. Me gusta ese chico para ti. Nadie da tanto a cambio de nada, si no es porque te quiere. Y ese hombre daría la vida por ti.

—¡Papá! ¡Qué exagerado eres! Estaría preocupado como todos mis amigos. Al fin y al cabo no deja de ser un amigo y nada más —la tristeza de Adriana era patente al decir esas palabras. Su madre negaba con la cabeza en silencio — además, seguro que estáis confundidos, sigue enamorado de Lara.

—¿Qué?! —su madre se llevó las manos a la cabeza y después de mirarla como si viera una aparición soltó una carcajada— ¡Hija, que equivocada estás! —no podía parar de reír —no sé cómo has llegado a esa conclusión, pero si de algo estoy segura es de que Carlos está enamorado de ti. No hay peor ciego que el que no quiere ver. Mira, cariño, no voy a intentar convencerte de nada, ya te darás cuenta tu sola. Solo te pido una cosa: dale una oportunidad.

—¿Habéis hablado cuando has recuperado la memoria? —su padre, siempre pragmático seguía serio, pero se le escapó una sonrisa de medio lado al mirarla con cariño.

—Bueno...la verdad es que no le he dejado muchas opciones. Le he dicho que necesitaba espacio y me he ido. Ya hablaremos cuando vuelva. Supongo.

—¡Siempre tan impulsiva! A veces deberías parar y contar hasta diez o hasta cien, antes de tomar decisiones. Pero, como harás lo que quieras hacer, lo único que te voy a recomendar es lo mismo que te ha dicho tu madre: dale una

oportunidad- se acercó a su mujer y le pasó la mano por el hombro —sería un error muy grande que dejaras pasar ese tren.

—Vale papá, lo tendré en cuenta —les sonrió a ambos y se levantó para despedirse —No quiero que Carlos me siga. Si os pregunta, decirle que no sabéis donde estoy.

—No vamos a mentirle, en realidad no nos has dicho a dónde vas.

—Solo busco un refugio para unos días, nada más. Cuando lo tenga os llamo para que estéis tranquilos.

Adriana se marchó con sentimientos encontrados. Después de hablar con sus padres estaba aún más confusa. Parecía que Carlos se había dedicado ese tiempo a conquistar a toda la gente de su alrededor. Todos hablaban maravillas de él. Lo entendía; podía ser encantador y estaba segura de que había estado preocupado por ella, pero la gente no podía conocer sus sentimientos más profundos.

Suspiró al pensar en el ¿Cómo iba a olvidarlo? Se le había metido bajo la piel. Solo pensar en sus preciosos ojos del color de la miel le faltaba la respiración. No sabía ni por dónde empezar, pero debería averiguarlo. Con decisión subió a su coche y se dirigió a la salida de la ciudad en dirección a Girona, por la costa. Ya vería donde acababa. Aquella escapada se había convertido en una aventura y, ahora que había recuperado la memoria, se sentía lo suficientemente fuerte para estar sola y pensar. Y eso iba a hacer.

Cap. 36 —EN SOLEDAD

Cuando llevaba en el coche sin parar más de cien kilómetros, decidió hacer un paréntesis en un área de descanso de la autopista. Fue al lavabo a refrescarse y pidió una bebida y un paquete de galletas de chocolate. Había comido solamente un sándwich al mediodía tras salir de casa de sus padres y se había puesto en marcha. Tenía el móvil sobre la mesa que volvía a vibrar. Ya había sonado mucho durante el día. Varias llamadas de Carlos que se habían ido espaciando y que ella no contestó. Miró de nuevo la pantalla. Un mensaje de WhatsApp de Carlos:

Carlos: Adri, por lo que más quieras, contéstame. Solo necesito saber que estás bien. Deberíamos hablar. ¿Por qué huyes de mí?

Finalmente decidió contestarle. No se merecía aquello, se estaba comportando como una imbécil y lo sabía.

Adriana: No te preocupes por mí. He decidido pasar unos días yo sola por ahí. Necesito pensar en todo lo que me ha ocurrido. En mi vida.

Carlos: Puedo entenderlo, pero no me apartes de tu vida, por favor. Te quiero. Y te lo digo no cómo a una amiga a la que le tengo aprecio, sino como a la mujer de mi vida.

Adriana: ¡Por favor Carlos! ¿La mujer de tu vida? ¡Cómo ha cambiado el cuento! Lo último que recuerdo de antes del accidente es tu mirada enamorada fija en el rostro de Lara. Y todavía duele.

Carlos: No dejas de malinterpretar las cosas. Eso no es cierto. Pero no es un tema para hablar a través de mensajes ¿Cuándo vuelves?

Adriana: acabo de salir, aún no lo sé.

Carlos: ¿Dónde te vas a hospedar?

Adriana: No lo sé, voy sobre la marcha. Te prometo que hablaremos lo que quieras cuando vuelva.

Carlos: de acuerdo. Supongo que no puedo hacer nada más. No quiero acosarte, ya has tenido bastante con el loco de tu ex. Llámame cuando quieras o envíame algún mensaje. Yo solo te enviaré uno cada día.

Adriana: Gracias por entenderlo. Hablamos.

Carlos: No te confundas cariño. No lo entiendo, solo lo acepto porque no puedo hacer otra cosa.

Adriana: Adiós!

Carlos: Te quiero. ♥♥

Adriana pagó su consumición y con un suspiro de resignación volvió a su

coche. Algo en su interior, una vocecilla parecida a su conciencia, le decía que escuchara a Carlos, que le diera una oportunidad, como también le habían pedido sus padres. Pero ¿Cómo saber si solo era un mal entendido sentimiento de culpabilidad, cariño, amistad o algo realmente importante? Le daba miedo acabar siempre tropezando dos o mil veces con la misma piedra.

Siguió su camino y cuando estaba ya muy al norte supo a dónde se dirigiría. Salió de la autopista para coger la autovía que la llevaría a su destino: Pals, un precioso pueblo gótico medieval, que a finales de agosto seguro que estaría lleno de gente. No era lo que más le entusiasmaba, pero el pueblo era espectacular. Llevando su coche podría acceder fácilmente a las playas y recorrer los alrededores. Lo difícil sería encontrar una habitación para dormir. Lo iba a intentar.

Al cabo de casi una hora más llegó al pueblo antes de que anocheciera, los días aún eran largos. Decidió aparcar a la entrada del pueblo y moverse a pie, la gran mayoría de calles eran peatonales. Se colgó la mochila a la espalda y buscando en su móvil los hostales y pensiones, se puso en marcha. Ni siquiera había calculado que haría si no encontraba sitio para dormir.

Se dirigió hacia los que estaban más cerca y fue preguntando, pero todos estaban al cien por cien de ocupación. En uno le dijeron que quedaría una habitación al día siguiente, pero necesitaba dormir aquella noche. Siguió una calle empedrada que subía muy inclinada en las afueras, justo al otro lado del pueblo por donde había entrado. Encontró otra pensión muy sencilla, con la puerta principal entreabierta. Era un edificio antiguo de piedra de solo dos pisos y ventanas de madera oscura con geranios en los balcones.

Estaba sofocada del calor. Llevaba andando arriba y abajo casi un par de horas y el cabello se le pegaba a las sienes. Se lo echó hacia atrás y entró decidida. Tras el mostrador había un chico joven guapísimo, vamos un adonis. Parecía un surfista, rubio de ojos azules, con una larga melena, barba muy rubia de un par de días, una piel morena por el sol y una sonrisa devastadora de esas de anuncio.

—¡Hola! ¡Bienvenida! ¿En qué puedo ayudarte? —juraría que los dientes le brillaron al sonreír. Se quedó un momento con la boca abierta por la impresión.

—¡Ehh! ¡Hola,... hola!— ¿se había vuelto tonta de golpe? —perdona, buscaba una habitación. Ahora me dirás que no queda ninguna ¿no? Es lo que me dice todo el mundo.

—¿No has hecho reserva? ¡Estamos en agosto!

—No, he venido en un impulso— ¡como siempre hacía! Pensó con acritud y haciendo una mueca.

—¡Pues has tenido suerte! Justo hoy ha quedado una libre. Es pequeña, la

cama es individual y el baño minúsculo, pero como te veo un poco apurada, supongo que no te importa mucho ¿no?

—¡Dime que es de verdad y no me estás engañando! —Adriana se puso a saltar como si tuviera cinco años.

—Sí, es verdad. Pero solo estará libre tres días, después tenemos otra reserva.

—¡Me vale! Aunque sea para tres días. Perfecto.

—¿Viajas sola? —el chico la miraba sonriendo con un interés poco disimulado. Le entregó una hoja para rellenar sus datos y le pidió el DNI

—Sí. Sola —él le entregó la llave —el desayuno se sirve de ocho a nueve y media. Por ese pasillo al final a la derecha está el bar-restaurante. Por la noche cerramos tarde. Que disfrutes de tu estancia.

—¡Muchas gracias! Me has salvado la vida —le dedicó a aquel Dios nórdico con pinta de vikingo una sonrisa entusiasta.

—¡Qué fácil es complacerte! —el chico miraba aquella cara risueña con aspecto seductor.

Una vez instalada en su habitación, Adriana decidió salir a comer algo rápido y acercarse hasta la playa a pasear un rato. Había oscurecido y en la playa habían pequeños grupitos de gente charlando y riendo, la mayoría adolescentes. Caminó descalza por la orilla hacia el extremo opuesto donde había un grupo de rocas y algunas pequeñas barcas en la arena. No había gente en aquel rincón y las risas se oían lejanas. El rumor de las olas de un mar casi en calma sonaba como un arrullo hipnótico, mientras su mirada se perdía en el rielar de la luna sobre el agua. Respiró hondo aquel aire salobre y alzando la mirada hacia la luna llena por fin consiguió relajarse...Carlos ¿Por qué no podía quitárselo de la cabeza? Aparecía continuamente en su imaginación, se colaba en sus pensamientos, quisiera o no, estaba presente en ella en cada momento.

Cualquier cosa que pensara o hiciera le llevaba a él. Se le había metido muy dentro.

Se llevó una mano al pecho donde aquel nudo volvía a apretarse. Cerró los ojos, solo para ver más claramente su rostro y lo echó de menos. Lo echó tanto de menos que la soledad que había estado buscando, y que ahora tenía, le resultó excesiva. Imaginó sus brazos rodeándola, sus ojos mirándola, sus labios besándola, su sonrisa, su piel...notó la humedad en sus mejillas y no fue consciente de que estaba llorando hasta que las apartó de un manotazo.

Se estiró en la arena mirando hacia el cielo estrellado a través de sus lágrimas y se preguntó que hacía allí sola. Había convencido a todo el mundo de que necesitaba soledad para pensar. ¿Pensar en qué? ¿En Carlos a todas horas? Porque eso es lo que estaba haciendo. En vez de sopesar su propia vida y sus

opciones, en vez de mirar hacia el futuro y valorar sus posibilidades, solo hacía que mirar hacia atrás, a su pasado más reciente... ¿Para qué? Imaginarse que las palabras que Carlos le había dicho fueran ciertas le daba mucho miedo. Había caído tantas veces en los engaños y mentiras de los demás, que la aterraba volver a equivocarse. Ella era muy lanzada, muy impulsiva, pero después de algunos palos, uno, quisiera o no, se volvía más cauto.

Rememoró su historia con Carlos desde el principio, recordando momentos, situaciones, palabras y conversaciones, miradas y gestos, caricias y sueños. Suspiró sin llegar a ninguna conclusión y entendiendo que por mucho que quisiera solucionar en unos días, no iba a ser posible. Estaba completamente enamorada y eso no se solucionaba así como así. Por muchas vueltas que le diera, estaba segura de que Carlos seguía sintiendo algo por Lara. Había estado muy hecho polvo tras su ruptura y, a pesar de todo, ella se había hecho ilusiones de que finalmente sintiera algo por ella que no fuera solo cariño de amigo y sexo. Vale, el sexo con él era estupendo, pero no podía conformarse. Ya no. Al principio le pareció una buena idea, pero cuando uno de los dos quería más, las cosas no solían acabar bien.

A lo mejor si buscaba un rollo de verano que no tuviera más complicación, se le pasaba un poco la tontería. Le vino a la cabeza el chico de la pensión y sonrió. Era muy mono, aunque le daba la sensación de que todo era fachada. Aunque algo así era lo que le convenía. No habría que ahondar, solo pasarlo bien.

Finalmente se dijo que para que iba a buscarse más problemas. Consiguió dejar la mente algo más libre de agobios mientras se adormecía. Se despertó solo al cabo de unos minutos y pensó que mejor volvía a la pensión.

A llegar a ella estaba sedienta y se dirigió al bar a tomar algo fresco antes de irse a dormir. Ya era tarde, no había mucha luz en el bar, solo dos personas charlaban en una mesita al lado de una gran ventana y en la barra estaba el vikingo rubio que le sonrió al verla entrar.

Se acercó a la barra y en vez de pedir un refresco le vino de gusto algo más fuerte.

—¡Hola! ¿Me pones un tequila?

—¡Caray! ¡Sí que vamos fuertes! ¡Marchando! —el chico le puso el tequila delante con el limón y la sal y se acodó en la barra mirándola con intensidad.

—Gracias. Normalmente no bebo casi nada, pero hoy me apetece.

—¿Qué hace una chica preciosa como tú, sola en la playa? ¿No has dejado a nadie esperándote?

—¡A mucha gente! Pero necesitaba estar sola, si te explicara todo lo que me ha ocurrido no te lo creerías!

En ese momento le vibró el móvil en el bolsillo y lo sacó intrigada. Era muy tarde para que alguien la llamara. Era un mensaje. Al abrirlo vio que era de Carlos y no pudo evitar una sonrisa nostálgica.

Te quiero ♥ ♥ *Pienso en ti*

Solo eso. Cinco palabras y dos corazones habían conseguido que el suyo latiera veloz y su mirada se entristeciera y se nublara. ¿Sería cierto? ¿No se estaba engañando a sí mismo?

—¿Malas noticias? Tienes una expresión muy triste. Si quieres hablar, se escuchar. Es lo que ocurre cuando pasas muchas horas tras una barra de bar.

—¿Tienes tiempo?

—Toda la noche.

Adriana soltó lastre. De golpe necesitó hablar y hablar y le fue bien hacerlo con un extraño. Realmente sabía escuchar y eso hizo durante casi tres horas. No la juzgaría ya que no la conocía y Adriana se sintió libre de expresar todo lo que sentía. Le habló de su vida, de Fran y de Carlos, de Lara y Alex, de su accidente, del coma y la amnesia, de sus dudas y temores. Y él la escuchó interesado. Pensó que aquella chica llevaba una mochila muy cargada y necesitaba vomitar lo que llevaba dentro. Cuando entró en la pensión buscando habitación le había atraído enseguida, creyendo que quizás intentaría ligar con ella, pero ahora se daba cuenta de que eso era justo lo que no necesitaba.

Cuando se quedó en silencio y tras varios tequilas, estaba algo mareada y él la acompañó hasta su habitación. Antes de abrir la puerta, ella le agradeció aquellas horas, a lo que él le quitó importancia. No le dio consejos, solo estuvo ahí. La cogió de la mano y se acercó hasta que sus labios tocaron los de ella en un breve beso. No ocurrió nada.

—Nada ¿verdad? —la pregunta del chico era innecesaria en realidad.

—No— Ella negó con la cabeza.

—Una lástima —sonrió y le besó la mejilla —Yo creo que te quiere de verdad —le guiñó un ojo y se marchó.

Cap. 37 —CONVERSACIONES

Adriana se despertó al día siguiente sin recordar donde estaba y en un primer momento sintió un acceso de pánico pensando que había vuelto a perder la memoria. Al mirar por la ventana le llegaron los recuerdos de la noche anterior y respiró hondo calmando su acelerado corazón. Las sienes le palpitaban y tenía mucha sed. Indiscutiblemente, se había pasado con el tequila.

Se arrastró hasta la ducha después de beberse una botella de agua fresca de la mini nevera que había en la habitación. El agua templada la despejó lo suficiente como para bajar a desayunar. Decidió que pasaría el día caminando y visitando el pueblo.

Esa mañana no vio al vikingo, ni siquiera sabía su nombre. ¡Pobre chaval! ¡Vaya rollo le había soltado la noche anterior! No sabía que le había ocurrido, le explicó casi su vida entera y el hombre aguantó el tipo como un campeón. Cuando lo viera le agradecería su paciencia. Supuso que necesitaba sacar lo que llevaba dentro, pero otras personas estaban demasiado implicadas con ella como para soltarles sus emociones con tanta sinceridad. Ese chico había sido como un receptor de su vomitona emocional y se lo agradecía sinceramente. Le había servido para darse cuenta de algunas cosas importantes, entre ellas que no podía obviar lo que sentía por Carlos y pasar página como si no hubiera ocurrido nada y otra, que debían hablar y dejar que él se explicara.

Hacía un día espléndido, a pesar de ser bastante pronto ya hacía calor y el cielo estaba de un azul brillante, sin una sola nube. La rodeaba el silencio y sus pasos la fueron llevando a recorrer los rincones de aquel precioso pueblo. Llegó hasta una antigua muralla. Un cartel informaba que databa del siglo XII y que se conservaban cuatro torres abiertas. Observó aquellas antiguas piedras imaginando las personas que habrían pasado por allí hacía cientos de años y sintió un ligero escalofrío. A pesar del tiempo transcurrido tuvieron sus vidas, amaron, sufrieron, lloraron y rieron. Ellos no estaban pero las piedras que seguramente habían tocado, seguían allí.

Siguió las indicaciones que la llevaron a un Mirador. Subió una cuesta pronunciada hasta que llegó arriba. La vista era espectacular. El mar en todo su esplendor, la costa salpicada de casas y una vista panorámica de l’Ampurdà, con las Islas Medes al fondo.

Volvió a bajar y se dirigió hacia un castillo, que databa del siglo IX. La temperatura había subido y el sudor le empapaba la camiseta en el pecho y la espalda. El castillo se veía precioso desde fuera, pero al ser una propiedad

privada eso era cuanto iba a ver.

Dio la vuelta para tomar otro camino cuando le sonó el móvil. Lo sacó de la mochila. Era una llamada de Lara. Dudó durante un segundo, pero finalmente contestó.

—¡Hola! Dime.

—¿Cómo que dime? —Lara parecía algo alterada— ¿Dónde estás? He hablado con tu madre y con Carlos y todo lo que saben es que has desaparecido por unos días, sin decir a nadie donde te escondes.

—No me escondo Lara, solo necesitaba unos días para pensar.

—¿Y no puedes pensar aquí? ¿Qué te pasa Adriana? ¡Y no me digas que nada!

—No estoy muy segura —dando por hecho que aquella conversación iba a ser larga Adriana se sentó sobre un murete de una calle bastante solitaria desde el que podía ver el mar, bajo la sombra de un tupido árbol —no estoy bien.

—¿Por qué? Has recuperado la memoria, deberías estar contenta, todo ha salido bien.

—No todo ha salido bien.

—Carlos.

—Sí.

—No lo entiendo Adri. Deberías haberlo visto mientras estabas en coma, cuando tuviste el accidente, cuando te quedaste sin memoria. Ha estado pendiente de ti todo el tiempo. Ha sufrido mucho, lo sé.

—No se Lara. Creo que tenía sentimiento de culpa y eso es lo que le hacía actuar así. Eso no significa más que lo que es, preocupación, culpabilidad... no amor.

—¡Estás muy equivocada! Habló conmigo en más de una ocasión y...

—¡No lo dudo! —Adriana la cortó con algo de mal genio.

—¡Oye! ¿En qué estás pensando? Ese tono no me parece muy apropiado.

—Me es muy difícil hablar de esto contigo, al fin y al cabo tú eres una parte implicada.

—¿Yo? ¿Qué quieres decir? ¡Te juro que no te entiendo!

—¡Joder Lara! ¡Carlos sigue sintiendo algo por ti y eso se interpone entre nosotros y lo que yo siento por él no es lo que él siente por mí! ¡No sé si me entiendes! —abrió los ojos como platos al oír claramente una carcajada de su amiga a la que aquello le parecía, por lo visto, muy divertido.

—¡Estás muy equivocada! ¡Completamente equivocada! Que sepas que hablé con Carlos y me confesó que por fin se sentía liberado y podía ser mi amigo. Se dio cuenta de que ya no sentía nada por mí, que no fuera amistad.

—¿Así, de golpe? ¿Y tú le creíste?

—No ha sido de golpe cielo, han pasado muchos meses. Sus sentimientos han ido cambiando paulatinamente y además tú has tenido mucho que ver en eso.

—No lo tengo tan claro —a pesar de que una pequeña duda empezaba a rondarle, como una pequeña llama de esperanza. ¿Sería posible? —Cuando ha querido hablar conmigo siempre lo he evadido pensando que me iba a abandonar. Al fin y al cabo nuestra relación era más un acuerdo de amigos con derechos, por decirlo de alguna manera.

—Deberías hablar con él y dejar que se explicara, darle la oportunidad de defenderse al menos. No estás siendo justa con él. ¿Te ha llamado?

—No le he dejado hacerlo, solo me envía un mensaje cada día.

—¿Y qué te dice? Si no es demasiado íntimo. No es por cotillear, es que me sabe mal por él, lo debe estar pasando fatal.

—Que me quiere y que piensa en mí —Adriana empezaba a sentirse incómoda con aquella conversación...y algo culpable.

—¡Qué mono! Pobrecillo, después de que yo no lo traté precisamente con guantes de seda y de hacerle daño sin querer, vas tú y te ensañas con él. No se lo merece, de verdad.

—¡Estoy enamorada de él como una idiota, Lara! No quiero hacerle ningún daño, él me lo está haciendo a mí. ¿Tú de que parte estás?

—¡Eres más tozuda que una mula! ¡Pensaba que nunca me superarías en eso, pero te estás luciendo! No te lo iba a decir, pero ayer pasó por casa y estuvo hablando con Alex y conmigo. Por cierto me encanta que ahora se lleve tan bien con Alex. ¿Crees que se estarían haciendo amigos si siguiera sintiendo algo por mí? Nos habló de lo preocupado que está por ti y de lo que te echa de menos. Parecía un alma en pena. Y, por cierto, estoy de tu parte, como siempre. Pero a veces no te entiendo. Como, me parece recordar, tu no me entendías a mí el año pasado. Aún me acuerdo muy claramente de tus intentos continuos de emparejarme con Alex cuando yo lo quería lejos. El miedo no es buen consejero, hazme caso.

—¿Quieres hacerme sentir mal? —Adriana se iba identificando cada vez más, con la bruja del cuento.

—¡Quiero que abras los ojos, por Dios! Creo que soy tu mejor amiga, si sigues recordando eso. Somos como hermanas. ¿Crees que intento engañarte? ¡Nada más lejos de mi intención! Solo quiero que reacciones de una vez! Ponte en mi lugar y recuerda todo lo que tú hiciste para acercarme a Alex. Veías las cosas más claras que yo misma. Ahora es lo mismo. ¡Yo lo veo todo clarísimo y tú estás ofuscada!

—Eres más que una hermana. Siempre has sido la persona que me ha

ayudado a levantarme cuando los demás ni siquiera sabían que me había caído. Puedo no tener certezas sobre qué pasará en mi futuro, pero si algo sé, es que tú siempre estarás en él. Te prometo que pensaré en lo que me estás diciendo y que hablaré con Carlos.

—¡Bueno! ¡Algo he conseguido, al menos, cabezota! Mira Adri, creo que me he vuelto muy sensible en algunos temas desde que soy tan feliz.

—¡No me digas!

—¡Si te digo! ¡Escúchame! Me refiero a que se detectan cosas que antes me pasaban desapercibidas. Cuando ayer vino Carlos a casa y estuvimos hablando, me di cuenta de que más de una vez se quedaba embobado mirando a mis niños. Cuando habla de ti se le ilumina la mirada. Está enamorado Adri y quiere algo importante contigo, estoy segura. Me juego el cuello a que cuando miraba a mis niños veía a los que él podría tener contigo, yo creo que...

—¡Alto ahí! ¡No te pases! Ni siquiera hemos afianzado nuestra relación, no están claras muchas cosas y ya nos estás encasquetando niños. No hemos llegado al “fueron felices y comieron perdices” y no sé si vamos a llegar. Pensar ahora mismo en niños me produce escalofríos o sea que olvídate del tema.

—¡No estoy diciendo eso, por favor! ¡A veces eres intratable! Me refiero a que creo que lo que quiere contigo es... ¡TODO! Un “todo” con mayúsculas. Los límites que os pusisteis al principio por estar dañados, creo que se han desvanecido. Mi impresión es que no quiere un rollo, no quiere que seáis amigos con derechos, no quiere salir una temporada para pasar el tiempo, ¡no es eso! Es importante. ¡Quítate la venda de los ojos y después ya te dejaré que me lo agradezcas! ¡habla con él. Por Dios!

Adriana se quedó en silencio pensativa. Lo que le había quedado claro es que debía hablar con Carlos cuanto antes.

—Lara, ya te he dicho que hablaré con él ¿de acuerdo? De momento lo voy a llamar para que no se preocupe por mí.

—Por cierto, y exactamente ¿Dónde estás?

—Mmmm...no te lo voy a decir. Llamaré a Carlos y se lo diré a él. Por si quiere venir un par de días a hablar largo y tendido conmigo —el grito de júbilo de su amiga, casi la dejó sorda— ¡Cálmate! Dales un beso a mis tres sobrinos de mi parte. En cuanto vuelva iré a veros. ¿ok?

—¡Claro! Vuelve pronto ¡Y arregla las cosas!

Le costó un rato decidirse, pero después de darle unas cuantas vueltas más, marear el móvil y descontrolar aún más sus rizos a base de retorcerlos entre los dedos, marcó su número, mientras el corazón se le colaba en la garganta y le resonaba en los oídos. Sonó cuatro veces y cuando ya iba a colgar su voz le llegó con claridad, justo como si estuviera allí mismo.

—Hola. Dime —se le notaba muy serio y Adriana se puso aún más nerviosa.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Vas a dignarte a dirigirme más de dos palabras seguidas? —estaba enfadado— ¿O esto es una llamada de cortesía?

—Oye, no hace falta que me hables en ese tono. Ya he tenido suficiente con Lara.

—¿Has hablado con ella?

—Si, ahora mismo ¿Es que te interesa?

—No más de lo que me interesa que hayas hablado con Alex o con cualquiera de tus amigas. Si aún no lo tienes claro, quizás mejor dejemos esta conversación.

—Me parece que no ha sido buena idea llamarte. Creo que llego tarde.

—Ni siquiera me has dicho porque me has llamado. ¿Quieres algo?

—No me lo vas a poner fácil ¿verdad?

—Creía que no querías hablar conmigo. Eso me dijiste la última vez. Tengo mucha paciencia, pero todo tiene un límite. Y estoy llegando a él.

—Sin embargo, cada día me has enviado un mensaje.

—Si...pero no creo que sirva de nada ¿no? Ya me has acusado, juzgado y condenado. Cualquiera persona debería tener derecho a la presunción de inocencia mientras no se demuestre lo contrario. Y a un juicio justo.

—Tienes razón, no he sido justa contigo y lo siento. Solo quería decirte que estoy de acuerdo en que hablemos. Deberíamos poner las cartas sobre la mesa y sacar lo que llevamos dentro.

—¡Joder Adriana! Desde que recuperaste la memoria lo he intentado continuamente y no he conseguido nada. ¡Huir se te da de miedo! ¡Y dejarme con la palabra en la boca!

—¡No hace falta que te pongas así! ¡Sé que me he equivocado y quiero solucionarlo! ¡Cabezota!

—¿Así piensas en solucionar las cosas? ¿Chillándome por teléfono? —Carlos seguía enfadado, pero por fin veía una luz al final del camino. Si lo que quería era pelea, la tendría.

—¡Eres tú quien grita ahora! —en ese momento un grupo de gente pasó frente a ella y se la quedaron mirando —Oye —respiró hondo —te he llamado porque tus mensajes en los que me dices que me quieres y que piensas en mí, me están volviendo loca.

—Perdona entonces. No te enviaré ninguno más —Carlos lo dijo en un tono serio pero estaba sonriendo. No le vendría mal que jugara con ella un rato.

—Noo...no te lo digo por eso. En realidad...me gustan. No sé Carlos, estoy confusa. He estado convencida de que no podrías sentir nunca algo parecido por

mí y no sé si te estás engañando a ti mismo.

—¿Crees que es una conversación para mantener por teléfono? Me gustaría mucho hablar de esto cara a cara.

—Tienes razón. ¡Caray! ¡Estarás contento! Me paso la mitad de la conversación diciendo que tienes razón.

—¡Muy bien cariño! Por una vez estás pensando con coherencia y lógica — soltó una carcajada y Adriana que estaba a punto de soltarle una impertinencia no pudo menos que sonreír— ¿Cuándo vuelves?

—Pensaba volver dentro de un par de días. Pero tengo una idea mejor ¿Quieres venir tú?

—¿Dónde estás? —Carlos se sintió eufórico. Ni por un segundo había creído que ella le diría dónde estaba.

—Estoy en Pals. Apunta que te doy la dirección de la Pensión —le dio los datos— ¿Cuándo vienes?

—Salgo en media hora. En un par de horas más me tendrás allí. Resérvame una habitación.

—Vale —Adriana ya sabía que no quedaban habitaciones, pero estaba segura de que no pondría pegas a compartir la suya —avísame cuando llegues.

—Adriana...

—Dime.

—Te quiero...y pienso muchísimo en ti —colgó dejando a Adriana con las piernas temblorosas y una sonrisa bobalicona en la cara.

Cap. 38 —SOLO A TI

Adriana volvió a la Pensión casi corriendo. Comería algo rápido y se dedicaría el resto de la tarde a mentalizarse de que Carlos llegaría pronto y ensayaría mentalmente lo que quería decirle. Además, quería ponerse guapa. La verdad es que entre el calor que la hacía sudar la mayoría del tiempo, la sal del mar que le reseca la piel y lo poco que se había cuidado últimamente, no presentaba su mejor aspecto.

Comió un menú del día en un bar restaurante cercano a la playa. Tal como iba devorando la ensalada y los libritos de lomo, se dio cuenta del hambre que tenía. Los últimos días solo había picoteado la comida. Se tomó un café con hielo para acabar y se internó en el pueblo buscando un par de tiendas por las que había pasado el día anterior que tenían unos vestidos veraniegos preciosos.

Entró en una de ellas y después de echar un vistazo por encima, descubrió una especie de vestido ibicenco que parecía ideal para su cuerpo menudo. Era blanco, lo que resaltaría su bronceado, atado al cuello con dos tiras muy finas y la espalda completamente al aire. Se ajustaba a la cintura y la falda corta tenía tres capas de diferentes alturas y cortes desiguales, que dejaban la mayor parte de sus piernas, esas que tanto le gustaban a Carlos, al descubierto. No se lo pensó dos veces y pasó al probador. Cuando salió y se miró en el espejo, la dependienta que solo la había mirado de forma distraída, se la quedó mirando asombrada.

—¡Pero qué bien te queda ese vestido! Parece hecho a medida para ti.

—Eso me ha parecido cuando lo he visto ¿de verdad me queda bien?

—Te aseguro que no te lo digo por asegurar una venta. Cuando a alguna cliente no le queda bien lo que se prueba siempre intento buscarle otra prenda más acorde con su físico. Pero ese vestido es perfecto para ti. ¡Se te ve muy sexi! Pero te has de poner las sandalias adecuadas. Esas zapatillas que llevas no le van nada de nada.

—Tienes razón. ¿Tienes algo?

—Justo lo que necesitas —se dirigió al otro lado de la tienda donde se exponían bolsos, zapatos y accesorios de bisutería y cogió un par de sandalias. ¿el treinta y siete?

—¡qué ojo tienes!

—Mira ¿te gustan?

Adriana se quedó mirando aquellas sandalias encantada. Solo llevaban una suela de cuero y un montón de cintas muy finas que se entrelazaban al pie, en color blanco y algunos tonos rosados y plateados entremezclados y se ataban al

tobillo, de dónde colgaban pequeños abalorios de los mismos colores.

—¡Me encantan! —se las probó y se compró también unos pendientes largos plateados de bisutería.

Encantada con sus compras se dirigió a la pensión y al entrar se topó de golpe con el vikingo y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Uy! ¡Qué susto!

—Sí que vienes cargada ¿Has ido de compras?

—¡Sí! Por cierto, te quería dar las gracias por lo de anoche.

—De nada cariño, fue un placer. Cualquiera que nos oiga va a pensar lo que no es —le sonrió al ver que le subían los colores.

—¡No seas tonto! Gracias por escucharme, creo que necesitaba a alguien imparcial que no me juzgara.

—No tienes por qué darlas. Por cierto, si al final no funcionaran las cosas con ese... ¿Carlos? Siempre podríamos darnos una oportunidad tú y yo. ¿Qué te parece?

—Ni siquiera se tu nombre. Pero ya te digo ahora que no. He hablado con él y está de camino hacia aquí. Seguro que encontraras una chica a tu medida.

—Mi nombre es Asier y me acabas de romper el corazón —se llevó la mano al pecho dramáticamente.

—¡Qué gracioso eres! Supongo que no habrá problemas en que cuele a mi novio en la mini habitación que me has dado ¿no? Si hay que pagar más, no hay problema.

—Que no te vea la jefa o te querrá cobrar doble. Yo haré la vista gorda... ¿estás segura de que es lo que quieres? Ayer estabas bastante confusa.

—Bueno —se quedó pensativa —tenemos una conversación pendiente, pero ya no lo veo todo negro como ayer. Parece que los planetas se han alineado a mi favor.

—A pesar de que me hayas roto el corazón, te deseo suerte. De verdad —se inclinó y le dio un beso en la mejilla que duró algo más de lo debido —eres una chica especial.

—Me voy a mi habitación, gracias por todo Asier —levantó la mano y se dirigió a la escalera.

Se entretuvo un buen rato en la ducha, el agua casi fría le sentó bien. Se depiló y se masajeó todo el cuerpo con una suave crema hidratante con un ligero olor a vainilla. Como estaba muy morena, solo se aplicó un poco de colorete, máscara de pestañas para resaltar sus ojos y un ligero brillo rosado en los labios. Al mirarse en el espejo del baño, se dio el visto bueno, la mejora desde hacía un rato era considerable.

Al ponerse el vestido, las sandalias y los pendientes ya se vio estupenda.

Recibió en esos momentos un mensaje de Carlos que le decía que solo estaba a unos kilómetros del pueblo por lo que, al cabo de un rato, decidió bajar a la recepción y esperarlo.

La mirada de apreciación de Asier, que se levantó de su asiento y soltó un silbido, le confirmó lo que ya sabía. Se acercó a ella, la cogió de las manos y la miró de arriba abajo.

—¡Estás espectacular! ¡Ese novio tuyo tiene mucha suerte! ¡Qué cabrón!

—¡Gracias! Quiero que me vea bien. Me siento un poco insegura.

—¡¿Por qué?! Estás preciosa, de verdad. Se va a quedar con la boca abierta. Y hueles de maravilla. ¿Es vainilla? —se acercó a su cuello a olisquearlo, rozándolo con su nariz.

Ella rio por las cosquillas y en ese momento se oyó la puerta de entrada. Y un portazo. Adriana giró la cabeza y se encontró con el ceño fruncido de un Carlos pálido, algo demacrado y muy...cabreado. Apartó las manos rápidamente de las de Asier y se giró hacia él con una sonrisa forzada. Se daba cuenta de que aquello parecía lo que no era. Con él, siempre se cumplía la ley de Murphy.

—¡Hola Carlos! —Asier también se lo quedó mirando, con cara de satisfacción y ningún remordimiento— ¿Qué tal el viaje? Has llegado muy rápido.

—Demasiado rápido por lo que veo —dio unos pasos hasta acercarse a ella. Miró a aquella especie de vikingo rubio de arriba abajo— ¿Y tú quién eres, si se puede saber?

—Asier —extendió su mano para estrecharla y la dejó caer al no encontrar respuesta —Trabajo en la pensión. Oye tío...

—¿Y se puede saber que pasa aquí? —cortó a Asier y miró a Adriana— ¿Para qué he venido a verte?

—No es lo que parece...ya sé que esa frase es de película, pero en este caso es cierta. No pasa absolutamente nada entre nosotros, solo es que ayer nos quedamos hasta muy tarde hablando y le expliqué mi vida y todos mis problemas, fue cosa del tequila supongo, ya sabes que yo no es que sea de hablar mucho y menos con desconocidos, pero estaba nerviosa y algo descentrada y él me estuvo escuchando y supongo que somos como un poco amigos y ahora me decía que estaba guapa y ya está. No pasa nada, no significa nada —hablaba como una ametralladora soltando las palabras sin pensar, tal como le salían de dentro —y me di cuenta de que lo que siento por ti no lo puedo dejar pasar y que tenemos que hablar y que yo te quiero mucho y...no se ni lo que digo —lo miró a los ojos y descubrió el atisbo de una sonrisa, lo que le dio alas para continuar. Le cogió de las manos —volvamos a empezar ¿vale? Hola cariño, te he echado de menos —se acercó y le besó los labios con suavidad durante un instante.

Carlos se contuvo de agarrarla y hacer aquel beso más profundo y comérsela entera. Se había cabreado mucho al aparecer en la pensión y ver a aquella especie de modelo de revista con pinta de surfista oliéndole el cuello y a punto de darle un mordisco. Un sentido de la propiedad que aún no sabía que tenía se había apoderado de él y había tenido ganas de molerlo a golpes. Él no era un hombre violento, para nada y aquella reacción le había sorprendido. Cerró los puños con fuerza y se quedó tieso como un palo.

—¿De verdad quieres hablar o prefieres quedarte con tu “amigo”? si lo prefieres doy media vuelta y vuelvo a casa.

—¡No! ¡Por favor! —le pasó las manos por el pecho —¡te aseguro que no pasa, ni ha pasado nada! Dime que me crees.

Carlos se quedó casi un minuto mirándola a los ojos y no pudo obviar lo que vio reflejado en ellos. Justo lo mismo que el sentía por ella. Algo más que atracción, más que cariño, más que amistad. Aquello era algo importante y no lo iba a poner en juego por una tontería.

—Te creo —entonces sonrió de verdad y la cara de Adriana se iluminó. Se giró hacia Asier —Nos vamos. Hasta mañana.

Asier asintió y miró a Carlos que en ese momento agarraba a Adriana por la cintura y la acercaba a él, marcando territorio como un perro levantando la pata por las esquinas.

—Un consejo tío —Carlos levantó una ceja divertido ¿Aquel cantamañanas le iba a dar consejos? —No la pierdas. Es una joya —y le guiñó un ojo.

Salieron al exterior. Adriana pensó que les daba tiempo a ir a ver la puesta del sol. El cielo ya estaba algo rojizo.

—Sé que tenemos que hablar, pero en este momento me apetece ir a ver la puesta del sol. Podemos ir andando hasta el mirador. Está alto, pero no tardaremos mucho. Te quiero solo para mí.

—De acuerdo, pero antes he de hacer algo —Adriana se lo quedó mirando interrogante. Él se acercó a su boca y la miró con adoración —necesito besarte de verdad. Solo a ti.

Se abalanzó literalmente sobre su boca, la cogió por la nuca, sus labios se abrieron, sus lenguas entraron en una batalla sin tregua mientras las respiraciones se aceleraban, compartiendo el mismo aire, al unísono. Sus manos recorrieron su espalda y acercó su cintura hacia a él hasta pegarla a sus caderas. Sus cuerpos encajaban como un puzle. Adriana subió las manos por sus brazos, hasta sus hombros y creyó notar como se le derretía el cerebro. Era incapaz de pensar en nada, solo sentir. Puede que el tiempo pasara o que se hubiera congelado por que no existía nada más que ellos dos. Hasta que Carlos oyó unos cuchicheos y risitas. Abrió un ojo y atisbó a un grupito de niñas de unos diez o

doce años, que observaban el espectáculo muy atentas y reían por lo bajo mientras hablaban en susurros. Acabó con el beso y se encontró a una Adriana medio hipnotizada que le sonreía embobada.

—Cariño, seguiría con esto eternamente, pero tenemos público y estamos en medio de una calle peatonal. A lo mejor nos detienen. Y preferiría pasar la noche contigo que en una celda.

—¿Público? —Carlos la hizo girarse para que viera a las niñas —tienes razón. ¡Adiós bonitas! No hagáis esto hasta que tengáis diez años más ¿vale? — las niñas rieron y se fueron corriendo —vamos cielo o se nos hará de noche.

Subieron hasta el mirador cogidos de la mano. El pulgar de Carlos iba acariciando la parte interna de la muñeca de Adriana, provocándole corrientes por todo el brazo. Aún sin palabras, ambos sabían que el muro que había estado entre los dos, acababa de derrumbarse. Se sentían cerca, en sintonía. Era como un reencuentro largamente esperado, como un volver a casa, como sentirse por fin en paz y en armonía con el mundo.

Llegaron al mirador y el espectáculo del atardecer los envolvió. Adriana se acercó a la barandilla y Carlos se colocó tras ella rodeando fuerte su cintura y apoyando la barbilla en su cabeza. Un suave olor a vainilla inundó sus sentidos e inspiró hondo. Los tonos rojizos y anaranjados del horizonte se reflejaban en el mar mientras rayos de luz menguante se colaban entre algunas nubes lejanas, provocando un efecto relajante.

Adriana giró la cabeza para ver la expresión de Carlos y vio reflejados los colores del atardecer en sus ojos. El la miró y sonrió mientras bajaba la cabeza y besaba su cuello. El calor de su respiración le produjo a Adriana un estremecimiento que bajó por su columna sensibilizando su piel.

En silencio vieron ponerse el sol hasta que solo quedaron los últimos vestigios de luz.

Cap. 39 —Palabras en la arena

—¿Te gusta este sitio para cenar algo? —tras bajar del mirador, Adriana había llevado a Carlos hasta un pequeño restaurante, con la intención de cenar algo y después poder hablar con él y sobre todo llevarlo a su habitación.

—Sí, es perfecto.

Entraron y se sentaron en una pequeña mesa cerca de la barra, la única que quedaba libre. Pidieron una ensalada para compartir y pescado. Mientras esperaban a que les trajeran la comida, Carlos alargó los brazos por encima de la mesa para coger las manos de Adriana. Le acarició los dedos y la miró a los ojos.

—Te he echado de menos —Carlos estaba serio.

—¡Por favor! ¡Si me marché hace dos días!

—No me has entendido, llevo echándote de menos desde hace semanas, desde el accidente. Mientras estabas en coma, era como si estuvieras en otro mundo y después con la amnesia...casi lo mismo. Estoy muy feliz de, reencontrarme por fin, con la Adriana que añoraba.

—Yo estoy feliz de haber vuelto. ¿sabes? Tengo un poco esa sensación...la de haber regresado de un largo viaje.

Les interrumpió el camarero que les trajo la cena. Empezaron a comer en silencio.

—Tenemos que hablar —Carlos observó la expectación en la mirada de Adriana ¿O era miedo? —pero con la condición de que esta vez me dejarás explicarme y no saldrás corriendo.

—Lo siento. De verdad. Sé que a veces me he comportado de una forma muy inmadura —notó que se le contraía el estómago- ¿Podemos hacer ahora una especie de tregua en la cena y hablamos después?

—Claro —hizo una pausa —cuéntame al menos algo de ese nuevo amigo que tienes y que parece que te aprecia tanto —levantó una ceja con aire escéptico.

—¡oh! Siento lo de antes. Te aseguro que solo es un buen chico con el que ayer estuve hablando. Le conté mi vida y mis problemas. Supongo que me urgía soltar lo que llevaba dentro, mi confusión, mis dudas...todo y necesitaba a alguien precisamente desconocido, alguien que en realidad no me importara. No pienses lo que no es. No pasó nada con él.

—Supongo que porque tú no quisiste, porque si fuera por el...perdonarrectificó al ver el ceño fruncido de Adriana —no quiero malos rollos entre

nosotros ¿vale? Supongo que ha sido un ataque de celos absurdos.

Adriana no pudo reprimir una sonrisa

—¿Celos? No creí nunca que pudieras sentirlos por mi culpa.

—Muchas cosas han cambiado cariño.

Estuvieron hablando durante el resto de la cena, de todo y de nada y volvieron a reír como hacía tiempo que no hacían. Al salir del restaurante se encaminaron hacia el centro del pueblo, cogidos por la cintura.

—¿Dónde has aparcado el coche?

—En el aparcamiento de la entrada del pueblo.

—Vamos a buscarlo. Sé dónde estaremos cómodos para hablar. La habitación que tenemos en la Pensión es muy pequeña y no tiene aire acondicionado, solo un ventilador y hace demasiado calor ahora.

—¿Habitación? ¿En singular? ¿Me empieza a sonreír la suerte?

—No te hagas muchas ilusiones. Creo que la cama es de noventa.

—Eso no me preocupa. Podemos dormir uno encima del otro si no cabemos.

—Tu mente calenturienta te va a hacer sudar antes de hora —lo miro seria y soltó una carcajada —vamos, anda.

Cuando llegaron al coche Adriana le pidió las llaves.

—Conduzco yo, que ya se me el camino —Carlos se las dio y se sentó en el asiento de copiloto.

—¿Dónde vamos?

—¿Dónde va a ser? Al lugar que necesito siempre que quiero pensar o cuando necesito desconectar. Supongo que nos servirá también para hablar.

—¿Vamos a la playa a estas horas? Son casi las doce de la noche.

—Es verano cielo, seguro que hay más gente. Pero buscaremos un trocito para nosotros.

Al llegar y aparcar al lado de la playa, se dirigieron a la arena. Las luces de los restaurantes cercanos dejaban algo de resplandor en la arena y la luna llena conseguía que la oscuridad no fuera completa. En algunos tramos de la playa, algo lejanos de donde se encontraban, había focos de luz, colgados de los árboles.

Pasearon durante unos minutos por la orilla, con los pies desnudos, percibiendo el calor de la arena en contraste con el frescor del agua. Casi no había oleaje y el rumor del mar tenía un efecto calmante, tanto como hipnótico la luna.

A pesar de haber algunos grupitos de gente, no había mucha. Se apartaron y siguieron caminando hasta alejarse del género humano y poder sentirse solos.

Se sentaron en la arena, cerca del mar, uno al lado del otro y se quedaron unos minutos mirando al frente, donde la luna rielaba sobre el mar que algún

pesquero atravesaba a lo lejos.

Carlos pasó la mano sobre los hombros de Adriana, acercándola más a él y le besó el pelo. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y empezó a hablar.

—Cuando nos tropezamos aquel día cerca de mi escuela y se me cayeron los exámenes al suelo, estaba hecha una mierda. Todo lo que te he explicado sobre Fran y que no voy a repetir, me llenó la vida de basura, de miedos, de pesadillas y ataques de pánico. Bueno, eso ya lo sabes...fueron unos meses horribles, pero desde el momento en que empecé a verme contigo, algo empezó a cambiar. Entonces no sabía que era, pero estar contigo, compartir tanto tiempo, hablar, vernos, reír, salir...fue como resucitar un poco, como volver a reconocermé. Estaba perdida y contigo volvía a encontrarme. Solo que no me encontré solo a mí. Te encontré también a ti y descubrí a alguien que no esperaba. Inconscientemente, la atracción que despertabas en mí y que yo no era capaz de traducir en otra cosa, me llevó a tirarme prácticamente en tus brazos y casi a obligarte a acostarte conmigo.

—¡Adri! ¡Eso no fue exactamente...!

—¡Chsttt! Déjame explicarme y después me dices lo que quieras —le puso una mano sobre la rodilla y siguió hablando —fue un proceso, un paso tras otro casi sin darme cuenta, como ir sacando mi cabeza del agujero donde me encontraba, como ir creciendo sin darme ni cuenta. Hasta que llegaron las mariposas y el impacto me dejó mareada.

—¿Mariposas? —Adriana soltó una carcajada y se lo explicó.

—Si, mariposas. Siempre había oído hablar a otras chicas de esas mariposas que revolotean en el estómago cuando una se enamora. Nunca las había sentido antes de ti y fueron toda una...revelación y una sorpresa...algo inesperado pero bienvenido. Recuerdo exactamente ese instante, justo después de la primera vez que hicimos el amor y que a todos los efectos solo era sexo sin compromiso. Me besaste, allí estirados en el sofá de tu casa y sentí en mi piel que aquello era diferente. Las mariposas no solo movieron sus alas sino que montaron una revolución en un minuto, convirtiendo mi estómago en una montaña rusa. Me asusté, porque en aquel mismo instante fui consciente de que podías hacerme daño. Y ya iba sobrada de eso. Nunca busqué sentir lo que siento, solo llegó y lo acepté. No soy una persona que bloquee sus emociones, pero a veces no se gestionarlas.

—Nunca fue mi intención hacerte ningún daño, al contrario.

—Lo sé Carlos, pero a veces hacemos daño cuando no conocemos los verdaderos sentimientos del otro. Tenía muy claro aquellos días que no estábamos en el mismo punto, que para ti era tu amiga y que te estabas convirtiendo en alguien mucho más especial para mí. Sin querer, a pesar de

intuir que no debía, me fui haciendo ilusiones que me quedaron preciosas, pero eran mentira. Vislumbré la promesa de un futuro juntos, la rocé con los dedos, pero se acabó esfumando. Hay cosas en la vida que no se pueden elegir y una de ellas es a quién amar. No te elegí, pero pasó sin más —lo miró a los ojos con los suyos brillantes reflejando la luna —estaba convencida de que podía sobrellevarlo, de que podía darlo todo sin recibir lo mismo, de que soportaría que tus sentimientos por Lara no habían cambiado...pero todo me explotó en la cara cuando vi tu mirada en el hospital. No podías apartar los ojos de ella y aquello me hizo un daño que en el fondo no estaba preparada para tolerar. Por eso no quise escucharte, dolía demasiado. Estaba segura de que lo que querías decirme era que todo había acabado entre nosotros. No solo perdía a un amigo, también me iba a abandonar el amor de mi vida. No puedo ser más sincera contigo, te estoy abriendo mi corazón y quiero que tú hagas lo mismo.

Carlos se acercó a sus labios, acariciando sus indómitos cabellos y los rozó con los suyos. La corriente que le recorrió la espalda le hizo cerrar los ojos y concentrarse en el sabor de aquellos labios que lo volvían loco. Besó sus comisuras lentamente respirando su aliento, le acarició la nariz con la suya, sus manos rodeaban su cara pasando los pulgares con lentitud por sus sienes. Recorrió con la punta de la lengua su labio inferior y ella separó los labios con anhelo, suspendida entre el cielo y el mar que reflejaban sus iris. Sus lenguas por fin se encontraron en un baile lento y las mariposas que Adriana llevaba dentro, despertaron y movieron sus alas con fuerza, en un aplauso de bienvenida a la mujer que añoraban.

Cuando se separaron, Adriana sonrió sin poder contener una lágrima que resbaló por su mejilla. Carlos la recogió con un beso y la abrazó. Cuando ella se relajó con la cabeza apoyada sobre su hombro empezó a hablar.

—Cuando nos tropezamos aquel día cerca de tu escuela y se te cayeron los exámenes al suelo, estaba hecho una mierda también. Llevaba meses arrastrando los pies, pasando un día tras otro sin ningún aliciente, triste y a veces desesperado. Me había convertido en un alma en pena y solo conseguí volcarme en el trabajo y en el alcohol para intentar no sentir dolor. Nunca pensé que fuera una persona que iba a revolcarme en la autocompasión, pero nunca sabemos cómo vamos a reaccionar a un revés en la vida hasta que lo sufrimos. Voy a ser sincero contigo, en un primer momento, no pensé que podría haber nada entre tú y yo, sobre todo porque eras la mejor amiga de mi ex y eso en la teoría suena fatal. Pero desde ese primer momento fuiste como una luz para mí, como una llama de esperanza de que en el mundo existían cosas buenas y estaba seguro de que tú eras una de ellas. No me equivocaba. Fuiste la única persona de mi entrono que consiguió que tuviera ganas de hacer algo con mi vida, la persona

que impidió que siguiera cayendo cuesta abajo, la que me tendió la mano abierta, la que me hizo sonreír y reír con ganas, la única que encontraste el camino para llegar hasta mí. Enseguida empecé a verte como a una mujer, no solo como a una amiga. A veces me da la impresión de que no te das cuenta de cómo te ven los hombres. Pero yo lo tengo muy claro. Tus piernas y tu boca me ponían muy nervioso. Era consciente de que me atraías y pensaba que solo era por los meses de sequía que llevaba. A pesar de la lucha interna que eso me provocó, no quería ir más allá contigo, porque la amiga que encontré es algo precioso y raro, algo que, bajo ningún concepto quería poner en peligro. Pero la carne es débil y tu cuerpo desnudo una tentación demasiado grande. ¡Si supieras lo que sudé el primer día en aquel sofá mientras me toqueteabas mientras dormías!

—¡Yo no te toqueteaba!

—¡Ya lo creo! —Carlos rio recordando el momento —no sé qué debías estar soñando pero me recorriste el cuerpo con tus manos de arriba abajo y acabaste encima de mí. Estaba tan excitado que no sabía dónde poner las manos. Cuando despertaste y te convertiste en una maravillosa y descarada stripper, a pesar de resistirme todo lo que pude, había perdido antes de empezar. Entiende que no es que no te deseara, solo que no quería problemas que pudieran estropear nuestra amistad. Por eso puse todas aquellas absurdas normas. Solo quería protegernos, pero me era imposible renunciar a ti en ningún sentido. Seguramente soy muy lento de entendederas, como tú misma me has dicho alguna vez. Mi situación y mis sentimientos por Lara parecían algo que se había enquistado en mí día a día y no era capaz de darme cuenta de que las cosas estaban cambiando. Cuando, más adelante me dijiste que te habías enamorado de mí y que me querías, no supe reaccionar. Me quedé en blanco. Creo que soy un poco lento para algunas cosas, sobre todo en el conocimiento de mí mismo. Sabía que te necesitaba, que te quería a mi lado, que mi instinto de protección estalló cuando conocí el acoso de tu ex. Todo ese lío de sentimientos no me dejaban ver el más importante. Hasta el momento de la revelación, ese que tu confundiste íntegramente. Cuando estábamos en el hospital visitando a Lara y sus bebés, fue el momento exacto en el que me di cuenta de que ya no estaba enamorado de Lara. Me la quedé mirando, mientras pensaba de que me alegraba de todo corazón de que fuera tan feliz, de que se hubiera reencontrado con el amor de su vida, de que hubiera tenido a aquellas preciosas criaturas. Me sentí feliz por ella y...por mí. Me di cuenta de que yo también quería aquello, al amor de mi vida, a mi propia familia y que eso, en realidad lo tenía y era tan idiota que ni siquiera me había dado cuenta. De pronto, me sentí liberado de un gran peso que llevaba arrastrando demasiado tiempo. Por fin, fui capaz de valorar lo que tenía contigo, de darle nombre a mis sentimientos, esos que expresaba sin querer en la intimidad a

través de la piel, pero que no sabía traducir a palabras.

—Lo sentía Carlos. Yo lo sabía. Tus miradas cuando hacíamos el amor, tus besos, tus caricias...no eran las de un amigo solamente, eran mucho más. Solo tenías que darte cuenta —besó su cuello y se separó para mirarlo cara a cara — pero confundí las cosas más tarde y me sentí traicionada. Estaba asustada y decepcionada. Lo siento. Siento haberte hecho pasar una tortura con mi accidente y mi amnesia por mi impulsividad al salir escopeteada con la moto.

—Yo siento no haber hablado antes contigo y dejar las cosas claras. Lo mejor sería perdonarnos y empezar de nuevo.

—¿Ahora ya te salen las palabras? Porque esta noche estás muy elocuente.

Carlos recogió una pequeña rama de entre la arena. Estaban cerca del agua. Se apartó y empezó a escribir en el suelo. Al apartarse, Adriana pudo ver claramente las palabras TE QUIERO escritas en la arena.

—Dímelo —Adriana abrió los brazos y él volvió a sentarse a su lado y la besó.

—Te quiero. Más de lo que nunca imaginé. Te lo digo con las estrellas y la luna como testigos y a pesar de que mis palabras en la arena las borre el agua, las que llevo en mi corazón están grabadas a fuego.

—¡Por favor Carlos! ¡No hubiera podido imaginarte diciendo cosas como esas, ni por asomo! ¡Qué romántico! —Adriana estaba seria, pero las comisuras de los labios se iban levantando reprimiendo una carcajada, hasta que explotó y se echó para atrás cayendo estirada sobre la arena. Se retorció riendo sin parar y cogiendo su estómago con los brazos —¡lo siento, lo siento! Es precioso lo que has dicho, pero es que...¡no parecías tú! Todo muy bonito, mi amor, pero no eres Becquer y...- lo miro y al verlo serio se incorporó de nuevo —perdona cariño, lo siento, yo no quería...

Carlos se la quedó mirando con el ceño fruncido, hasta que estalló en carcajadas. La abrazó cayendo los dos estirados en la arena. Se besaron enredando sus piernas. Llegó una ola algo mayor que el resto y les mojó los pies.

—Necesito hacerte el amor —Carlos situado bajo ella, la asía por las caderas desesperado por tenerla desnuda, mientras introducía las manos bajo su camiseta.

—Yo también cielo, pero aquí hay demasiado peligro. Aún hay gente en la playa y luna llena. No quiero que nos detengan. No creo que hacerlo sobre la arena sea muy cómodo, queda muy bien en las películas, pero esta arena es fina.

—Tienes razón —se levantó arrastrándola con él —vamos a la pensión. Mírame —Adriana se quedó quieta, esta vez seria —te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

Abrazados y por fin en sintonía, volvieron sobre sus pasos.

Cap. 40 —Un nuevo comienzo

Habían pasado los últimos días de vacaciones y la vuelta a la rutina, aquel curso, se había convertido en algo especial. Adriana empezó desde el primer día de clase con actitud renovada, con la ilusión que le había faltado en los últimos tiempos y convencida de que su vida había dado un giro sorprendente y maravilloso. Se le debía notar en la cara. Todos en la escuela le decían al verla que estaba muy guapa y sonriente. Era lo que tenía el ser feliz, que te salía por los poros de la piel y la hacía brillar.

Su vida se había estabilizado, a pesar de que vivía a caballo entre su piso y el de Carlos. Muchas noches dormía allí, en realidad casi todas. No habían hablado de vivir juntos, pero una vez el peligro del acoso de Fran había pasado, teniendo por delante años de cárcel, no había querido imponer su presencia a todas horas. Pensaba que era mejor ir poco a poco. Por ella, como siempre, se hubiera lanzado de cabeza, pero comprendía que Carlos tenía otro ritmo para todo. Bueno, o casi todo. Si algún día se quedaba en su casa, lo echaba de menos terriblemente, se había acostumbrado muy fácilmente a dormir con sus brazos alrededor de su cuerpo y le costaba no encontrar sus labios al despertarse por la noche y darse la vuelta. Pero todo se andaría.

Su amiga Lara no se reincorporaría al trabajo en todo el curso. Había decidido coger una excedencia para ocuparse de los pequeños y ser madre a tiempo completo. Decía que quería disfrutar del primer año de sus retoños y no perderse nada y Alex se ocupaba de ellos unas horas por las tardes para que ella descansara, ayudado por Claire que adoraba a sus pequeños hermanos.

Cuando Lara se enteró de que su relación con Carlos se estaba afianzando y de que habían hablado y declarado sus sentimientos, se emocionó y la abrazó, mientras saltaba feliz. Le dio que sabía que serían una pareja para toda la vida, que estaban hechos unos para el otro y que les deseaba toda la felicidad del mundo, además de ser sus dos mejores amigos. Ahora se veían muchas veces en casa de Lara o en el parque y una noche quedaron las chicas para ir a cenar, pero Lara se pasó el tiempo pendiente del móvil por si sus niños la necesitaban.

Adriana se dirigió al gimnasio, dónde daba la mayoría de sus clases. Disfrutaba del ejercicio y de enseñar a los niños botar el balón y a encestar. Los críos, tanto los más pequeños como los mayores, la aceptaron encantados y lo pasaban en grande con ella, a pesar de que los hacía sudar bastante. Intentaba inculcarles que lo importante era el equipo y no destacar por encima de los demás.

Carlos, por su parte, había reducido las horas de trabajo. Le gustaba lo que hacía y trabajaba en un buen ambiente, pero se había autoimpuesto unos límites. Le había quedado impresa la creencia de que uno de los problemas que tuvo con Lara, fue su excesiva dedicación al trabajo, demasiadas horas, demasiados viajes. Es posible que la historia se hubiera desarrollado igual, cosa que ahora agradecía. Se lo tomaba todo con más calma y cuando algo sabía que iba a sobrepasar su tiempo, lo recortaba como podía o se imponía ante quién hiciera falta para cancelar reuniones a horas intempestivas o conseguía ampliar calendarios demasiado ajustados de trabajo. El esfuerzo que eso le suponía se compensaba de sobras con las horas que conseguía para poder estar con Adriana.

Desde aquel día en la playa en que habían hablado largo y tendido, no habían dejado de hacerlo. Tenía muchas ganas de que Adriana se instalara definitivamente con él, pero no quería presionarla. Había pasado por mucho y necesitaba que se sintiera cómoda yendo a su ritmo. La añoraba las pocas noches que se quedaba en su piso, pero después de haber sufrido persecuciones y acoso, no quería coaccionarla con un tema tan importante.

Recogió sus papeles y cerró el ordenador. Si se daba prisa llegaría a recogerla a la salida de la escuela. Sería algo extraño, ya que normalmente siempre se encontraban más tarde, ya que sus horarios de salida no coincidían. La noche pasada Adriana no se había quedado a dormir con él y tenía muchas ganas de verla.

Llegó al colegio en tiempo récord y se quedó en una esquina apoyado en la pared.

Esperó casi quince minutos mientras salían todos los niños y sus padres se entretenían hablando. Vio a Alex al otro lado de la calle esperando a Claire. Estaba concentrado mirando su móvil y no lo vio. No se acercó a saludarlo, no quería que se le escapara Adriana.

En ese momento, al mirar la puerta, la vio aparecer, sonriendo a algunos padres que la pararon para hacerle algún comentario y un crío muy pequeño que se abrazó a sus piernas diciéndole algo que no podía oír. La vio reír feliz con el niño y la imaginó como madre de sus hijos, algo que hacía mucho últimamente. Estaba seguro de que sería una madre dedicada, imperfecta y divertida y que sus hijos la querrían con locura. Se quedó embelesado mirándola y entonces Adriana lo vio y sonrió con todo su ser. Se despidió rápidamente de los padres y niños y se encaminó en su dirección a grandes pasos para acabar corriendo y alzando los brazos, como si no se hubieran visto en semanas.

Prácticamente se lanzó a sus brazos, que estaban preparados para recibirla. Saltó enroscando sus piernas en su cintura y besando sus labios mientras se abrazada a su cuello con fuerza.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Mmmm...te echaba de menos, preciosa —Carlos la miró y la volvió a besar.

—¡Pues qué bien! Aunque nos vimos anteayer, yo también te echaba de menos.

—¿Sí?

—¡Claro que sí, tonto! Cuando duermo contigo no me despierto en toda la noche...bueno, a no ser que me despiertes tu —se carcajeó —pero esta noche pasada no he pegado ojo.

—¿Y por qué no te quedaste anoche a dormir?

—No quiero abusar —Adriana lo miró algo avergonzada —ya sé que nos lo explicamos todo, pero no te había dicho nada porque no quería agobiarte. Por mí, me quedaría cada día, pero...

—¿Pero qué?

—Pues, que eso sería...casi como vivir juntos.

—¿Y no estás preparada?

—Creo que quizás... tú no lo estés.

—Cariño, creo que seguimos con una pequeña falta de comunicación. Resumiendo: somos idiotas. Tú no te quedas todas las noches, por no agobiarme. Yo no te insisto en que te quedes todas las noches por si no te sientes preparada. Quiero pedirte que te vengas a vivir conmigo desde que volvimos de vacaciones, pero me da un miedo visceral que me digas que todavía no y tú quieres vivir conmigo —la miró interrogante y ella afirmó con la cabeza —pero tienes miedo de atosigarme.

—Creo que es un buen resumen. Tienes razón: somos gilipollas.

—Yo he dicho idiotas

—Bueno, pues somos las dos cosas, idiotas y gilipollas.

—Entonces... ¿Hacemos tu traslado a mi piso este fin de semana? —Adriana se lo quedó mirando emocionada, pero antes de decir que sí, quiso enseñarle todas las cartas.

—Te voy a dar la oportunidad de pensártelo bien. Cielo, no soy la mejor compañía para convivir. Ya has tenido alguna experiencia conmigo. Soy desordenada, funciono por impulsos, las tareas de la casa no son muy importantes para mí, a pesar de ser pequeña ocupo una gran parte del sofá y me muevo mucho en la cama. Me levanto de mal humor y no soy persona hasta el segundo café...aunque después suelo ser más simpática. No sé si sabes dónde te metes.

—Lo sé. Y te quiero por todo eso, tal como tú eres. También tú te has de adaptar a mis manías y mis costumbres, pero lo haremos y lo haremos bien.

¿Qué me dices?

Adriana ya sabía la respuesta, pero a pesar de ello se quedó un momento reflexionando, para disfrutar aquel momento. Le sonrió y lo besó en los labios antes de hablar.

—¿Sabes? Te voy a contestar que sí. Aunque en el fondo me muera de miedo por dar un paso importante, aunque pudiera llegar un día en el que me arrepintiera, sé que si dijera que no, me arrepentiría toda la vida. Creo que leí algo así en un libro de García Marquez y me siento completamente identificada. Solo me arriesgo por una razón: porque te quiero más que a nada.

—Yo también te quiero. Pero antes del traslado, antes de dar la noticia a los amigos y la familia, antes de pedirte que te cases conmigo, quiero tenerte ahora, solo para mí. Vamos a mi casa.

—¿Tienes la intención de pedirme que me case contigo? —El tono de Adriana no era el más alegre del mundo y frenó a Carlos que la arrastraba hacia su coche.

—Eso pensaba hacer, a lo mejor me he adelantado ¿demasiado pronto?

—Mira cariño, te acabo de decir que te adoro, pero no necesito casarme, no es para mí. Tenemos por delante la boda de Lara y Alex, que se casarán, por fin, esta primavera que viene. La voy a ayudar porque debo hacerlo, es mi mejor amiga. Pero estos tinglados de preparación de una boda me volverían loca. Tuve un inicio de esta experiencia cuando Fran me pidió que me casara con él y te aseguro que no guardo un buen recuerdo. No quiero compararlo en nada contigo, créeme, pero no me apetece nada preparar un bodorrio. Si tú y yo estamos bien juntos es lo único que necesito. Si quieres que lo escenifiquemos de alguna manera, lo haremos tú y yo solos, como algo íntimo en algún lugar especial. A nuestros propios ojos, estaremos casados y lo celebraremos.

—De acuerdo, lo que tú quieras. A mí me da lo mismo. Solo quiero hacerte feliz.

—Ya me haces feliz —sonrió y cuando llegaron al coche, sortearon el tráfico hasta su casa, mientras no podía dejar de tocarlo. Adriana subió la mano por el muslo de Carlos casi hasta la ingle y este apretó los dientes.

—Cielo, no quiero tener un accidente. Lo que quiero es llegar a casa lo antes posible y si tu mano no se aparta de ahí, a lo mejor no llegamos nunca.

—Me cuesta apartar las manos de ti. Pero yo tampoco quiero más accidentes —apartó su mano con pena —ya he tenido bastantes en esta vida.

Llegaron en tiempo récord al piso de Carlos, entraron al comedor y empezaron literalmente a arrancarse la ropa, mientras se besaban camino de la habitación. Cuando se encontraban en el pasillo el timbre insistente del portero de la entrada no paraba de sonar.

—¿A quién se le ocurre venir justo ahora? —Carlos sonaba desesperado — no pienso abrir. Quien sea ya volverá. Pasaron unos minutos más y el timbre de la puerta sonó con fuerza.— ¡No puedo creerlo! —siseó a punto de estirarse del cabello.

—A lo mejor es algo importante, deberíamos abrir —Adriana notaba como las ganas de reírse acumulaban al ver a Carlos tan frustrado —pregunta quién es y nos ponemos la ropa —cuchicheó a su oído. Carlos asintió.

—¿Quién eees? —el grito sonó más fuerte de lo que pretendía.

—¡Carlos, abre! Soy Marta.

—¿Qué hace aquí mi hermana a estas horas? —Carlos le hablaba bajito a Adriana que se encogió de hombros.

—Mejor nos ponemos la ropa y abrimos, ya sabe que estás aquí.

—¡Un momento! —se empezaron a vestir a toda velocidad. Adriana llevaba una falda, pero no encontraba sus bragas.

—¡No encuentro mis bragas!

—Pues tenemos que abrir, mi hermana no para de llamar— Al dirigirse a la puerta Carlos vio las braguitas negras bajo una silla, las cogió, se las enseñó sonriendo y se las metió en el bolsillo del pantalón y abrió.

Marta estaba en el descansillo con cara de no entender porque tardaba tanto en abrir. Iba acompañada de Alicia que justo en ese momento estaba diciéndole a su madre que se fueran a casa.

—¡Hola cariño! ¿Cómo tardas tanto en abrir? —Carlos pensó que a veces su hermana mayor era muy inocente o un poco tonta —Ali y yo estábamos por el barrio y como no te vemos el pelo hemos pensado en pasar a visitarte.. ¡oh! ¡pero si está también Adriana! ¡qué bien! Así os vemos a los dos.

—Hola, pasar —se apartó para dejar pasar a su hermana y su sobrina, que parecía que era más perspicaz que su hermana.

—Podemos volver en otro momento o venís vosotros a casa —Alicia se aguantaba la sonrisa al darse cuenta de que habían interrumpido un momento íntimo— ¿no, mamá?

—No hace falta no os preocupéis —Adriana les sonrió y se acercó a saludarlas y darles dos besos —me alegro mucho de veros.

Carlos suspiró resignado y acariciando las bragas de Adri en su bolsillo con nostalgia, las hizo sentar en el sofá y les ofreció unos refrescos.

—Buenos ¿os vais a pasar a comer por casa algún día? Estáis desaparecidos. Últimamente no sé nada de vuestra vida.

—Pues estamos perfectamente.

Adriana pensó que sería buena idea darle una alegría a su cuñada para que dejara de preocuparse por su hermanito. Miró a Carlos y le guiñó un ojo.

—No te lo tomes a mal Marta, pero hemos estado muy liados. Entre el trabajo y preparar mi traslado...

—¿tu traslado? ¿te cambias de piso?

—¡Pues si! ¡Me vengo a vivir justo a este mismo!

—¿Vais a vivir juntos? —Ali se puso de pie para abrazarlos a ambos— ¡Eso es genial! Me alegro mucho por vosotros.

—Yo también —Marta los felicitó a pesar de parecer algo preocupada.

—Marta —Adriana se acuclilló delante de ella y la miró a los ojos —sé que te preocupa que Carlos vuelva a sufrir por culpa de otra mujer. Yo, mejor que nadie, se por lo que pasó y lo que sufrí yo misma. Quiero que estés tranquila. El hecho de que nos vayamos a vivir juntos, no tiene garantías. Pero te juro que lo quiero más que a nada y que voy a intentar hacerle feliz, igual que sé que él hará conmigo. No nos hace falta firmar papeles para tener el compromiso más serio e importante del mundo. Nos queremos y nos lo vamos a dar todo.

Marta la abrazó emocionada y miró a Carlos por encima de su hombro para encontrarse con una mirada cálida que hacía mucho que no veía. Le guiñó un ojo. Su hermano era feliz y eso la hizo respirar hondo por fin.

—Muchas gracias Adriana. Sé que ya le haces feliz —miró de reojo a su hija —Alicia, creo que deberíamos irnos, para que acabara de hacerle feliz del todo —todos se la quedaron mirando con cara de póker— ¿Qué os creéis? ¿Qué me chupo el dedo? —se rio con ganas mientras se dirigía con su hija hacia la puerta —ya podéis desnudaros otra vez. Y... Carlos, del bolsillo de tus pantalones sale un trozo de puntilla negra preciosa y sexi.

Una vez se cerró la puerta Carlos y Adriana, se quedaron mirando y en un segundo estallaron en carcajadas.

—¿Por dónde íbamos? —Carlos la agarró de la cintura y volvió a sacarle la ropa mientras ella hacía lo mismo —como puedes ver mi familia es un poco metomentodo, ya te irás acostumbrando. Intentaré mantenerlos a raya.

—Bueno, en mi familia hay unos cuantos personajes algo excéntricos. Mis padres son los más normalitos, tengo una prima que aún no conoces, Marisa, que en cuanto te vea te empezará a tirarte los tejos y un tío abuelo sordo como una tapia, que te hará repetir las cosas veinte veces y lo entenderá todo al revés.

—No me preocupa la familia mientras te tenga conmigo —la besó mientras caían en el sofá, todavía riendo.

Carlos se quedó quieto de golpe, cogió las manos de Adriana y las echó hacia atrás sobre su cabeza y se la quedó mirando a los ojos muy serio.

—¿Qué?

—Te quiero —la besó profundamente, como si nunca tuviera suficiente de ella, como si se la quisiera tragar entera —te quiero tanto que me abrumba, que

me impresiona lo que siento, que necesito fundirme contigo, estar dentro de ti y no salir nunca.

Adriana liberó sus manos y lo abrazó por el cuello acercándolo aún más y rodeándolo con sus piernas.

—Ámame.

Cap. 41 – DOS BODAS PERFECTAS

Siete meses después...

—¡No me puedo creer que por fin haya llegado el día! —dijo Adriana entrando en la habitación que Lara tenía reservada en el Hotel dónde iban a celebrar la boda.

Estaban cerca de un pequeño pueblo en la montaña a una hora en coche de la ciudad, cerca de una ermita rodeada de bosque y plantas con flores. El paisaje era idílico y el día había amanecido soleado y cálido. Era una suerte, en abril nunca se sabía si la lluvia podría hacer su aparición, pero de momento no parecía probable. En ese momento Lara ya tenía el vestido puesto y la habitación estaba abarrotada de amigas, madre, suegra, primas y vecinas. Todas se lanzaron a saludar y besar a Adriana, encantadas.

Lara se abrazó a ella unos instantes, feliz de tenerla a su lado en ese día tan especial.

—¡Solo me faltabas tú!

—Perdona el retraso, nos hemos perdido al salir de la autopista y hemos dado unas cuentas vueltas —miró a su amiga de arriba abajo, apartándose un poco— ¡Estás espectacular!

—Al menos he conseguido perder unos cuantos de los mil quilos de más que me quedaron después de dar a luz —se miró los pechos haciendo una mueca — aunque mira que melones me han quedado —se cogió los pechos a la vez que todas estallaban en carcajadas.

—¡Estoy segura de que Alex está encantado con ellos!

—¡Adri! ¡Que están aquí nuestras madres! Las vas a escandalizar — miró a su alrededor— ¿Alguien ha ido a ver cómo están mis niños hace poco? No puedo salir ahora, me han de maquillar.

—Puedes estar tranquila —le dijo su madre —la canguro que habéis contratado ha hecho buenas migas con tu prima Carla y están las dos con los gemelos, que no te echan nada de menos. Se lo están pasando en grande y su padre ya ha pasado por allí varias veces a controlar. Y eso que han venido sus amigos los “franchutes” y lo tienen entretenido.

—No sé cómo llegarán los hombres a la hora de la boda; cuando Carlos se ha quedado en la habitación de Alex para felicitarlo, he visto a sus amigos entrar con unas cuantas botellas de cava.

—¿Por qué nosotras no tenemos cava? —la voz de Rosa se perdió mientras salía de la habitación —¡ahora vuelvo, voy a buscarlo!

A pesar de que la habitación era grande estaba a reventar. La maquilladora se

puso manos a la obra con Lara hasta que la dejó perfecta y pasó a maquillar a la madre y a la suegra. Llegó Rosa con un montón de copas y un par de botellas de cava. Se dispuso a abrir una de ellas. El tapón saltó hacia el techo y todas pusieron sus copas para brindar.

—¡Por la novia más guapa que he visto nunca!

—¡Por mi mejor amiga y mi hermana! ¡te deseo toda la felicidad del mundo! Aunque ya sé que la tienes.

—¡Por la familia feliz! ¡Y porque ese marido tuyo siga estando tan bueno! — todas rieron contentas

—¡Por la primera noche que pasareis solos desde hace bastantes meses!

—¡Brindo por eso! Voy a echar de menos a mis bebés, pero necesito una noche sola con mi futuro marido ¡por favor! —Lara estaba exultante, aunque algo preocupada por dejar a los niños un par de días con los abuelos.

—Ja, ja, ja... ¡seguramente aprovecharéis para dormir!

Se abrió la puerta y asomó la cabeza el padre de Lara.

—¡Señoras! Es la hora...el novio y el padrino ya están esperando.

Lara se recolocó el vestido y se miró al espejo por última vez, con los ojos brillantes mientras todas salían de la habitación excepto Adriana que se quedó a esperarla. Se miraron a través del espejo.

—No te preocupes por nada, estás preciosa, pareces una princesa.

—Estoy tranquila, pero muy emocionada. Y tú ¿Cómo estás? ¿No piensas en seguirme los pasos?

—Estoy perfectamente, muy feliz con Carlos. Pero no nos vamos a casar, esto no es para mí. Te contaré un secreto —se acercó al oído de Lara —ya estamos casados.

—¿¿Cómooo?! ¿Te has casado y no me has invitado a tu boda?

—Ni a ti ni a nadie, estuvimos solos Carlos y yo. No era una boda real, solo una íntima entre él y yo. ¿Recuerdas aquel fin de semana largo en diciembre que pasamos unos días fuera? Pues hicimos nuestra pequeña celebración y a todos los efectos y para nosotros mismos, estamos casados. El compromiso que hay entre nosotros es firme y nos queremos mucho. Infinitamente.

—Vale, pues muchas felicidades por tu matrimonio —Lara se puso a reír — aunque tu madre te seguirá insistiendo en que os caséis, indefinidamente. Lo sabes ¿no?

—Si, ya se cansará. Se le olvidará cuando le demos un nieto que la entreteenga.

—¿No estarás...?

—¡No! Entra en nuestros planes, pero esperaremos un par de años. Después nos ponemos a ello.

El padre de Lara volvió a asomarse por la puerta

—¡Chicas! ¡El novio se está poniendo muy nervioso! —sonrió de nuevo al ver a su hija —cariño, ¿me permites? —le tendió el brazo para que se cogiera a él.

—¡Claro papá!

—¿Preparada?

—¡Preparadísima!

En la ermita, los invitados miraron todos hacia la entrada cuando la música empezó a sonar y Lara y su padre entraron. Adriana se coló por un lateral hasta localizar a Carlos y colocarse a su lado. Lo miró sonriendo y él le cogió de la mano, acariciando su muñeca.

—¿Seguro que no quieres una boda como esta? —le susurró al oído

—Segurísimo. Ya tuvimos la nuestra y fue muy especial. No me hace falta que mire todo el mundo para constatar que soy feliz, ni firmar ningún papel.

Carlos le sonrió, le guiño un ojo a la vez que alzaba su mano y se la besaba.

La boda transcurrió sin incidentes, a excepción de unas cuentas carcajadas, cuando en plenos votos, a los bebés de Lara y Alex, les dio por llamarlos a voz en grito.

Las vocecillas de los pequeños en el silencio de la ermita de piedra, resonaban y hacían eco, mientras repetían sin cesar “pa pa pa pa” o “ma ma ma ma”; hicieron las delicias de todos los presentes, hasta que sus padres avisaron mediante señas para que los llevaran hasta ellos y los cogieron en brazos, uno para cada uno, mientras se casaban y los críos balbuceaban y daban palmas. Claire no quiso ser menos y se escabulló de la primera fila de bancos para colarse entre sus padres y cogerlos a cada uno de una mano.

O sea que, finalmente, los cinco se casaron.

El banquete fue genial y al anoecer la música inundó el local y todos bailaron hasta destrozarse los pies. Cuando la fiesta empezó a decaer y los novios se despidieron de todos para pasar un par de días perdidos no se sabía dónde, ya que habían pospuesto ir de viaje hasta que los niños fueran algo mayores, empezaron a sonar canciones lentas como colofón a un perfecto día. Las pocas parejas que quedaban, se animaron a bailar pegados, entre ellos Carlos y Adriana, que se apoyaba en su hombro vencida por el cansancio.

—Mmm... ya ni siquiera sé si tengo pies. Cielo ¿Te he dicho que te quiero, esta noche?

—Varias veces —Carlos le besó el cuello y le sopló, provocando que se le erizara la piel —yo también te quiero —la apretó más contra su cuerpo hasta que no dejó espacio ni para el aire— Estaba pensando en nuestra boda. Diferente, original, secreta, íntima y única ¿no te parece?

—Fue perfecta. Maravillosa para nosotros. Y una sorpresa. Yo que solo pensaba que íbamos a pasar unos días a Vidrà, como aquel fin de semana de verano y tu escondiste mi anillo —le enseñó el dedo —durante todo el viaje.

—Solo hasta que volvimos a visitar el Salt del Molí, aunque en esa ocasión no pudimos bañarnos.

—¡Por favor, amor! ¡Había nieve! Pero si quieres podemos volver el próximo verano, la descomposición de los rayos del sol en la cascada era igual de espectacular. Fue un momento precioso y se ha convertido en mi sitio predilecto para ir contigo, a solas.

—También para mí. Se convirtió en un sitio mágico, porque tú estabas allí.

—La carta que me entregaste me hizo llorar.

—No quería tus lágrimas, solo tus sonrisas —la besó profundamente mientras una canción daba paso a otra, a cual más románticas —para siempre.

—Solo lloré de felicidad. Tus palabras, esas que me decían lo que era el amor, cuando alguien que conoce tus cicatrices, se queda para besarlas, cuando antepones a la otra persona a todo y das con el corazón en la mano. Todo me resultó tan romántico y tan nuestro, que me sentí por fin la persona más importante para alguien. Para ti.

Siempre lo serás.

FIN

Table of Contents

PRÓLOGO

Cap. 1 —EN BUSCA DE LA SOLEDAD

Cap. 2 —HACIENDO AMIGOS

Cap. 3— ACOSO

Cap. 4 —POR UN HELADO DE CHOCOLATE

Cap. 5 —DENUNCIA

Cap. 6 —PÁNICO Y PESADILLAS

Cap. 7 —UN ENCUENTRO ACCIDENTADO

Cap. 8 —TU ME HACES REIR

Cap. 9 —CAMBIO DE RUMBO

Cap. 10 —UNO CONTRA UNO

Cap. 11 —HÁBLAME

Cap. 12 —EL MEJOR SUEÑO

Cap. 13— ¿NO ES UNA BUENA IDEA?

Cap. 14 —¿ESTAMOS BIEN?

Cap. 15 —NO ES LA SOLUCIÓN

Cap. 16 —VERBENA Y MARIPOSAS

Cap. 17 —LA NOCHE MAS CORTA

Cap. 18 —LA PROPUESTA

Cap. 19 —ERES ESPECIAL

Cap. 20 —JUNTOS

Cap. 21 —LA LOCURA

Cap. 22 —COMO EN UNA PELICULA

Cap. 23 —EN EL HOSPITAL

Cap. 24 —PREMONICIÓN

Cap. 25 —EN UN SEGUNDO

Cap. 26 —QUÉDATE CONMIGO

Cap. 27 —EN SUSPENSO

Cap. 28 —TENTACIÓN

Cap. 29 —¿QUIÉN ERES?

Cap. 30 —UN MINUTO DE TERROR

Cap. 31 —¿QUIÉN SOY?

Cap. 32 —TE QUIERO A MI LADO

Cap. 33 —LA LLAVE

Cap. 34 —EN LINEA

Cap. 35 —¿REFUGIO O HUIDA?

Cap. 36 —EN SOLEDAD

Cap. 37 —CONVERSACIONES

Cap. 38 —SOLO A TI

Cap. 39 —PALABRAS EN LA ARENA

Cap. 40 —UN NUEVO COMIENZO

Cap. 41 —DOS BODAS PERFECTAS